

NOVELA NEGRA

---



# EL JUEGO DE VALERIA

(ESE DULCE MAL)

SI ENTRAS EN ÉL, NO PODRÁS SALIR

J.R. ESCUDERO

**EL JUEGO DE VALERIA**  
**(ESE DULCE MAL)**

**J.R. ESCUDERO PÉREZ**

1.<sup>a</sup> edición. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

## **SINOPSIS**

Nico es un adolescente aparentemente normal, con una existencia anodina, en la que las únicas notas de color las pone la relación de amor odio que mantiene con Valeria. Su vida da un vuelco cuando una lesión lo aleja de las canchas de juego y cae en una profunda depresión que lo lleva a sumergirse en el lado oscuro de las redes sociales.

Valeria, una niña nacida en el seno de una familia aristocrática de Toledo, siente una atracción irracional por Nico, empujándola a cometer una locura tras otra para llamar su atención; hasta el extremo de participar en un siniestro juego en el que se reencontrará con una parte de su pasado que creía olvidado. La súbita desaparición de Valeria arrastra a Nico hacia una espiral de acontecimientos oscuros y violentos que hacen tambalear los cimientos de su propia existencia.

# ÍNDICE DE CONTENIDOS

## **PRÓLOGO**

### **PRIMERA PARTE**

#### **La ventana indiscreta**

#### **REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)**

##### **CAPÍTULO 1**

##### **CAPÍTULO 2**

##### **CAPÍTULO 3**

##### **CAPÍTULO 4**

##### **CAPÍTULO 5**

##### **CAPÍTULO 6**

##### **CAPÍTULO 7**

### **SEGUNDA PARTE**

#### **Balleña Azul**

#### **REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)**

##### **CAPÍTULO 8**

##### **CAPÍTULO 9**

##### **CAPÍTULO 10**

##### **CAPÍTULO 11**

##### **CAPÍTULO 12**

##### **CAPÍTULO 13**

##### **CAPÍTULO 14**

##### **CAPÍTULO 15**

### **TERCERA PARTE**

#### **El juego de Valeria**

#### **REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)**

##### **CAPÍTULO 16**

##### **CAPÍTULO 17**

##### **CAPÍTULO 18**

##### **CAPÍTULO 19**

##### **CAPÍTULO 20**

##### **CAPÍTULO 21**

##### **CAPÍTULO 22**

##### **CAPÍTULO 23**

##### **CAPÍTULO 24**

##### **CAPÍTULO 25**

CAPÍTULO 26

PARTE FINAL

(Ese dulce mal)

REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

SOBRE EL AUTOR

# PRÓLOGO

La niña miraba asustada a sus padres, inquieta, rebulléndose en la silla de cuero beis gastado. Ojos acuosos, sombras violáceas. Tenía miedo a la oscuridad, a que apagasen las luces. Demasiadas madrugadas en vela. No sabía por qué tenía esas pesadillas tan vívidas. Se suponía que ellos debían protegerla del monstruo, peludo y deforme, que aparecía en su cuarto por las noches. Pero no habían hecho nada. No la creían. Delirios. Solo le decían que eran imaginaciones, cosas de niños.

«Están las marcas, de eso no hay duda », pensaba mientras se rozaba el cuello de modo inconsciente, aflojando el pañuelo encarnado que cubría su

piel lechosa. Sentía una desazón dentro de ella, enraizada en sus entrañas.

Esperaban su turno para que la viera el psicólogo cuando entró el otro niño, también acompañado de sus padres. Advirtió que los suyos se envararon al unísono. Espaldas rectas, pies recogidos, ceños fruncidos. Rictus de preocupación, casi compungido. Conocía bien esa pose. Era habitual en ella, menos en él. Ambos se levantaron con la expresión grave y, sin preámbulos, les preguntaron en un susurro qué hacían allí, que cómo se les había ocurrido acudir al mismo especialista. Los otros, nerviosos, contestaron que no sabían nada, que anularían la cita y acudirían a otro. Los adultos se dieron la vuelta, les escrutaron durante un segundo. Bajaron el tono de voz y, con la mirada huidiza, salieron a hablar en el pasillo.

Se sentía pesada y abotargada. Quizás su mente jugaba con ella, la engañaba, menguaba la realidad y dilataba sus sueños. Pero, el cuerpo no mentía. Ahí estaban las señales. Carne trémula, cárdena. Cada cierto tiempo aparecían de la nada, junto con esa molesta comezón. No te preocupes, no es nada, son imaginaciones, le repetía su madre sin darle más importancia. El abuelo llegó una tarde a casa, le vio el moretón y se puso colorado como un tomate; hecho una fiera comenzó a proferir un insulto tras otro, algunos que antes ni había escuchado. Menos mal que estaba el abuelo para protegerla, siempre presto. Su héroe, su caballero sin armadura. A partir de ese día no

volvió a suceder. Pero, su mente iba a enloquecer. No comía ni dormía, y había momentos en los que ni sabía quién era.

No se percató de que se había sentado a su lado hasta que sintió el roce de sus dedos. El chico le cogió la mano de un modo inocente y ella dio un respingo. Se volvió hacia él con curiosidad. Estaba temblando de arriba a abajo, su mirada líquida se perdía en algún punto minúsculo de la pared, como si observase al infinito hipnotizado por su inmensidad. Aparte de la mirada perdida, tenía la cara demacrada, casi sin carne, con un aspecto enfermizo. Como el suyo.

Ella le devolvió el apretón aún más fuerte. Él seguía absorto en sus pensamientos, no hizo ademán alguno, aparte de acariciarle el dorso de la mano con el pulgar dibujando circulitos. Extrañamente, eso la tranquilizó. Lo había reconocido desde el primer momento. Era el chico que se aparecía en sus sueños, en esos sueños raros en los que nada parecía real y todo resultaba una pesadilla sin sentido, rodeada de cuerpos enroscados con el rostro de carneros y de lobos.

El tintineo del timbre la sobresaltó. La puerta se abrió de nuevo. Apareció otro niño, cogido de la mano de sus progenitores, con el semblante preocupado. Se sentaron en la banqueta de enfrente, bajo el cuadro de un océano en calma de varias tonalidades de azules y grises. De fondo, todavía se

oía la voz apagada de él, cargada de ira.

Le sonaba la cara, del parque, iba al otro colegio. El colegio de la gente, le decía su madre. Sus miradas se cruzaron durante un segundo. Se trataba de un chico bastante feo, de expresión torva, con unos rasgos casi simiescos, y muy callado; de hecho, sus amigas le habían contado que no hablaba con nadie. Aunque tenía fama de ser fuerte y valiente, y no había quién se metiese con él.

Quiso gritarle que la ayudara, que quería salir de aquella sala para no volver, que si no lo hacía moriría allí mismo. Pero, las palabras no le salían de la garganta, se quedaron atascadas formando un engrudo en su laringe taponando cualquier sonido.

**PRIMERA PARTE**

# **La ventana indiscreta**

## REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)

La mujer de piel de porcelana abrió sus párpados lentamente, le pesaban como dos listones de acero. Parecía que una capa de escarcha cubriese sus ojos color lavanda. Notó el agua a su alrededor, estaba muy caliente, casi ardiendo. Su cuerpo se encontraba parcialmente sumergido.

Aunque una sensación placentera inundaba cada una de las células de su organismo, una vocecita apagada le susurraba que algo no iba bien. Miró la punta de sus pies sobresaliendo de la espuma. Se concentró en un solo movimiento, muy simple: primero dobló un dedo regordete y después el otro.

Estaba viva, no cabía duda, pero, ¿eso era bueno o malo? Lo último que recordaba era que se había metido en la cama después de atiborrarse con antidepresivos. Horas antes, había tenido una fuerte discusión con su marido, otra más —qué ironía, dijo la vocecita cada vez más presente, que aún estuviesen casados y que pensase en él como su marido, hacía mucho que había dejado de amarle—. Ella le había insultado donde más le dolía, en su orgullo y en su enorme ego, y él le pegó fuerte en el estómago, haciendo que su carne se doblase como plastilina presa de un inmenso dolor. Después le dijo que lo sentía y que siempre la había querido con toda su sin razón. Quizás fuese ese el problema.

¿Cómo había llegado hasta la bañera? Estaba desnuda. ¿Habría enviado a alguien o lo habría hecho él mismo? Intentó alzarse, pero no podía mover un solo músculo, era como si una fuerza gravitatoria implacable, diez veces superior a la que estaba acostumbrada, la hubiese alcanzado de lleno. Se encontraba demasiado cansada y abotargada por el efecto de los medicamentos.

La puerta se abrió, entornó los ojos hasta enfocar los objetos adecuadamente, y, apareció él, con el torso desnudo y varias toallas en su brazo derecho. Apenas distinguía sus rasgos entre los vapores que emanaban del agua. Le pareció un fantasma del hombre con el que se casó. ¡Qué pena!, pensó sin remordimientos, eso fue antes de encontrar el amor verdadero, antes

de que toda la locura se desatara como un vendaval destructivo sobre sus vidas. Jamás se planteó si lo que hizo estuvo mal. El amor mueve el mundo, le dijo Germán de forma ingenua aquella noche, y ella le creyó. Con esas palabras se abrió la caja de Pandora para la familia Aguirre y para ella.

El hombre dejó las toallas apiladas en la estantería de al lado del lavabo y se secó la frente con una de las pequeñas. Se acercó a su esposa con parsimonia, observándola con un halo de tristeza en la mirada. Le cogió una mano, ella notó sus dedos largos y huesudos, y su piel fría, como la de un lagarto. Con la otra sacó una cuchilla acerada de uno de los bolsillos de su pantalón de seda negra.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendida y horrorizada, como una lechuza deslumbrada en plena noche, consciente de lo que se disponía a hacer —aunque la sensación placentera no la abandonaba del todo—. A lo largo de su existencia, Blanca había buscado la muerte en varias ocasiones, todas sin éxito, pero cuando finalmente se topó con ella de frente, de sopetón, sin avisar... Era distinto a lo que había imaginado. Un pavor atávico se reveló en su interior e intentó luchar en vano, apenas si podía mover los dedos de los pies. Sintió un pequeño corte en la muñeca derecha y notó como la sangre caliente manaba de su cuerpo, primero lentamente y, después, a borbotones. Otro corte en la muñeca izquierda. La vida la abandonaba en ese líquido viscoso sin que pudiese impedirlo.

Intentó gritarle que no lo hiciera, que se iría de casa muy lejos y lo dejaría en paz, después le rogó que la perdonara, que cambiaría, que lo amaría, pero no le salían las sílabas más allá de un gorjeo espasmódico lleno de consonantes, apenas inteligible. Finalmente, aceptó su destino, y, en un último esfuerzo titánico, poniendo todo su empeño en el último aliento, le suplicó que cuidara de la pequeña Genoveva, que ella no tenía la culpa de nada de lo que había sucedido entre ellos. Observó como el amor, la frustración y la fría determinación combatían en su rostro macilento.

Él se agachó impertérrito y le susurró al oído, con una dulzura fingida, que sería la única mujer a la que amaría y que tendría un hijo de su sangre. La besó en los labios y con una mano le cerró los ojos inundados de lágrimas.

Sin venir a cuento, la vocecita —extrañamente lúcida— le recordó aquello que le dijo su madre entre sollozos el día antes de la boda: no te cases con un Aguirre, niña, tienen mala sangre.

# CAPÍTULO 1

Nico se sentía cansado, su cuerpo ya no seguía los impulsos nerviosos que le enviaba su cerebro. Notaba los gemelos a punto de estallar y el oxígeno escaseaba en sus arterias. Tenía toda la ropa empapada en sudor y el corazón, latiéndole a ritmo de metralleta, creía que se le salía del pecho. Aun así, realizó un último esfuerzo. Estiró su brazo al máximo y, con la yema de sus dedos, rozó el balón que rebotaba una y otra vez sobre el parqué, proveniente de la palma de la mano del base contrario, un muchacho de tez oscura, espigado y de mirada inteligente.

La bola quedó en tierra de nadie, a un palmo de ambos. El otro chico dudó

una milésima de segundo. Ahora o nunca. Se abalanzó hacia la pelota como un jabato y recuperó la posesión. Miró el cronómetro, quedaban menos de diez segundos y perdían de dos. Sin pensarlo, corrió hacia el campo contrario. Podía entrar a canasta con una bandeja fácil y conseguir el empate, o se podía lanzar un triple a lo Stephen Curry y ganar el partido.

Se paró en seco a unos centímetros de la línea de tres, escrutó el aro con mirada de halcón y flexionó sus rodillas mientras acomodaba su brazo derecho, aguantando el peso del balón para calibrar la distancia, el ángulo y la fuerza con la que debía lanzar la pelota. Había ejecutado ese tiro con acierto en cientos de ocasiones, no había de qué preocuparse, solo tenía que dejarse llevar y soltar la bola. Posees una mecánica perfecta y absolutamente interiorizada, confía en ella, le solía decir su entrenador.

Su mente comenzó a resolver de manera instintiva las ecuaciones e integrales necesarias para llevar a cabo el movimiento. Un último esfuerzo, tú puedes, pensó para sus adentros, animándose a sí mismo. Tira, tira, oía las voces de sus compañeros como un eco muy lejano. Armó el brazo y, en el instante final, sintió un pinchazo en la rodilla y un pequeño crack. Se quedó paralizado. Por el rabillo del ojo atisbó como se acercaban en tropel los jugadores del equipo contrario, con el chico de la tez oscura a la cabeza, dispuestos a impedirle que anotara in extremis. Debía reaccionar y adaptar su mecánica a las nuevas circunstancias.

Adelantó un poco la pierna y descansó la mayor parte de su peso sobre la otra para amortiguar el dolor que le subía por el cuádriceps; estiró el brazo, giró la muñeca y tiró, dándole al esférico una última caricia con la punta de sus dedos. Se quedó mirando, hipnotizado, mientras la bocina sonaba como un eco lejano. El balón orbitaba sobre su eje, recorriendo la parábola imaginaria, perfecta, que había dibujado en su mente de un modo inconsciente, hasta que penetró el aro de un modo límpido y silencioso, solo un flap al rozar la red de la canasta.

De seguido, escuchó el griterío de las centenares de personas que abarrotaban el pabellón, la mayoría compañeros del instituto, o familiares y amigos. Miró hacia atrás con una media sonrisa en la boca, disimulando el dolor, el resto del quinteto corría hacia él con una expresión de euforia desmedida. Se iban a tirar encima. Los paró con un gesto para que se contuvieran, sin éxito. Chocó el pecho con dos de ellos y el resto lo aprisionó entre sus cuerpos, zarandeándolo de un lado a otro, apretujándolo y haciéndole tocamientos varios. Lo has hecho, cacho cabrón. Qué huevos tienes. Eres un pedazo de hijo de puta. Te quiero. Cabronazo. Mamona, los tienes así de grandes.

Súbitamente, el público dejó de vitorear y enmudeció. Se volvió y comenzó a ver caras raras y gestos despectivos. Miró hacia el banquillo y observó que las expresiones de alegría contenida de hacía un momento habían

pasado a ser de crispación y de indignación. Su entrenador no estaba allí. Algo no iba bien. El míster discutía acaloradamente con el árbitro. Casi nunca lo hacía. Ximo era un sargento de hierro algo cabrón, literalmente, pero siempre respetaba a la autoridad. Principalmente, por encima de todo, era un tío educado y respetaba las normas; de la vieja escuela, perro viejo en esas lides.

A pesar de las protestas, el árbitro la dio de dos, y el marcador reflejó un empate a 56. Una puntuación que no estaba nada mal para ser un partido entre los dos mejores equipos regionales de la categoría.

Ximo levantó la mano energéticamente, llamándoles para que regresaran al banco a recibir sus órdenes. Nico caminaba con una leve cojera; en ese momento, con el calentón del partido, no le dio más importancia.

—La han dado de dos —anunció el entrenador, constatando el hecho consumado, dándoles una palmada en la espalda a cada uno.

Nico se dejó caer en la silla agotado, bebió un trago de un refresco isotónico y cogió una toalla para secarse las gotas de sudor que caían por su afilado rostro. Escuchaba la arenga del míster sin prestarle demasiada atención. Sabía que le pasarían la bola, como siempre. Ximo paró para que todos asimilaran las jugadas y visualizaran los movimientos en su mente, y se dirigió hacia él.

—¿Cómo estás? Te he visto cojear.

No se le escapaba una. El míster se agachó para estar a su altura y el resto lo emularon.

—Bien, un pinchazo en la rodilla —mintió un Nico hierático, la articulación se enfriaba por momentos y sentía cada vez más dolor.

—Un pinchazo... ¿Puedes seguir?

—Sí, eso creo —volvió a mentir. Sabía que era algo más, pero las ansias de ganar el partido, aunque fuera el primero de la liga, podían con él.

—Bien. —Le dio otra palmada y se levantó a coger la pizarra que tenía al otro lado del banquillo. Comenzó a dibujar de nuevo posiciones y jugadas que pivotaban en torno a Nico—. Venid chicos, acercaros.

Así lo hicieron. El entrenador dio las últimas instrucciones y salieron de nuevo a la cancha.

El árbitro lanzó el balón al aire. Un compañero saltó más que el rival y lo palmeó, otro lo cogió y se lo pasó a Nico —como Ximo había marcado en la pizarra—. Era el base y la estrella del equipo, el encargado de repartir juego, anotar y llevarse la gloria a casa. El baloncesto era su válvula de escape a los problemas cotidianos. Para él no era un juego, era el juego, que le permitía evadirse de los sinsabores de la vida adolescente, del continuo estrés de ser un bicho raro en el instituto, de la indolencia de su familia y, sobre todo lo demás, el único sitio donde se la podía quitar de la cabeza.

Dentro de la cancha podía hacer cualquier cosa que se le antojase, como un

mago con decenas de trucos preparados. Tenía un imán en las manos, rara vez perdía el balón y, a veces, parecía que todos iban hacia él, atraídos por una fuerza invisible. No era un chico que tuviese una fisonomía portentosa, pero sí una habilidad especial y una inteligencia fuera de lo común para leer el partido y ver espacios, huecos y jugadas donde otros solo apreciaban vacío. Su entrenador le decía que, con ese tiro, esa cabeza y mejorando su físico, podría llegar a la élite. De hecho, ya le habían comunicado que le seguían la pista varios ojeadores de la capital. Quizás hubiera alguno en la grada, pensaba, quizás haya visto la última canasta y tenga una anotación en mi ficha. Quizás el año que viene juegue con la *Demencia* animando en la grada.

El equipo contrario defendía en una zona dos tres, presionando arriba. Durante un segundo, se abrió un hueco entre dos rivales; decidió hacer una finta para engañarlos, pasar por en medio de ambos y encarar hacia el aro. Todo iba como la seda, con el primer movimiento había conseguido desorientarlos, pero, al cambiar el bote del balón a la mano izquierda y apoyar sobre la rodilla derecha para dar un pequeño saltito de impulso, sintió otro pinchazo, un dolor más agudo y profundo que el anterior, y un crack mucho más sólido y patente. La articulación había cedido por completo a las leyes de la gravedad y Nico cayó al suelo, a plomo.

Enseguida supo que era una lesión grave, le dolía horrores, y apenas podía flexionarla. Se quedó muy quieto, encogido en el suelo en una pose aovillada,

gimiendo ostensiblemente. Levantó la mano varias veces. Rápidamente, se vio envuelto en un bosque de piernas musculosas y depiladas, hasta que oyó la voz cavernosa de Ximo abriéndose paso entre el resto y pidiendo asistencia médica.

## CAPÍTULO 2

Nico observaba absorto la pantalla iridiscente de la *tablet*, un regalo de sus padres para compensar el trauma de su lesión. Las penas con rumba son menos penas, solía decirle Erika, y, tenía razón, como casi siempre. Se encontraba tumbado en la cama con la pierna en alto sobre unos cojines, vestido con un viejo pijama que olía a perros muertos. Llevaba varios días así, sin salir de su cueva. Su habitación se había convertido en un pequeño microcosmos en el que pasaba las horas muertas. Todavía no lo había asimilado del todo, más bien le quedaba mucho por asimilar. Tienes que tener paciencia y buscar

nuevos hobbies, nuevos retos, le dijeron los médicos; y daba fe que una *tablet* conectada a internet ayudaba a pasar el rato.

Después de la operación se habían presentado muy sonrientes en el hospital. Él, enfundado en su sempiterno traje gris, sostenía una caja envuelta en papel dorado, con una ilustración de una manzana roja dibujada a mano, seguramente hecha por su madre. Ella, en unos zuecos y con una bata blanca en la que se leía su nombre bordado en el pecho, aguantaba estoica los comentarios bobalicones de su exmarido.

—Mira lo que te hemos comprado, Nico —dijo Erika esbozando una amplia sonrisa, que escondía un nerviosismo subyacente. Sus ojos están tristes, pensó Nico—. Seguro que te sorprende.

Como su hijo no hizo ademán alguno de cogerlo, dejó el regalo en la mesilla, al lado de la cama del paciente. Nico le lanzó alguna que otra mirada furtiva aguantando estoicamente la tentación. Intuía su contenido, lo había ansiado durante mucho tiempo.

—Vamos hijo, no te pongas así. Ya sé que es un palo, vas a tener que estar fuera de juego tres meses, pero todo pasa. —Era la voz atiplada de Miguel, su padre, tan condescendiente e indolente como siempre. Él solo se preocupaba de lo suyo.

Sus padres se habían separado por primera vez cuando Nico tenía cinco años. Después de una traumática vuelta y otra separación, seguida de un divorcio definitivo, cada uno había rehecho su vida a su manera, y, con el tiempo, y sorprendentemente para él, mantenían una relación cercana a la cordialidad. Nico vivía con Erika en un ático de la zona nueva con vistas al casco, y veía a su padre de higos a brevas, cargado de sonrisas y buenas intenciones que nunca llegaban a cumplirse

—Ya sabes que puedes contar conmigo —afirmó Miguel sin la debida consistencia.

Si él estaba allí para animarle era que la cosa prometía, caviló. Desconfía de los regalos de los griegos y de los regalos de tu padre, solía decirle Erika cuando llegaba a casa con el último juego de la *play*.

En esta ocasión parecía que los griegos se habían aliado con los troyanos.

—Prefiero primero las malas noticias —apuntó Nico con gravedad—. Después vendrán los regalos y las celebraciones. —Su voz rebosaba ironía.

Manipuló el mando para subir un poco el respaldo de la cama.

—Está bien, hijo... tú siempre tan directo —concedió Erika acercándose a él.

—¿Cuándo podré andar de nuevo?

Silencio. Miradas bajas, ojos escurridizos. Fue su madre la que respondió.

—Has sufrido una rotura de ligamento cruzado...

—Dime algo que no sepa —la cortó con brusquedad—. Aquí todos somos adultos.

Erika alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos. Nico no pudo percibir nada más que un destello de orgullo de madre.

—Sí, en eso tienes razón, hijo. Ya somos todos adultos, unos más que otros... Mejor será que no nos andemos por las ramas.

—En algo estamos de acuerdo... —apuntó Nico desabrido—. ¿No crees, papá?

Miguel se encogió de hombros y cruzó los brazos, encogiéndose y mimetizándose con el entorno como si fuera un mueble accesorio de la habitación.

—No me gusta que nos hables así, tan seco, Nico, al fin y al cabo, somos tus padres... incluso con nuestros defectos, seguimos siendo tus padres y te queremos... ¿Ves a alguien más por aquí? Nos preocupamos por ti... —A Erika le salió una entonación demasiado edulcorada. No la soportaba cuando se ponía así de melodramática. Y no entendía cómo seguía defendiendo el comportamiento displicente de su padre—. Ya he encendido las velas para que te recuperes.

Erika era un poco bruja. Su afición prendiendo ceras para conseguir imposibles le venía de una tradición familiar arraigada en las faldas de las Alpujarras granadinas.

—Otra vez con tus tonterías...

Tenía que reconocer que a veces funcionaban o que las casualidades movían el mundo.

—Nico...

Su madre le acarició la mejilla con el dorso de la mano, como hacía cuando se acercaba a su cama a darle las buenas noches; mientras viviesen bajo el mismo techo era una costumbre inquebrantable, aunque Nico le sacase ya un palmo y medio. Él consintió el gesto cariñoso con el semblante circunspecto.

Erika titubeaba demasiado. A Nico se le erizó el vello y la adrenalina inundó su torrente sanguíneo, anulando los efectos de los calmantes que le habían suministrado. Sintió como un dolor punzante irradiaba de su maltrecha rodilla hacia el resto del cuerpo, y vio con una claridad prístina lo que estaba sucediendo. Malas noticias, muy malas. Seguro.

—Podrás caminar en dos o tres meses, depende de la recuperación y de la evolución de la articulación. Deberás guardar reposo y la pierna... —pausa y suspiro de ella—, deberá estar inmovilizada durante unas cuatro semanas, y, después, la rehabilitación, las sesiones de fisioterapia...

Erika siguió enumerando las fases, los tratamientos a seguir y los cuidados que debería tener como si los recitase de memoria, sin dejarse nada en el tintero. Aunque no se trataba de su especialidad, era una buena médica de

urgencias y muchas veces se expresaba como tal por deformación profesional.

La cosa no pasa de castaño oscuro, pensó Nico aliviado, en cuatro meses podría hacer vida normal. Tampoco era para tanto.

—¿Y jugar? ¿Cuándo podré volver a jugar? —preguntó de forma despreocupada.

Esa misma mañana Erika habló con el doctor que había operado a su único vástago. Decidieron que ellos le darían la noticia, a su manera y con una manzana mordida incluida.

De nuevo silencio y miradas dubitativas. Miguel rehuyó el contacto visual, resoplando incómodo. Erika aspiró aire y se infló a modo de globo, y, como siempre, en los momentos en que había una crisis familiar en ciernes, habló con entereza mientras exhalaba el aire lentamente.

—Nico... cariño... de eso queríamos hablarte. —El chico la miró con cara de cordero degollado, pero, haciendo de tripas corazón, ella continuó. Miguel se acercó a la ventana dando la espalda a ambos—. El doctor Guillén recomienda que no juegues a baloncesto, al menos al nivel que lo hacías antes.

—¿Recomienda? —preguntó incrédulo con los ojos acuosos, mordiéndose el labio.

—Te has destrozado los ligamentos y tu rodilla no aguantaría ni un partido. —A Erika se le quebraron las últimas palabras—. El diagnóstico es claro. Te la destrozarías otra vez y con peores consecuencias...

La revelación de Erika fue un mazazo que aplastó sus ilusiones, de un golpe seco y certero. El mundo se le vino encima y el cielo cayó sobre su cabeza.

Cansado de pasar las hojas de los apuntes en la *tablet* y no ver nada, se conectó a su cuenta de Instagram para observar como giraba la rueda de la vida fuera de esas cuatro paredes en las que pasaba la mayor parte del día.

El tiempo transcurría muy despacio. Llevaba dos semanas con la pierna inmovilizada dentro de un molde de escayola, pero le parecía que habían pasado dos años. Se había agenciado unas muletas con las que se desplazaba por la casa —muy lentamente, todavía no se había acostumbrado del todo—, a veces intentaba apoyar la pierna y moverse sin ellas, pero notaba la rodilla suelta, sin consistencia, como hecha de plastilina por dentro.

Su atribulada vida de adolescente había dado un vuelco de ciento ochenta grados en sentido descendente. El curso acababa de comenzar, justo una semana antes del fatídico partido y se iba a perder un trimestre, eso como mínimo y si todo iba sobre ruedas. Ese año estaban predestinados a ser los reyes del instituto, no tenían a nadie por encima, eran alumnos del último curso... Pero él se lo estaba perdiendo desde el minuto cero.

Solo hay que esforzarse un poco más y, al año siguiente, la universidad... se decía para consolarse. Pero sin jugar al baloncesto: Nico, recuerda que no volverás a pisar una cancha. Aún no había tomado conciencia del todo, eso

vendría después, cuando dejase las muletas y no pudiese moverse con la agilidad y la velocidad de antes. *Porca miseria*, se repetía; sus sueños de grandeza se habían ido al traste. Siempre le acompañaba la mala suerte.

Además, si no cogía ritmo de estudio, tendría que repetir curso, sería otro año más en ese agujero negro, y con la mayoría de sus amigos fuera, experimentando las bondades de la vida universitaria. La dirección del instituto había accedido a regañadientes a que pudiera estudiar a distancia hasta que se reincorporase. Se trataba de un centro concertado, y seguían unas estrictas normas de protocolo decimonónico. No era un colegio de curas, pero le faltaba poco: solo hacía diez años que seguía un modelo de enseñanza mixta actualizado a los nuevos tiempos. Su padre tuvo que tirar de influencias familiares para conseguirlo, ya que a Erika la torearon como a una vaquilla en un encierro de pueblo. Al menos, esta vez se había portado, pensaba.

Se sentía deprimido, triste y abatido. Hacía tiempo que no estaba tan mal anímicamente, quizás desde la segunda separación de sus padres. Una miríada de pensamientos oscuros se agolpaba en su cabeza, retumbando una y otra vez. El mundo se volvía en su contra, justo en el momento más inoportuno. No dejaba de atormentarse y hacerse preguntas que no llevaban a nada. ¿Por qué habían tenido que poner ese estúpido partido en el calendario justo al inicio de temporada, con el equipo más fuerte de la liga? Debería haber parado en cuanto sintió el dolor, pero continuó ¿para qué? ¿a quién tenía que demostrarle

nada? Todo el mundo sabía que era uno de los mejores jugadores del torneo. Ni siquiera tenía la certeza de si había algún ojeador en la grada. Estúpido, se repetía, una y otra vez, eres un estúpido narcisista y egoísta.

No, no eres un estúpido, Nico, observa con otro prisma. Cuando lo pensaba con detenimiento, dejando la autocompasión a un lado, la culpa no era solo suya, si no del resto del universo que orbitaba a su alrededor: era de su entrenador por haberle sacado a jugar tantos minutos sabiendo que era la estrella, no le había cuidado lo suficiente; también los compañeros tenían parte de culpa por no haberse esforzado más en su labor de gregarios; de sus padres por no haber acudido a ni un solo partido durante la temporada pasada y no apoyarle en su sueño baloncestístico; de sus amigos por incitarle a salir la noche anterior —consecuencia de lo cual se presentó resacoso al encuentro—. Sí, él no era ningún estúpido, era confiado y simplemente se había dejado llevar por las circunstancias —como casi siempre—, había confiado en su gente y le habían fallado. En definitiva, los astros se habían alineado en su contra para dejarlo postrado e inválido por una temporada. Hasta su madre había tenido que ayudarlo a ducharse las primeras veces, como si fuera un viejo decrepito.

Mientras más lo pensaba, más convencido estaba de que no era el culpable de su situación, sino una víctima de las circunstancias.

## CAPÍTULO 3

Instagram, Twitter, Facebook y YouTube, lo conectaban con la realidad, o lo que quedaba de ella. Y WhatsApp, por supuesto. Pero no siempre había sido así.

Nico fue uno de los bichos raros de la clase que no tuvo *smartphone* ni perfil oficial en la red de Mark Elliot Zuckerberg hasta el curso anterior, que era como decir que había permanecido invisible para una gran parte del mundo conocido hasta esa fecha. Sus padres se pusieron de acuerdo en ese tema, precisamente en ese, y aguantaron la presión sin altibajos hasta su décimo sexto cumpleaños.

Durante mucho tiempo vivió en una especie de ostracismo digital —sentía

a diario el soplo en el cogote del resto de sus congéneres y sus risas; sin alcanzar el grado de marginado, pero casi—, observando como la mayor parte de amigos y compañeros se relacionaban a través de aplicaciones, aun ocupando el mismo espacio vital.

Naturalmente, de vez en cuando participaba de sus extraños rituales y sonreía tontamente cuando le mostraban los memes que circulaban por la red. En cierto modo, fue un lastre, pero, también, una prueba de fuego para testar sus habilidades de supervivencia en un ecosistema que se tornaba cada vez más hostil con aquellos que no bebían de la misma fuente que los demás.

No hay que olvidar que había chavales que eran auténticos profesionales de la materia y que llevaban desde los nueve o diez años embebidos en las redes sociales con la aquiescencia y complicidad de sus progenitores.

Nico pasó la prueba, a duras penas, fue una etapa difícil, pero la pasó. Si había que definir a Nico con una palabra, esa era superviviente, siempre se adaptaba y salía a flote, costase lo que costase.

También hay que decir que, como desde pequeñito había sido catalogado de espécimen friki, a nadie le llamó la atención —más de la cuenta— que no tuviera presencia virtual. La peor parte se la llevaron otros, desde luego. A veces se acordaba de Hugo, el niño que tuvo que cambiar de colegio por el *bullying* al que le sometían sus compañeros a diario, y se le revolvían las tripas.

En cierto modo, Hugo había sido una especie de escudo protector al que desviar las miradas y los comentarios del resto. Quizás si él no hubiese estado allí... las tornas hubieran cambiado, hacia él. Casi fue peor el remedio que la enfermedad. El hecho de que sus padres le comprasen un móvil —con la esperanza de que como por arte de magia transmutase—, se convirtió en una especie de catalizador de la catástrofe. De esa forma tan inocente y bienintencionada, el acoso pasó de ser de ocho a tres a 24x7, sin límite de espacio ni de tiempo. Hugo terminó implosionando: lo tuvieron que internar por un ataque de ansiedad y medicarlo hasta las cejas. O eso se rumoreó.

Lo peor, fue que todo el mundo intentó taparlo, colegio, profesores, compañeros, padres, administración, nadie quería cargar con el mochuelo. ¿Qué habría sido de él? Le había perdido la pista por completo. Se convirtió en una especie de leyenda urbana, en la que cada cual cargaba con su parte de verdad o se la inventaba aligerando su peso. Corrieron comentarios e historias de toda índole, la que más fuerza cobró fue que se mudó a Madrid, buscando un poco de oxígeno, pero nadie lo sabía con certeza. Cuando se marchó fue como si nunca hubiera estado, muchos se sintieron aliviados.

Una pena, un buen tipo ese Hugo. Estuvo a punto de entrar en el Club de los Cuatro, pero no hubo quórum.

Si no estás en Facebook, no eres nadie, no existes, tío, le decían en aquella época una y otra vez sus amigos, dentro y fuera de la clase. Tienes que

convencer a tus padres. Tarea harto imposible cuando se ponían de acuerdo en algo. No obstante, a pesar de todas las adversidades, Nico consiguió existir sin Facebook e Instagram. El caso Hugo ayudó bastante a rebajar el nivel de tensión, al menos había servido para algo, pensaba con un regusto amargo.

La conciencia siempre le remordía cuando se acordaba de él. Tenía una mirada triste y oscura, como un pozo sin fondo. ¿Podría haber hecho más por ayudarle? ¿Realmente hizo algo o se comportó como un cobarde igual que el resto? Fue hace mucho tiempo, todos los recuerdos resultaban vagos y confusos. Venga, déjalo ya, se decía cuando aparecían los fantasmas, pasó y pasó.

Durante esa época, ajeno a las tribulaciones de sus compañeros, inmersos en su propio laberinto virtual, no le quedaba otra que centrarse en otras facetas para no perder la cabeza. Y lo hizo por este orden: en el baloncesto; en aprobar las asignaturas con nota; en la música; y en el cine —su madre tenía una colección de vinilos y CD's de los ochenta y noventa, y una amplia base de datos de películas de todo tipo—; y también en alguna que otra chica que hacía volar su imaginación en un convulso universo de amores platónicos. Por ello, cuando sus padres le regalaron un smartphone y le dieron permiso para abrir oficialmente su perfil de Facebook e Instagram, tampoco le supuso un gran salto cualitativo. Fue un hito que no alteró demasiado su rutina, lo justo para que no fuera declarado oficialmente el mayor friki de la historia del

instituto. Se había acostumbrado a vivir en analógico, y no le había ido mal del todo. Echaba un vistazo de vez en cuando a sus redes sociales y compartía alguna foto haciendo el chorra con el resto de la panda, pero tampoco era un obseso. Aunque, exteriormente aparentase lo contrario para integrarse en la manada, interiormente pasaba un poco del tema.

Pero, ahora... todo había cambiado. Ya no tenía al baloncesto como válvula de escape, tenía tiempo a espuestas, tiempo que pasaba en soledad.

Nico se alzó sobre las muletas, miró hacia abajo desde su nueva altura y pensó que para las hormigas ocultas en la hierba él sería, si tuvieran una conciencia parecida a la suya, Dios. Durante el último año había crecido ocho centímetros hasta el metro ochenta y tres, fruto de fuerzas materiales, aún más ocultas, ejercidas sobre él. Había dado el último estirón y ya no crecería más, lo intuía, esa sería su talla hasta que comenzase a encorvarse. Miró hacia el objetivo de la cámara y con una media sonrisa llena de aristas, esperó a que finalizase la cuenta atrás. La foto había salido bien, quizás demasiada luz entrando por la ventana; mostraba a un adolescente de rasgos afilados, alto y delgado, bien parecido, de ojos grises y una mirada profunda. Colgó la foto en Instagram y de inmediato llegaron los primeros sonidos, los primeros me gusta. La gente no se había olvidado de él.

Dio un rápido vistazo, como no, Valeria y sus amigas habían sido las

primeras en compartir la foto y en poner un comentario, después, el resto de sus acólitos. Valeria era su ex, o algo parecido. Ante la estupefacción de sus amigos, la había dejado justo antes de comenzar el verano y, aunque casi nadie lo sabía, se habían enrollado en las fiestas de agosto. Valeria estaba saliendo con un compañero del equipo de baloncesto, un buen tío que había dado con la chica equivocada, pensaba cuando le venía a la mente aquella noche, para consolarse de remordimientos. Si ella quería, qué podía hacer él, ambos eran adolescentes con sus cuerpos y su naturaleza en plena ebullición.

En apariencia era la chica perfecta: rubia, ojos aguamarina, alta, fémures kilométricos, buena estudiante y mejor deportista, con una sonrisa que podía iluminar una habitación a oscuras. Pero, si escarbabas un poco, y Nico lo había hecho, encontrabas a un ser egoísta y manipulador que quería ser el centro del universo a toda costa. En cierto modo le recordaba a la Lolita maquiavélica de Nabokov y Kubrick. Tenía demasiados claroscuros, ángel de día, demonio de noche. A veces, irresistiblemente encantadora y otras... mejor no pensarlo.

Habían sido la pareja de moda, durante unos meses acapararon con sus poses la mayor parte de los muros y chats del universo virtual del instituto. Él era un activo en alza, un valor seguro para afianzar la posición de Valeria en su reinado adolescente y dar el salto a la universidad con toda la confianza del mundo.

Durante sus primeros quince años, Nico había pasado completamente desapercibido para el sexo femenino, pero desde que pegó el segundo estirón y comenzó a despuntar en el equipo de baloncesto, la cosa cambió drásticamente, como de la noche al día le llegaban ofertas e insinuaciones para todos los gustos y colores. Él había rechazado todas las relaciones serias, la mayoría habían quedado en rolletes de unas semanas que terminaron con varios corazones rotos. Su errática trayectoria amorosa, unida a su carácter introvertido y taciturno, le había granjeado cierta fama de rebelde e iconoclasta para algunos, y de bicho raro para otros. El caso es que, poco a poco, fue subiendo escalafones en la pirámide trófica hasta convertirse en un trofeo de caza mayor, entrando en el punto de mira de Valeria.

Cuando Valeria se acercó a él con esa sonrisa inocente y dulce, y le dijo que tenía una mirada triste como la de Edward Cullen se sintió apabullado y descontrolado, le subieron los colores y supo que no podría resistirse a sus encantos. Cayó, como habían caído todos antes que Nico. Solo que él se dio cuenta a tiempo de cómo era ella realmente, debajo de todas sus múltiples capas había una persona acomplexada, insegura y, por momentos, con algún grado de bipolaridad. Lo cual, reconocía que tenía su punto, pero no era para él.

Nico estaba enamorado desde que era un niño de diez años. Desde el momento en que entró en su vida, se convirtió en un fiel devoto de su canguro,

Eva, a la que idolatraba de un modo casi enfermizo. Como Valeria hacía con él, pensaba con ironía en sus mejores momentos de lucidez.

Ese estado de enamoramiento perpetuo, plagado de subterfugios y de ejercicios de autoengaño, hacía que Valeria, ni ninguna otra, tuvieran oportunidad alguna de entrar en el corazón de Nico. Se trataba de un coto vedado.

La tarde que cortaron, fue un shock para Valeria. Quedó petrificada, no se lo podía creer, nunca antes le había pasado y no supo exactamente cómo reaccionar. Al principio, creyó que le gastaba una broma cruel y, después, cuando se dio cuenta de la situación, comenzó a sollozar y preguntarle el por qué.

—Lo nuestro no tiene futuro, Valeria —le dijo en un tono tierno, mientras caminaban por la senda del río—. Somos muy diferentes el uno del otro.

—Puedo cambiar, ¿qué es lo que no te gusta de mí? —preguntó con ojos suplicantes—. Puedo ser lo que tú quieras que sea.

—No se trata de eso, Valeria.

—Hay otra, ¿verdad? —Nico negó con la cabeza—. Solo quiero saberlo. ¿Quién es? Juro por Dios que... —amenazó adoptando una pose angustiada, melodramática, que a Nico le recordó al personaje enlatado de una actriz secundaria de serie de televisión americana.

Hubo un silencio incómodo. De fondo, se oía el rumor del agua del río que caía en una pequeña cascada, formando una espuma blanquecina al pie del viejo molino. En otra época había funcionado como una pequeña central hidroeléctrica y ahora estaba medio derruido, lleno de desconchones, pintadas y grafitis.

Olía a río viejo, a agua sucia y estancada.

—Valeria, me gustas como... como... amiga —Llegados a ese punto sin retorno, a Nico no le quedó otro remedio que salir por la tangente, utilizando ese tópico tan manido. La palabra resonó en los oídos de Valeria cambiándole la expresión, contrayendo sus músculos faciales. Cuando se enfurecía parecía otra persona, y asustaba—. Eres demasiado perfecta para mí, piénsalo fríamente. Te mereces alguien mejor que yo.

—No me vengas con esas... Lo de ayer no era cosa precisamente de amigos, ni de pensarlo fríamente, te acuerdas, ¿no? —dijo dándole un apretón en sus partes que cogió a Nico por sorpresa—. ¿Qué pasaría si ahora grito que me quieres violar? ¿Y si voy a la policía y les cuento que ayer me llevaste a tu cuarto con la excusa de estudiar juntos y que te propasaste en contra de mi voluntad? ¿A quién creerían? Piénsalo fríamente.

Ahora fue Nico el que cambió la expresión de su rostro. No respondió a las preguntas que le hacía Valeria. Sabía que dijese lo que dijese se cabrearía aún más y era muy capaz de cumplir sus amenazas. De pronto, ella empezó a

reír a carcajada limpia, como una auténtica lunática.

A ver lo que viene ahora, pensó Nico. Un regusto ácido y amargo le subió por el esófago. Observó a su alrededor y no había nadie cerca, estaban solos en la senda, en las inmediaciones del puente de San Martín y anochecía. No había testigos, solo un enjambre de mosquitos que salían de la ribera maloliente del Tajo.

—Mírate —le espetó despectivamente manteniendo una sonrisa diabólica—. Das pena, quizás tengas razón y no seas lo suficientemente bueno para mí.

Nico permanecía impasible, aunque por dentro estaba deseando salir por patas, si le daba por decir alguna locura se armaría un buen lío. En ese momento se sintió abrumado, como si no fuera dueño de su destino, como una marioneta movida por hilos invisibles. A veces le parecía que Valeria pertenecía a esa clase de mujeres, mitad humanas mitad diosas del Olimpo, que van siempre un paso por delante en la partida jugando con las cartas marcadas y con unas reglas que un simple mortal como él ni por asomo acierta a vislumbrar.

—Una cosa te digo, a mí nadie me ha dejado todavía, ni me dejará — señaló Valeria con un punto de soberbia—. Nos vemos en el insti, *honey*. Esto todavía no ha acabado.

Él se quedó de pie, sin decir nada, mirando como se iba por el camino, contoneando sus caderas, como si estuviera desfilando en una pasarela de

modelos. Ella nunca perdía su glamour.

Tenía razón con eso de que no había acabado. Al día siguiente todo el mundo se enteró de que ya no estaban juntos, pero Valeria hizo de las suyas: dejó entrever que ella lo había dejado porque padecía ciertas disfunciones eréctiles. El rumor corrió como la pólvora y Nico fue objeto de toda clase de *memes*, chanzas y comentarios de mal gusto. Para eso estaban las redes, para lo bueno y para lo malo eran el radio macuto del siglo XXI. Medio Toledo se reía de él a sus espaldas, cualquiera, en cualquier lugar y a cualquier hora podía opinar sobre el tema, hacer un chiste o subir una foto de Nico retocada. Y todo quedaba registrado por los tiempos de los tiempos.

Afortunadamente, el chaparrón solo duró seis días, concretamente hasta el siguiente lunes. Una bomba explotó de lleno, sin avisar, y su onda expansiva anuló por completo lo suyo con Valeria. Unos canallas de la clase de al lado compartieron un vídeo casero bastante *hot*: unas imágenes subidas de tono de una fiesta donde dos chicas de segundo, desnudas de cintura para arriba y con evidentes signos de tener alterada su conciencia, bailaban y se movían en un trance psicodélico adoptando una infinidad de posturas atrevidas, muchas de ellas rozando la obscenidad. Al final del vídeo aparecían los chacales riendo, orgullosos de su hazaña, besándolas y metiéndoles mano. Para eso estaban las redes sociales, para lo bueno y para lo malo. Se armó un enorme revuelo, una marejada que terminó en el juzgado y en los medios de comunicación, como

otro caso de abuso en manada.

En el vídeo se apreciaba claramente quién era quién. Los padres de las víctimas interpusieron una denuncia y las chicas, de familia bien, fueron trasladadas a institutos privados en otras ciudades, donde, con un poco de suerte, nadie las reconocería. Los cinco canallas, productores, guionistas y coprotagonistas del vídeo, fueron expulsados del centro de forma cautelar y esperaban el requerimiento del juzgado. Como todos eran menores, no se esperaba que la sentencia fuera gran cosa. No obstante, se estaba librando un juicio paralelo, popular y mediático, en la calle y en diferentes tertulias y debates, con opiniones para todos los gustos.

El tiempo pasó, el curso llegó a su fin y Valeria comenzó a acosar a Nico enviándole wasaps a todas horas, aun saliendo con otro chico. En el instituto ni se miraban ni se hablaban, pero al finalizar las clases, Valeria desocupaba su mente y comenzaba el aluvión de mensajes.

Al principio, contestaba cortésmente y de forma educada, pero lo único que conseguía era avivar más el fuego, un fuego salvaje que podía desatar un incendio de consecuencias imprevisibles. Decidió que lo mejor era dejarlo correr y silenció el número. De vez en cuando los leía, y los borraba con la cautela propia de quien desconecta un explosivo que sabe que lo puede cercenar en mil pedazos.

En ocasiones le decía que lo amaba por encima de todas las cosas, que siempre sería suya y que lo esperaría, otras veces lo maldecía y le decía que lo odiaba a muerte conminándolo a pudrirse en el infierno. Ángel y demonio al mismo tiempo. Valeria había dado un paso más en su obsesión con Nico.

En las fiestas de agosto, la cosa se complicó aún más. Nico llevaba unos meses de abstinencia —en gran parte provocada por Valeria y sus mentiras—, y, la última noche de las Perseidas, cayó rendido a sus encantos en un concierto de MClan al que ninguno prestaba demasiada atención. En su defensa, después diría en el Club de los Cuatro que estaba bebido, pero no era del todo cierto.

Cuando la vio acercarse con esa mirada de animal salvaje y esos labios color carmesí, delgados y carnosos a la vez, la deseó con todas sus fuerzas. Apenas se fijó en sus ajustados vaqueros y en su top magenta de cordoncillo que le quedaba corto, al mismo tiempo más abajo y más arriba de lo que debiera. Era imposible que los pasadores de plástico azul le estiraran el pelo brillante aún más hacia atrás; el borde ondulado de su oreja derecha estaba cubierto de una hilera de pequeños pendientes de plata. Y su piel, blanca y tersa, cubierta por lunares en una proporción áurea le confería un aspecto de princesa salida de un cuento de hadas. Nico pensó en ella como en la

reencarnación de la diosa Afrodita.

*La dulce niña Carolina, no tiene edad para hacer el amor, su madre la estará buscando...*, se oía la potente y rugosa voz del cantante de fondo. Pero Valeria no era Carolina, para suerte o desgracia de Nico. Imaginaba su cuerpo suave, más oscuro que la vainilla, pero más pálido que la leche, y su olor a fresas del bosque, lo empalagaba. Valeria se empeñó en quedarse muy cerca de él acariciándole el dorso de la mano y susurrándole al oído. En ese momento se dio por perdido. Que pase lo que tenga que pasar, pensó turbado.

Tras unos breves escauceos en el aparcamiento del recinto, terminaron en su casa, Erika estaba de guardia en el hospital y no llegaría hasta el mediodía siguiente. Tenían toda la intimidad que necesitaban.

Fue un punto de inflexión inesperado y desconcertante en su peculiar relación de amor odio, así era ella. A partir ese día, Valeria dejó de acosarle y comenzó a comportarse como una persona medianamente normal, con sus altibajos. Por momentos, incluso como una amiga: hacía de alcahueta e intentaba presentarle a posibles pretendientas que se pudiesen adaptar a Nico. Quién mejor que yo para asesorarte, Nico, le decía. En cierto modo, actuaba como si nada hubiera pasado, lo cual escamaba y conturbaba a Nico a partes iguales.

Al comentar la jugada con su mejor amigo, Charlie, un aficionado de la filosofía y de la psicología barata, llegó rápidamente a la conclusión, —

parafraseando a Freud—, de que todo el problema le venía porque había sufrido algún trauma sexual de pequeña. Nico se decantaba más por la hipótesis de la bipolaridad, era consciente que existía en ella una voz que negaba su esencia dentro de otra que la afirmaba, lo que no tenía claro era la naturaleza de la misma.

## CAPÍTULO 4

Valeria estaba haciendo pellas junto con sus tres amigas y la pandilla de Manu, su nuevo novio. Se encontraban a un nivel superior al resto, por encima del bien y del mal. No tenían ningún tipo de pudor en subir las fotos a Instagram y airearlo a los cuatro vientos —como hacía cuando salía con él—.

Ahí los tienes, riendo, fumando y bebiendo en el parque. Pobre infeliz este Manu, pensaba Nico, recordando algunas fotografías subidas de tono que aún recibía de Valeria en las noches que se pasaba con la bebida y los porros.

—Es la ostia esta tía. Al día siguiente es como si nada —le dijo a Charlie. Era la única persona a la que le había contado la verdad sobre Valeria, incluido su *affaire* del mes pasado—. No he visto cosa igual.

—Tú mismo alimentas el fuego. Ya te lo he dicho muchas veces, tienes que

dejarla, del todo.

Charlie estaba en la cama de Nico, tendido boca arriba, leyendo un cómic de Spiderman. Bostezaba de vez en cuando. Llevaba el pelo largo, suelto, negro como el carbón, a la altura de los omoplatos. Su tez morena y la nariz aguileña le conferían un aspecto exótico. Si vistiese con chilaba y turbante podría pasar perfectamente por un príncipe beduino.

—No pude evitarlo —dijo Nico mientras estiraba la pierna sentado en el sillón amarillo chillón que se había subido del salón—. La carne es débil.

Ambos soltaron una risotada estridente de hiena macho.

—Toda acción tiene una reacción, Nico, es una ley física... Y lo sabes —replicó apuntándolo con el dedo. Sus ojos eran negros y profundos, y siempre parecían saber lo que estabas pensando—. ¿Me dejas ver alguna?

Nico se lo pensó durante unos segundos.

—Prepárate, que va a ser rápido...

Buscó una foto en el móvil y se la enseñó, y después otra y otra.

—Joder, como está la tía —dijo salivando mientras Nico iba pasando imágenes desde el sillón a ritmo de metralleta—. Envíame alguna.

—Eres un degenerado, tío.

—Mira quien fue a hablar. Ya sabes... La literatura te abre la mente y la obscenidad te ata a la realidad como si tuvieras un saco lleno de piedras a tu espalda.

De nuevo risas.

—Ahora mismo las borro, que como caigan en malas manos... —dejó caer apuntándole con la muleta.

—Tienes la suerte por castigo. Si yo fuera tú, ahora mismo estaría con Valeria tumbado en el diván, analizando su variopinta psique... y contando sus lunares.

—Menos mal que no eres yo, sobre todo para ella —bromeó Nico negando con la cabeza.

Charlie era como un hermano para él, se conocían desde primaria y vivía en el bloque de enfrente. Siempre habían compartido secretos y confidencias. Pasaban tanto tiempo juntos que, a menudo, la gente les cambiaba de nombre y muchos creían que eran verdaderos hermanos carnales.

Aunque durante una época se distanciaron y cada uno tiró por su lado, habían recuperado la amistad y todo volvía a ser como antes. Siempre es bueno tener a alguien en quien confiar, Nico, le solía decir su madre.

—Valeria es complicada, Carlos —cuando se ponía serio Nico lo llamaba por su nombre de pila—. Quizás en eso reside parte de su encanto...

—Ya, eso díselo a Manu. No es mal tipo.

Charlie también se había puesto serio.

—Lo sé, y encima juega bien al baloncesto —replicó Nico con sorna, retornando la chanza a la conversación.

—En mi opinión, la chica más linda es la más loca. Lo que te hace una demente... Una loca de remate...

Ambos rieron al unísono. Nico no quería hacer ningún chiste fácil, apreciaba a Manu, aunque no lo suficiente como para no ponerle los cuernos, pensó con amargura.

—Pues se la has metido de tres, y todavía no se ha enterado. Valeria está colada por ti, por muy bipolar que sea, no puede ser para tanto, y además... está como un queso. ¿Quién en su sano juicio no estaría con ella? No hace falta que contestes...

Se tomó su tiempo, de nuevo esa mirada perdida en algún punto del techo. Charlie lo siguió, pero no vio nada allí donde él posaba sus pensamientos.

—Para mí es un puzle demasiado complejo, un cubo de Rubik que no puedo resolver —suspiró.

—Siempre se te dieron bien esos juegos —apuntó Charlie con un puntito de malicia, quería seguir picando un poco a su amigo para sacarlo del ostracismo en que se encontraba desde la lesión—. A veces te pareces a Peter Parker, siempre atormentado salvando al mundo, escondiendo un oscuro secreto.

—Demasiado complicada —atajó Nico.

—¿Por eso no estás con ella? ¿Porque es complicada? ¿Te has mirado el ombligo? Todos los *millenials* somos complicados, no me hagas reír. La mayoría de nosotros tenemos problemas de autoestima, autocontrol y

autocomplacencia; no acatamos las normas, nos pasamos horas interactuando con el móvil, aun cohabitando en el mismo espacio a unos metros de distancia; y nuestras familias están desestructuradas, aunque nuestros padres no lo sepan. Y pasamos más tiempo en el mundo virtual que en el real. No me digas que tú no, te has pasado media vida jugando al Warcraft, conmigo a tu lado, joder, ¿demasiado complicada? Nacimos en el siglo XXI, un mundo complicado, de locos, y nosotros los que más. ¿Conoces a alguien que no haya ido a la orientadora? Con los dedos de las manos. Nico, a mí no me engañas —rio por lo bajini, enseñando unos dientes blancos e immaculados. Le tiró el cómic a la cara, pero Nico haciendo gala de sus reflejos de gato, lo cazó al vuelo—. Tu Mary Jane Watson... No es Valeria es...

Cuando quería, Charlie era el centro de atención y sabía cómo llevarlo. Era cierto que tenía una marcada vena irónica y que solían tacharlo de estar un poco salido, pero, en esencia, era una persona amable y justa. Cuando se juntaban los Cuatro, hablaba y bromeaba con todos, y cuando había alguien nuevo, intentaba que no se sintiera marginado de la conversación. Si alguien permanecía largo rato en silencio, sabía cómo sacarle las palabras y una sonrisa. Poseía un sexto sentido para graduar, en cada instante, la atmósfera del lugar y adaptarse a ella. Además, tenía el talento de sacar a relucir las partes interesantes de la charla de un interlocutor que no lo era especialmente. Y cuando uno hablaba con él, tenía la impresión de ser una persona diferente a

la que le ocurrían cosas interesantísimas. Charlie era un tipo con carisma, aunque a Nico le costaba reconocerlo, a veces se sentía celoso de sus habilidades sociales que, con el tiempo, se potenciaban cada vez más, al contrario que las suyas.

—Ni lo menciones —gruñó Nico—. No estoy para tus bromitas.

—No me jodas, Nico. Sigues colado por ella. —No respondió. Su silencio le otorgó la razón a Charlie—. Mejor que te olvides, es tres años mayor que tú y va a la Complutense... y con lo buena que está...

—Calla joder, ya lo sé, no hace falta que me lo restriegues.

—Vaya favor que te hicieron, contratándola de canguro... ¿Sabes algo de ella?

—No mucho —graznó.

—¿No mucho? Eso es difícil hoy en día. ¿No tiene Facebook ni Instagram?

—Que yo sepa... Facebook —replicó Nico.

—¿Y no sois amigos? —inquirió Charlie metiendo el dedo en la llaga sin malicia.

—No —respondió lacónico estirando un brazo y haciendo girar la bola del mundo que había encima de la mesa de su escritorio.

—¿Por qué?

—No me ha aceptado la solicitud. Lleva ahí un par de años muerta de risa.

—Mala señal, o te cree un pringado o te cree un crío. Las dos cosas son

muy malas.

—Ya, a cuál peor —respondió.

—Créate un perfil falso... —propuso entusiasta—, coges fotos de alguien de su edad más o menos, atractivo e interesante, de otro país, por ejemplo, Australia... Y prueba suerte, a ver qué pasa. Ahora que tienes tiempo... — Charlie se levantó y se desperezó estirando piernas y brazos. Era un poco más bajo que Nico, y más delgado y fibroso, aunque hacía poco deporte, se mantenía en forma. Abrió la ventana de la buhardilla—. Esto necesita ventilación, huele como una pocilga.

—Quizás lo haga... —aventuró Nico pensativo—. Gracias por el consejo, te las sabes todas...

—No me las des aún, vamos a crear ese perfil falso... y *Carpe Diem*.

—¿Tú tienes uno?

—Cada maestrillo tiene su librillo —dijo Charlie poniendo cara de póker—. A ver, enséñame el Facebook de Eva.

Nico abrió la aplicación en el móvil y fue directo a la sección de solicitudes amistad pendientes de aprobar, solo mostraba una, la de Eva. Charlie se sentó en la silla de estudio giratoria de color azul, se dio un par de vueltas silbando mientras su amigo miraba la pantalla embelesado, finalmente se impulsó hacia donde estaba Nico y le quitó el aparato de las manos.

—Menudo pepino de móvil tienes, eso de ser hijo único y de padres

separados no está nada mal, a ver... —Deslizó el dedo pulgar hacia arriba y hacia abajo escrutando la pantalla—. Una chica hermética como tú, su foto de perfil no está nada mal, ¿eh? Primer plano, pelo corto, a lo garzón, ojos verdes como esmeraldas, labios carnosos de un *rouge* natural, nariz respingona, lunar en la mejilla, pómulos salientes... una estructura ósea perfecta, piel lechosa, me gusta esta chica... —afirmó elocuente guiñándole el ojo—. Es como una versión de andar por casa de la generala Artemisa, la de la peli de 300. No me extrañaría que ese póster lo hubieses comprado por ella... —Apuntó con el dedo a una lámina de la película *300. Rise of an Empire*, en la que aparecía su protagonista femenina empuñando un arco con una mirada llena de odio.

—No te pases, Carlos —le advirtió Nico medio en broma medio en serio. No le gustó un pelo la mirada libidinosa de su amigo, observaba la foto de Eva como si despidiera un halo mágico.

Todo lo concerniente a Eva lo ponía nervioso, como si removieran un enjambre de avispas dentro de su bajo vientre. Ella era su amor platónico desde que cumplió diez primaveras, ¿el problema? que tenía tres años más que él y había sido su canguro durante cinco

—Es broma, hombre —concedió Nico—, continúa con tu análisis *freudiano*.

Recordaba perfectamente la primera vez que la vio, con el pelo largo y suelto con esa sonrisa fácil asintiendo en el sofá mientras escuchaba las

indicaciones de su madre. Habla poco, come de todo, le gustan las pelis de los ochenta, Goonies, ET, Indiana Jones, Star Wars... Él la miraba embobado, aún no sabía ni lo que era el amor ni quién era Platón, pero intuía que estaba delante de un ser sobrenatural, capaz de inducir que su corazón se acelerase y su temperatura subiera sin freno cuando sonreía. Con el tiempo había aprendido a controlarse y a enmascarar los síntomas, solo un poco.

—¿Seguro? Cuando miras así, asustas. Yo me voy... esta información vale oro —dijo Charlie en modo irónico resoplando.

—Seguro —respondió Nico consciente de las intenciones de Charlie. Alargó el brazo y le dio con la muleta en la cabeza—. Venga, mala pécora.

Ambos rieron de esa forma tan tonta que provoca solo la amistad entre adolescentes.

—¿Fotos? Solo tres fotos... qué sospechosa, me parece que oculta algo...

—La primera, con el pelo mojado subiendo a un bote neumático, embutida dentro de un traje de neopreno, a lo Viuda Negra. —Nico hablaba con los ojos cerrados. Charlie lo miró enarcando una ceja y sonriendo maquiavélicamente—. La segunda, una foto con su bata de prácticas, concentrada, observando algún lacto bacilo con un microscopio; y la tercera, una grupal, sentados alrededor de una mesa: todos aparecen sonrientes y algo bebidos, ella abrazada a un tipo que debe ser casi diez años mayor que yo —terminó con un deje de rabia, escupiendo las sílabas.

—Te lo sabes de memoria. La has mirado muchas veces, colega.

—Demasiadas... ese es el problema.

—Ya veo. Estás realmente colgado por Eva, *Ad pedem litterae*. —A Charlie le gustaba abusar de su escaso conocimiento del latín, como si eso le diera más caché a su discurso—; he de reconocer que si hubiera sido mi canguro yo también lo estaría, pero, para bien o para mal, tengo dos hermanos mayores... Y, si Valeria no ha podido quitártela de la cabeza, estás también realmente jodido, muy jodido.

—Gracias por tu franqueza, siempre es un alivio tener amigos como tú — dijo Nico con una media sonrisa.

—Mejor que te digan la verdad de vez en cuando, ¿no? —Charlie dio otra vuelta completa sobre el eje de la silla—. Como mola tu silla, me voy a pedir una para mi cumpleaños.

—Mejor... dime algo que no sepa.

—Veamos, que más hay por aquí, querido Watson... tiene capadas las publicaciones y también los amigos, no podemos ver con quien se relaciona en Matrix, pero sí podemos saber con cuantos, treinta y nueve...

—Amigos íntimos y familia.

—Puede ser... y tú no eres ni lo uno ni lo otro, una pena, canijo.

—Mira quién fue hablar, Conan el Bárbaro —replicó Nico pinchándole otra vez con la punta de la muleta.

—A ver qué pone en la información. —Charlie hizo una pausa y continuó—  
Únicamente que vive en Madrid y que estudia química. Aficiones, leer, buceo,  
la montaña y las películas clásicas. Música, The Cure, Pulp, Planetas... Umm,  
nada de Operación Triunfo, ni de Alfred y Amaya, o de Adele o Kate Perry.  
Libros, Los Hombres que no amaban a las mujeres, Los perros duros no  
bailan, ¿Sueñan los Androides con ovejas eléctricas?... Me gusta esta chica, es  
casi tan friki como tú.

—Como nosotros querrás decir.

—Yo tengo gustos normales en cuanto a música y películas.

—Tus hermanos no te educaron bien.

—Será que no tengo una madre cultureta como la tuya. La mía ya tiene  
bastante con cuidar de su prole...

—Sí, eso hace mucho daño —bromeó Nico—. ¿Qué haces?

—Estoy repasando tu perfil y veo que estás como una puta cabra. ¿Lo  
tienes también capado? ¿Verdad? —Nico asintió levemente esbozando una  
leve sonrisa nerviosa—. Tienes 39 amigos también, y pones casi la misma  
música, películas y libros que ella. ¿Qué pretendes, asustarla o qué? Eres un  
maldito tarado...

—¿Qué pasa? ¿No dicen que la cultura murió con el siglo XX?

—Anda, vamos a actualizar esto, esperemos que no haya indagado mucho  
en tu Facebook... *Ars longa, vita brevis* —recitó—. Estás bien jodido, amigo...

—Dime algo que no sepa.

## CAPÍTULO 5

Los pasillos del instituto huelen a perfume y a efluvios corporales, a chicle y a la comida de la cafetería, a ropa: a algodón y lana, a los materiales sintéticos de las zapatillas deportivas recalentadas por carne joven. Nico observa a un lado y a otro, está solo. De repente, un bullicio, un ruido estridente. Entre clase y clase se produce una alborotada agitación, los alumnos salen a estirar las piernas y a relajar la mente. Hace un bochorno casi insoportable. El ruido se tensa sobre una violencia subyacente, apenas contenida. Nadie lo ve o, al menos, nadie parece reparar en él. Poco a poco,

observa como los alumnos regresan a sus jaulas y los profesores cierran las puertas con llave con una sonrisa sardónica. La última en entrar es ella, va agarrada de la cintura de alguien, le resulta familiar, pero no logra identificarlo. Ella lo mira relamiéndose con la punta de la lengua. Después se oyen gritos ahogados, no sabe si de placer o de dolor. Silencio. Risas guturales y jadeos.

Al fondo se ve aparecer una franja luminosa, una puerta que se abre dejando entrar una luz nívea, una claridad casi deslumbrante. Una silueta se recorta, un olor a frutas del bosque inunda sus fosas nasales, sabe quién es sin verla. Eva. ¡Corre! ¡Escapa! ¡Ven conmigo! Le grita. Tira las muletas y corre hacia ella con una leve cojera, intenta hablar, decirle que lo espere, pero no puede. La puerta comienza a ondularse, expandiéndose y contrayéndose en lentos movimientos peristálticos. Al tiempo, su apariencia se hace más orgánica, más blanda, hinchada y maleable. Se apoya en su pierna mala, no le duele, cierra los ojos y da un salto, enorme, de varios metros. Nota algo blandito. Cuando los abre siente que tiene los pies mojados. Se encuentra en una playa desierta de arena fina rodeada de acantilados y pinares que llegan hasta la orilla del mar.

Ella está allí desnuda, unos metros más adentro, le hace un gesto con la

mano para que la siga. Nico se quita la ropa a trompicones, su pulso ha subido, y su pene está erecto como un monolito. Se sumerge en el punto donde ella lo ha hecho. Desciende unos metros, la luz del sol ilumina el fondo hasta hacerlo transparente, pronto se ve rodeado de un enjambre de peces de diferentes tamaños y formas, azules, morados, verdes, con rayas blancas y negras. Todos parecen mirarlo y querer decirle algo, pero no logra descifrarlo. Por el rabillo del ojo la ve nadando como si nada. Consigue salir del banco de peces y bucea hacia el interior de una caverna iluminada en parte por los rayos del sol, las paredes están tapizadas de pequeños corales naranjas, amarillos y rojos, sobre los que hay enormes nudibranquios de diez centímetros de largo. Da unas brazadas y llega al final de la cueva. No hay más que corales y nudibranquios, y ella no está allí. Intenta respirar, pero no puede, algo le oprime el pecho; se da cuenta de que le falta el aire, hasta ese momento no lo había notado. Al espirar la última burbuja de oxígeno, cierra los ojos, esperando que el agua inunde sus pulmones. Va morir allí, solo, perdido en mitad de la nada. Siente que alguien lo abraza y se enrosca a él. Dos ojos azul aguamarina, lo observan fijamente con una expresión divertida. Atrae su cabeza hacia ella y lo besa. Súbitamente, una bocanada de aire fresco penetra en sus alveolos insuflando vida. Valeria.

Nico abrió los ojos, con el corazón a mil por hora, se encontraba abrazado

a la almohada, la sábana estaba empapada en sudor y otros fluidos viscosos. Había tenido un sueño húmedo, realmente extraño, como todos los que tenía últimamente. Valeria y Eva se alternaban y se transmutaban en su subconsciente sin un esfuerzo aparente, como una dicotomía en su interior que se bifurcaba en un pozo sin fondo.

La falta de ejercicio físico le estaba pasando factura. Eso y estar todo el día conectado a internet. De vez en cuando, veía algún capítulo de los Cien o de Trece Razones, pero la mayor parte del tiempo estaba enganchado al teléfono y a las redes sociales. La primera serie no estaba mal del todo, le atraía la trama posapocalíptica adolescente de factura norteamericana con reminiscencias del Señor de las moscas; la segunda, se la había recomendado su madre —con algún propósito oculto—, y le parecía una basura total. Qué sabrán estos americanos de lo que es el acoso, pensaba. Conozco a varias Hannah Baker en el instituto, pero con más pelotas. Aun así había llegado hasta la décima cinta, quizás la terminase un día de estos.

La realidad, aunque no lo reconociese del todo, era que Trece Razones le recordaba a esa época que creía que tenía olvidada por completo, pero que, de vez en cuando asomaba, como la punta de un profundo iceberg. La época en que Hugo sufrió *bullying*. El niño sobrevivía como podía, tenían sus trucos aprendidos a base de acierto y error: en el recreo procuraba salir el primero de la clase y esconderse en algún rincón del colegio hasta que sonaba la sirena

de nuevo, o intentaba colocarse a la vista de los profesores —que también eran conscientes de lo que pasaba pero intentaban minimizar el problema—; a base de complejas negociaciones forjaba alianzas con los de los cursos superiores, pero en cuanto se descuidaban recibía palos de todos los colores, y constantes insultos y vejaciones verbales, principalmente por su físico, Hugo tenía unas prominentes orejas de soplillo. Pero todo ello formaba parte de un pasado tenue y borroso en el que las caras de los otros muchachos eran ahora una imagen confusa de rostros aññados y sonrisas estúpidas o engreídas.

El aire envenenado del cuarto comenzaba a ser irrespirable. Sigilosamente, se dio la vuelta, de estar de lado pasó a tumbarse boca arriba, muy quieto, con los brazos cruzados como un fiambre expuesto en un velatorio católico. Otra vuelta, y de nuevo de lado. El tiempo, denso, transcurría muy despacio. Finalmente, Nico se levantó, cogió las muletas, se las puso debajo de las axilas y fue al baño, dando torpes saltitos, todavía no tenía bien dominada la técnica. Se miró al espejo y no se reconoció. Tenía las ojeras muy marcadas —pasaba gran parte de la noche conectado y dedicaba muy pocas horas al sueño—, se había dejado la barba larga y estaba muy chupado. Aunque no hacía ejercicio ni se movía, tampoco comía demasiado, una cosa por la otra. La apatía lo consumía por dentro y por fuera.

Oyó ruido proveniente de la cocina. Su madre acababa de llegar del

hospital y estaba preparando el desayuno antes de acostarse.

—¡Nico! ¡Ven a comer algo con tu madre, gandul! Que quiero verte y hablar contigo. —Erika tenía una voz de soprano; cuando hablaba a voces Nico pensaba que todo el vecindario se enteraba de lo que decía. Silencio—. Te he oído, sé que estás despierto, ven ahora mismo, Nicolás...

Aunque vivían bajo el mismo techo, llevaban un par de días sin verse, lo cual no era raro, dados los horarios de su trabajo y el comportamiento cada vez más huraño y esquivo de Nico. Erika solía trabajar en guardias de veinticuatro horas, y él permanecía encerrado en su guarida la mayor parte del tiempo que ella estaba en casa, para evitar fricciones. Solo asomaba el hocico cuando oía que la puerta del piso se cerraba —y casi al unísono recibía un wasap de su madre informándole que no la esperara y de que tenía comida en la nevera—.

Ella seguía insistiendo, cuando se ponía así no se daba por vencida fácilmente. Mejor no despertar a la fiera, pensó. Erika solía tener buen carácter, pero cuando se enfadaba era temible.

—¡Ya voy! —respondió Nico con desgana. Se echó un poco de agua en la cara y algo de desodorante—. No hace falta que me ayudes —añadió con un deje de ironía.

—¡Te he oído! ¡Estás cojo, no inválido! —replicó ella—. Eres veintitrés años más joven que yo, y no llevas toda la noche atendiendo a pacientes en

urgencias...

*Touché*, pensó Nico. Su madre ejercía como médico de urgencias del Hospital y, entre el gremio sanitario, tenía una reputación de trabajadora incansable. Sus pacientes la adoraban, cada dos por tres recibían por mensajería paquetes con los regalos más variopintos, como el pavo aquel que había llegado atado a una cuerda y que se había pasado varios días como inquilino preferente comiendo y defecando a su libre albedrío, hasta que fue acogido en una granja escuela de la Diputación.

El ático donde vivían era muy amplio, ubicado en la última planta de un edificio de cinco alturas de la milla de oro de la ciudad, con el tejado a dos aguas, zona ajardinada y piscina comunitaria. Constaba de tres dormitorios, cocina, dos cuartos de baño y un salón con una estupenda terraza con unas vistas privilegiadas al casco histórico. La vivienda se la quedó Erika tras el divorcio, la había comprado a medias con Miguel, este accedió a firmar los papeles a cambio de quedarse el apartamento de lujo en Calpe y de pasarle una mínima pensión para el cuidado de Nico hasta que se independizara económicamente.

Abrió la puerta de cristal esmerilado que daba a la terraza. Erika se encontraba fumando un cigarrillo, aspirando el humo, cómodamente sentada en uno de los tres sillones de mimbre, observando hacia el cielo de la ciudad con los pies apoyados sobre una pequeña escalerilla que usaba para cortar la

hiedra que subía por la pared hacia el tejado. Olía a una mezcla de tabaco y flores de jazmín, el perfume que usaba su madre.

—Estás fumando de nuevo. —Nico se limitó a constatar un hecho de forma tosca. Se acercó y observó que tenía los ojos cerrados.

—Sí —afirmó sin abrirlos—. He pasado una mala noche, cariño. Prometo dejarlo en cuanto pueda, cuando esté algo más relajada...

—Ya, igual que la otra vez —replicó él con el mismo tono arisco—. Siempre vuelves a los malos hábitos.

Aspiró una bocanada de aire antes de contestar y dio un sonoro suspiro.

—No seas muy duro conmigo, Nico. Hago lo que puedo para que podamos vivir holgadamente. Un poco de nicotina a cambio, uno o dos al día, no es para que te pongas así. Además, ¿por qué te molesta tanto?... Ya sé que de vez en cuando fumas, tu ropa apesta. —Su madre era de las que no se callaban y devolvía las bolas al instante, muy ajustadas a la línea de fondo. Abrió los ojos y le regaló una sonrisa. Ella siempre sonreía, hiciera frío o calor, lloviese o saliese sol, era una de sus virtudes—. A propósito, buenos días.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla mesándole el cabello, mirándolo de abajo hacia arriba. Nico le sacaba ya más de un palmo.

Ella tenía buen aspecto, a pesar de haber trabajado toda la noche y de haber dormido poco, pensó Nico escrutándola también de arriba a abajo. Era una mujer de estatura media, morena de piel aceitunada, de rasgos finos y con

un cuerpo menudo pero proporcionado, trabajado a base de horas de gimnasio y condimentado con una estricta dieta mediterránea. Apenas rozaba la cuarentena y saltaba a la vista que se conservaba bastante bien. Su tersa piel y su cara aniñada, de duendecillo, la hacía aparentar menos edad de la que tenía. Sus amigos le habían dicho en más de una ocasión, medio en broma medio en serio, que vivía con la MILF más adorable del barrio. Desde luego que les imponía, cuando lo visitaban se comportaban con una educación que rayaba el absurdo y no paraban de sonreír tontamente.

Nico tenía una relación muy especial con Erika —la llamaba así desde pequeño—. Había vivido solo con ella durante la mayor parte de su existencia. Para su madre, Nico era como un libro abierto, sabía lo que le pasaba con solo mirarle. Lo cual tenía sus ventajas y sus inconvenientes, claro está. Hasta ahora.

Desde su lesión, Nico había tejido una tupida crisálida impenetrable a su alrededor, y el poder de Erika para ver más allá de las formas comenzaba a difuminarse.

—Nico, me tienes preocupada —le dijo mientras daban buena cuenta del desayuno: tostadas con tomate y jamón, y un buen zumo de naranja—. Te pasas la mayor parte del día encerrado en tu habitación, prácticamente no hablas con nadie. No te da el aire, no comes... mírate, pareces un espectro.

—Sí que hablo. Estoy en contacto con mis amigos —murmuró.

—Me refiero a hablar realmente, no a través del móvil. Las amistades hay que cultivarlas, Nico. No hay nada que pueda suplantar al calor humano.

—Ya estás con tus sermones. Las cosas han cambiado, Erika. —Cuando estaba de mal humor o preocupado solía fruncir el ceño y se mordía la mejilla por dentro—, vivimos en el siglo XXI.

—No pueden haber cambiado tanto.

—Ya estuve demasiado tiempo marginado, siendo el raro al que sus padres no le compraban un móvil —reprochó tocando los resortes más débiles.

—Tampoco te ha ido tan mal.

—¡Tú que sabrás! —le espetó de malos modos, apartándose bruscamente de la mesa y haciendo aspavientos.

Su madre se terminó el zumo y encendió otro cigarrillo, retándolo con la mirada.

—Ya eres casi un hombre, Nico.

—No te pongas tan solemne.

—Si crees que te estoy sermoneando, te equivocas —replicó haciendo caso omiso del comentario—. Quizás ya no tienes edad para eso. Hay una diferencia entre dar sermones y dar consejos. Este es tu último año en el instituto, tu último año conmigo, juntos... Antes de que te des cuenta, estarás en la universidad, en Madrid, estudiando en la Complutense —Le guiñó un ojo y Nico se puso colorado al instante. Joder, también se ha dado cuenta de eso,

pensó—. Lo único que quiero que sepas es que sé el golpe que ha supuesto para ti esta lesión, y que estoy a tu lado. El baloncesto era tu vida... o parte de ella... y en fin... No quiero que te pierdas, Nico, es un año crucial y no quiero que te pierdas —repitió con cariño.

Erika le cogió la mano, y notó una corriente eléctrica que le subía por el brazo. A pesar de sus diferencias, seguían manteniendo una relación muy especial.

De nuevo suspiró cansada, apagó el cigarrillo en un cenicero de cobre con forma de concha y se acercó a Nico para darle un beso. Erika era muy besucona con las personas que apreciaba, especialmente con su hijo.

—A propósito, hoy viene tu canguro a verte.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Que Eva se ha enterado de que estabas convaleciente y viene a verte. A media mañana ha dicho, no ha concretado más.

—Vale —respondió lacónico poniendo su mejor cara de muñeco de cera.

Le cabreaba sobremanera que Eva hablase con su madre para quedar con él; pero nunca había tenido el valor de pedirle su teléfono. Era mejor que nada.

La sensación de enfado se disipó para dejar paso a un nerviosismo subyacente, que comenzaba a aflorar en forma de hormigueo en su estómago conforme se hacía a la idea de que iba a ver a Eva.

—¿Vale? —preguntó Erika arqueando una ceja—. Tú sabrás... Nico...  
Despiértame que quiero saludarla antes de que se vaya. Esa chica vale su peso  
en oro.

## CAPÍTULO 6

Un torrente de pensamientos encontrados y de emociones contradictorias se arremolinaron en su cerebro. Sus neuronas sufrían un proceso de centrifugación acelerado.

Vértigo, pavor, excitación, turbación, duda.

¿Eva? Hacía casi medio año que no se veían en persona. ¿Eva? ¿Quería ir a casa? ¿Para qué, precisamente ahora? ¿Casualidad? Hizo memoria, alguna vez había llamado a su madre, en el día de cumpleaños —de ambos—, nunca se olvidaba, y él se había puesto al teléfono. Más que nada habían hablado de banalidades: qué tal por Madrid, bien, estudiando y haciendo exámenes; ¿y el baloncesto? bien también, ayer metí quince puntos del tirón; ¿y el insti? bien

también, lo de siempre; ¿tienes novia? no, y tú eres la razón de que no la tenga, estás enquistada en mi subconsciente de tal forma que apareces en los momentos más inoportunos, estoy enamorado desde que te vi por primera vez. Yo también, Nico. Esa última parte la había recreado en infinidad de ocasiones de mil formas distintas, pero nunca se había materializado en la realidad.

Frustración, anhelo, resignación, miedo.

Con un sigilo casi delictivo, fue directo al cuarto de baño para ducharse y acicalarse, le había cogido el tranquillo a hacerlo con una bolsa protectora. Media mañana, media mañana podía ser cualquier hora. Se lavó los dientes con fuerza, se echó un poco de enjuague bucal y se pasó el hilo dental hasta hacer sangrar las encías sin darse cuenta. Cogió una colonia de agua de rosas de AD que le había regalado su padre y que todavía no había usado, y se roció por todo el cuerpo. Se miró en el espejo haciendo posturitas y sonriendo desde diferentes ángulos. Estuvo tentado de afeitarse, pero quería mostrarle a Eva su lado más maduro y masculino; se dejaría esa barba descuidada que, aunque un poco rala, le hacía parecer más mayor.

Dejó la puerta de su cuarto entreabierta por si acaso no oía el timbre del telefonillo. Y se tumbó en la cama imaginando las diferentes formas en las que podría transcurrir la visita. La mayoría terminaban con ambos en la cama

besándose apasionadamente. Lo peor de la vida siempre es gratis, y soñar lo es, pensó con un conformismo recalitrante.

Se concentró en los ruidos que venían de fuera para ahuyentar el nerviosismo que le roía por dentro. El mundo estaba en movimiento: el tráfico de los que iban a trabajar se oía como un murmullo lejano, los noctámbulos como su madre dormían roncando plácidamente y los que se quedaban en casa movían muebles y pasaban la aspiradora. Oyó un camión solitario cambiar de marcha en el semáforo intermitente de la calle de abajo y, en el pasillo, los amortiguados pasos apresurados de Canela, la gata esterilizada y sin garras que cohabitaba con ellos en el ático. Al carecer de garras no la podían dejar fuera, por temor a que los gatos que sí tienen, la matasen o la dejaran malherida. En su cautividad casera, tras pasarse la mayor parte del día dormitando bajo el sofá, tenía alucinaciones por la noche, imaginó Nico, como él. De fondo, la quietud del hogar.

Cuando estaba en su quinto delirio amoroso con final feliz, sonó un mensaje de wasap. El corazón le dio un vuelco. Su madre le habría dado su número, claro, por si se dormía como era el caso —tan previsora—, y ella estaba en la puerta de abajo, esperando a que le abriera. En el momento en que comprobó de quién se trataba, hizo una mueca disgustado y un sentimiento cercano al hastío afloró en su interior. Siempre aparecía en el momento más inoportuno, siempre intentando inmiscuirse en su vida. ¡Valeria! Ahora no,

Valeria, por favor.

*Emoticono, voy a verte, emoticono sonriendo.*

*No es buen momento, emoticono pensando.*

*¿Por qué? triple emoticono de enojo.*

*Porque no me encuentro bien, estoy con algo de fiebre.*

*Emoticono de dulce, te echo de menos, triple emoticono de corazón, voy a ir quieras o no, he cortado con Manu.*

*¿Por qué? Es muy buen tipo, hacéis buena pareja.*

*Porque no lo quiero... emoticono de corazón negro. Necesito hablar.*

*Está aquí mi madre.*

*Tenemos que hablar, Nico, estoy algo deprimida.*

*Hoy no puedo, otro día, seguro.*

*Ok, besos, triple emoticono de beso.*

«Menos mal que existe wasap, no me quiero imaginar responder a esta llamada de teléfono y mentirle de forma tan descarada», se dijo más aliviado que calmado. «O que se presentase en persona con Eva dentro del piso. Mejor así, sin fricciones más allá de una pantalla y emoticonos».

Ya que estaba, le echó un vistazo al resto de conversaciones de la aplicación de mensajería. Repasó los distintos grupos del instituto. No había nada que le llamase la atención; la mayoría eran vídeos sin sentido, chistes y fotos de gente haciendo el payaso a más no poder, mostrando su vida sin pudor

y sin miedo a lo desconocido. Tendría que hacer una buena limpieza para no saturar el móvil de esa manera, siempre lo decía y nunca lo llevaba a cabo.

Bajó hasta el chat con su padre, desde Barcelona le preguntaba qué tal estaba. No había vuelto a verlo desde la visita al hospital. Desde entonces, solo habían hablado en un par de ocasiones, y le había prometido que se pasaría a visitarlo con una sorpresa, pero la ocasión se estaba postergando por los mismos motivos de siempre. La verdad era que no esperaba menos de él, siempre estaba ocupado, con alguna de sus novias o de viaje promocionando los vinos de la bodega familiar.

Siguió bajando por la pantalla táctil, descubriendo nuevas conversaciones. El chat del Club de los Cuatro estaba que echaba humo, era el espacio que compartía con sus tres mejores amigos, Charlie, Luke y Ariadna. Se trataba de un club muy exclusivo —desde su fundación no había aumentado el número de socios—, eran ellos, los cuatro de siempre, hablando de sus cosas. Nico lo había olvidado completamente, acababan de estrenar la secuela de Blade Runner y, claro, en un tema tan delicado, había opiniones muy encontradas. Se habían dado una semana para verla y compartir valoraciones; después habría un segundo visionado, todos juntos. Él se la había descargado en una página pirata con calidad más que aceptable. Ariadna era la más ácida, según ella, era una película para no replicantes, filmada para neófitos en la materia, mientras que los otros dos integrantes del grupo la defendían como una

heredera muy digna del universo creado por Ridley Scott. Sin meditarlo demasiado, añadió su particular granito de arena como colofón de la conversación. Estaba con Ari, la película le había decepcionado. Sí, así eran ellos, una pandilla de frikis, y a mucha honra, se dijo Nico.

Llevaba sin intervenir en el grupo más de veinticuatro horas, cosa extraña en él. No quiso preocuparles más de la cuenta y puso un par de comentarios mordientes apoyando la tesis de Ari, solo para picar a los demás. La réplica no se hizo esperar. Todos le preguntaron cuando iban a quedar, llevaban sin verse casi una semana y querían saber cómo estaba. Nico, no contestó en seguida, se lo pensó un poco, dijo que estaba muy liado, y que ya avisaría.

En cierto modo, no les había mentido. Básicamente estaba muy ocupado hurgando en vidas ajenas. Después de la charla con Charlie, a Nico le había picado la curiosidad y, como tenía tiempo a espuestas, se había convertido en un voyeur 3.0, un mirón del mundo de las redes sociales.

Le había dado por investigar a la gente —cercana y lejana—: a sus vecinos, a sus amigos y a su propia familia. Para ello utilizaba sus perfiles auténticos y, principalmente, siguiendo los consejos de Charlie, había creado varias cuentas *fake*, a cual más diversa, de diferentes sexos, edades y credos, con fotos de desconocidos, cada uno con una historia inventada y publicaciones de pega, y se había dedicado a indagar por el mundo virtual, a

ver qué descubriría. Y había encontrado de todo. Existía una mayoría dispuesta a aceptar en sus vidas a desconocidos casi sin indagar quiénes eran, simplemente por sus fotos o la breve descripción de su perfil, que Nico elaboraba *ad hoc*. A veces aplicaba el criterio de proximidad física o emocional, si veían que eras del mismo barrio o que habías sido compañero del instituto—aunque no se acordasen—, te aceptaban; otras, jugaba con el físico de las fotos; y otras, con las afinidades en cuanto a objetivos vitales. Había gente muy sola, gente con ganas de salir del anonimato y gente muy perdida, aunque ni ellos mismos lo sabían.

Cada día que pasaba estaba más enganchado, le había encontrado el gustillo a eso de espiar al prójimo en la sombra, suplantando identidades, haciéndose pasar por otras personas, hurgando en vidas ajenas e incluso interactuando sin ningún pudor. Era algo que lo fascinaba: en la red, uno podía ser quién le diera en gana y decir lo que se le antojase. ¿Con total impunidad? Hasta el momento no se había parado a pensar en las consecuencias de lo que hacía. ¿Qué había de malo en entretenerse un poco?

Nico había encontrado una nueva válvula de escape.

El timbre del telefonillo sonó repetidamente y Nico, ensimismado, dio un respingo. Ella siempre llamaba tres veces, recordó. Había tenido el mismo microsueño, de nuevo perseguía a Eva por las profundidades del mar, lleno de

peces de colores, pero cuando buceaba hacia el final de la caverna, era Valeria quien lo estaba esperando con una sonrisa llena de promesas y una mirada lasciva. Su subconsciente se manifestaba sin previo aviso cuando se sumergía en el reino de Morfeo.

Nico carraspeó un par de veces antes de contestar para aclararse la voz.

—¿Quién es?

—¡Hola Nico! —una voz jovial respondió al otro lado—. Adivina quién soy... —Tenía ese tono nasal tan característico y que tantas veces resonaba en la cabeza de Nico.

—¿Eva? ¿Eres tú? —Se hizo el sorprendido—. ¡Qué sorpresa!

—¿No te dijo tu madre que iba a venir? Si te pilló en mal momento...

—No, no, digo sí, quiero decir que sí —respondió de forma atolondrada como siempre le sucedía—. Perdona... es que estoy algo desorientado, me acabo de despertar y, bueno... enseguida te abro.

Lo último que oyó fue una carcajada por lo bajini. Perfecto, Nico, te has lucido, empiezas bien, tienes una autoconfianza bárbara en ti mismo, se dijo. El miedo, solía decir Ari, las chicas olemos el miedo a kilómetros, por mucha ropa bonita que te pongas y por mucha colonia cara que te echés, si está ahí contigo, date por jodido.

Como siempre, cuando trataba de decirle algo, sólo se le ocurrían palabras que no venían a cuento o que expresaban todo lo contrario de lo que quería

decir. Y, si intentaba corregirlas, se liaba aún más, y más equivocadas eran las palabras, y al final acababa por no saber qué quería decir al principio.

Respiró hondo durante el de par minutos que Eva tardó en subir al ático, consiguió que su corazón volviese a estar en su sitio e hizo un par de estiramientos de cuello. Antes de que llamase al timbre abrió la puerta con la mejor de sus sonrisas, la más sincera y natural. Al carajo con todas las poses y frases que había ensayado, si iba a hacer el ridículo sería con todas las de la ley.

—¡Hola Nico! —dijo entrando como un torbellino en la casa. Ambos se miraron de arriba a abajo, como dos púgiles que evalúan al contrario con precisión—. Ummm, estás estupendo, el pequeño Nicolás ha crecido, mírate... —Eva no solía tener pelos en la lengua. Una cualidad que lo turbaba y paralizaba a partes iguales—. Me gusta ese look de poeta atormentado... Barba de una semana, ojeras, cabello ensortijado y pulcramente despeinado, te das un aire muy *grunge con esa camisa de leñador*... Lo tienes todo para arrebatarse el corazón a las niñas del instituto... Solo que no estamos en los noventa —bromeó jocosa tocándole la barba cariñosamente con el dorso de la mano—. Vamos hombre, relájate parece que tienes los hombros colgados de las orejas, que no te voy a comer...

Seguramente Eva no era consciente de la descarga electrostática que experimentó Nico al sentir el roce de su piel, ni del efecto que sufría al

cartografiarlo de esa manera tan cruda y descarada.

—Hola Eva, yo también me alegro de verte —dijo Nico con un deje apesadumbrado. Sigues pareciéndole un niño, pensó, pequeño Nicolás, instituto, niñas... La vida puede ser maravillosa... a veces—. Tú también estás estupenda, como siempre.

No mentía, Eva parecía una flor en primavera, llena de color y vitalidad. Llevaba unos vaqueros ajustados remetidos por dentro de unas botas altas, de punta, casi sin tacón, con una camiseta ceñida de color verde, bajo la que se adivinaban unos pechos turgentes, a juego con sus ojos esmeralda y una cazadora de ante. Y olía a melocotón, ese era el olor que siempre asociaba con ella. También llevaba la guitarra en su funda, ajustada a la espalda. Nico no le quitaba ojo. Ejercía sobre él un efecto sedante, se quedaba atontado, embriagado por su esencia. Y, lo peor, sin palabras.

Todo en ella parecía igual que siempre, sin embargo, algo había cambiado, aunque no sabía determinar muy bien qué. Su mirada era más profunda y sus gestos más pausados. Puede que fuera eso. O quizás era él quien había cambiado.

—Qué adulator, quién te ha enseñado... Déjame adivinar, ese proyecto de gigoló profesional en ciernes llamado Charlie, dile que deje de enviarme solicitudes de amistad por Facebook. Y, además, sospecho que tiene perfiles falsos, recibo avisos de gente muy rara...

—¿Cómo? —preguntó aún más azorado. Frunció el ceño y una sombra oscureció su mirada por un segundo. Charlie, siempre solía decirle que en el amor y en la guerra todo vale. Seguramente sería un malentendido, una de sus payasadas.

—Ahí lo tengo. Es un pesado —replicó con aire inocente alzando el móvil, sin darle más importancia. De un par de zancadas cruzó la puerta y se plantó en el salón—. También tengo la tuya, esta mañana te he aceptado. Si te soy sincera... No le doy mucha importancia al Facebook, me parece un atraso.

—Tiene su punto —afirmó encogiéndose de hombros, intentando relajarse. Lo había aceptado, algo es algo, se dijo.

—Es un roba tiempo, una fábrica de gilipolleces. Definitivamente un atraso en las relaciones sociales... —Dejó la guitarra apoyada en el respaldo del mueble, se sentó en el sofá de cuero y estiró las piernas—. ¿Cómo estás Nico? —preguntó cambiando de tema—. Me tienes preocupada... Después de hablar con tu madre...

—¿Qué te ha dicho? —inquirió muy serio. Nico se había quedado de nuevo estático, bajo el marco de la puerta, apoyado en sus muletas, con cara de bobo. La visita no había comenzado como él esperaba.

—Está preocupada...

—Ya no soy un niño —atajó.

—Soy consciente. Pero es tu madre, ya sabes cómo son las madres... —

dijo mirándolo despreocupadamente, como quitándole hierro al asunto—. Dice que te pasas todo el día en casa, atrincherado en tus dominios, encerrado en tu propia concha, en un absurdo ostracismo...

—¿Eso dice?

—Eso último es de mi cosecha.

—Ya, que bien, menos mal —respondió seco.

—Anda, invítame a tomar algo y charlamos un rato.

Nico asintió levemente.

—¿Qué quieres tomar?

Ella hizo como que miraba un reloj imaginario en su muñeca.

—Algo ligerito... una cerveza y unas patatas fritas —apuntó con una media sonrisa. No paraba de mover el tacón de su bota izquierda. ¿Estará nerviosa o son imaginaciones mías? pensó Nico—. ¿Te ayudo?

—No me vendría mal.

Nico sonrió por primera vez en toda la mañana. Y se sintió bien, de algún modo le reconfortaba tener a Eva cerca de él.

—Imagino que lo del baloncesto habrá sido un palo duro —dijo recostada en uno de los sillones de mimbre de la terraza. Daba pequeños sorbitos al botellín de Mahou al punto glacial. Ambos tenían una pierna apoyada en la barandilla—. Era tu válvula de escape...

—Sí, lo era —aseveró—. La verdad que lo tenía metido en mi ADN, va a ser difícil...

—Lo superarás.

—Supongo, lo que no te mata te hace más fuerte —afirmó con voz grave y la mirada perdida en algún punto de la silueta del caso antiguo que se recortaba en el horizonte más cercano.

—¿Sabes? Es muy diferente lo que uno dice que quiere, o lo que necesita, de lo que realmente quiere.

A Nico le sorprendió el planteamiento de ese dilema.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú no sabes lo que quieres, dices querer una cosa que no es real.

—Ponme un ejemplo —pidió enmascarando su miedo.

—Dices querer jugar al baloncesto, lo necesitas, pero lo que realmente buscas es sentirte libre, y, en la cancha, te sentías libre porque podías hacer lo que quisieras.

Nico observó como se le quedaban unas gotitas de cerveza en la comisura de los labios y se los relamía. Pensó en el sabor de esos labios con el regusto agrio de la cerveza.

—¿Por qué estás tan segura?

—Te conozco muy bien, Nico, te diría que mejor que tú mismo.

—Eso es muy atrevido —sonrió con regocijo.

—Bueno, pues te conozco muy bien, a secas. —Cogió otra lata de la neverita y la abrió. Nico le dio un sorbo a la suya. De repente, se sintió a gusto con la conversación, era la primera vez que lo trataba como un adulto, como a un igual—. En la cancha eras un súper héroe, te saltabas las leyes de la gravedad y de la física, era como si tuvieras la pelota pegada con un hilo invisible y vieras cosas que los otros jugadores ni podían imaginar; como un mago del balón, lo hacías aparecer y desaparecer a tu antojo.

—¿Cómo lo sabes?

Ella rio con una sonora carcajada.

—Porque fui a verte muchas veces.

La miró con los ojos muy abiertos. Esbozó una gran sonrisa de esas que hacen que se ilumine una habitación a oscuras. Su corazón comenzó de nuevo a latir a ritmo de metralleta y sus piernas flaqueaban, menos mal que estaba sentado.

—No tenía ni idea.

—Ya sabes que soy muy discreta. Prefiero el anonimato... Me sentaba en la última fila y te veía jugar. Siempre has sido mi preferido.

—¿Tu preferido?

No daba crédito a lo que oía. Estaba en una nube muy arriba en el cielo.

—De los que he cuidado.

—¿Cuántos han sido?—su voz se desovillaba en un filamento luminoso.

—Solo uno —respondió entre risas y continuó cambiando de tema—: ¿Se puede fumar aquí?

—Ahí detrás, en la mesa, tienes un cenicero. Disculpa que no me levante...

Eva se alzó y le dio un pellizco en la mejilla. Nico no cabía en su gozo, ni en sus mejores sueños... Solo falta que se quite la ropa y se lance al mar... pensó para sus adentros.

Ella se sentó a su lado y sacó una bolsita de tabaco verde con letras doradas. Asió otra bolsita con hierba de uno de los bolsillos interiores de su cazadora.

—¿Qué haces?

—¿Qué te pasa? Vamos hombre. No me digas que nunca has probado la *maría*.

—No... no es eso —replicó dubitativo. Miraba sus labios, se movían levemente cuando hablaba, sus dientes, blancos y perfectos y la punta de la lengua asomándose entre ellos.

—Tu madre tardará en despertarse...

—Es que no pensaba que tú...

—Que yo fumase... pero solo de vez en cuando... Sí, me relaja ¿pasa algo?

—dijo con una pose de enfado fingida—. Ah, ya sé... Pensabas que era una mosquita muerta.

—No diría ni mosquita ni muerta, más bien una avispa, con el agujón

afilado.

Ella rio su ocurrencia y se removi6 en el sill6n. Corri6 algo de viento y se subi6 la cremallera.

—M6s vale el diablo por viejo que por diablo, y yo soy unos a6os mayor que t6.

—Tampoco es tanto.

—¿Tanto para qu6?

Se encogi6 de hombros sin saber qu6 responder. Si Charlie hubiera estado all6 se le hubiera ocurrido algo ingenioso y divertido, pero 6l no era Charlie.

Observ6 como Eva liaba un canuto con una destreza de artesano. Sus dedos se mov6an r6pidos y precisos enrollando y doblando el papel, poniendo la boquilla y d6ndole el toque final, humedeci6ndolo con sus labios. Ella le pas6 el porro para que hiciera los honores. No era la primera vez que lo probaba pero no estaba acostumbrado. Aspir6 hondo y tosi6 fuerte un par de veces. Ella le cogi6 el peta roz6ndole suavemente los dedos. Ambos sintieron una descarga electrost6tica.

—Joder Nico, est6s cargado de energ6a —rio Eva—. ¿Qu6 te pasa? Est6s muy serio.

Ojal6 pudiese entrar en su cabeza y hacer que no mirase a nadie m6s, se dijo as6 mimo. En ese momento le vinieron a la cabeza las im6genes que hab6a visto en Facebook, Eva agarrada con el tipo de la barba y el cuello vuelto, ese

que aparentaba diez años más que él. Y Charlie, por qué demonios actuaba así, a sus espaldas...

—Nada —musitó, quizás fuese el momento de lanzarse, no tendría una oportunidad igual—. ¿Para qué has venido?

Era una pregunta demasiado atrevida, que daba pie a múltiples interpretaciones. Ella lo miró sin pestañear. Dio una larga calada antes de responder.

—Quería verte, solo eso, no le busques más pies al gato —añadió solícita.

—¿Porque te lo pidió mi madre? —graznó con un tono de cabreo.

Se puso tensa, sus facciones se endurecieron.

—Eres demasiado directo, Nico. Puede ser una virtud en determinadas ocasiones... Pero no siempre. Llamé a tu madre para preguntar cómo estabas y me contó todo lo que había pasado. Y, simplemente, le dije si podía venir, me apetecía verte, sin más, surgió así.

Nico le sostuvo la mirada. ¿Era el momento de tensar la cuerda un poco más? No mucho, su pregunta la había puesto visiblemente incómoda.

—¿Por qué no me llamas a mí cuando quieres verme o saber cómo estoy?

—¡Porque no tengo tu teléfono! —exclamó abriendo las manos—. Quizás vaya siendo hora de que te lo pida, fíjate, una chica de mi edad pidiéndote el teléfono... Eso suena raro, ¿no? Anda, pásame tú número. Mejor, marca el mío y dame un toque... Y no te pongas colorado —esbozó una sonrisa que desarmó

a Nico por completo. En unos segundos había pasado del cabreo a al aturdimiento—. Ten cuidado con lo que haces con él, los móviles los carga el diablo...

—Nada de perversiones.

—Vaya, vaya, con el niño bueno... Si prácticamente te he criado yo... —rio de nuevo echando la cabeza para atrás, mirando al cielo, dejando todo su cuello al descubierto para que un vampiro le mordiese y le succionase la sangre. Nico se imaginaba en el papel de Nosferatu—. Oye, me he traído la guitarra... —dijo cambiando de tema.

—Hace tiempo que no toco el bajo —replicó Nico—. Pero podemos probar con alguna canción...

—¡Seguro! En cuanto cojas el ritmillo, verás cómo tus dedos vuelan solos.

Nico pensaba en sus dedos recorriendo la geografía de su cuerpo, más que en tocar el bajo u otra cosa. Simplemente se encogió de hombros y asintió, el bajo y el amplificador estaban en su cuarto, un paso más.

Eva era una consumada guitarrista, y, de vez en cuando, actuaba con algún grupo local como mero entretenimiento. En las incontables tardes que habían pasado juntos intentó, sin éxito, enseñarle a Nico los secretos de las seis cuerdas, pero ante la impaciencia de este para aprender, optaron por cambiar a un instrumento algo más llevadero para él, el bajo fue una buena opción.

Eva se levantó dispuesta y agarró la funda. Nico se incorporó algo

mareado y la siguió cojeando, ayudándose de las muletas.

—Vaya, esto sigue tal y como siempre —exclamó al abrir la puerta de la habitación de Nico. Se tapó la nariz haciendo una pinza con dos dedos—. A Dios pongo por testigo que no volveré a pasar al cuarto de un hombre sin avisar.

Un hombre, pensó, algo es algo.

Haciendo malabarismos de un lado a otro de la habitación, fue recogiendo como pudo la ropa interior y las camisetas sudadas esparcidas por doquier a lo largo y ancho del dormitorio. Sin pedir permiso, ella abrió las ventanas de par en par para ventilar un poco. Una brisa fresca entró en la habitación mitigando el olor de madriguera. Dio una vuelta sobre sí misma echando un rápido vistazo a su alrededor, asintiendo levemente.

Despreocupadamente, Nico bajó la pantalla del portátil, se la había dejado abierta, seguramente en alguna de las pestañas estaría el perfil de Eva, y en alguna otra el de Valeria. Se acordó de ella. Dijo que iba a venir.

—Sigues conservando el póster de Joy Division —afirmó con orgullo.

—Placeres desconocidos, el regalo preferido de mi decimoquinto cumpleaños. Sabes que soy un friki gracias a ti, ¿no? —respondió mirándola de soslayo con una media sonrisa nerviosa. El cannabis lo tenía bastante aturdido, pero le abría la mente.

—Con él empezó todo...

—Disorder, She's Lost Control... dos verdaderas joyitas de la pequeña lista de canciones que forman parte de la breve historia del grupo...—dijo en tono solemne, imitándola, parafraseándola en recuerdo de otros tiempos—. Sin embargo, otro elemento sumamente icónico del LP es la portada del álbum, la cual no representa una cordillera, como muchos podrían pensar al verla, sino las señales recibidas por el primer púlsar registrado por la ciencia.

—Ese es mi chico.

—Creaste un monstruo — replicó en tono burlón.

Ambos rieron.

—Ya me lo agradecerás —añadió ella medio en broma medio en serio.

El bajo de Nico estaba lleno de polvo, hacía meses que no lo tocaba, quizás más de un año, desde que ella había estado allí por última vez. Eva hizo los honores, afinó los dos instrumentos, y los enchufó al amplificador. Nico cogió el bajo y comenzó a calentar digitando varias escalas de blues, siguiendo el ritmo que ella le marcaba. Le dolían los dedos, no tenía callo, pero no era el momento de quejarse. Eva cerró los ojos y tarareó alguna canción, más para sí misma que para su reducida audiencia. Al poco cambió de registro. Nico conocía perfectamente el tema que estaba tocando y, rápidamente, se acompasó a ella. Ambos sonrieron con una mirada de complicidad.

—¿Quieres vivir como la gente corriente? —ella asintió juntando los labios y frunciendo el ceño en un gesto pícaro—. ¿Y dormir como la gente corriente? —volvió a asentir, inocente.

Eva cantó el Common People de Pulp, imitando perfectamente la peculiar voz de su vocalista, tenía un don para versionar en el idioma de Shakespeare, y Nico le hizo los coros lo mejor que pudo. Al final terminaron riendo exhaustos echados en la cama.

Llegó el momento, pensó Nico. Ahora o nunca.

Se incorporó un poco. Estaba a su lado, ella había cerrado los ojos y tenía la boca entreabierta; unas gotitas de sudor le bajaban por la sien, respiraba entrecortadamente, su pecho subía y bajaba, la camiseta se había enrollado un poco dejando su gracioso ombligo al descubierto.

—Ni se te ocurra, Nico. Que te veo venir...

El sueño se acababa de convertir en pesadilla, en un solo segundo.

—¿Por qué? —preguntó ocultando su turbación y su vergüenza.

—Porque estoy con alguien.

—¿Y qué? —inquirió él con la mejor de sus sonrisas, aunque por dentro estaba a punto de implosionar.

—¿Y qué? Que las cosas no son así.

—¿Cómo son las cosas?

—No lo sé, si te soy sincera, pero así no.

Nico se mordió la lengua.

Estuvo a punto de soltarle que su novio era un profesor sin escrúpulos que había dejado un amplio rastro en la red de sus conquistas con jovencitas universitarias de primer y segundo curso. El tipo era un apuesto hijo de Decano de la Rey Juan Carlos. Su familia venía de muy atrás, pertenecían a la aristocracia rancia, oculta y mimetizada entre las sombras de las empresas del Ibex. No hacía falta ser un adivino para saber cómo había obtenido el cargo. Una vez que averiguó su nombre, el resto consistió en tener paciencia; la información le fue llegando a cuentagotas. Le dedicó tiempo a conciencia. Había rastreado en Google, en Facebook y en Instagram, a partir de sus contactos y sus amigos, había ido atando cabos y juntado las piezas del rompecabezas; sin prisas, cada día un poco de allí y un poco de allá, hasta dar con varias exnovias que todavía conservaban alguna foto juntos en actitud acaramelada en lo más hondo de su *timeline*. Utilizó uno de los alias que había creado *ad hoc* para ese propósito: contactar con alguna ex que le diera información; se hizo pasar por Andrea, una estudiante de primero que había tenido un encontronazo con el tipejo en cuestión. Contestaron dos, ambas echando pestes del sujeto, recomendándole que huyera de él, que solo buscaba aprovecharse de su situación de privilegio.

—Allá tú con quién andas —soltó Nico con aire enigmático, no podía decir mucho más—. Pero, ten cuidado, por favor.

Las palabras sin pronunciar quedaron suspendidas en el aire, justo sobre su cara insomne, como una tela con una araña inmóvil en el centro.

—¿Cuidado? —preguntó intrigada y sorprendida al cabo de unos segundos en los que lo miró con intensidad—. ¿Por qué, Nico?

—Solo digo que vayas con pies de plomo, nada más, uno se puede llevar alguna sorpresa.

—Ya veo, eso es seguro... Nadie es lo que parece.

—Nadie conoce a nadie.

—Me da la impresión... de que quieres decir algo, pero no sabes cómo —ella intuía que había una nota discordante en la actitud de Nico, como una guitarra mal afinada que se tensa demasiado—. No me mires con esa cara de búho, que te conozco como si te hubiera parido. Además, yo se cuidarme sola, Nico, no necesito ningún caballero con armadura, ya pasé la época de las princesas Disney.

Le iba a contar sobre el impresentable de su novio, amante o lo que fuera, pero, justo en ese momento entró en escena su madre, sin llamar a la puerta, enfundada en su kimono de seda violeta, con una sonrisa de oreja a oreja. Seguramente habría estado escuchando detrás de la puerta

—Perdón por la interrupción. No he podido resistir la tentación de unirme a vuestro... contubernio —dijo aclarándose la voz, con segundas, mirando alternativamente a ambos—. Ven aquí que te abrace, Eva, estás guapísima. Se

te rifarán en la universidad...

A Nico le dolió ese comentario como un aguijón clavándose en su pecho.

Eva se acercó y ambas se fundieron en un abrazo efusivo, echándose piropos mutuamente, diciéndose lo bien que estaban y cuánto se echaban de menos. Sintió una punzada de celos, de nuevo había pasado a estar en un segundo plano y a sentirse como el niño que visita la canguro.

—Te quedarás a comer, ¿no? Nico y yo te echamos de menos —dijo guiñándole el ojo descaradamente. A Nico le exasperaba la forma que tenía su madre de hacer un mundo de una nimiedad—, y ya que estás aquí...

—Gracias, Erika, nada me gustaría más, pero me tengo que ir, de verdad —respondió Eva dubitativa—, otro día quizás.

—¿Otro día? Hecho —añadió Erika estrechándole la mano, como si estuviera cerrando un trato—. ¿Prometido?

—Prometido.

Eva recogió sus cosas con rapidez, les dio un beso en la mejilla y se despidió sin más. Nico le siguió el rebufo hasta el hall con la esperanza de decirle algo más, un ya nos veremos, tenemos que quedar, o qué tal si vamos al cine un día. Pero, al girar el pomo y abrir la puerta se encontró cara a cara con el rostro de Valeria. Eva sorteó el obstáculo con agilidad felina, mirando a la convidada de piedra de soslayo, con una media sonrisa forzada.

La cara de Valeria lo decía todo. Contuvo la respiración con la esperanza

de que el oxígeno dejase de regar su cerebro y se desmayase sin más. Si las miradas cobrasen apariencia física, en ese momento Nico estaría clavado en la pared atravesado con varios puñales.

—¿No era esa tu canguro? —preguntó a bocajarro. Se acercó a solo unos centímetros de distancia y comenzó a olisquear—. Hueles a ella.

—Sí —respondió lacónico, sin levantar la vista.

Valeria parecía algo inquieta, no paraba de mover la pierna y de gesticular de forma histriónica. Nico casi había olvidado esa faceta de su exnovia.

—¿Y qué hace aquí? Ya eres un poco mayor para que te cuiden, ¿no? —le espetó cada vez más iracunda, ella misma se estaba encendiendo—. O es que le gusta hacer horas extras haciendo de asalta cunas.

—Solo está de visita, Valeria. No saques las cosas de contexto —replico Nico paciente, aparentando tranquilidad.

—¡Una mierda! Y te ha dejado babeando, literalmente.

—No es lo que piensas —mintió Nico, aunque no lo hizo muy bien.

—Maldito cabrón. A mí no me la das —exclamó con furia sorda, muy cerca de su oído. Sin apenas darle tiempo a reaccionar le cogió de sus partes con un fuerte apretón. Nico tiró las muletas y se retorció de dolor a pata coja — ¡Por eso no querías que viniera!

—¡Estás loca! —le gritó.

Ella lo miró con el rostro contraído, había perdido cualquier atisbo de sus

delicados rasgos. El labio inferior le temblaba levemente, caído, un poco a merced de la levedad de su propio peso. La saliva centelleaba en sus encías al reflejar la luz de los fluorescentes del techo que mantenían el pasillo. Era un animal herido.

Se dio la vuelta, apretándose contra los pechos los libros que se llevaba a casa y marcando todavía más el canal que deja ver el escote.

—No lo sabes tú bien —le contestó con una carcajada demoníaca antes de perderse dentro del ascensor.

## CAPÍTULO 7

—¿Eso te dijo? —le preguntó Ariadna atónita, exagerando con la boca abierta—. Menuda la has liado, boludo... la concha de tu madre, eres un rompecorazones...

—Gracias Ari, tú siempre tan comprensiva —repuso Nico cariacontecido.

El Club de los Cuatro había quedado en el parque de las Tres Culturas, uno de los pulmones de la ciudad, donde los jóvenes salían para hacer deporte o beber litronas y fumar tabaco o porros a partes iguales. Era un parque amplio, con espacio para todos.

Nico les acababa de contar parte del altercado que había tenido con Valeria unos días atrás.

—Che, chabón. Ni comprensiva ni leches, le ha contado a medio instituto

que te la cogiste la noche del concierto de agosto... me he enterado hasta yo que no voy, dice que le diste de chupar hasta que llegó un punto en que no sabía lo que hacía.

A veces costaba entender a Ariadna, sobre todo cuando se excitaba.

—Eso es mentira, fue más bien al revés —replicó sin mucha convicción.

Ariadna Palermo, oriunda de Buenos Aires, con ascendencia siciliana y dublinesa. Una mezcla explosiva. Su familia se había mudado a Madrid cuando apenas contaba diez primaveras. Promocionaron a su madre, cruzando el charco y llevándose a toda su prole, para dirigir el departamento de personal de una conocida cadena hotelera. El padre, una especie de tratante sin escrúpulos, se buscó la vida de comercial en el mundo inmobiliario de alto standing. Haciendo gala de su labia bonaerense, pronto se hizo con una notable cartera de clientes VIP, que abarcaba desde futbolistas a empresarios de éxito pasando por periodistas de prestigio y conocidos políticos. Dos años después de su llegada, terminó liado con una de sus clientas más VIP. El matrimonio se fue al carajo, las abandonó sin muchos remilgos, y madre e hija buscaron aire fresco en Toledo.

A pesar de llevar más de ocho años en España, ella seguía conservando su acento porteño, también había heredado la labia de su padre de la que hacía buen uso. Ari era la mayor del grupo, nació en los albores del milenio, un año antes que el resto. De mayor quería ser famosa, pero, mientras tanto, vendía

modelitos en Zara y hacía sus pinitos como *youtuber* de la vida en general, hablando de todo un poco.

—No me jodas.

—No te jodo, pibe, más quisieras. —Miró a Luke que se encontraba sentado a su lado y le acarició la mano—. Anda medio ida por los pasillos con la cabeza gacha. Dicen que está tomando medicación.

Luke y Charlie asentían callados con una expresión divertida. Se pasaron el litro y después a Nico, obviando a propósito a Ari, la cual protestó airadamente.

—Seguro, no me extraña —aseveró Nico compungido, volviendo al monotema—. Ya os he dicho que tiene un lado oscuro.

—Y tú se lo potencias —añadió Charlie dándole una palmada en el hombro. Se levantó del banco para estirar las piernas. Movié la cabeza enérgicamente—. O te alejas de ella o sigues con ella. No puedes mantenerte equidistante, Nico. Te lo he dicho muchas veces, no puedes quedar bien con todo el mundo, te acabará pasando factura.

—Tiene razón, no puedes permanecer ecléctico —apuntilló Ari al tiempo que emitía un sonoro suspiro. Era una chica demasiado empática y emocional, sobre todo en lo concerniente a sus amigos, a quienes consideraba como su familia en España—. Pásame un pucho, Luke.

Luke rara vez hablaba, a no ser que tuviera algo importante que decir, lo

cual ocurría en contadas ocasiones. Lo suyo era pensar, meditar, mascar las cosas y volverlas a pasar por el aparato neuronal hasta darles una nueva pensada. Y, actuar, llegado el caso.

Ari y él llevaban de pareja prácticamente desde que entraron en la pubertad y se desarrollaron sus cuerpos y sus instintos. Eran la antítesis el uno del otro, vivían su relación en una extraña simbiosis en la que ambos se habían adaptado perfectamente para perdurar en una peculiar armonía. Luke, feo como él solo, alto y fuerte, pelo negro y ensortijado, frente amplia y rasgos caucásicos. Un tipo reservado en el que se podía confiar a ciegas. Su palabra valía su peso en oro. Ella, por contra, hablaba hasta por los codos, de forma patológica, y era imposible que pasara desapercibida, siempre vestía con ropa de marcas conocidas, muy ceñida a su cuerpo, lleno de interminables curvas. Era una especie de Scarlett Johansson en versión porteña. Tenía el cabello cobrizo, unos ojos verdeazulados que daban vértigo con solo mirarlos, grandes y quietos, una nariz respingona, y una piel blanca como la leche salpicada de lunares y pecas. Siempre que reía se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. Aunque decía que tenía veinte, no había cumplido más que dieciocho. Adorable.

En el principio de los tiempos Charlie y Nico pugnaron por ella —cuando lo recordaban se echaban unas buenas risas—, desplegando todos sus encantos, ajenos por completo al flirteo lleno de miradas cómplices, juegos

ocultos y subterfugios que tenía lugar delante sus narices, sin que se diesen cuenta. Y, cuando lo hicieron, solo fue para atestiguar el hecho de que Ari era la chica de Luke, o viceversa. Él siempre estaba conforme con todo y ella siempre parecía feliz y satisfecha. Los extremos opuestos se atraen, Nico, es una ley física, no podemos hacer nada contra la naturaleza, le había mencionado Charlie, cuando se coscó de lo que pasaba.

Luke encendió un cigarrillo, le dio una calada y se lo pasó a Ari, que lo fumaba compulsivamente.

—Hablaré con ella— dijo Nico mirando como jugaban al baloncesto al otro lado del parque.

Charlie lo siguió con la mirada y le dio un abrazo fraternal sin decir nada.

—Mejor que lo dejes estar —atajó Charlie tras darle un trago a la litrona.

A Nico no le gustaba darle siempre la razón, entre otros motivos porque demasiado sabía ya, él, que la tenía.

—Sí, sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Charlie, el tiempo de platicar ha pasado, ché. Es mejor que no te entrometas más. La cosa está que arde y, si es tan desequilibrada como dices, cualquiera sabe lo que puede salir de su boca —Luke le pasó otro cigarrillo. Parecía que gesticulaba y movía los brazos y hablaba con música de tango—. Lo peor de todo esto es que evidentemente, Manu se ha enterado, no es mal tipo. —Nico miró a Charlie y este asintió con la cabeza e hizo un mohín como diciendo: qué

esperabas—. Me da un poco de penilla, sabes, pero no ha cargado contra vos, todavía —Pausa y mirada pícaro—. Yo no sé qué les dais, Nico, pero no lo quiero ir a probar.

Alargaba las eses de forma exagerada, a veces daba la impresión de que lo hacía a propósito para marcar aún más la diferencia de su acento.

Soltó una sonora carcajada seguida de risillas del resto. Se sentó encima de Luke y le dio un morreo en toda regla. Nico y Charlie se miraron y se encogieron de hombros. Ari era así.

Se alejaron unos metros para dejarles su espacio y ellos encontrar el suyo.

—Me sabe mal por Manu.

—Te debería saber mal por muchas cosas, y por Manu también —añadió Charlie enérgicamente—. No creo que haya represalias físicas. Por suerte para ti, Manu, a pesar de ser una mala bestia de cien kilos y casi dos metros jugando al baloncesto, como persona es muy comedido. No quiero ni pensar, si hubiera sido otro, Nico. Estarías metido en un buen lío.

—Ya —respondió lacónico.

Se apartaron un poco del camino de tierra para dejar paso a una jauría de corredores que bufaban y sudaban profusamente, siguiendo a un macho alfa que marcaba el ritmo enfundado en unas mallas negras y que miraba su ordenador de muñeca cada dos por tres.

—Joder, que ganas de sufrir tiene la gente —dijo Charlie echándose a un

lado para evitar ser atropellado—. Parecen una manada de ñus...

—Sarna con gusto no pica.

—Si tú lo dices... Al menos avanzaste con Eva, ¿no? —Nico asintió con la cabeza, recordó que Charlie había intentado contactar con ella a sus espaldas, aún no le había comentado nada al respecto, quizás fuese mejor así—. Estás desplegando tu paciencia de agricultor, sembrando para recoger la cosecha, quién sabe si el año que viene... —carraspeó un par de veces—. Cuando vayamos a la universidad.

—Ya —respondió de nuevo apoyando todo el peso sobre su pierna buena y las muletas que cogía con fuerza. No se le escapó que habló en plural. Quizás su subconsciente lo había delatado.

—No estás muy hablador , ¿eh? colega.

Los colegas no se quitan a los amores platónicos, pensó Nico para sí, y tampoco le ponen los cuernos a los compañeros de equipo. Quizás fuese verdad lo del dicho, lo de que en el amor y en la guerra, todo vale. Al final, uno acaba enfrentándose solo a sus miedos y no puede confiar ni en que su sombra lo siga.

—No, la verdad que no.

—Vamos, hombre, alegra ese careto, esta mala racha pasará pronto. Apuesto a que te has visto las finales de la NBA varias veces... para compensar.

Nico sonrió, Charlie lo conocía demasiado bien.

—Solo una... y las he comparado con las del 87 y las del 91.

—¿Y eso?

—Quería ver en acción a Magic, Bird y Jordan.

—¿Quiénes son? Me suenan a colonia, chalecos y zapatillas.

—¿Qué quiénes son esos? —Nico lo miró como si lo hubieran ofendido—.

Dioses del baloncesto reencarnados en hombres, ¿de verdad lo preguntas?

—Estaba de broma... —Charlie rio y le dio un par de palmaditas en la mejilla—. Estás muy tenso, necesitas desfogar.

—Ya.

—¿Y qué opinas?

—¿De qué?

—¿Es Lebron mejor que Jordan? Es lo que se comenta.

—Diferentes tiempos, diferente baloncesto.

—¿Si tuvieras que darle la pelota a uno de los dos quedando un segundo y perdiendo de dos?

—Jordan —dijo Nico sin dudarlo—. ¿Y ese repentino interés por el baloncesto?

—Nada, hombre, por darte algo de conversación... —Charlie hizo una pausa mirando las nalgas a una corredora rezagada del grupo que resoplaba de forma ostensible—. Estábamos preocupados, hacía varios días que no

sabíamos nada de ti.

—Pues ya veis que estoy bien.

—Si te dedicas a ver las finales de la NBA como si no hubiera un mañana... ya me quedo más tranquilo.

—Y a ver películas de Hitchcock y Peckinpah.

—¿De quién?

—Nada déjalo, no tienen efectos digitales ni violencia gratuita...

En realidad, Nico hacía muchas más cosas que ver finales de la NBA y ver películas antiguas, pero no se lo iba a contar a Nico. Ari y Luke les hicieron un gesto para que se acercaran, estaban viendo algo en el móvil de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

—Venid, mirad cómo me ha quedado este vídeo —exclamó Ari visiblemente emocionada—. Llevo más de 20.000 visitas.

—A ver con qué nos sorprendes —añadió Nico alargando el cuello, intentando mostrar interés.

Era el cuarto de Ari, ella se encontraba encima de la cama en la postura de flor de loto, con mallas y un jersey verde azulado a juego con sus ojos. Estaba hablando entusiasmada sobre el juego de la Ballena Azul. Nico pensó que no era el tono más adecuado para un tema tan macabro, pero se calló la boca y escuchó lo que decía.



**SEGUNDA PARTE**

**Ballena Azul**

## **REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)**

El abogado se había citado en uno de sus despachos, uno que se encontraba ubicado en el corazón de Toledo, en la plaza de Zocodover, al lado de la delegación del Gobierno. Miraba a través de los ventanales cómo los turistas, pequeños grupos familiares de centroeuropeos, altos y de piel casi traslúcida, curioseaban de un extremo a otro de la plaza. Algunos sujetaban un mapa del casco desplegado a cuatro manos, intentando desentrañar los misterios del laberinto de la ciudad vieja. Su campo magnético y la piedra antigua los

despistaba y los hacía dar vueltas en círculo, pensaba Pinot divertido, observando como varios de ellos pasaban por la plaza una y otra vez.

El país metamorfoseaba peligrosamente hacia una monarquía parlamentaria. La democracia estaba recién estrenada, las primeras elecciones para elegir a los representantes de los partidos políticos que conformarían el hemisiciclo se habían celebrado hacía tan solo unos meses y los cambios se sucedían de forma vertiginosa. Demasiado vertiginosa, pensaba el abogado mientras se secaba el sudor con un pañuelo blanco, con sus iniciales bordadas en un fino hilo de color ámbar: A.P. (Andrés Pinot). El turismo comenzaba a ser un motor económico de la ciudad, sacándola del ostracismo en el que había estado sumergida durante décadas, como capital de provincia deprimida, entre viejos palacios y casas señoriales de familias de rancio abolengo.

Él representaba los intereses de una de esas familias. Para bien o para mal, tenía un único cliente, trabajaba en exclusiva para Rodrigo Aguirre. Se conocían desde niños y, prácticamente, no escondían secretos el uno para el otro, también para bien o para mal. Si a Rodrigo le iba bien en los negocios — y en la vida— a él también. A veces pensaba metafóricamente que estaban unidos por un cordón umbilical. Afortunadamente, los negocios de los Aguirre iban viento en popa, lo cual le proporcionaba extraordinarios dividendos. Pero, si Rodrigo Aguirre caía en desgracia él también caería, como si llevara

un peso muerto atado a la espalda en mitad de un profundo lago, iría a las profundidades del abismo junto al prohombre.

Se miró de perfil en el reflejo de la ventana y observó su figura cada vez más oronda. Debía llamar al sastre antes de la entrevista con el nuevo y joven gobernador, ese traje le estaba demasiado apretado y se notaba. No sabía cómo, pero tenía que sacar tiempo de dónde no lo había para realizar las tareas menores que conllevaba la cotidianidad de la vida, aquellas que no se podían delegar ni retrasar.

Cavilaba, atribulado, en la propuesta que le iba a realizar al policía en unos minutos. Le había dado muchas vueltas y no quedaba otra salida. Tenía que proteger a Rodrigo y velar por sus intereses, aunque en el fondo se sintiese como un canalla redomado.

Su amigo no era el mismo desde que su destino se cruzó con el de Blanca. Le había cambiado el carácter por completo, como si fuera una persona distinta a la que conoció de muchacho. Esa mujer lo había embrujado, los había embrujado a todos, incluido a él mismo. Blanca despedía un halo magnético a su alrededor que atraía a los hombres de forma inexorable. Ten cuidado, Andrés, es una hembra por la que podríamos matarnos, le había advertido Rodrigo cuando se la presentó, y tenía razón, él también cayó rendido a sus pies.

Bruja. Hechicera. Hada. Ninfa. Diosa. Dependiendo del día, pensaba en

ella con un calificativo u otro. Por suerte para él mismo, era un tipo realista de sus límites y de sus carencias, y siempre fue consciente de que ella era un ser inalcanzable, de otro mundo. Él ya tenía a Raquel, y era feliz con su esposa. Blanca podría ser la perdición de cualquiera, pero no la suya.

De hecho, había sido la perdición de Rodrigo y, sobre todo, la perdición de su medio hermano, Germán. Había muerto por su culpa, Blanca le había hecho perder el juicio. Eso se repetía una y otra vez, aunque sabía que no era del todo cierto. Más bien al contrario, Rodrigo y él mismo aglutinaban buena parte de la culpa, al contratar a unos matones de medio pelo para hacer el trabajo de profesionales. No debían haber escatimado en gastos, pero todo se hizo deprisa y corriendo, sin la meticulosidad con la que acostumbraba a actuar. Las instrucciones fueron claras, tenían que darle una paliza y mandarlo al hospital, pero no romperle la cabeza.

Ninguno conocía los entresijos de los bajos fondos y acudieron a amigos de amigos, gente que no eran verdaderos profesionales, sino quinquilleros de la Cañada que se presentaron completamente borrachos para hacer el encargo. De nada servía lamentarse, a esas alturas había que tomar decisiones que los sacasen del atolladero.

Para eso necesitaban a Héctor Orgaz, para los asuntos sucios, para que limpiase la mierda por ellos y se revolcase en el fango si hacía falta. Rodrigo le había dicho qué clase de persona quería: alguien con el alma rota, sin

ataduras, ambicioso y sin problemas de moralidad o de ética acuciantes. Y, lo más importante, que estuviera dispuesto a aceptar trabajos extra sin hacer preguntas. Pinot había realizado su cometido de forma minuciosa y exhaustiva —como casi siempre—; preguntó sutilmente aquí y allá, indagó en el pasado y, finalmente, encontró al candidato idóneo.

Héctor caminaba por la cuesta empedrada, dubitativo. Había pedido el día libre para acudir a la cita. Se había comprado un traje gris marengo y unos zapatos negros, que calzaba relucientes. Quería parecer elegante. El comisario le había dicho que lo llamarían para un trabajo especial. Y que de él dependía aceptarlo o no.

Estaba intrigado por la llamada de ese tal Pinot, se había identificado como el abogado de la familia Aguirre. Aguirre, Aguirre... ¿De qué le sonaba ese nombre? De repente, le vino a la memoria. Era el hombre que murió de una paliza en el metro, unos años atrás. Le iban a asignar el caso, pero, el propio comisario intervino para llevarlo personalmente, algo nada habitual. Recordó que poco después, en el bar al que solían ir al final de la jornada, entre gin tonics aderezados con Ducados, se enteró de que se trataba de una familia influyente, del régimen, de las de toda la vida. Mejor no meterse en problemas, Héctor, le habían dicho sus compañeros, que lo resuelvan los jefes. Él se encogió de hombros y pidió otro gin tonic sin darle más

importancia. Bastante tenía ya con lo suyo.

A los pocos días cogieron a dos raterillos de mala muerte, escoria del extrarradio, carne de cañón predestinada a vagabundear aquí y allá sin oficio ni beneficio. Confesaron rápidamente haber arrinconado al joven señorito con intención de robarle, pero la cosa salió mal, la víctima intentó defenderse y se descalabró la cabeza contra el bordillo del lavabo. El juicio fue rápido, muy rápido pensaba Héctor, y ya estaban cumpliendo condena por homicidio involuntario en Carabanchel.

—Puede pasar, señor Orgaz —le dijo la secretaria, embutida en un conjunto de chaqueta y falda a cuadros que realzaba su voluptuosa figura, a juego con unos zapatos de medio tacón y unas medias de seda transparentes.

Estaba de pie, detrás de una mesa llena de papeles. Eran publicaciones de agencias financieras y noticias sobre el movimiento de la bolsa de valores. Uno de los papeles mostraba un gráfico de barras sobre la devaluación de la peseta frente al dólar.

—Gracias... Señorita... —replicó Héctor mientras ella se sonrojaba y le hacía ojitos escondiéndose coqueta detrás de sus gafas de pasta gruesa.

—Amelia —respondió finalmente algo turbada. Se mordió el labio inferior y se inclinó un poco hacia adelante estampando una fila de huellas dactilares en el impecable borde de la mesa de roble barnizado.

—Amelia... bonito nombre... Quizás después tenga tiempo para un café...

Unas líneas suaves le atravesaban las comisuras de los labios, grandes y sensuales.

—Quizás, más tarde... No sé a qué hora terminaré... tengo mucho trabajo — dijo sentándose en la silla. De seguido, se alisó la falda y comenzó a teclear en su máquina de escribir con frenesí. Su voz sonaba falsamente áspera—. Con el señor Pinot una no tiene tiempo ni para desayunar. —Al hablar, movía más el pecho que la boca, por lo que sus palabras sonaban confusas.

—No tengo prisa, puedo recogerla más tarde, ¿le viene bien para cenar?

Se hizo la sorda. Cuando pasó a su lado ella le dedicó una media sonrisa casi imperceptible, pero sonrisa al fin y al cabo, se dijo Héctor.

—Héctor Orgaz —afirmó Pinot con una voz juvenil y cantarina, algo afeminada—. Prometedor agente de policía. Gracias por aceptar mi invitación.

El hombre le recibió dando pequeños pasitos hacia la puerta. Parecía algo incómodo dentro de su traje oscuro, como si le apretase. Aparentaba estar más cerca de la cuarentena que de la treintena —como si hubiese envejecido de forma prematura—, perfectamente afeitado, con abundantes entradas, patillas perfiladas y un flequillo peinado hacia el lado, dejando caer un pequeño tirabuzón fuera de lugar en una frente tan amplia. Sus rasgos eran finos, como esculpidos por un artista. Sus ojos grises destilaban cierta jovialidad y una

astucia encubierta que Héctor atisbó de un vistazo. Se le daba bien catalogar a las personas a primera vista, y, a pesar de su aspecto, no le cabía ninguna duda de que se encontraba ante alguien extremadamente inteligente.

—Un placer, señor Pinot.

La voz y el aspecto varonil de Héctor Orgaz contrastaba con el de Andrés Pinot. Estrechó la mano del abogado que le pareció flácida y carente de consistencia.

—Siéntese, por favor.

El abogado adoptó una pose encorvada. Pinot fingía ser más viejo y más sabio de lo que en realidad era. Hizo un rápido movimiento con su redonda cabeza para indicarle que se sentara en una silla junto al escritorio de madera de cedro, y otro más para librarse de su secretaria que los miraba de reojo. Al segundo, ella cerró la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

Héctor echó un vistazo. El despacho le pareció funcional, había una mesa de trabajo para reuniones de tres o cuatro personas, una estantería repleta de volúmenes del mismo tamaño y grosor, un crucifijo al lado de una fotografía enmarcada del Caudillo y un enorme escritorio repleto de papeles pulcramente encarpados y ordenados en montones.

—Debería quitar esa foto... y el crucifijo... —le dijo Héctor con sorna, no era de los que se mordían la lengua—. Soplan vientos de cambio.

Andrés Pinot lo miró divertido, de un modo indiferente, como si las

apreciaciones de Orgaz sobre la decoración fuesen pueriles.

—Me habían advertido de que era un lenguaraz consumado... Eso puede ser una desventaja para ciertos trabajos, como el que quiero ofrecerle.

—Solo si la situación lo requiere —añadió—, cuando hay que ser discreto callo como una tumba.

—También me lo han dicho —contestó escueto el abogado, apretando los labios.

—Está usted muy bien informado —chasqueó con la lengua.

—Para eso me pagan.

Héctor se guardó de seguir ese juego dialéctico. Podía dar una impresión equivocada, mejor aparcarse sus bromas para cuando estuviera con las personas adecuadas.

—Disculpe, si le ha incomodado mi comentario.

—Para nada —rio por lo bajini Pinot. Se tocó el hoyuelo del mentón—. Aquí en la Ciudad Imperial las cosas van más despacio, vivimos el tiempo con un poco de retardo. Estamos en plena Transición... Quizás tenga usted razón, habrá que guardar las formas... aunque... créame que muy pocas cosas cambiarán.

—¿A qué se refiere? —preguntó Héctor atusándose el bigotillo.

—A que un buen drama es como la vida, pero sin las partes aburridas... Lo que quiero decir es que el cambio de régimen es inevitable, muriese el

Caudillo o no, ¿no cree? Se veía venir. —Las pequeñas orejas pegadas al cráneo, rompían ligeramente la redondez de su cabeza. Su nariz, también pequeña, era una continuación de su curvada frente—. Europa... el mercado común, hay mucho en juego como para dejarlo en manos de los políticos, o, lo que es peor, en manos del pueblo. No será tan ingenuo como para creer que el país se va a convertir en una merienda de rojos... Todo viene perfectamente orquestado de muy atrás, de eso no tenga la menor duda.

Héctor no tenía ni la menor idea. Era un hombre práctico, un hombre de acción, un hombre que tenía olfato para ciertas cosas y talento para tratar con ciertas personas, y resolver situaciones. El estado de las cosas en general se le escapaba. Aunque tenía claro que la mejor manera de evitar que un prisionero se escapase era que no supiese que está en prisión. Y eso es lo que le parecía que estaban vendiendo con la Transición. Decidió mantener un perfil bajo y contestó:

—No la tengo, ni la menor idea, lo mío es el mundo terrenal.

—Eso me parecía a mí... porque... usted es de los nuestros, ¿no? —Héctor Orgaz asintió sin saber muy bien a quiénes se refería—. Necesitamos gente con sus cualidades para mantener el orden de las cosas... —Pinot lo miró con esos ojillos de topo e hizo una mueca asintiendo. Abrió un cartapacio de cuero y sacó una hoja mecanografiada. Comenzó a leerla en voz alta y clara—. Héctor Orgaz, huérfano de padre y madre, criado en el Orfanato de las

Religiosas de Toledo, en cuanto cumplió la edad de... ¿quince años? Se escapó, estuvo un par de años desaparecido... Su pista se recuperó en la legión, en la provincia española del Sahara, se alistó muy joven, ¿no?

—No tenía donde caerme muerto y quería servir a mi país. La legión me ofrecía un abanico de oportunidades —añadió Héctor con desgana, atusándose la pernera del pantalón, observó una manchita en la punta de su zapato.

—Entiendo... Un patriota. —Continuó leyendo sin levantar la mirada. Su voz había cambiado de registro, afilada como un punzón de hielo, dando cortes aquí y allá por la geografía de Héctor Orgaz—. En la legión tuvo varios enfrentamientos con sus superiores por insubordinación, pero era un tío con carisma y con pelotas, leo literalmente, por lo que se le pasaron por alto ciertos errores de juventud. Allí se curtió... entró siendo un rapaz y salió hecho un hombre. Cuando lo de la Marcha Verde regresó a la península, se licenció y tiró de contactos para entrar en los grises, ¿por qué?

—Me pareció un trabajo honrado en el cual podía prosperar. —Eran respuestas que tenía mecanizadas.

—Apuesto a que tiene cualidades para ello.

—De eso puede estar seguro.

—¿Es usted un hombre de acción? ¿Violento?

—Según se mire... me desenvuelvo bien en determinados ambientes...

No dejó que terminase.

—¿Y leal?

Héctor lo miró directamente al ojo que bizqueaba.

—Sí, soy leal.

—Eso dicen sus superiores. Nosotros le pagaremos para que lo sea y no se tenga que replantear ciertos dilemas morales.

—¿A dónde quiere llegar?

El abogado aguantó su mirada desdeñosa. Abrió un cajón y sacó una pitillera dorada.

—¿Quiere uno? Tabaco rubio americano, no es Ducados, pero le puede valer, ¿no?

—Se han tomado muchas molestias conmigo. —Héctor cogió uno de los cigarrillos y lo prendió con un mechero con el emblema de la legión.

—Nos gusta saber dónde invertimos nuestro dinero.

A Héctor no le gustaba el tono de suficiencia con que le hablaba, definitivamente no le gustaba. Andrés Pinot continuó:

—Queremos que trabaje para nosotros... para la familia a la que represento. Imagino que no hace falta que le diga quienes son...

—Una familia muy poderosa...

—Lo han sido, lo son y lo seguirán siendo, créame, eso no tiene vuelta de hoja, por mucha Transición que haya.

Hubo unos segundos de silencio antes de responder.

—Ya tengo un trabajo, ¿por qué iba a dejarlo? —preguntó con voz rasposa.

Pinot soltó una risita apagada y movió ligeramente la cabeza. Sonreía con el rostro benévolo y tolerante de quien quiere que sepas que es paciente con tu inferioridad.

—No queremos que lo deje, al contrario... queremos que siga dónde está. Nosotros le ayudaremos a prosperar y usted nos ayudará cuando lo necesitemos. Le pagaremos bien. Quid pro quo. Por la cara que pone no sé si hablamos el mismo idioma...

—¿Qué idioma?

—El del dinero, mucho dinero.

—Un idioma universal.

—Entonces... lo entiende.

—A la perfección... ¿Para qué necesitan mi ayuda exactamente? —Héctor se hacía una idea, pero quería escucharlo y necesitaba algo de tiempo para reordenar sus ideas—. Supongo que tendrán todo tipo de recursos para resolver sus problemas.

—Exacto, y queremos que usted se convierta en uno de nuestros recursos para... —tartamudeó un poco—, para situaciones que vayan surgiendo, por así decirlo, situaciones en las que mi cliente y yo no podamos actuar directamente, ni queramos vernos implicados.

Héctor meditó unos instantes mientras daba unas caladas a su cigarrillo.

—Me quieren para que limpie la mierda cuando empieza a ensuciarles el borde de los zapatos.

—Muy buena definición —asintió el abogado—. Lo ha cogido al vuelo.

—¿Y si me niego?

—Héctor... No solemos aceptar una negativa por respuesta —le dijo con esa extraña mezcla de voz aflautada y punzante—. Le he dicho que podemos ayudarnos mutuamente.

—Explíquese —le soltó Héctor cada vez más incómodo ante ese hombre de piel fina y resbaladiza.

—Mire... voy a ser claro... Si usted prospera, mejor para nosotros. Si acepta nuestra oferta, será ascendido inmediatamente a inspector, se le asignará un caso que deseamos encarecidamente que se lleve con discreción, saldrá de aquí con un sobre con quinientas mil pesetas... —dejó que las palabras se expandiesen por la habitación y que calasen en sus oídos—... y, además... fijese lo buena gente que somos, le ayudaremos con lo del incidente de los estudiantes...

Así que era ahí dónde quería llegar, pensó Héctor con rabia. Había perdido los estribos, una sola vez, y tenía que cumplir su penitencia. Si esa gente sabía lo de la manifestación y el interrogatorio, lo tenían bien cogido por los huevos.

—No sé de qué está hablando —mintió sin convicción.

—Vamos, Héctor... No juegue conmigo que no tengo tiempo para niñerías.

Se pasó de la raya... Les dio una paliza a esos pobres infelices, y jugó a la ruleta rusa con ellos. Cogió su revólver, lo vació de balas, excepto una, usted apretó el gatillo la primera vez, y salió indemne, no así el que disparó en tercer lugar... se voló los sesos, literalmente, desparramados por el suelo. Un joven estudiante de medicina, perteneciente a una familia de clase media, afiliados al partido socialista, y que está presionando a uno de los jueces de la nueva hornada para que investigue. Las cosas pueden terminar mal para usted...

—Puede ser.

—Pero no tiene por qué. Si acepta nuestra oferta, no le quepa duda que todo el asunto se perderá en una densa nebulosa burocrática... —Intentaba hablar con un tono de voz más reposado.

—Me hago una idea, más que una nebulosa... prefiero un agujero negro.

—Como usted guste.

—¿Por cuánto tiempo? —carraspeó Héctor.

—¿Disculpe?

—Por cuanto tiempo requerirán de mis servicios —le aclaró.

De nuevo esa carcajada de hiena, desinflada y alegre al mismo tiempo.

—Este trabajo es de por vida, Héctor...

—Si quieres lo mejor, tienes que estar dispuesto a pagar el precio final — musitó para sí el policía pensativo, moviendo levemente la pierna.

—Eso es, al fin lo ha entendido.

Esta vez su sonrisa era abierta y franca.

—Me interesa, me ha convencido.

—Sabía que no me había equivocado con usted.

Héctor no sabía si tomárselo como un halago o como un insulto. Apagó la colilla en el cenicero y preguntó:

—¿Cuál será mi primer trabajo?

Andrés Pinot se impulsó levemente en su sillón giratorio, de derecha a izquierda y viceversa.

—Un asunto extremadamente delicado —dijo al fin, después de escrutarle durante varios segundos, dándole suspense a la situación, midiendo al hombre que tenía en frente—. Verá, Héctor, esta mañana han encontrado el cuerpo de Blanca, la señora de Aguirre... —carraspeó un poco encorvándose sobre la mesa, con las manos por debajo, en una postura que denotaba cierto grado de tensión—, la mujer de mi cliente... han encontrado su cuerpo sin vida. —Le costaba trabajo hablar de Blanca como un cuerpo inerte carente de voluntad, como un amasijo de huesos y tejidos sin alma ni fluido sanguíneo. Hizo de tripas corazón y continuó—. La han encontrado muerta en la bañera.

—Muerta —repitió Héctor Orgaz atusándose el bigote, calibrando la situación—. Mis condolencias a la familia.

—Gracias —replicó seco.

—Por causas naturales... o por alguna otra causa sin...

—Suicidio —matizó Andrés Pinot sin darle tiempo a que terminase la frase

—. Verá... la mujer... estaba pasando por una mala racha... sufría de depresión y tomaba abundantes medicamentos.

—¿Cómo lo hizo?

La pregunta le sorprendió a Héctor tanto como al abogado, que se quedó muy quieto, mirándole mientras su traje de corte italiano comenzaba a transpirar gotitas de sudor por las axilas.

—Al parecer se atiborró a pastillas y después se metió en la bañera... y se cortó las venas. La encontró el ama de llaves por la mañana. Su marido se encontraba en Madrid por temas de negocios, está muy consternado... Se puede imaginar...

—Usted también parece muy afectado... ¿La conocía mucho?

Andrés bajó la mirada y con una voz meliflua intentó mentir.

—No mucho. El trato justo, ya sabe, soy el abogado de la familia y los conozco a todos en cierta medida.

—Entiendo. —Un silencio incómodo se apoderó de la estancia, hasta que Héctor decidió romperlo—. Si todo está tan claro... ¿Para qué me necesitan?

Andrés Pinot encendió un cigarrillo y estiró su papada hacia el techo descargando parte de la tensión que tenía acumulada.

—Para que todo se resuelva de la forma que le he contado.

—Entiendo —repitió de nuevo.

Pinot fijó en el joven policía unos ojos serenos, fatigados y oscuros, y dijo:

—Esa queremos que sea la verdad y deseamos que el caso sea llevado con discreción. Nada de periodistas fisgones ni fiscales que metan su hocico para ganar puntos. —Cogió una pequeña llave y se levantó con esa manera tan característica de andar, dando pasitos cortos, hasta el retrato del Caudillo. Lo descolgó y abrió la pequeña caja fuerte que había detrás. Sacó un sobre blanco, abultado por el volumen de billetes que contenía. Se lo tendió a Héctor que lo cogió al peso con desparpajo—. En cuanto salga por esa puerta haré las llamadas pertinentes para que le asignen el caso. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo —contestó esbozando una sonrisa lobuna, mostrando sus afilados colmillos.

Héctor salió del despacho eufórico, dando pequeños brincos, con una sensación de satisfacción que le llenaba por completo y le hacía hincharse por dentro de una sustancia más ligera que el aire, hasta hacerle levitar por encima del resto del mundo. Nunca antes había visto tanto dinero junto y, por supuesto, si lo había visto nunca había sido suyo. La vida le sonreía y de qué manera.

Para rematar el día había quedado con la secretaria de curvas imposibles para invitarla a cenar en el restaurante del Parador, que ella misma había elegido. Te invito a comer, le dijo con chulería, dónde quieras, venga, elige cualquier sitio, que te llevo. ¿Estás seguro de que tienes cuartos para eso? Le

dijo siguiéndole el juego. Seguro, como que me llamo Héctor Orgaz.

Arrancó su recién estrenado Talbot —ya no tendría que preocuparse por las letras del coche, pensaba, había ascendido y jugaba en otra liga, la liga de los grandes tiburones blancos—, y se encaminó presto a reservar una habitación en el Parador para un par de noches con una sonrisa de oreja a oreja. Lo que no se imaginaba mientras conducía ensimismado en sus ensoñaciones, y que a la postre descubriría con el paso de los años, era que había hecho un pacto con el mismísimo diablo.

Andrés Pinot se quedó cavilando en su despacho. Tenía otro sobre en la mano, uno cuyo contenido difería bastante del que le había entregado a Héctor Orgaz y que debía guardar durante los próximos diez años, si quería ser fiel a la memoria de Blanca. De algún modo, ella intuyó que algo terrible le podía ocurrir y se había adelantado a los acontecimientos dejando una carta de despedida para su hija Genoveva. Una mujer como yo no puede sobrevivir sin amor, le dijo cuando se atrevió a preguntarle por qué lo había hecho. Y, Germán, aunque apenas llegó a conocerlo, fue el amor de su vida.

Él sabía perfectamente lo que había pasado, no hacía falta que nadie se lo contase. Ella se había presentado la mañana del día anterior con un vestido negro, que se ceñía a su figura como un guante, melena recogida, con una raya que dividía en dos vertientes su cabellera. Un ángel caído, pensó el abogado.

Quería dejarle esa carta por lo que pudiera pasar.

Rodrigo está cada vez más violento e irascible, le dijo asustada. Cuando se quitó las gafas de sol pudo apreciar una mancha violácea con forma circular que rodeaba a su ojo izquierdo. Andrés la abrazó y la consoló como un padre consuela a una hija. Con el tiempo su hechizo había menguado en él y su amor por ella se había transmutado en un sentimiento puramente fraternal. Entre sollozos le contó su verdad.

Su único pecado fue enloquecer de amor, pensó con amargura el abogado.

A pesar de saber que no era lo correcto, ahí estaba, ayudando a Rodrigo, era lo mejor para él y para su familia. No podía hacer otra cosa. Si caía Rodrigo Aguirre, también lo haría Andrés Pinot. No obstante, en su fuero interno se perjuró que, aunque tuviese que esperar toda una vida, Rodrigo sufriría por lo que había hecho con Blanca. Era lo justo. Y, Andrés Pinot, a pesar de sus vicios y sus defectos, siempre intentaba equilibrar la balanza.

Era como decía Blanca, pensó, la mala sangre de los Aguirre lo emponzoña todo.



## CAPÍTULO 8

Nico estaba cansado de contar lo mismo una y otra vez. Comenzaba a sentirse inquieto. Si se encontraba allí era porque sospechaban algo. Era la tercera vez que repetía la historia, y las caras y las poses no habían cambiado. Permanecían serios, impasibles, escrutando cada uno de sus gestos. No era normal, pensaba azorado, ¿o sí? Valeria llevaba dos días desaparecida y nadie sabía de ella, ni él mismo tenía ni la más remota idea. Todo había comenzado como un juego, un maldito juego que se había descontrolado.

Los ánimos estaban cada vez más caldeados y el aire se respiraba enrarecido en el entorno de la chica. Amigos y compañeros de instituto se miraban con recelo y desconfianza, disparándose todo tipo de rumores más o

menos infundados. En general, el ambiente era de nerviosismo, acrecentado por la falta de noticias.

La familia había presionado a las autoridades, y cuando los Aguirre de Castro daban un puñetazo en la mesa, muchos temblaban y agachaban la cabeza. Valeria provenía de un linaje de altura, tanto de padre como de madre, cuyos árboles genealógicos podían seguirse sin excesivos problemas hasta un par de siglos atrás en el tiempo. Poseían riqueza y tierras en abundancia, eran dueños de fincas de caza, de bodegas, y también eran los principales accionistas de un conglomerado de empresas que abarcaba sectores tan variopintos como alimentación, farmacia y medios de comunicación. Y, para asegurarse una mayor influencia, tenían colocados a familiares cercanos como tenores y barítonos del sistema en los diferentes estamentos de la escena política regional y nacional. En definitiva, se trataba de gente poderosa, acostumbrada a mandar y a que les obedeciesen sin rechistar.

Valeria era la oveja negra de la familia, la niña descarriada que había que enderezar, pero también era el ojito derecho de su abuelo Rodrigo, el patriarca del clan, el hombre que conservaba los contactos en las altas esferas y ejercía el poder fáctico en la sombra.

Lo abordaron en la puerta del bloque, cuando salía presto a asistir a su sesión de rehabilitación. Tenía concertada una cita con el fisioterapeuta a las

diez; lo había dejado plantado, ni siquiera tuvo tiempo de anularlo. Algunos vecinos atisbaron de reojo la escena, cuchicheando desde la distancia con la puerta entreabierta, observando el coche de policía y dos oficiales uniformados hablando con Nico.

No era ningún secreto que Nico había estado saliendo con la niña mayor de los Aguirre de Castro, dejándose ver por el barrio en numerosas ocasiones. La envidia cainita seguía siendo el deporte nacional, y la princesa de cuento de hadas rejuntada con el vulgar villano, producto de la burguesía pujante, había dado de qué hablar en los corrillos de la puerta del colegio y del supermercado. En una ciudad tan pequeña, Valeria era conocida por los vecinos de toda la vida y a muchos les había escamado verla por allí en compañía de Nico, flirteando en poses acarameladas y descaradas.

No estaba detenido, los agentes simplemente le habían pedido amablemente que los acompañase a declarar a comisaría. Qué pasa. Nada, acompáñanos y ya te enterarás, dijo el hombre barbudo y calvo. ¿Y si me niego? Mira, la cosa está bastante jodida, mejor que cooperes. No tengo ni idea de lo que me dice. Tu amiga Valeria ha desaparecido, apuntó la mujer de uniforme, algo más empática que su compañero, ¿sabes algo de eso? Nico se quedó blanco, inmóvil como una estatua de cal, casi dejó de respirar. No, carraspeó, lo que se oye en los medios y en la calle. No le salían más palabras, estaban atascadas en su laringe, formando un engrudo pastoso en la garganta. Anda,

acompañanos, dijo la policía, será mejor que cooperes.

Llamó a su madre, pero no contestaba, repitió la operación con su padre y tampoco, lo cual no le extrañó. Finalmente, puso un mensaje a ambos — ignoraba cuanto tardarían en leerlo—, y también en el grupo de los Cuatro. Mejor cooperar y enterarse de primera mano de lo que pasaba, no fuera a salpicarle en un ojo. Salió del portal cojeando, escoltado por la pareja de agentes, bajo la atenta mirada de varias madres ociosas que volvían de la guardería con sus carritos vacíos y que parecían regocijarse con lo que estaban presenciando.

Nico tenía sed y su estómago rugía como un león hambriento del Serengeti. En sus labios se dibujaban palabras y rictus de protesta.

—Una vez más —la voz cavernosa del hombre que tenía delante, de pie, dando cortos pasitos, resonó en la habitación como un trueno.

—Tengo hambre —dijo Nico a modo de protesta.

La mujer, delgada, alta y muy joven, miró al otro y este asintió. Le recordaba vagamente a Eva. Morena, con el pelo corto, aunque de rasgos más afilados y un cuerpo más fibroso. Eva, ¿dónde estaría ahora? Hacía tiempo que no pensaba en ella. No le había devuelto sus llamadas, simplemente se saludaban por wasap de vez en cuando; cuando él intentaba ahondar ella se mantenía ausente.

La inspectora Montalvo, así se había presentado, ¿no? Se levantó arrastrando la silla, dejando su cazadora, Geox de color beis con cremallera, en el respaldo. Salió de la habitación sin decir ni pío.

Nada más cerrar la puerta, el otro se acercó a la cámara que los grababa, un ojo negro sobre un trípode que lo ponía aún más nervioso, y apagó el aparato. Tomó asiento en la silla que ocupaba la inspectora unos segundos antes y puso los codos sobre la mesa metálica, apoyando la mitad de su torso. Al fondo, detrás de él, había un espejo, sucio y con los bordes metálicos y mohosos, como en las películas. ¿Cómo se llamaba? ¿Héctor Orgaz? No se había identificado como inspector, ni como agente, ni como policía. Tampoco tenía una tarjeta de visita blanca en la solapa, como la suya. No lo recordaba, Nico estaba cada vez más aturdido. Llevaba allí tres horas y le parecía que hubiesen pasado tres días. No tenía cobertura, no le llegaban mensajes y nadie contestaba a sus llamadas ¿Dónde coño estaban sus padres cuando los necesitaba?

—Mira, Nicolás, no soy policía —aclaró con una parsimonia calculada.

El hombre poseía una cabeza cuadrada, una cara algo achatada y una abundante mata de pelo blanquecino. Tenía un característico mostacho blanco, como de otra época, que le daba un aspecto fiero, pensó Nico. Rondaría casi los sesenta, pero estaba en forma, tenía el cuello ancho como un toro y las manos fuertes y callosas. Sus ojos eran negros, un pozo sin fondo, pero lo que

más le escamaba era esa sonrisa lobuna, que mostraba sus perfectos colmillos

—Antes lo era, y de los buenos —continuó—. Ahora estoy retirado. ¿Te preguntarás que hago aquí? Digamos que soy una especie de detective privado, como los de las películas, pero con más mala leche...

—¿Estoy detenido? —atajó Nico sin hacer caso de sus comentarios. El otro negó con la cabeza riendo, metió la mano dentro de su chaqueta de cuero gastado y sacó un cigarrillo—. No se puede fumar aquí —dijo Nico, le salió una voz débil e infantil—. Me gustaría irme a casa, creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—¿De veras? —preguntó golpeando la mesa con su encendedor metálico con el emblema de la legión, corona real en el centro, ballesta, arcabuz y alabarda cruzados—. Veamos, repítelo otra vez, por si se te ha olvidado algún detalle.

—Quiero ver a mi abogado, soy un menor, no tiene derecho a retenerme en contra de mi voluntad.

—Yo no soy policía, ya te lo he dicho. Por mí puedes irte cuando quieras... —le espetó subiendo un poco el tono—. Sé dónde vives, puedo buscarte en la calle y hablar de hombre a hombre... —Su voz sonaba ronca, pedregosa, como si tuviese la garganta llena de cantos rodados.

Nico miró el móvil por enésima vez.

¿Dónde estaba la mujer? Al menos parecía más amable y era policía, si es

que eso eran buenas noticias.

—Valeria lleva desaparecida dos días. Se la vio por última vez el sábado por la tarde, en una terraza en el Miradero, acompañada de dos amigas, que han declarado que la notaron algo seria y taciturna —leyó de nuevo Héctor en voz alta, mientras se arrellanaba en la silla estirando las piernas. Se había puesto unas pequeñas gafas metálicas para ver de cerca. Nico escuchaba paciente—. Su móvil fue desconectado un par de horas más tarde. En la mayoría de los casos, cuando desaparece una chica mayor de edad, rebelde, joven y con ganas de pasarlo bien no se pone en marcha ningún dispositivo de búsqueda, a no ser que haya indicios de violencia...

—¿Mayor de edad? —preguntó Nico—. Valeria tiene diecisiete.

—Según el dossier que me han pasado, no... tiene dieciocho; al parecer repitió un curso de pequeña, por una enfermedad grave.

—No tenía ni idea, ella nunca lo mencionó... siempre dijo... —musitó Nico para sus adentros asimilando la información. Le extrañaba el dato. ¿Cuándo había ocurrido? Probablemente en primaria, ellos se conocieron en el instituto —. Ha dicho indicios de violencia...

—No es el caso, al menos hasta ahora. Ella ha desaparecido sin más — chasqueó la lengua un par de veces y se atusó el bigote mientras releía los papeles que tenía delante—. Personalmente, creo que tarde o temprano aparecerá, dará señales de vida; estará en casa de alguna amiga o de algún

novio, pasando la resaca y llena de remordimientos por haberse largado de esa manera... Pero, hasta entonces, aquí estoy yo para ocuparme de que no se nos escape ningún detalle y atar cabos sueltos... Y tú eres uno de esos cabos sueltos...

Silencio. Nico reflexionaba sobre lo que acababa de escuchar y Héctor Orgaz no le quitaba ojo.

—¿Para quién trabaja? —se atrevió a preguntar Nico.

El otro pareció pensárselo un poco antes de contestar. Finalmente, hizo un gesto encorvando los labios y encogiéndose de hombros, como diciendo qué más da.

—Para su abuelo —carraspeó Héctor—. Es un viejo amigo al que le debo un par de favores. Ha removido cielo y tierra para que las fuerzas de seguridad se impliquen en su búsqueda.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

Rió con ganas antes de contestar, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Por lo visto, Valeria tiene su ordenador lleno de fotos y vídeos contigo, algunos bastante comprometedores... Hay imágenes que parecen hechas a distancia, sin que te dieras cuenta... También hay otros chicos, pero guardaba una carpeta con tu nombre de casi un giga —Hizo una pausa para darle una larga calada y apagar el cigarrillo en el borde de la mesa y tirarlo en una esquina con gesto despectivo—. No tengo ni pajolera idea de lo que son los

gigas, pero a la señorita Montalvo le ha parecido mucho. Por eso estás aquí y porque fuiste uno de sus últimos novios.

—No el último —apostilló Nico.

—Pero del otro no tiene ninguna carpeta con un giga...

De nuevo un silencio incómodo.

—Ya se lo he dicho, llevo sin verla una semana o más.

—¿Qué relación manteníais?

—Ya se lo he dicho también —repitió Nico, cansado, subiendo un poco el tono, lo justo para que no pareciera una bravuconada—, éramos amigos, habíamos mantenido una relación, un rollete, ya sabe, amigos con derecho a roce... pero eso terminó hace meses. Nos veíamos en el instituto, nos mandábamos wasap de vez en cuando, hablábamos en Facebook, compartíamos en Instagram, y estábamos en ese estúpido grupo de la Ballena Azul.

—Wasaps de vez en cuando... Según indica la inspectora Montalvo, era algo más que de vez en cuando... Y con fotos explícitas.

—Ella era la que empezaba, yo casi nunca le daba carrete...

—Casi nunca —susurró Héctor moviendo el encendedor entre sus dedos—. Vamos, joder, a mí me lo puedes contar, no hay cámaras, ni micrófonos, ni soy un madero... La chica está muy bien, un bomboncito, y tú no eres de piedra, ¿no?... Nos podemos ayudar mutuamente.

—Ella se obsesionó conmigo... —suspiró Nico.

—¿Y...?

—¡Nada más! Ya le he contado toda la verdad.

—Sabes lo que te digo... Que toda esa historia de la ballena azul me parece una mierda, muy bien elaborada.

—¡Es la verdad! —exclamó Nico levantándose. El hombre lo cogió del brazo, con fuerza, inmovilizándolo—. ¡Déjeme en paz!

La inspectora Montalvo entró en la sala con una bandeja sobre la que había un par de donuts, una coca cola cero y una taza de chocolate.

—¿Qué pasa aquí? —Tenía rasgos impertinentes y estaba visiblemente contrariada, lo cual acrecentaba más su impertinencia. Dejó la bandeja en la mesa y Héctor desistió de su agarre—. Usted no está aquí para eso, Héctor.

Dejó libre a Nico, que se frotó un poco el antebrazo.

—¿Está segura? —respondió con una media sonrisa. Quería soliviantarla aún más, a ver hasta dónde podía llegar. Cerró un poco el ojo izquierdo, como un medio guiño y chasqueó la lengua. Continuó lentamente—: Solo estábamos charlando un poco.

—A mí no me lo parece.

—A veces las apariencias engañan... —replicó suave como un guante.

—Nico ha accedido a venir de buen grado, sin resistencia y creo que ha colaborado en todo momento. —Intentaba mantener la calma, aunque le

costaba—. Tómame esto Nico, y, cuando quieras, puedes irte. Si recuerdas algo más llámame —dijo tendiéndole una tarjeta—, cualquier cosa a cualquier hora.

Leticia guiñó un ojo, le dio un par de palmaditas y se inclinó sobre su taza de chocolate, aspirando su aroma. Héctor estaba de espaldas farfullando, y, aunque Nico no la estaba mirando de frente, se dio cuenta de que limpiaba furtivamente la cucharilla con la servilleta de papel antes de introducirla en la taza, y de que jugueteaba nerviosa con la pella de nata, dándole vueltas y más vueltas con la cucharilla para mezclarla con el chocolate. Intentaba mantener la compostura.

Nico se quedó unos segundos quieto, como un pajarillo acorralado por unas alimañas al que, de repente, se le abre un hueco para escapar entre las sombras de la noche.

—¿Puedo irme? —musitó.

—Sí —respondió ella—. Y, Nico... gracias.

Salió disparado de la habitación, sudando y temblando por los cuatro costados. Cuando cruzó el umbral de la puerta de la comisaría comenzó a correr como alma que lleva el diablo, sin rumbo fijo.

—¿Cree que ha sido buena idea violentarlo de esa manera? Estaba colaborando... Los métodos de interrogatorio han cambiado... exinspector Orgaz —remarcó las sílabas de las últimas dos palabras.

Él se tomó unos instantes antes de dar un bufido y largarse, mirándola descaradamente, como si la estuviera desnudando con los ojos, de arriba a abajo, luciendo esa sonrisa de tres cuartos que parecía marca de la casa, sin decir esta boca es mía.

Ella se quedó a solas en la sala de interrogatorios. Se sentó en la silla y comenzó a llorar. Estaba sometida a mucha tensión, era su primer caso y había demasiada gente importante por arriba que la presionaba. Y, encima, saltándose todo el protocolo y todas las normas, le habían colocado a ese tipo de observador. Héctor Orgaz, una leyenda del Cuerpo, proveniente de la época jurásica, de los últimos años del franquismo —cuando todavía eran los grises—; exinspector condecorado y retirado, al parecer, un amigo personal del abuelo de la maldita cría. Cuándo aparecería.

Leticia Montalvo estaba segura de que Valeria se había ido por voluntad propia y de que volvería más pronto que tarde, pero, había que atar todos los cabos sueltos, y esa historia de la ballena azul era un cabo suelto que sonaba algo truculento. En realidad, cuanto más escarbaba en la vida de Valeria y su entorno, más truculento parecía todo.

Dejó de llorar, se había diluido por un momento, como un cubito de hielo, y se había vuelto a enfriar solidificando sus pensamientos —una habilidad adquirida desde su adolescencia—. Pero seguía respirando muy hondo.

Le dio al play para escuchar la historia que le había contado el chico, por

si había algo que se le escapaba.

—¿Hay algo que quieras comentar sobre la desaparición de Valeria? —era la voz cavernosa del exinspector. —Unos segundos de silencio—. Si hay algo que crees que debemos saber... —Hizo una pausa para darle un poco de suspense al asunto—... Este es el momento.

A Leticia le molestaba oír la voz de ese hombre, tomando el mando del interrogatorio y ninguneándola de esa manera. Ella había quedado en un segundo plano desde el primer momento.

—Lo único... el tema ese de la ballena azul —El tono de Nico sonaba algo tembloroso. Le costaba hablar—. Comenzamos a jugar por diversión, pero ella se lo tomó demasiado en serio.

—¿La ballena azul? ¿De qué carajo estás hablando? ¿Qué chorrada es esa? Silencio. Hasta se podía oír la respiración acelerada del chico.

—Es un siniestro desafío que invita a niños y adolescentes a superar 50 pruebas, una por día —atajó Leticia. Para eso la habían llamado, tenía la licenciatura de psicología y se había especializado en delitos a través de redes sociales—. Les obligan a despertarse de madrugada a mirar vídeos de terror, cortarse el brazo con una navaja o acercarse al borde de un precipicio. La última, la prueba definitiva consiste en suicidarse saltando al vacío. —Su voz sonaba con la determinación propia de una experta que recita un discurso

aprendido—. El fenómeno se ha extendido rápidamente a través de internet y, sobre todo, por las redes sociales. Hay un grupo en español que tiene más de 15.000 miembros, pero también los hay en inglés, portugués, francés, ruso y otros idiomas, tanto en Facebook como en Instagram, YouTube y otras redes sociales.

—¡Redios! —musitó despectivamente Héctor Orgaz, observando a Nico. Sus dedos nerviosos, repiqueteaban en la mesa—. Un juego para suicidarse... ¿Hay algún idiota que lo haya hecho?

—Existe cierta confusión sobre el origen del juego y el número de muertes que pueden atribuirse al mismo —continuó Leticia—. Los primeros casos fueron reportados en Rusia y, recientemente, la policía de México, Brasil, Colombia y otros países en todo el mundo ha dado la voz de alarma tras la muerte de varios adolescentes. Las investigaciones todavía están en curso.

Leticia no quería dar más información de la necesaria, especialmente sobre los casos que se habían dado en territorio patrio y que ella había investigado.

—Algo así —Nico asintió.

—Joder, estáis locos lo jóvenes de ahora, no os basta con poder follar donde queráis... Os daba yo emociones fuertes, una buena ostia, ¡joder! —espetó con apatía.

—Continúa Nico —Leticia estaba sumamente interesada con la vía que tomaba la charla. Quizás sacase algo en positivo—. ¿Jugasteis a la ballena

azul?

## CAPÍTULO 9

Sí. Jugamos a la ballena azul. A nuestra particular ballena azul. Después de ver el vídeo de Ari estuve investigando un poco sobre el tema, curioseando más bien. Pasaba las horas muertas delante de la pantalla, cualquier cosa estaba bien para salir de la monotonía. Me uní a varios grupos que encontré en Facebook e Instagram, y lo hice con mi perfil verdadero, quizás ese fue mi error. Quizás si lo hubiera hecho con un nombre falso, nadie se hubiera enterado, y Valeria ni se hubiese apuntado.

¿Tu perfil falso? Era la voz de Héctor Orgaz. ¿Qué coño es eso? Me creé cuentas falsas, por aburrimiento, para curiosear en la vida de los demás. Sé que no está bien, pero... No sé por qué lo hice. No entiendo nada, de nuevo

Héctor. Continúa, Nico, ya se lo explico yo luego, Leticia con voz calmada.

Aunque parezca increíble, únicamente te advierten de que es un juego peligroso... cualquiera puede entrar y participar. Podéis hacer la prueba.

*Enseñó un pantallazo de su móvil:*

*Aviso: Estas publicaciones pueden incluir contenido gráfico.*

*Para obtener información y ayuda sobre suicidio o autoagresión, toca "Más información".*

*Más información.*

La mayor parte de las cosas que se ponen en estos grupos son patochadas, no es difícil imaginar la cantidad de tarados que hay en estos foros. Podéis comprobarlo con el siguiente *hashtag*: : #i\_am\_whale. Pero, siempre hay un grupo de gente que se lo toma más en serio. Y también está el moderador, quizás sea el más desequilibrado de todos. Alguien que crea la comunidad y observa al resto interactuar en la sombra, hasta que da un paso adelante... a ver hasta dónde eres capaz de llegar.

La verdad que me apunté sin pensarlo mucho, curioseaba de vez en cuando y poco más. Estaba ocupado en otras cosas. ¿Otras cosas como qué? De nuevo Héctor interrumpiendo. Me gustaba espiar lo que hacía la gente. En las redes

puedes ser quién quieras. ¿Una especie de voyeur? Sí, más o menos. Ponme un ejemplo. Por ejemplo... una de las personalidades que creé era el de un maduro y atractivo cuarentón, separado, que buscaba rehacer su vida. ¿Para qué, Nico? Ahora era Leticia la que preguntaba. Silencio. Para espiar a mi madre y a alguna de sus amigas. Si yo fuera tu madre te daría una tunda de palos, él. Pero como no lo eres... ¿Cómo fue? Ella. Bien, hay mucha que gente que acepta a cualquiera en su círculo de amistades, ya sabe el aislamiento del individuo en sociedad y todo eso... El caso es que Berta, una de las internas del hospital donde trabaja mi madre, está ávida de compañía después de dejarlo con su novio, no sabe la de cosas que dice que sabe hacer... Me lo imagino, la soledad del número primo..., Leticia con aire distraído y un leve sonrojo de sus mejillas; prosigue, céntrate en el tema, por favor. No sé por dónde empezar. Por el principio, Héctor cortante. No hay prisa, tenemos todo el tiempo que necesites, cualquier detalle puede ser importante.

Por el principio, pues... carraspeó Nico.

Ari estaba ya metida en todos los grupos de la ballena azul en que yo participaba, había hecho un buen trabajo de campo, y al poco también estaban mis amigos, Charlie, y Luke. Ya saben... culo veo, culo deseo... Y, como no, Valeria, que me seguía los pasos de cerca. Ruido. Héctor garabateó en su libreta con ímpetu (Leticia se lo imaginó escribiendo ballena azul en letras de

grandes trazos inconexas).

Recibí una notificación de que había entrado y ella me lo confirmó por wasap. No le di más importancia, solo era un juego de niños.

El moderador proponía una prueba y quien le daba la gana aportaba una señal de que la había superado, normalmente un vídeo. Pero eran como de coña: tatúate una ballena azul, y se las pintaban con bolígrafo; pásate una noche entera viendo una peli de terror, y se grababan disfrazados de zombis, o con un hacha ensangrentada. Ningún grupo me pareció serio, excepto el de Hugo. ¿Hugo? ¿Quién es Hugo?, preguntó Leticia. Un antiguo compañero de colegio que se mudó tiempo atrás a Madrid. De nuevo Héctor garabateando sobre su libreta roja de anillas.

El caso es que contactó conmigo. No me había dado cuenta, estaba metido en uno de los grupos de Facebook más numerosos. Qué tal estás, cuánto tiempo, me alegro de verte y ese tipo banalidades. Me dijo que me había visto rondando por ahí, que le sonaba mi nombre, ¡cómo no le iba a sonar! Ahora que lo pienso, quizás el encuentro no fue tan casual. No lo sé, Hugo es un tipo muy raro, siempre lo fue. Pregunten por ahí. Raro, pero me caía bien. Soy amigo de las causas perdidas, que le voy a hacer... Que por qué lo digo, porque Hugo sufrió bullying durante más de un año sin que nadie hiciera nada, yo intentaba protegerlo —alguna buena hostia me llevé—, pero no lo suficiente. En el fondo era el parapeto de la mayoría, si los malos se metían

con él, al resto nos dejaban en paz, lo cual era un alivio.

Me alegré de que contactara conmigo. Después de tantos años fue reconfortante saber que le había ido bien en la vida. Estudiaba en un instituto de la zona norte de Madrid, completamente integrado, y era feliz, o eso decía. No tenía malos recuerdos de esa época, lo que no te mata te hace más fuerte, Nico, me dijo. Sabía bien a lo que se refería.

A modo de reconciliación con el pasado, me propuso crear un grupo con la gente de entonces. La verdad que me escamó un poco, pero no le di mayor importancia.

Que qué hacíamos en el grupo, para serle sincero... poca cosa, lo típico... Subir fotos y vídeos, comentarlos y volver a subir fotos y vídeos. Se abrió también un pequeño espacio de debate de las películas y series de moda. No participé mucho, había otros que sí lo hacían, contaban cada detalle de su vida en el Facebook y en el Instagram, pero a mí me gustaba más mirar.

¿Valeria? Valeria tenía días que copaba el *muro* con sus quehaceres diarios, abrasaba: Valeria desayunando, Valeria de camino a clase, Valeria en clase, Valeria en el recreo, Valeria comiendo espaguetis, Valeria estudiando, Valeria en el gimnasio, Valeria con las amigas fumando hierba, Valeria en el cine. Y había otros días en los que nada sabíamos de ella, como si se hubiese evaporado. Eran los días que estaba de bajón, desaparecida en combate, no quería hablar con nadie. Yo conocía bien esos baches. Esas etapas fueron

haciéndose más comunes, se presentaban con más regularidad, y fueron alargándose en el tiempo; pero todo el mundo parecía demasiado ocupado como para fijarse, quizás los que más la conocíamos nos dábamos cuenta, pero tampoco le dimos más importancia. Valeria simplemente era así, cambiante como una veleta.

La ballena azul, sí, perdón, voy al grano. Comenzó siendo algo inocente, un juego para desfogar de la rutina del día a día y hacer chorradas varias. Fue Hugo el que empezó con las pruebas, se autoproclamó moderador del grupo y nadie dijo nada, imagino que le hacía gracia recrearse con sus antiguos compañeros de clase.

El primer reto consistió en cortarse con un cuchillo y escribir *f57* en el dorso de la mano, y luego enviarle la foto al administrador para que la validase. ¿Que si alguien se lo hizo? Joder, pues sí, hay mucho tarado por ahí suelto deseando de hacer el tonto. Estando Valeria, Ari y las otras en el grupo, no faltaba quien las quisiera impresionar. De memoria, no me acuerdo exactamente de sus nombres...

Sí me sorprendió... bueno quizás no tanto, que Valeria se lo hiciera... de las chicas fue la única; el resto lo dibujó a boli, a modo de broma, pero ella lo hizo con un punzón o algo así. Y Hugo también, quería predicar con el ejemplo el muy loco. ¿Yo? No, me lo pinté en la palma de la mano y envié la foto. Todos pasamos la primera prueba, no hubo ninguna baja.

El segundo reto era algo más *light*, al menos no tan sangriento; consistía en levantarse a las 4.20 de la madrugada para visionar las películas de terror que Hugo enviaba, a cada uno específicamente. ¿Cuál me tocó? El resplandor de Stanley Kubrick, y lo vi, sí, y me cagué las patas a abajo, y no era la primera vez. A Valeria recuerdo que fue The Ring... No, esa fue a Charlie, el Exorcista, sí esa fue, y... Hugo se autoadjudicó... Alien, el octavo pasajero.

Después vino eso de hacerse tres cortes en el brazo, superficiales, no muy profundos. Yo me los hice con una maquinilla de afeitar. No estoy muy orgulloso, pero... sí... lo hice ¿Por qué accedí? Pues no sé, podría decirse que porque estaba deprimido, porque era un rebelde sin causa, porque el mundo estaba en mi contra, porque la chica que me gustaba pasaba de mí tres pueblos o porque no podría volver a jugar al baloncesto, por muchas cosas, pero, principalmente lo hice porque estaba aburrido, de manera soberana. Valeria, por supuesto, también se los hizo, y Hugo. Charlie, Luke y Ari se salieron del grupo en ese momento, dijeron que estábamos como una cabra, y no les faltaba razón.

Unos cuantos seguimos jugando, no conozco los motivos del resto, en mi caso fue porque no tenía nada mejor que hacer. Apatía, pura y dura. ¿Que si notaba algo raro en la conducta de Valeria? Teniendo en cuenta como era ella... no mucho, la verdad, solo que... que a partir de la quinta prueba dejó de acosarme. Cortó toda relación que tenía conmigo, únicamente sabía de ella a

través de lo que hacía en el condenado juego. La gente decía que la ballena azul la tenía abducida... Ni pajolera idea, a mí me quitaron un peso de encima. ¿Qué cuál era la quinta prueba...? Si estás listo para «convertirte en ballena» escribe «SÍ» con un cuchillo en tu pierna. Si no estás listo, córtate a ti mismo varias veces (castígate). Cómo suena... ¿no? Aquí paró el chorro de cortes, la peña pasó del tema, únicamente Valeria y Hugo accedieron a mutilarse.

El siguiente reto fue mediante mensaje cifrado... personal e intransferible. A mí me tocó masturbarme delante del espejo y grabarlo en vídeo. Suena raro, ¿no? Por supuesto, no accedí, mi desidia y aburrimiento tenían límites. Una de las chicas me contó que Hugo le pidió que se grabase haciendo el amor con una amiga, en plan rollo lésbico. Me olía mal, putrefacto... supongo que a todos... Había algo macabro en el juego y en la mente de Hugo, algo podrido y pervertido. Menos Valeria, el resto dejamos de jugar, nuestro sentido arácnido nos avisaba de que debíamos mantenernos a una distancia prudencial. Pero seguimos observando desde el sofá como lo hacía Valeria. Era morboso, algo así como nuestro propio *reality show*, y el morbo es una droga dura; sobre todo, cuando en tu mente no hay otra cosa, la alimentas de morbo. Correcto, nos convertimos en ávidos espectadores pasivos sin alma, el síndrome de mi generación, o, uno de ellos.

Mirábamos sin hacer nada, excepto comentarlo. No entiendo cómo no se enteró ningún padre o algún profesor del instituto, o, sí lo entiendo... Quizás

todos estaban demasiado ocupados en sus cosas como para prestarle atención a su hijo adolescente o a ese alumno raro que viene con ojeras a clase, alienados en su propia telaraña... El síndrome de otra generación...

Faltaban 44 retos y Valeria llegó hasta el 49. Hugo también. Hubo alguno que se reenganchaba de vez en cuando, pero, más que nada para dar la nota: subirse a una grúa, andar por las vías del tren o quedarse en el borde de un puente con la mirada perdida. Adrenalina y tontuna adolescente.

¿Qué pasó después? Hugo cerró el grupo hace un par de semanas... Valeria volvió a contactar conmigo... decía que quería que estuviéramos juntos, que el juego la había cambiado, que había visto la luz y todo ese tipo de chorradas. No le contesté a ninguno de sus mensajes.

¿Cómo se llama? Hugo Rivera... No me acuerdo del segundo apellido. ¿Foto? No, no tengo ninguna... Una cosa sí que llamaba la atención, me escamaba, la cara de Hugo siempre aparecía tapada en los vídeos, y en su foto de perfil tampoco se le veía el rostro, ensombrecido por una capucha. Siempre se las apañaba para que su cara no fuera visible.

No tengo ni idea de dónde puede estar Valeria, pregunten a Hugo, quizás tenga algo más que comentar.

Se oyó el carraspeo seco de Héctor Orgaz y su voz de ultratumba, ¿dónde estuviste el sábado por la tarde? ¿Qué dónde estuve? ¿En serio soy sospechoso? Ninguno dijo nada, se limitaron a mirarlo impasible. Estuve todo

el día en casa, solo, viendo películas y navegando por internet. Mi madre hacía guardia en el hospital. No tengo coartada, si eso es lo que quieren saber. Se produjo un repentino silencio en la habitación, como poniendo un marco espacial a sus palabras.

La inspectora Montalvo detuvo la grabación. La luz fluorescente del techo comenzó a parpadear. Tenía un intenso dolor de cabeza que le bajaba por las cervicales afectándole al cuello y la espalda, dejándolos completamente rígidos. Se había tomado un Ibuprofeno y sabía que por la noche le iba a tocar Diazepam. Caería como un tronco. Tenía que dormir, llevaba demasiado tiempo despierta y los pensamientos se agolpaban en su cabeza de un modo desordenado y caótico.

Había un paquete de tabaco en la mesa. Tabaco negro, Ducados. Cogió uno de los cigarros que había dejado Héctor Orgaz, y lo encendió. Estaba prohibido, pero en este caso parecía que todo el mundo se saltaba las normas. ¿Por qué ella no podía fumarse un cigarrillo mientras ordenaba sus ideas? Se repantingó en la silla aspirando el humo y tosiendo con la primera calada. Las primeras 48 horas eran cruciales en una desaparición, y ya habían pasado de sobra. Pero, ella estaba segura de que aparecería. Aunque lo de la ballena azul tenía mala pinta, Valeria se había ido por su propio pie, era su intuición quién se lo decía. No obstante, algo atufaba en todo aquello.

Repasó las cincuenta pruebas. Había impreso varios artículos con los retos. La verdad que no le hacía falta, se las sabía casi de memoria. Había investigado dos suicidios relacionados con la ballena azul, uno en Bilbao y otro en Valencia. Ambos fueron de chicas, con un perfil muy parecido al de Valeria: jóvenes de raza caucásica, con un físico marcadamente ario, baja autoestima y con problemas amorosos o familiares. ¿Tenía Valeria problemas dentro de su familia? Aparentemente no, pero era consciente de que las apariencias podían engañar a simple vista. Tendría que investigarlo también. Por lo demás, parecía una chica mimada, rebelde y con un carácter errático. Una de tantas.

¿Y ese tal Hugo? Hasta ahora no había pruebas físicas de su existencia. Su rastro se había difuminado en las entrañas de Facebook, habían cerrado su perfil y también el grupo, como había dicho Nico. Nico, su sexto sentido le susurraba que no les había contado toda la verdad, pero también le decía que no era el responsable de la desaparición de Valeria, al menos el responsable directo. Cabía la posibilidad de que se hubiese inventado toda la historia, pero era poco probable, en ese momento estaban entrevistando a algunos de los chicos y chicas que había mencionado para corroborar su historia. Tendría que pasarse el resto de la tarde cotejando declaraciones, para descartar sospechosos.

Tal y como estaban las cosas debería contactar con la matriz de la red

social en España y solicitar acceso a sus archivos y bases de datos; y para eso necesitaba un juez, lo cual significaba trámites burocráticos, explicaciones y tiempo. Aunque estando los Aguirre de Castro de por medio... No tendría problema, seguramente se abrirían bastantes puertas. Tiempo, iba a tener que emplear tiempo, y era justo de lo que menos disponía.

En ese momento tenía a gran parte de la brigada de investigación criminal revisando las cámaras de seguridad de la zona e interrogando a los vecinos del barrio. Poco más se podía hacer, en esos casos había que apelar a la colaboración ciudadana. En una población tan pequeña, la noticia correría de esquina en esquina como la pólvora. Pronto tendrían decenas de llamadas que investigar, la mayoría de las cuales les conducirían a un callejón sin salida, una pérdida de de tiempo. Tiempo.

Suspiró hondamente, tendría que esperar a que surgiese una pista que encaminase la investigación, esperar a que se activase el móvil de la chica o a que Valeria diese señales de vida. También podría estar secuestrada en contra de su voluntad. ¿Por qué no? Su familia era influyente, se movía en los círculos más elitistas del país y tenía mucho dinero, mucho era poco, demasiado. Habían contratado a ese inspector retirado, quizás se olían algo y no querían que saliera a la luz. Una auténtica rémora para su equipo no contar con toda la información ni con la confianza de la familia.

Trabajar con Héctor Orgaz le resultaba agotador, era como trabajar con un

hombre de las cavernas, con su propio código ético y sus valores al margen del resto. Él seguía sus reglas, ya se lo habían advertido. Venía de una época diferente a la suya, una época en la que el protocolo más eficaz era el puño y la porra, una época en la que los polis vestían de gris y eran los malos.

## CAPÍTULO 10

Eran los celos lo que le impedía conciliar el sueño y lo que la obligó a abandonar la cama —sábanas y manta en confuso revoltijo—, y la oscura y silenciosa pensión para salir a caminar por las calles. Sin embargo, llevaba tanto tiempo viviendo con aquellos celos que las imágenes y palabras habituales, con su impacto profundo y afilado sobre el corazón, eran algo intrínseco en ella, algo que formaba parte de su propio ser. A pesar de que no ascendían nunca hasta el plano consciente, ella sabía que eran la razón por la que estaba allí.

Era eso. Él le hablaba solo con palabras y ella respondía mirándole con sentimientos. Se lo advirtió, varias veces, que no jugase con sus sentimientos, de lo contrario, él saldría perjudicado. ¿Por qué había accedido a verla? ¿Para decirle que no la quería? ¿Ese era su único propósito? ¿Humillarla? Acudió solícita a su casa en un último intento de arreglar las cosas y se portó como un vil maltratador. Llevaba así, maltratándola, no en el plano físico, sino en el psicológico —donde las heridas tardan más en curarse y cicatrizar—, mucho tiempo. Sabía todo lo que había pasado en el juego y quién era Hugo, mucho mejor que él mismo.

Si tú supieras lo cerca que has estado del borde, Nico, en cierto modo te he salvado, nos he salvado a ambos.

En aquellos últimos días todo quedaba reducido a la Situación. La Situación reflejaba el actual estado de cosas que se prolongaba ya una semana. No servía de nada molestarse en repasar los detalles. La Situación era como una piedra, pongamos una piedra de más de dos kilos, que ella llevaba en el pecho día y noche. Durante las horas que no estaba durmiendo, la Situación resultaba algo más pesada que durante el resto del tiempo, pero eso era todo.

Las calles del barrio, una zona residencial descuidada y venida a menos, quizás por la cercanía a un polígono empresarial, estaban muy oscuras y completamente desiertas en aquel momento. Era muy poco después de la medianoche. Valeria dobló la esquina y siguió andando por una calle que

descendía hacia un arroyo. A su espalda oyó un débil llanto de bebé proveniente de uno de los chalets adosados. El aire frío de la noche le vendría bien para aclararse las ideas.

En realidad, todo lo había hecho por él, y también él sería responsable de lo que ocurriese. Había participado en ese estúpido juego por él, se había escapado por él, y ahora, ¿estaría dispuesta a terminar la partida y morir por él? Podría hacerlo, incluso, matar por él. Aunque comenzaba a dudar si lo merecía, o si todo había sido una enajenación. Eso era lo que le dijo el psiquiatra, eso era lo que le dijeron los médicos, eso era lo que le dijeron sus padres cuando pasó todo aquello. Mejor no pensarlo, fue una pesadilla, un mal sueño, un monstruo que se metía en su cama por las noches para hacerle daño. Nadie pudo salvarla. Pasó porque tenía que pasar. Lágrimas. Dolor. Agua pasada no mueve molino, no pienses en eso. El Incidente quedó atrás. Ahora tenía otra Situación.

Recordaba perfectamente la última conversación, el sábado en su casa, para ser más concretos, en su cama, ¿hacía ya una semana? Había perdido la noción del tiempo. ¿Tendría todo el mundo algún defecto para Nico que no le permitía ser feliz del todo, que incluso le causaba cierta infelicidad? Cuando estaba con él siempre tenía la sensación de que salía a relucir lo peor de ella y de que él tomaba nota mental.

—Te has obsesionado conmigo, Valeria —le dijo desnudo, aún bajo las

sábanas.

—No —respondió ella, mientras se abrochaba la blusa. Se volvió para mirarle a los ojos, sus párpados estaban algo caídos, entrecerrados, sus pestañas, largas y tupidas, llamaban siempre su atención. Hizo una pausa—. ¿Y tú no?

—Valeria, no quiero parecer desagradecido... pero es que...

Siempre el mismo *pero es que*, pensó con amargura.

—¿Desagradecido? —exclamó incrédula y desconcertada.

—Lo que quiero decir es que no podemos seguir así... con esta relación tóxica... —dejó que las palabras se perdieran en el aire sin terminar la frase.

—Nico —lo cortó tajante, observándole fijamente—. Tú me quieres, aunque todavía no lo sabes. Estamos predestinados a estar juntos... No me obligues a jugar sucio... Esa Eva es solo una quimera en tu cabeza, cuando te des cuenta volverás a mí. —Al fin lo había dicho, era la primera vez que pronunciaba su nombre, aunque él no parecía haberse dado cuenta.

Nico no aguantaba su mirada. Siempre cabeceaba hacia uno u otro lado cuando planteaba las cosas directamente. En el fondo era un cobarde que no sabía aceptar la Situación. Pero, ella lo quería con todas sus fuerzas y siempre conseguía lo que se proponía de una u otra manera.

—Esto ha sido un error —masculló—. No deberíamos vernos... No de esta forma.

—De esta forma... qué sutil eres —replicó ella mesándole el cabello manteniendo la calma.

—Lo siento —respondió lívido, con cara de culpable.

—¿Por qué? Esto es lo que hacen los enamorados...

—¿Esto?

—Hace un rato no lo sentías. Así que no digas ahora que lo sientes. En cierta manera, no tienes corazón en absoluto, Nico. Pareces vivir enteramente dentro de tu propio cerebro, y no sabes nada, lo que se dice nada, de otras personas, de la gente que te rodea. No sabes nada de mí... por ejemplo.

Aquellas palabras le resultaron terriblemente familiares. Quizá las había oído de boca de su madre, o de su padre, o quizás del mismo Hugo. Aquellas palabras surtieron efecto, desconcertaron a Nico, le enojaron y le hicieron avergonzarse de su propio enojo.

—¡No estoy enamorado de ti! —gritó Nico exasperado—. ¡No lo comprendes!

—No me grites, Nico... —respondió tranquila, con el aplomo de estar haciendo lo correcto, lo que le dictaba su corazón—. He venido a verte como amiga, me has abierto la puerta y después nos hemos acostado. Eso es lo que ha pasado, por ese orden. Tú lo has querido y yo también.

—Y ya está, Valeria —atajó él—, siempre te lo he dejado bien claro, no quiero nada más.

—Siempre dices lo mismo, Nico, que será la última vez, pero acudes a mí, como un yoyo, crees que eres libre de seguir girando, pero al final terminas reculando...

—Esta será la última.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pues yo no tanto, Nico. No hace falta que te recuerde todo el daño que te podría hacer, si quisiera, cariño.

Su voz sonaba amenazante. Se apartó de ella.

—Hazlo de una vez y desaparece de mi vida, me harías un gran favor — exclamó él cada vez más alterado

—No sabes lo que dices, no lo dices en serio.

—A veces me imagino que eres como una araña que teje una compleja red sobre la que únicamente tú puedes andar sin quedarte pegada. Me siento sucio cada vez que lo hacemos —sentenció.

Los ojos de Valeria se encendieron llenos de ira, su pulso se aceleró pero se contuvo de tener una reacción violenta. La Situación se le escapaba de las manos, tendría que pasar al plan b.

—Nico, todo lo hago por ti, incluso jugar a ese estúpido juego... —dijo muy tranquila, aunque por dentro estuviera en plena ebullición.

—¿Qué quieres decir?

—Nico —no paraba de repetir su nombre aferrándose a él como a un clavo ardiendo—, de verdad crees que me ibas a engañar a mí... precisamente a mí... Sé perfectamente lo que estás haciendo. Estás siendo un niño malo, malvado es la palabra, estás jugando con el resto como si fueran las marionetas de un titiritero.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —le espetó furioso—. ¡Estás loca!

—¿Loca? ¿Yo? ¿De verdad? —abrió la comisura de los labios y esbozó una sonrisa, mostrando sus dientes perfectos—. No soy yo la que se hace pasar por otro... para jugar a la ballena azul. —Él la miró con la boca abierta, pero no acertó a decir nada—. ¿Qué? ¿Te sorprende? A mí no me engañas, Nico, sé quién eres desde que enviaste el primer vídeo, esa leve cojera, esa forma de andar, ese pequeño lunar en el cuello...

—Estás desquiciada, completamente —acertó a decir finalmente, cubriéndose el torso con la sábana de franela violeta.

Ella se le quedó mirando, y notó en su rostro que seguía sin entender. Y lo que era aún más absurdo, parecía un poco turbado, asustado.

—¿Te han mandado muchos vídeos en privado? —contraatacó—. Alguno habrá, Entre ellos el mío... Menudo lío, ¿no? Nico, el pluscuamperfecto, el alumno aplicado que nunca levanta la voz, amigo de sus amigos, leal a los que le son leales, excelso jugador de baloncesto, bueno, ya no, qué pena... —

De su garganta brotó una risa estentórea, casi gutural que no pegaba mucho con ella—. Qué pasaría si tus amigos se enteraran que has intentado manipularlos, ¿se romperían los magníficos Cuatro?; qué pensarían en el instituto si supieran que tú eres quién ha suplantado la identidad de Hugo para jugar a tu antojo... ¿Qué pensaría el propio Hugo? ¿Qué pensaría Eva? La dulce Eva... —Su nombre se le atragantaba en la garganta como una espina clavada, carraspeó un poco y tomó aire—. El revuelo que se formaría... No quiero ni pensarlo. Tendrías que dar muchas explicaciones, y a mucha gente, y ya sabes cómo son los rumores y las redes... Te harías famoso en un plis plas... Nico el degenerado, Nico el depravado, Nico el incitador al suicidio... Me falta solo completar una prueba para terminar. ¿Y si me tiro por la ventana?

Apuntó con el mentón el ventanal con los batientes entreabiertos para ventilar la habitación del olor que despedían sus efluvios corporales.

—¡Largo de aquí! Ni la menciones... —Hubiera sido más fácil librarse de un mastín que lo sujetase con los dientes clavados en el antebrazo—. No quiero verte nunca más. Márchate.

Valeria había dado en el centro de la diana. En cuanto había mencionado a Eva, su cara había cambiado por completo, sus facciones se habían endurecido de tal forma que Nico parecía diez años mayor.

—No trato de hacerte reproches, Nico —dijo ella, hablando con lentitud y seriedad—. Estoy pensando en ti. Quiero que seas feliz y que lleves una vida

normal.

—¿Vas a convencerme de que eso es normal? ¿Inventarte cosas sobre mí? ¿Enviarme fotos mientras sales con otro? ¿Imaginate que me quieres?

—Nico —empezó Valeria. Se acercó más a él con el rictus serio y en tensión, tan en tensión que su voz sonaba extraordinariamente aguda. Su estado de agitación encubierta hizo que Nico se azorase aún más—, si invento cosas... acerca de nosotros, es simplemente para poder seguir viviendo. No es que yo crea de verdad que estabas conmigo. A algunas personas les da por la bebida, a otras por... como lo que quieras llamar, pero eso es lo que yo hago —. Valeria dejó escapar un gemido—. Te quiero a ti y eso me hace feliz. ¿Cómo es posible? Sólo imagino lo que me hace feliz. Y ahora... tienes una chica encantadora como yo que está muy enamorada, y te empeñas en alejarla. ¿Por qué no lo intentas?

—No siento el menor interés —le espetó seco—. Ojalá pudiera.

—Por favor, inténtalo. Por mí, Nico. Soy yo quien te pide que lo hagas.

—¡Es como si no entendieras en absoluto lo que estoy intentando decir! — Se pasó la mano por la frente, contemplando sus ojos iracundos y como se mordía el labio hasta hacerlo sangrar—. Vete, ya, por favor Valeria, no hagas que la situación se haga más embarazosa para ambos.

La Situación, pensó Valeria, la dichosa Situación podía con ella. Se levantó y fue a situarse junto a la ventana, mirando hacia la calle. El silencio dentro de

su mente era tan profundo que Valeria podía oír el tictac de su reloj interno. Sintió una especie de regocijo nervioso, algo completamente incontrolable, al menos de momento. Se le ocurrió un comentario gracioso, pero apretó los dientes para evitar que se le escapara sin querer. Su pulso comenzó a serenarse.

—Me voy, pero ya rogarás que vuelva —susurró con una sonrisa melancólica, casi trágica que hizo que a Nico se le erizase el vello corporal.

Ella se echó a reír ante sus palabras tan previsibles, y luego se quedó helada ante la perspectiva del «adiós» que llegaría en cuestión de segundos.

—Adiós, Valeria.

Al otro lado de la puerta esperó unos segundos hasta tranquilizarse por completo, necesitaba la mente despejada. Él lo había querido así. Saboreó su sangre, salada y con cierto regusto a hierro.

Separarse de Nico siempre la dejaba aturdida, y, por espacio de varios minutos, era como si aún siguiera a su lado. Luego llegaba el momento en que tenía que hablar con alguien, o pensar en alguna cosa práctica, y entonces la sensación de su presencia se desvanecía lentamente.

Pensó en el plan c y en cómo afectaría a Nico y a la Situación. Y decidió actuar.

Tenía frío, por dentro y por fuera, como si estuviera hecha de cubitos de

hielo. Quizás había ido demasiado lejos, su rostro aparecía con asiduidad en los noticiarios y ya circulaba por las redes sociales. Su hermana se había ocupado de ello. Aitana, siempre ávida de atenciones, la niña mimada, la favorita de papá, si ella supiera de lo que se había librado... no se acercaría tanto a él con esas carantoñas de muchacha pequeña. ¡Qué asco daban!

Bueno, Aitana no, ahondando en sus sentimientos, tenía que reconocer que no había hecho nada más que existir. Era adorable en todos los sentidos —quizás eso las distanciaba, ¿sentía celos también de su hermana?— tan diferente a ella, a veces se preguntaba si de verdad eran hijas del mismo padre.

Según los rumores que circulaban por internet, Nico figuraba como sospechoso o cómplice de su desaparición. La Situación debía de ser complicada para él. Era eso lo que buscaba desde el principio, ¿no? ¿Qué estaría pensando? ¿Se acordaría de ella? ¿Cómo se comportaría cuando se vieran de nuevo? Seguro que la valoraría más, seguro que se estaba dando cuenta de lo que había perdido. Mejor que sufra un poco, pensó, lo trataré como él ha hecho conmigo. Hasta cuando... ¿dónde estaba el límite?

Por su parte, tuvo que reconocer que sentía algo parecido al regocijo, aunque con punzadas de culpabilidad —tampoco muchas, todos estaban recibiendo su merecido—, la Situación había comenzado hacía mucho tiempo y se cocinaba a fuego lento. Quizás su abuelo Rodrigo estaba libre de pecado,

pensó, aunque con él nunca se sabía.

Giró hacia un parque infantil iluminado por la tenue luz blanquecina de la luna llena. Al subirse al bordillo de un parterre tuvo que evitar la raíz de un árbol que crecía inclinando las losetas hacia el interior de la acera. En la habitación que hacía esquina, en el segundo piso de una casa de madera, estaba encendida una luz amarillenta. ¿Alguien leyendo o una simple visita al cuarto de baño?, se preguntó Valeria. Un hombre mayor pasó a su lado, dando tumbos pesadamente, borracho. Ni siquiera se fijó en ella. Debía haber desarrollado la capacidad de volverse invisible. Llevaba encerrada en la pensión cuatro días, se había cortado el pelo y se lo había teñido de un color más oscuro del habitual, cobrizo. Llevaba ropas holgadas, deportivas, compradas en el Decathlon. Se pellizcaba de vez en cuando para cerciorarse de que aún era ella la que habitaba en su piel.

Caminar a buen paso resultaba tan agradable que se dio un poco más de prisa. Finalmente, Valeria llegó a un letrero de CALLEJÓN SIN SALIDA, pasó por encima de una valla blanca de poca altura, se detuvo sobre un suelo cubierto de grava, se cruzó de brazos y se quedó mirando la oscuridad que tenía enfrente: el río Tajo. No lograba verlo, pero sí olerlo. Sabía que estaba allí, con su color gris y su pestilencia inconfundibles.

Al volver y abrir la puerta de la pensión se llevó un susto de muerte. Se encontró de bruces con la dueña, Doña Margarita se hacía llamar, en bata y rulos. Se trataba de una mujercita de complexión delgada como un pajarillo, entrada en años, encorvada pero ágil. Tenía una nube en uno de sus ojos color avellana, a causa de una lesión, decía ella.

Sostenía una copa de coñac y un cigarrillo encendido en la misma mano. Valeria se fijó un segundo en su cara, arrugada como una pasa, y después agachó un poco la cabeza evitando mirarla a los ojos.

—Salgo a fumar un rato fuera, a Tony no le gusta que lo haga en casa. — Tony era un enorme gato atigrado que vivía en la planta baja con ella. Valeria sonrió tímidamente pero no respondió, siempre hablaba del felino como si fuera una persona—. Para un capricho que tiene... se lo consiento —dijo con su voz de mezzosoprano castigada con los años. Valeria le dio la espalda, pero, la vieja tenía ya dos frases dispuestas entre los huecos de los dientes y siguió hablando sin hacer caso—. Siempre hay que tratar bien a quién te trata bien, ¿no? Es una máxima que he seguido a lo largo de los años y mira cómo me va...

Se hicieron pasar por una joven pareja que estaba de paso visitando a unos familiares. Doña Margarita les había mirado de arriba a abajo y, al final, les dio su aprobación tácita con un leve cabeceo. No era un dechado de simpatía, pero les servía un opíparo desayuno de tostadas, tomate y jamón, con zumo de

naranja y lácteos, y les dejaba la habitación como los chorros del oro. Tampoco hacía más preguntas de las precisas.

El resto de huéspedes de la pensión estaban allí por motivos laborales, la mayoría eran obreros que trabajaban en la construcción del ferrocarril. Llegaban agotados al caer el día y no daban ni un ruido.

Subió las escaleras con pies de gato, sin encender la luz. Desde que escapó siempre tenía la sensación de que alguien la observaba. Metió la llave con precaución y giró el pomo de la cerradura con sumo cuidado. No quería despertarle. Entró de puntillas, el suelo entarimado crujió un poco, con cada paso que daba un poco más.

—¿De dónde vienes? —Estaba tumbado en su cama, de medio lado, de espaldas hacia la ventana—. Sabes que es mejor que no salgas, mientras más gente te vea, más posibilidades tienes de que te reconozcan.

—Necesitaba un poco de aire.

—No lo vuelvas a hacer —le espetó sin darse la vuelta—. Es peligroso, nos pueden descubrir.

—¿Peligroso? ¿Para quién?

Ella se sentó de lado en su cama de noventa con una colcha de Ikea de motivos geométricos. La habitación olía a cerrado.

—Para ambos, los dos tenemos que perder si todo esto sale a la luz. —Silencio—. Has salido en las noticias.

—¿Y eso? —preguntó con voz trémula.

—Han encontrado a una chica muerta en el Tajo, cerca del puente de San Martín, en una de las presillas frente a la Fábrica de Armas. Un sitio muy bonito, si mal no recuerdo, lleno de vegetación, garzas y ánades volando... bucólico sería la expresión que mejor lo definiría. —Arrastraba las palabras a propósito. Se dio la vuelta. La habitación estaba a oscuras, solo la tenue luz de una farola entraba por la ventana creando extrañas sombras alargadas. Valeria no le veía la cara pero intuía su expresión tranquila y su sonrisa sardónica—. La chica tenía una ballena azul tatuada en el antebrazo, y era rubia, con una complexión atlética, como tú, pero no eres tú.

—No, es obvio, no soy yo.

—Será una imitadora, o quien sabe... —rió él por lo bajini. Su cuerpo se estremeció al escuchar la risa de hiena. Podía haber sido ella, pensó—, el caso es que han dicho que podías ser tú. Supongo que la policía lo desmentirá en breve. Mientras tanto, tu familia estará sufriendo, y Nico y los otros también.

Tuvo una punzada de culpabilidad al pensar en su abuelo.

—Quizás sea hora de que volvamos a la normalidad —propuso suavemente. La Situación se tornaba cada vez más impredecible, comenzaba a asfixiarse en aquella habitación—. Esto se nos está yendo de las manos.

—Al contrario, creo que todo va muy bien —apuntó el chico—. Podemos

aguantar unos días más... Tampoco pasará nada. Después de todo, fuiste tú quien acudió a mí.

Era cierto. Ella había acudido a él.

—Doña Margarita... creo que sospecha algo —mintió.

—Esa vieja chocha... —dijo de forma despectiva—. Podemos trasladarnos al chalet de la sierra, por esta época del año no hay nadie en los alrededores. Lo pensaremos mañana, ahora es mejor que durmamos.

—¿Dónde has estado? —Tuvo un extraño presentimiento. Cuando salió de la ducha por la mañana él no estaba allí. Había dejado una nota diciendo que se ausentaría casi todo el día y que le esperase en la habitación sin salir. Se había pasado horas y horas leyendo una novela muy gastada que le había prestado Doña Margartia, El cuchillo, de Patricia Highsmith—. Has tardado mucho.

—Ya te lo he dicho, he estado dándole de comer al perro. No te preocupes, nadie sospecha. Los vecinos están acostumbrados a verme salir y entrar, además, nunca se meten en nada que no les incumba directamente.

Cuando quería sonaba convincente, hablaba con equilibrio y transmitía seguridad y tranquilidad a quién le escuchaba. No obstante, Valeria intuía que era mentira, le ocultaba algo y lo iba a descubrir.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal de arriba a abajo, y, extrañamente, eso le causó cierto placer. Valeria sonrió para sus adentros,

seguiría jugando a lo que él quisiera, estaba aprendiendo mucho de sí misma y de la Situación.

## CAPÍTULO 11

Leticia Montalvo miraba de soslayo el cadáver de la chica en la morgue, intentando contener una arcada tras otra, silenciosas y horribles. La habían colocado sobre una mesa metálica, con los brazos y las piernas ligeramente separados, completamente desnuda, bajo una luz blanquecina muy intensa que daba a la escena un aspecto aún más macabro. Los forenses esperaban a que los padres de Valeria realizaran la identificación antes de abrirla en canal y hacerle la autopsia. Si no la reconocían la abrirían igual, pensó, era una deferencia que tenían con los Aguirre, otra más.

Hizo de tripas corazón y se obligó a mirar a la muerte de frente, sin timidez, al fin y al cabo formaba parte de su trabajo. Su cuerpo estaba cubierto de lodo y de algas y su cara llena de heridas, hematomas y de arañazos de diferente profundidad. Era un cuerpo esbelto, sano en apariencia, hasta hacía unas horas lleno de vida, y ahora lo veía como lo que realmente era, un amasijo de huesos y carne despojado de alma. Sus ojos parecían cristalizados en un color a medio camino entre el verde aguamarina y el azul grisáceo, perdidos en algún punto del techo. En la academia le habían enseñado que todos los muertos hablan o, cuando menos, susurran al oído de quien les quiere escuchar. Pero esa no era ella. No tenía estómago. Era el tercer cadáver que veía en un año con el dichoso tatuaje de la ballena azul, pensó compungida. Demasiadas coincidencias.

A su lado, Héctor Orgaz, enfundado dentro de una vieja gabardina, sostenía una fotografía con un rostro joven y sonriente lleno de vida. También observaba el cuerpo de la chica, cambiando de ángulo cada treinta segundos, de un lado para otro, en apariencia tranquilo. En apariencia.

—No se preocupe, a mí también me pasó lo mismo la primera vez —dijo sin mirarla.

Leticia no sabía a qué se refería. Contuvo de nuevo la respiración, no soportaba el olor de aquella sala, olor a muerte, a decadencia, a putrefacción de la carne. Sabía que el cuerpo humano liberaba más de 400 compuestos

orgánicos volátiles distintos durante el proceso de su descomposición; al menos uno de ellos hacía que se pusiera enferma

—No ponga esa cara —añadió el expolicía—. La he visto haciendo bascas.

—No pongo ninguna cara.

—Vamos, está blanca como el yeso, vaya a vomitar al cuarto de baño. — Leticia no advirtió ningún atisbo de burla en su voz, para su sorpresa mostraba una actitud bastante profesional—. Mejor antes de que vengan los padres, daría mala imagen.

—No se preocupe, estoy bien —replicó tragándose un poco de bilis que le había subido por el esófago.

—Como usted quiera. —Chasqueó la lengua y se medio agachó situándose muy cerca del rostro de la chica, un rostro bello y proporcionado, aun carente de vida. Miró la foto que tenía en la mano y movió la cabeza enérgicamente.

—¿Qué opina? —inquirió ella. Se tapó la nariz con un pañuelo verde adornado con motivos geométricos.

—No es Valeria —afirmó con determinación, en un tono casi jovial, parecía aliviado—. Se parece, pero no es ella.

Ella también lo creía.

—Si no es Valeria, ¿quién es? —Fue una reflexión en voz alta.

—Eso lo tendrán que averiguar ustedes, la policía. Yo me dedico

exclusivamente a la chica. Y también es su prioridad ahora mismo... deje que otros se ocupen de esto.

—Ya.

Se alejó un par de pasos de él. Fue un acto reflejo, no pudo evitarlo.

—No me malinterprete. Tiene usted madera de inspectora. —Leticia se sobresaltó, era lo último que esperaba oír de ese hombre—. Lo noto, llevo muchos años en esto, cuando encuentro a un verdadero policía se me enciende una lucecita dentro.

—No me diga —dijo con desgana, ocultando un sentimiento de halago.

—Tiene olfato y aptitudes. La he observado en el interrogatorio, analizando pruebas, coordinando la búsqueda; habla con determinación y con sentido, la gente confía en usted.

—¿Pero? —preguntó arrugando la nariz.

—Es joven e inexperta, tiene ese aire romántico en su mirada, cree en la justicia, en el bien y el mal. —No tanto, se dijo Leticia mientras escuchaba agradecida las lisonjas del exinspector, pero lo disimulo muy bien y dejó que continuara—. Debe aprender todavía los trucos del oficio y a jugar sucio. Y, sobre todo, debe elegir bien sus casos. —Así que era eso, pensó Leticia, le estaba haciendo la pelota para que se centrara en encontrar a Valeria—. Este podría catapultarla.

—Puede ser...

—No lo dude. —Se atusó el bigote con parsimonia.

—La duda nos vuelve precavidos... es la razón por la que hemos logrado sobrevivir y evolucionar a lo largo de tantos años.

Él asintió moviendo su enorme cabeza, dibujando una sonrisa a medias. Metió las manos en su gabardina y se irguió caminando de un lado a otro del depósito de cadáveres.

—En el interrogatorio... Se ha dado cuenta, igual que yo, de que el chico se guardaba algo. Debemos apretarle un poco. Confíe en su instinto, inspectora Montalvo, le aseguro que lo tiene.

—Gracias, viniendo de usted es un regalo para mis oídos —contestó irónica, dando un pasito hacia atrás. Debía controlar su lenguaje corporal. Sonrió levemente manteniendo la mirada sombría del otro—. Ahora tenemos una desaparición y una muerte que resolver —añadió con determinación.

Héctor movió la cabeza varias veces y después se encogió de hombros acercándose a Leticia de forma descarada.

—Se equivoca... —susurró con una media sonrisa muy cerca de la oreja de la chica. Su aliento olía a tabaco y alcohol.

—¿Disculpe? —respondió incómoda, tuvo que darle un pequeño empujoncito para que se apartara.

—Nada, hablaba para mí.

La puerta se abrió y apareció el comisario, un hombre corpulento con una

gran barriga, calvo y con mirada inteligente, sin un pelo de tonto. Lo seguían una pareja que rondaba los cuarenta. Ambos rubios, bien proporcionados y con ojos claros; atractivos, pensó Leticia. Vestían *casual*, pero de forma muy elegante, con ropa de marcas caras. Las botas altas de ella seguramente valdrían medio sueldo de policía.

Héctor dio un par de zancadas de forma un tanto brusca, haciendo ademanes para saludarlos. Comentó algo a la madre, en voz baja, moviendo levemente la cabeza. A continuación, se aproximaron al cuerpo de la chica con precaución, escudriñándola con frialdad durante unos instantes. Leticia los observaba desde la penumbra, nadie parecía haber reparado en ella. Le sorprendió el estoicismo que portaban, sus rostros, completamente inexpresivos, ni llantos, ni suspiros de alivio, ni apretones de manos, ni abrazos. Cuando terminaron, Héctor los acompañó a la puerta sin más parafernalia.

Se encontraba tan sumida en sus pensamientos, que no se percató de que el comisario se situó a su lado. Cuando habló dio un pequeño respingo, sobresaltada.

—Leticia, necesito que se centre en encontrar a Valeria. Se lo pido como favor personal.

La cogió del antebrazo, notó algo más de presión de la que debería. No le gustó ese gesto ni su mirada de licántropo de serie b. Leticia dio un pequeño

tirón y se zafó del agarre. ¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? ¿Era ella que estaba sometida a mucha tensión? No, pensó, endureciendo sus facciones, a los chacales no debía cederles ni un milímetro.

—¿Y esta chica?

—Más adelante encontraremos tiempo para eso. Por ahora dejemos que los forenses hagan su trabajo.

—Tiene el tatuaje de la ballena azul en el brazo, podría estar relacionada con esta investigación.

¿Y con las otras? caviló para sus adentros. Rápidamente desechó esa idea. Los otros dos casos estaban cerrados, había sobrados indicios de que las adolescentes se suicidaron sin que las hubieran inducido a ello, más allá de las circunstancias de cada una. Pero... existía un pero, como casi siempre; algo se removía dentro de su cerebro, aunque no lograba salir del todo.

—Prioridad absoluta para encontrar a Valeria —carraspeó un poco y continuó hablando suavemente, dándole la espalda—. Puede ser un buen empujón en su carrera. No haga que me arrepienta de haberla recomendado.

Leticia observó cómo se alejaba con una mezcla de sensaciones en su interior.

Afuera la estaba esperando Héctor Orgaz, apoyado sobre un viejo coche, completamente desfasado, como él: un Talbot Horizon blanco, bastante sucio y

con trazas de óxido por toda la carrocería. Leticia lo ignoró a propósito haciendo como que no lo veía.

Hacía frío, viento del norte racheado; el invierno, ese año tardío, estaba a punto de llegar a Toledo. Unas gotitas de lluvia, muy finas, comenzaron a caer del cielo encapotado. Se subió el cuello de pico del abrigo, estaba cansada, agotada, era el término más apropiado para definir su estado de ánimo. Cogió el móvil para pedir un taxi cuando el exinspector le hizo una seña con la mano. Se acercó a él dubitativa, arrugando la nariz.

—La llevo. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección hacia el cielo plomizo.

—¿En eso? —preguntó con sorna—. ¿Anda?

—Compruébelo usted misma.

Dudó durante un segundo y después frunció los labios. Sería mejor llevarse bien con este tipo, caviló, para bien o para mal este caso tenía sus peculiaridades, y él era una de ellas. Debía ser práctica y dejar de lado sus prejuicios y afinidades personales, o desafinidades, como ocurría con este Héctor Orgaz.

—De acuerdo, si se empeña...

Héctor abrió la puerta como un caballero, con ademanes exagerados e hizo una pequeña reverencia.

El interior la sorprendió, estaba completamente personalizado —y limpio

—, con asientos de cuero y salpicadero de madera, y una piedra esférica de color magenta coronando la palanca del cambio de marchas. Giró la llave y el motor rugió, como un fórmula uno.

—Es usted una caja de sorpresas, Héctor —dijo con una media sonrisa.

—Por favor tutéame —replicó mientras manejaba el volante con una mano —. Si vamos a trabajar juntos, mejor será que nos llevemos bien... Y me hace sentir mayor de lo que soy.

—¿De verdad? No me lo creo...

Ambos sonrieron con complicidad fingida.

—¿Dónde te alojas?

—En el Parador.

—Joder... —graznó—, qué nivel tiene el Cuerpo... En mis tiempos nos mandaban a pensiones de medio pelo.

—Los tiempos han cambiado, afortunadamente.

Se guardó para sí el hecho de que normalmente ella también se alojaba en hoteles de mala muerte, pero trabajar en este caso conllevaba ciertos privilegios.

—No te creas, Leticia —su voz sonaba como si corriesen guijarros por su garganta.

Era consciente de que la miraba de reojo y estaba pendiente de cada uno de sus gestos.

—Está bien, Héctor... —Vamos a jugar a ser amigos, pensó, veremos de qué pie cojea el pato—, cuéntame lo que piensas de este caso, y ya de paso... si te ha parecido normal la actitud de los padres de la niña, o si solamente han sido imaginaciones mías.

—Con respecto a lo segundo... —titubeó mientras encendía un pitillo en un stop—. No me ha parecido normal, pero tampoco ha sido lo más raro que he visto, si yo te contara...

—Imagino que muchas cosas —terció siguiéndole la corriente.

—Pero... —carraspeó de nuevo—. Yo ahí no me meto, es un jardín que no me toca cortar, ellos... Su familia... me pagan por encontrar a la chica.

Interesante, pensó Leticia, no son los padres quienes lo han contratado.

—Claro —asintió Leticia—. No esperaba menos...

—Menos coñas, que te estoy llevando de buena fe.

Dio un pequeño acelerón para adelantar a un camión de basura. Había algo de tráfico, pero Héctor sorteaba los vehículos hábilmente. Con una mano conducía y con la otra fumaba. Abrió la ventanilla para echar las colillas directamente al asfalto. Leticia lo miró como si fuera un depravado, pero no dijo nada. Se cruzaron con una patrulla de la policía local, y lo saludaron con efusividad, Héctor les devolvió el gesto con un sonoro pitido del claxon.

—Buenos chicos... —añadió contento después de un par de minutos sin hablar—. Con respecto a lo primero que preguntaba... pienso que la chica se

ha ido por su propia voluntad, vamos, que se ha escapado y aparecerá en breve, es lo que suele pasar en estos casos... En el noventa y cinco por ciento de los casos...

—En el noventa y siete por ciento —le corrigió Leticia de forma mecánica.

Héctor rio por lo bajo. Luego suspiró, se pasó la mano por la barba de dos días, se palpó los maxilares bajo la piel amarilla y se quedó pensando en alguna cosa.

—Te sabes bien la teoría —dijo pasados unos segundos.

—Para eso me pagan.

—¿Y qué me dices de tu olfato?

—¿De mi olfato? —replicó ella haciendo un mohín, arrugando la frente—.

Me dice que este coche apesta a Ducados.

De nuevo Héctor Orgaz rio con ganas. Ella hizo el intento, pero no le salió, raras veces sonreía ampliamente, a menos que se riera con alguien de confianza, porque le daba vergüenza enseñar los dientes, que no eran tan blancos como a ella le hubiese gustado.

—Te aconsejo que sigas tu instinto... Es la mejor herramienta de un policía. Un policía sin olfato es como un delantero que no tiene gol, sirve para hacer el trabajo sucio pero nunca será el astro que aplauden las masas.

—No me gusta la fama.

—A todo el mundo le gusta, Leticia...

—Yo me rijo por criterios científicos, pruebas, pistas, hechos constatados y esas cosas. La poesía y las metáforas las dejo para otros.

—No me vengas con esas, sé que posees olfato para este jodido trabajo. A veces tienes una comezón y no sabes por qué, ¿no es así? Oyes una vocecita interior que te susurra y está dándote el coñazo en el momento más inoportuno, sentada en el cine, tomándote un helado o en la cama.

—Puede ser... —admitió Leticia de mala gana—. Mi vocecita no me susurra, me grita, que no confíe en ti.

Leticia lo miró de soslayo, quizás se había pasado.

—Pero... tienes que hacerlo, te lo han ordenado —añadió trabajando esa medio sonrisa de tres cuartos que parecía tener perfectamente ensayada. Esa sonrisa contenía una desagradable carga de superioridad.

—Me lo han ordenado —repitió ella recordando al comisario.

—Cuéntame... —dijo con un tono musical—. Cuéntame qué tenemos, inspectora.

Ella lo miró con cara circunspecta. La verdad era que se encontraban en punto muerto, nadie había visto a Valeria desde el sábado anterior, no aparecía en las cámaras de seguridad de la zona, tampoco había dado señales de vida, no había conectado el móvil —según la compañía la última localización del aparato fue en Toledo, en la zona de La Vega, durante la tarde del sábado—, ni nadie había reclamado un rescate. Lo único que tenían era a ese chico, Nico, y

ese juego de la ballena azul, de mar de fondo. En un principio Nico le pareció un buen chico, después de su declaración tuvo la certeza de que les ocultaba algo, pero suponía que ese algo carecía de importancia. Aunque no las tenía todas consigo... sobre todo después de la información que le habían dado.

—No tenemos pistas que seguir, Héctor —admitió exhalando todo el aire de sus pulmones—. Estamos en un callejón sin salida. Hemos peinado la ribera del río varias veces, caminos adyacentes y cunetas incluidas, hemos organizado batidas en los alrededores de Toledo, hemos empleado a decenas de agentes y voluntarios... y no se ha encontrado nada, ninguna vía de investigación; ni móviles, ni testigos, ni nada que nos pueda servir para tirar del hilo. —Su voz era grave. Mientras hablaba recibió un mensaje en su smartphone. Apretó la mandíbula y hundió el labio superior al leerlo. Había mandado buscar a Nico y le informaban del resultado—. Es como si se la hubiera tragado la tierra, como si se hubiera evaporado.

—Ambos sabemos que eso es imposible.

Frenó bruscamente en un semáforo que se había puesto en ámbar, la inercia hizo que Leticia se inclinara un poco hacia adelante dando un leve cabeceo. Pensó que lo había hecho a propósito.

—Sí, es imposible, muy agudo...

—Sigue tu instinto, Leticia, siempre hay una rendija por la que mirar hacia adentro o hacia afuera... y ya sabemos cuál es... o, mejor dicho, quién es.

—Nico... el chico —dudó un poco antes de continuar. Si se lo contaba perdería la poca ventaja que tenía. No obstante, su superior había sido meridianamente claro, Héctor formaba parte de la investigación, le gustase o no. El caso tenía prioridad y podía ser una catapulta en su carrera—. No ha dicho toda la verdad. Hemos contactado con la sede de la red social en España y, como era de esperar, no han puesto muchas facilidades, de hecho, nuestros servicios jurídicos están en contacto con los suyos...

—¿Pero? —Enarcó una ceja teatralmente—. Siempre hay un pero, inspectora... Cuéntemelo todo, no se deje nada en el tintero.

—El caso es que tengo algún contacto dentro de la compañía... de la época universitaria... —Había tenido que pedir un favor a un antiguo amigo con derecho a roce, y que tendría que devolver tarde o temprano, pero eso no se lo iba a decir a Héctor. Además, había sido Frani la que finalmente le había abierto las puertas, su reputación valía su peso en oro, más que sus encantos de mujer, pensó irónicamente—. Y, esta mañana, de forma extraoficial, me ha pasado la IP desde la que se conectaba el moderador del grupo. Resulta que esa IP coincide con la conexión que tiene actualmente la casa de Nico...

—Háblame en cristiano viejo, por favor...

—Se hacía pasar por otra persona, había creado un perfil falso para eso.

—El del tal Hugo.

—Correcto.

—Un buen amigo... para arriesgarse de esa manera —replicó chasqueando la lengua—. Se está jugando el puesto de trabajo.

Leticia lo miró de reojo, de nuevo esa sonrisa lobuna que tanto detestaba.

—No podemos detenerle, esta información no tendría validez... Pero sí que podemos ir a presionarle un poco, a ver si sabe algo más.

—¿Vamos para su casa? Mejor pronto que tarde, el tiempo comienza a ser una sogá, en estos casos, ya se sabe...

—No está —respondió tensándose como una cuerda, al darse cuenta de que la única pista que tenían también había desaparecido—. He mandado a unos agentes a buscarle y no lo han localizado. Su madre no sabe nada de él desde primera hora de la mañana. Salió sin decir dónde iba. Hemos pasado la descripción y aviso por radio a todas las patrullas y a la policía local. La madre nos ha dejado pasar y echar una ojeada a su cuarto. Al parecer, está bastante afectada por todo el revuelo que se está levantando y con el hecho de que se haya filtrado el nombre de su hijo a la opinión pública. ¿No sabrás nada eso? —Ella tenía fundadas sospechas de que había sido él; pondría la mano en el fuego por casi todos los miembros de su equipo.

Héctor hizo una pequeña mueca y puso la mejor cara de inocente que tenía en su repertorio, esa que solamente sacaba en las ocasiones especiales y negó levemente con la cabeza.

—No, nada. Viniendo de otra persona lo consideraría una ofensa, Leticia.

—Seguro... —respondió sin amilanarse, envarándose en el respaldo del asiento—. Héctor, hay una cosa que la gente de su generación quizás no comprenda. —Adoptó la voz de una maestra de escuela que alecciona a un alumno díscolo—. Vivimos en la época de la posverdad, de las *fake news*, de la desinformación... No se puede exponer a un chico de esa manera, han saltado todo tipo de rumores, lo hemos crucificado antes de tiempo. ¿Y si es inocente y no tiene nada que ver?

—Ha suplantado una identidad —gruñó Héctor—. Imagino que eso será delito, aunque sea en eso de las redes sociales.

—Las líneas son difusas, las leyes y los jueces no se ponen de acuerdo. Ha creado un perfil falso y, probablemente, tenga material íntimo de otros jóvenes. No lo ha difundido, no sé hasta qué punto se habrá saltado la ley, y es un menor, todavía... Habrá que esperar a que aparezca la chica... ¡Joder! —exclamó Leticia algo exasperada—. ¡Y el tiempo sigue corriendo...!

—No ha sido culpa tuya, no del todo —apostilló con malicia—. Bueno, creo que podemos arreglarlo...

Aparcó en una parada de autobús y marcó un número en su teléfono. Únicamente preguntó: dónde está. Héctor chasqueó de nuevo la lengua, arrancó, se saltó un semáforo en ámbar y giró el volante de forma brusca. Leticia se cogió del asa de la ventanilla.

—¡Qué demonios haces! Tenemos que llegar de una pieza al Parador —

exclamó ella desairada.

—No vamos al Parador —adelantó Héctor—. Vamos a hablar con el chico.

—¿Cómo sabes dónde está? —Respiró hondo para bajar pulsaciones.

Leticia ya había digerido la respuesta antes de preguntar. Perro viejo.

—Le he puesto vigilancia.

—¿Vigilancia?

—Uno tiene sus recursos —dijo con voz socarrona.

—Imagino que era mucho pedir que compartieses esa información conmigo

—replicó Leticia a medio camino entre la indignación y la sorna.

—Sigue a tu instinto, Leticia. —Con una mano conducía y con la otra se atusaba el bigote—. El mío me susurraba que no estaba contando toda la verdad y actué en consecuencia. Si te lo hubiese dicho hubieras puesto el grito en el cielo, eso también me lo decía mi instinto.

Hay personas que adoran su intelecto, o ser consideradas inteligentes, y que, a menudo, terminan sintiéndose idiotas, como un fraude siempre a punto de ser destapado. Así precisamente se sentía Leticia en ese momento, como una idiota a la que le tomaban el pelo en su propia investigación. Héctor jugaba con ella como si fuera una muñeca a la que iba modelando a su antojo.

## CAPÍTULO 12

Nico caminaba cabizbajo, con la capucha de la sudadera sobre su cabeza, en parte para que no lo reconociesen —se encontraba en un estado cercano a la paranoia, parecía que tenía tres cerebros y seis ojos—, y, en parte, para resguardarse del aire gélido que acompañaba a una borrasca procedente del Norte de Europa. Había sido la peor semana de su vida, horrible, por descontado mucho peor que cuando sus padres se separaron o cuando Erika se trajo a casa a uno de sus novios para probar, como ella le dijo.

Los acontecimientos se habían sucedido de forma caótica desde la

desaparición de Valeria. Alguien de la comisaría abrió la boca más de lo necesario y su nombre apareció en varios medios de comunicación como uno de los investigados sobre la desaparición de la chica, insinuándose de forma más que velada que la principal pista de la policía giraba en torno a él y la ballena azul. Un cóctel ya de por sí explosivo, aderezado con un poco de curiosidad mórbida y leyenda urbana, que le había explotado en su propia cara, ocasionando numerosos daños colaterales, sobre todo con su madre.

El mundo del siglo XXI estaba inundado de parásitos pegados a los televisores o a sus móviles, ávidos de historias sórdidas, de escándalos que llenasen la insoportable levedad de su propia existencia. Y Valeria y Nico les proporcionaban justamente lo que querían: opio mediático, en grandes dosis, para llenar los espacios de sucesos, crónica negra, tertulias y algún bloque perdido en los noticiarios. Al fin y al cabo, eran dos adolescentes con carisma, envueltos en una espiral amorosa y un macabro juego más cercano al mito que a la realidad, no se podía pedir más.

Estaba bien jodido, pensaba compungido, hundido en el fango hasta la barbilla. Lo justo para asomar la nariz y seguir respirando.

Las redes sociales habían jugado un papel esencial: su fotografía había corrido como la pólvora, con comentarios de diversa índole, a cuál más cicatero y ruin. Lo habían echado de casi todos sus grupos de wasap, y el goteo de amigos que lo bloqueaban en Facebook e Instagram no cesaba. A este

paso se iba a quedar solo, pensaba con angustia.

Varios periodistas se apostaron desde primera hora en la entrada del edificio, dispuestos a sacar la foto o la exclusiva del día. Tuvo que salir del bloque por la puerta que daba al callejón de atrás, donde se topó con dos de sus vecinas que hablaban airadamente —creyó oír su nombre—, con gestos y movimientos de cabeza exagerados; cuando apareció tras la puerta se quedaron pasmadas, boquiabiertas, mirándolo con ojos de lechuza, como si hubiera aparecido el mismísimo James Mason. Al menos esa impresión le dieron.

Dejó atrás sus pensamientos más oscuros e intentó pensar en positivo, concentrarse en controlar su respiración y dar un paso tras otro sin caerse. Había quedado con Luke y Ari para hacer terapia y buscar soluciones a su actual situación. Claro que les tendría que contar toda la historia. ¿Qué pensarían de él cuando supieran la verdad? ¿Lo marginarían y lo condenarían a vagar por el purgatorio en soledad, o lo perdonarían como buenos amigos? Ni él mismo sabía qué hubiese hecho en su lugar. A veces, pensaba que no era para tanto, que solo se trataba de una travesura de críos —de un crío crecidito camino de cumplir los dieciocho—. Y, otras, estaba seguro de que había ido demasiado lejos, sobrepasando el límite con creces: había jugado a estar por encima del bien y del mal.

Si descubrían toda la verdad y se filtraba a la prensa estaría acabado, tendría que cambiar de nombre, de ciudad y de identidad, tendría que hacerse la cirugía plástica para que no lo reconocieran —tendría la oportunidad de quitarse un poco de nariz y ponerse algo de labios, pensó con ironía—. Solo confiaba en unos pocos, que podía contar de sobra con los dedos de una mano.

Erika se encontraba en un estado de ansiedad continua, únicamente abría la boca para preguntarle si estaba bien, si había tenido noticias de Valeria y si quería que le preparase algo de comer. Su padre, a unos cinco mil kilómetros de distancia, en una convención vitivinícola en Pekín, se desentendía del problema con buenas palabras de ánimo. Y, de la policía, ya sabía lo que podía esperar.

¿Dónde estaba su mejor amigo cuando lo necesitaba? Charlie no había dado señales de vida desde la desaparición de Valeria, únicamente le mandaba algún mensaje de ánimo, pero le decía que no podía quedar, que estaba demasiado ocupado. ¿Demasiado ocupado? ¿En qué? Nico no entendía que le diese la espalda en un momento así. ¿Cómo podía hacerle esto? Tendría que haber una explicación lógica a su extraño comportamiento. De Eva ni quería acordarse. ¿Qué pensaría de él? Era de las personas que mejor lo conocían, había llamado a su madre para interesarse, pero, poco más; ni llamada, ni mensajes, con él directamente... nada. No la había vuelto a ver desde su visita al ático. Esperaba algo más, tanto de ella como de Charlie.

La gente lo defraudaba desde siempre, no era algo nuevo, pero seguía cayendo en la misma trampa una y otra vez.

Enfiló hacia las escaleras mecánicas para subir al casco, atestadas de turistas asiáticos, con sus gorritos y con una mirada que se le antojó un tanto infantil, sonreían joviales al extremo de su palo *selfie*. Durante unos segundos se sintió a salvo, al menos nadie lo reconocería entre tanto visitante. Fue una ilusión que le duró medio trayecto. En sentido inverso bajaban dos compañeras del instituto que cuchicheaban sobre él y lo miraron de reojo al pasar, cogiéndose del brazo la una a la otra. ¿Realmente lo habían mirado y estaban hablando de él, o se lo había imaginado? Nico se estaba volviendo paranoico. Incluso los silencios de su madre los encontraba sospechosos.

Había tenido una discusión muy fuerte con Erika cuando la pilló desprevenida hablando con su padre sobre el estado anímico de Nico.

*Lo está pasando realmente mal... No, claro que no creo que tenga nada que ver con la desaparición de la chica; habían sido novios, pero eso terminó unos meses atrás, se seguían viendo en plan de amigos... Ya sabes cómo son los rumores, pueden acabar con tu reputación en un santiamén, y ahora la presión es mayor que antes, 24 horas siete días a la semana... Está afectado, es un chico muy fuerte, pero quizás necesite ayuda... Un profesional, puede ser, y también puede que necesite a su padre... ¿Qué quién pagará las facturas? ¡Eres un canalla! Tu hijo aquí con un problema*

*que lo puede marcar de por vida y tú al otro lado del mundo, pensando en dinero...*

Cuando Erika se dio cuenta de que la escuchaba detrás de la puerta cortó la conversación. Ambos se miraron con una mezcla de enfado y vergüenza. Finalmente, Nico estalló. Toda la ira que llevaba acumulada durante días, quizás meses o años —que no era poca—, salió afuera a borbotones, tomando la forma de un torrente de insultos sin sentido hasta que Erika, en pijama y con unas ojeras que le colgaban como dos manchas violáceas, comenzó a llorar de forma desconsolada. Nico, por qué me dices ahora todo esto, solo intento ayudarte. ¡Te lo mereces! Le reprochó fuera de sí ¡Nunca me habéis ayudado en nada, solo me habéis echado toneladas de mierda encima! Nico, cálmate, no te vayas así, no me dejes así. Pero Nico dio un portazo y salió echando espuma por la boca.

Anduvo durante un par de horas sin rumbo fijo, respirando con pesadez, casi ahogado, por una ciudad que se le antojaba cada vez más hostil. La lluvia le produjo un efecto calmante, cuando se caló comenzó a respirar con normalidad y a pensar con cierta fluidez. Era consciente de que se encontraba completamente hundido, no había pegado ojo en los últimos dos días. No sabía cómo se recuperaría de esta, desde luego su reputación saldría tocada de por vida, cavilaba. Era un perdedor, siempre lo había sido, lo del baloncesto solo fue un espejismo. Se tendría que plantear vivir en otra parte, huir. Como Hugo.

En realidad, todo había comenzado con él, pensó con rabia. Si no fuera por él, todo esto quizás no habría ocurrido. Fue él quien lo animó a montar la pantomima de la ballena azul, le dijo que ser el moderador le daría una sensación de poder ilimitada y que le abriría un campo de posibilidades que podría aprovechar en un futuro. Fue él mismo quien lo convenció para que se hiciera pasar por él. A ver hasta donde puedes llegar, Nico, yo he llegado hasta el final en un par de ocasiones, le confió exultante. ¿Hasta el final? Bueno... hasta la última prueba, contestó dubitativo como queriendo desdecirse. Te sientes poderoso, como un puto dios, tienes poder, Nico, verdadero poder. Tú eres superior, Nico, eres como yo, el resto son hormigas que podemos aplastar con la suela de nuestro zapato.

En un primer momento, le pareció que no hablaba en serio, que, simplemente, eran bravuconadas, pero, cada vez que lo soltaba, se sentía más atraído por la idea que, de forma inconsciente, germinaba dentro de él.

Comenzó la partida movido por pura curiosidad, y algo más, para observar como reaccionaban el resto. Pero, poco a poco, ese algo más emergió a la superficie y el juego se convirtió en adicción. Tenía razón Hugo, la sensación de poder era como una droga —que te carcomía por dentro y se apoderaba de tu conciencia—. Simplemente, perdió la noción de lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Caminó rígidamente entre las callejuelas empinadas del casco, mirando a los transeúntes con tanta frecuencia que algunos ojos se volvieron hacia él, así que hizo un esfuerzo y dejó de mirar a los demás. Los edificios de la ciudad vieja se curvaban sobre él haciendo las calles más estrechas y sinuosas que de costumbre. Las tiendas comenzaban a cerrar para el largo descanso de la noche y los restaurantes y bares se llenaban con un goteo incesante de clientes. Pasó por debajo del Arco Palacio que conecta el edificio del Arzobispado con la Catedral Primada, comprimida en un espacio tan reducido como el suyo. Cruzó a toda mecha el irregular trazado de la plaza del ayuntamiento, rodeada de edificios históricos y emblemáticos, callejeó por detrás del consistorio y llegó a su destino sin ningún contratiempo.

Al abrir la puerta, sus ojos recorrieron el local, por si las moscas, y se acercó a la zona de barra, saludando con la cabeza.

—¿Qué te pongo, Nico? —le preguntó Mike con su peculiar acento irlandés—. Tienes mala cara, amigo.

Nico observó el rostro del camarero, lleno de pecas anaranjadas de diferentes tamaños, y lo miró directamente a sus ojos azules; quizás iba con segundas, pensó. El otro le sostuvo la mirada, franca y limpia. Al menos, hay alguien que no ha olvidado quién soy, se dijo Nico con amargura, o quizás era que simplemente no se había enterado de nada. Mike andaba siempre en su mundo, como alelado.

Mike Odonnel era un simpático pelirrojo de Cork que había aterrizado de Erasmus unos años atrás en su época de estudiante, y le había gustado la ciudad tanto como para quedarse un tiempo. Y ese tiempo se alargaba ya más de un lustro, principalmente debido a que se había echado una novia italiana, también estudiante Erasmus. Se ganaba la vida dando clases particulares y trabajando como camarero en el Rubber Soul; le daba lo justo para vivir, sin más pretensiones, como él decía. Era un buen tipo, con empatía y capacidad para escuchar, de buenos modales y muy discreto. No solía hablar a menos que le dirigieras la palabra. Esto último le escamó, había sido Mike quién había hablado primero, caviló Nico suspicaz.

—Una mala noche —respondió Nico apoyando el codo en la madera. Dio un vistazo a su alrededor y se alegró al ver a un grupo de estudiantes en una mesa al fondo del establecimiento, a todas luces foráneos, que charlaban de forma distendida mientras veían un partido de la NFL—. Una cerveza estaría bien.

—Sabes que no puedo. —Mike conocía de sobra que no tenía edad para servirle alcohol, aunque algunas veces lo había hecho cuando el bar estaba a medio cerrar, con gente de confianza—. Me podría meter en un lío.

—Te lo agradecería de veras, amigo —respondió Nico, arrastrando las palabras. Mike siempre les decía lo mismo—. Necesito algo de lucidez mental.

El otro pareció pensárselo unos segundos. Finalmente se encogió de hombros y sonrió. Abrió el grifo y le sirvió una pinta de Murphy's, en una jarra de cerámica congelada.

—Sube arriba, por si las *flies*... Y bájate la capucha que pareces un fugitivo, relájate hombre.

—Gracias, Mike, te debo una.

—Anda, Nico, no digas tonterías, ¡*give me five!* —exclamó sonriente.

Mike le dio un apretón de manos, de hombre a hombre. Sintió que lo reconfortaba, un sentimiento de gratitud y de esperanza afloró muy levemente dentro de él. Esto es justamente lo que necesito, pensó Nico, un poco de normalidad y apoyo incondicional. Ya era hora de que alguien se lo diera.

Nico subió las escaleras del Rubber Soul que conducían a la segunda planta. Se trataba de uno de sus puntos de reunión preferidos: un viejo caserón de techos muy altos, totalmente reformado y acondicionado. Un sitio tranquilo según a qué horas, con buena música *brit pop*, con las paredes recubiertas de madera y una decoración a medio camino entre pub inglés y biblioteca. Por todo el recinto, decorado con un regusto victoriano, alternaban las estanterías llenas de libros —que los clientes libremente cogían a cambio de dejar otros—, con posters en blanco y negro, viejas fotografías de bandas y cantantes de la cultura popular mezcladas con astros del balompié.

En la planta de arriba, destacaban unos cómodos sillones orejeros en torno

a mesitas de madera, de esas pequeñas como para tomar el té, y también una mesa de billar situada en una especie de atrio tres escalones más alto al resto del piso. Había unos grandes ventanales por los que entraban las últimas luces de la tarde, y a través de los cuales podía ver el pináculo de la catedral.

Nico se acomodó en uno de los mullidos asientos, bajo una vieja fotografía enmarcada de Janis Joplin. Estiró el brazo y cogió un libro al azar del anaquel más próximo: *La Tempestad*, parecía como nuevo. No le sonaba. Se lo acercó a la nariz, un acto reflejo, era algo que solía hacer desde pequeño cuando le regalaban un libro, lo olía —le encantaba el olor de los libros nuevos, de celulosa virgen y sin manosear—. Por su aroma dedujo que apenas una persona lo habría leído. La portada le llamó la atención, se trataba de una imagen en tonos verdosos con la plaza de San Marcos como motivo principal. San Marcos, pensó melancólico, allí se besó por primera vez con Valeria. Un beso furtivo a escondidas entre los cientos de turistas que abarrotaban Venecia, mimetizados con el entorno; se retrasaron un poco del grupo y nadie se dio cuenta. Si no hubiera ido al viaje de fin de curso nada de esto habría ocurrido, barruntó con una cierta apatía, removiéndose en su asiento e incorporándose hacia adelante para darle un sorbo a la cerveza.

Asió otro libro algo más gastado, 19Q4, de Murakami —el eterno aspirante a Nobel—, las cosas de ese tipo le gustaba leerlas más despacio de lo habitual, saboreando su prosa casi poética. En realidad, todo o casi todo lo

leía despacio, dejando que fuese penetrando poco a poco, aunque a veces se percataba de su error al haber escogido tal o cual libro, ya que le aburría o no valía nada. Le gustaba leer novelas, la ficción de algún modo, le acercaba bastante a la realidad. De fondo escuchaba la banda sonora de la película *Trainspotting*, *Lust for life*.

La vida podía ser maravillosa, a veces, pensaba mientras saboreaba la Murphy's.

Encendió el móvil y vio las llamadas perdidas y wasaps de su madre preguntándole encarecidamente dónde estaba y diciéndole que la policía quería hablar de nuevo con él. Eso último lo escamó. También tenía un mensaje de la inspectora Montalvo —comentándole amablemente que tenían que aclarar algunos aspectos de su entrevista—, un par de llamadas perdidas del mismo número y otro tanto de un número no identificado. Por un momento tuvo miedo, no era ansiedad ni pánico, si no miedo a lo desconocido, a lo que estaba por venir y a lo que tendría que afrontar. Pensó que quizás podría desaparecer, evaporarse como Valeria había hecho, pero, en su caso, no iba a resultar una tarea sencilla, era demasiado tarde para él.

Sintió que alguien lo presionaba en el hombro. Se dio la vuelta y vio una mano grande, con unos dedos largos y nervudos. Luke tenía en el labio superior un grano que parecía extenderse hasta casi reventar y el vello comenzaba a negrear su cara, dándole un aspecto fiero y varonil.

—!Qué pasa boludo! —Fue Ari quien lo saludó jovialmente, con su sempiterno acento porteño; a su lado estaba su fiel, escudero, amigo y novio. Nico simplemente les hizo un leve ademán con una mirada cargada de preocupación. Tomaron asiento en sendos sillones orejeros situados frente al que ocupaba—. Tienes mala cara, amigo.

—No eres la primera que me lo dice —replicó.

—Ni la última, a buen seguro. Pareces un muerto viviente.

—Gracias, siempre es bueno que te lo recuerden, reconforta...

—Lo que es bueno es tener a alguien que te diga la verdad, Nico. Y nosotros siempre lo hacemos, ¿no es verdad Luke? Somos un equipo. —Le dio un palmotazo en la pierna como para despertarlo—. A ver, cuéntanos el quilombo de vida que llevas, de la noche a la mañana has pasado a ser el yerno que toda madre quiere para su hija a ser el súper villano responsable de la desaparición de Valeria. —Hablaba muy deprisa, con una verborrea exacerbada. Ella misma se contestaba a las cuestiones que planteaba. Nico sabía que necesitaba un tiempo para desinflarse—. Increíble pero cierto... Alguien ha filtrado tu nombre a la prensa y apareces como el presunto novio que se aprovechaba de ella y como el único investigado de la policía, cuando la verdad es que muchos de nosotros hemos sido llamados por la cana a mantener entrevistas amistosas... como ellos las denominan. A mí me preguntaron si te habías comportado de un modo extraño últimamente,

¿últimamente? les dije, ¿cuentan los últimos diecisiete años? —rio su ocurrencia como si estuviera haciendo un vídeo para su canal de YouTube, gesticulando y exhibiendo su perfecta dentadura—. Es broma, pibe... Les dije que no, que estabas como siempre. También preguntaron por el estúpido juego de la ballena azul, les conté la verdad, que lo dejé cuando vos, en las primeras pruebas, pero que de vez en cuando le echaba un vistazo a la pelotuda de Valeria para ver cómo hacía el imbécil. También me preguntaron por mi relación contigo, si éramos más que amigos o si alguna vez lo fuimos... ahí me saltó la térmica y los mandé a tomar por culo.

Nico no dudaba que lo hubiera hecho, sabía del carácter de Ari cuando se le cruzaban los cables, salía su vena bonaerense y no dejaba títere con cabeza. Menos mal que estaba Luke para equilibrar sus ramalazos de mal genio; eran como el ying y el yang, un universo de dos en continuo equilibrio.

—La verdad... —dejó caer Nico frunciendo el ceño—. La verdad es muy relativa, depende del cristal con que se mire, las cosas no son ni blanco ni negro... —Les tenía que contar que les había mentido durante las últimas semanas, que se había hecho pasar por otra persona, que había actuado de forma mezquina y deleznable, y no sabía cómo empezar—. No hay que perder la perspectiva de la situación.

Ari miró a Luke como buscando alguna explicación a las extrañas palabras de su amigo.

—Te pareces a Charlie, diciendo chorradas, Nico —replicó finalmente moviendo la cabeza hacia uno y otro lado—. Los filósofos viven en la luna, les falta una buena dosis de realidad, de fregar lavabos o de atender a clientes en las rebajas del Zara... ¿Estás perdiendo la chaveta? ¿Se te está yendo la olla? Si quieres te puedo dar el nombre del psicoanalista de mi madre, o el de mi padre... O del mío.

De nuevo una sonora carcajada, llena de vida y de optimismo.

—No se refiere a eso —dijo Luke estirando las piernas, feo como él solo, sin perder un ápice de la gravedad con la que miraba a Nico. Como siempre tenía razón cuando hablaba.

Ari los miró a los dos alternativamente, sin comprender nada. En ese momento apareció Mike con una pinta de cerveza en cada mano. Nico respiró aliviado, quizás Mike les dijese que tenían que irse, que la policía estaba abajo pidiendo carnets, que el pub cerraba de forma súbita o que había una amenaza de bomba.

—Hoy es vuestro día de suerte. Os traigo una *arrita* congelada a cada uno —anunció con ese gracejo de los guiris al intentar hacerse los simpáticos—. No me deis las gracias, no todavía, que os traigo unas *almendraitas*.

—Eres el puto capo, Mike —replicó Ari levantando la jarra, un gesto que imitaron Nico y Luke—. Va por ti.

Los tres bebieron un largo trago a la salud de Mike.

—Un día me tienes que enseñar a hablar en argentino —añadió Mike en tono jocoso, medio en broma medio en serio. Mike siempre bromeaba con Ari, y la miraba con ojos de lobo—. Me gusta como suena.

No era la primera vez que se lo decía. Y Ari siempre lo rechazaba de manera elegante. Luke miraba impertérrito por encima del sillón de Nico, hacia un punto indeterminado de la mesa de billar.

—Es porteño, Mike, cuantas veces te lo tengo que decir, y para tener esta labia, tienes que haber nacido allá... Veo una tarea hartito imposible que un irlandés del Cork pueda siquiera chapurrearlo...

—Bueno, si tú lo dices... —dijo con una gran sonrisa.

—Yo lo digo —replicó Ari devolviéndole la sonrisa mientras rozaba la mano de Luke de una forma casual, pero que a nadie le pasó desapercibido.

—Os dejo con vuestras cosas, si necesitáis algo tocad la campana y acudiré a vuestro rescate.

Mike bajó las escaleras silbando al ritmo del Park Life de Blur que sonaba de fondo.

Es la hora, pensó Nico.

—Os tengo que contar algo —proclamó compungido.

—Se te nota, vas a explotar, pareces una cuerda de guitarra a punto de romperse —atajó Ari. Esta vez fue Luke quien le rozó la mano y le guiñó un ojo. Suspiró. Abrió el bolso, se hizo un moño con un palillo chino y apoyó los

codos sobre sus rodillas—. Está bien, ya me callo, dispara. No será para tanto.

—Sí, sí que lo es —Silencio. Ambos lo miraban expectantes—. Os he engañado a todos, me he portado como un canalla y... como un psicópata... Quizás necesite un psicólogo o un psiquiatra, o mejor a ambos, no lo sé, pero el caso es que he metido la pata hasta el fondo. No sé cómo decíroslo... —dijo con voz trémula, bajando la cabeza. Silencio—. Allá voy... me hice pasar por Hugo, en el juego de la ballena azul; sí fui yo el que orquestó toda la trama, yo era el moderador...

Nico les contó la historia a trompicones, con saltos hacia adelante y hacia atrás. Ari lo miraba con la boca abierta, ojiplática como una lechuza, sin pestañear y negando con la cabeza; estuvo tentada de interrumpirlo un par de veces, pero se contuvo. Movía el pie repiqueteando en el parqué de madera de forma involuntaria, era un tic nervioso que le salía de dentro en las situaciones que más la estresaban. Luke, por contra, permanecía pétreo, quieto como una estatua de sal, atento a cada palabra, a cada gesto y a cada giro que daba la confesión de Nico. Siempre miraba así a la gente, desde su particular universo interior, como destensándola y volviéndola a tensar.

—¡La concha de tu madre! —le espetó Ari al terminar su relato—. Eres un auténtico psicópata, y yo que creía que los locos eran Valeria, y el Hugo ese... —Hablabla gesticulando exageradamente, galvanizada, subiendo y bajando el

tono, como si ciertas palabras las pronunciase para sí misma—. Joder, Nico, es muy fuerte, muy fuerte, no me lo puedo creer, y menos de ti, si me dijeras de Charlie... todavía, es un maldito degenerado, pero tú..., eres igual, joder. Necesito un pucho. —Luke sacó un paquete de cigarrillos y le dio uno. Ella lo cogió y comenzó a jugar con él de forma nerviosa—. O sea, que tú tienes vídeos y fotos de los tarados que aceptaron continuar en el juego... Eres un cabrón, Nico.

Se levantó con el cigarrillo en la boca. Se dirigió a uno de los ventanales que daba a un pequeño balcón, lo abrió y encendió el cigarrillo fuera.

Nico permanecía serio, con todos los músculos de su cuerpo en tensión, a punto de saltar o de romperse. De un trago se bebió toda la cerveza caliente que le quedaba. Comenzó a masajearse el puente de la nariz, justo debajo del entrecejo, para aliviar la jaqueca que soportaba desde el día anterior. Poco a poco, se sintió mejor, de alguna forma, se había liberado de una pesada carga, se notaba un poco más ligero, como si se hubiera desprendido de una gigantesca piedra de materia oscura que lo engullía todo a su alrededor; lo suficiente como para pensar en positivo. Por un momento, cerró los ojos y pensó que se encontraba solo.

—Un asunto muy feo. —Era Luke el que rompió el silencio. Permanecía en un estado latente en el sofá, con una pierna sobre la otra, tan quieto como él. A veces parecía que no respiraba—. Se lo has contado a la policía. —Dio por

hecho.

—No —respondió. Los ojos de él lo taladraban. Era difícil atisbar cualquier emoción en Luke, una persona hierática por naturaleza. Solía hablar en voz baja, despacio y sin extenderse demasiado. Nico continuó a la vista de que esperaba algo más—. No lo he hecho, pensaba que si lo hacía sería el principal sospechoso, y me tacharían de desequilibrado o algo así.

—O algo así —repitió tras unos segundos meditando—. Un error bastante grave. No te ha servido de mucho.

—No —admitió.

—Sabes que tarde o temprano lo averiguarán y estarás más que jodido. Y, si no aparece Valeria, o si aparece muerta, más todavía.

—Sí —admitió de nuevo.

Al menos era un alivio que Luke pronunciase más de una frase seguida.

—¿De verdad no sabes nada de Valeria? —preguntó Luke sin parpadear, parecía que mirase dentro de Nico para averiguar la verdad.

—No. La última vez que la vi fue en mi dormitorio, y, no, antes de que lo preguntes... tampoco se lo conté a la policía.

—Si lo averiguan, puede ser perjudicial para ti. No entiendo mucho del tema, pero creo que existe algo que se llama obstrucción a la justicia.

—Lo haré, lo prometo —respondió en tono quejumbroso.

—Nico, no sé qué se te ha pasado por la cabeza...

—Ni yo, ¡joder! —lo cortó—, ni yo, quizás necesite ayuda, quizás sea un psicópata en potencia, ¡no lo sé! Simplemente me dejé llevar por las circunstancias y todo pasó muy rápido...

De nuevo un silencio incómodo. Luke seguía sin moverse, haciendo una estatua de cera de sí mismo. Parecía que necesitaba unos segundos para recomponer su mente, después de la interrupción de Nico. A veces su actitud era exasperante.

—Pero tienes que enfrentarte a lo que has hecho... De vez en cuando los buenos tienen que hacer algo bueno, podrías empezar por ahí...

Esbozó una leve sonrisa. Para ser Luke era demasiado, al menos no lo había crucificado como Ari.

—¿Qué me dices de Hugo? —preguntó Luke dando un sonoro suspiro, como si hubiera estado aguantado la respiración hasta ese instante. Bebió de la cerveza y apoyó la jarra en el hueso del esternón—. Él te metió toda esa mierda en la cabeza, aunque ya eres mayorcito... no hay disculpa que valga...

—No lo sé. Ahora que lo pienso en retrospectiva quizás me manipuló. Es una persona bastante persuasiva, en cierto modo... No puedo explicarlo... te dice exactamente lo que quieres oír, y poco a poco te lleva a su terreno. No sé cómo, pero fue así, él me susurraba al oído para dar un pasito y después otro. Imbécil, más que imbécil...

—No es momento de autoflajelarse, Nico, ya lo has hecho bastante.

—Gracias —susurró.

—Lo cual no te exime de tu responsabilidad.

—No, supongo que no.

—Supones bien, has aprendido la lección a fuego.

—La vida es dura, pero es más dura si te comportas como un estúpido, ¿no? —No sabía de quién, pero era una de sus citas preferidas. Luke asintió

—. Intentaré no comportarme así.

—Y Hugo, desapareció...

—Sí, se esfumó, cerró su perfil hace semanas y ya no supe más. Su número está siempre fuera de línea.

—¿Estás seguro...? —preguntó sin especificar, dejando la frase a medias. Detrás de él había un foco dirigido principalmente hacia el techo, pero su luz blanquecina, al iluminar el pelo, daba la impresión de que Luke llevaba un halo de plata.

—¿De qué?

—De si era él. Quizás era otra persona que lo suplantaba, como tú.

La idea ni se le había pasado por la cabeza, pero, puestos a elucubrar, era perfectamente posible, aunque improbable. Permanecieron callados durante unos minutos, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—¿Y Charlie? —preguntó Nico, cambiando de tema—. Ha sido imposible contactar con él.

—Según sus hermanos, se ha ido a Madrid un par de días.

—¿En mitad de curso? —Luke se encogió de hombros haciendo un mohín  
—. Es raro, ¿no? ¿A qué se ha ido?

De nuevo se encogió de hombros, como si la cosa no fuese con él. Quizás ya había cubierto el cupo de palabras por hoy, se dijo Nico.

Ari regresó con expresión adusta. No se sentó, permaneció de pie con los brazos cruzados. Se balanceaba sobre sus talones y la punta de sus pies. Pintada y enfundada en su cazadora de cuero parecía mucho mayor que ellos. Fingió darle un golpe a Nico, con el puño cerrado, casi rozándole la cara y el hombro derecho.

—Debes ir a la policía, Nico —apuntó alzando la voz—. Debes contarles la verdad.

Nico se sorprendió a sí mismo sonriendo, y pensó que Ari tenía madera de actriz, aunque tal vez su intensidad se limitaba a las cosas que le ocurrían a ella y a su alrededor más próximo. Quizás Luke también, aunque con registros diametralmente opuestos.

—Sí —respondió lacónico—. Es lo primero que voy a hacer.

—Seguro... porque están en la esquina.

—¿Quién? —preguntó Nico desconcertado.

—La inspectora de policía, la guapa... y ese hombre mayor con pinta de tipo duro que parece saberlo todo.

—Joder, me han seguido —farfulló Nico.

—Más vale afrontarlo cuanto antes y rezar para que no salga en la prensa.

—Ari, por favor... pon un filtro antes de pensar en voz alta... —dijo Nico mientras se levantaba hacia la ventana. Se colocó muy pegado al filo del marco y miró de perfil. En efecto allí estaba la extraña pareja, hablando con un hombrecillo de aspecto enclenque y piel cetrina, vestido con una sudadera, unos vaqueros viejos y unas zapatillas de deporte. El sujeto gesticulaba y movía los brazos, y al final señaló a la puerta del pub—. Mierda —masculló para sí.

Nico comenzó a temblar y a sudar profusamente. Pánico, en su expresión más atávica. Su cuerpo no le respondía, de algún modo las órdenes de su cerebro no llegaban a su destino; no podía moverse. Estaba paralizado, con el corazón a mil por hora y la vejiga a punto de estallar. Si no reaccionaba terminaría por mearse encima, pensó, y después vendría la policía a hacerle más preguntas

—Una cosa es planearlo y otra es hacerlo, ¿verdad? —apuntó Luke consciente del paroxismo que sufría su amigo. Le puso una mano en el hombro y, como no respondía lo zarandeó un poco—. ¡Reacciona! —le gritó y le dio una bofetada con la mano abierta.

Nico asintió con la cabeza.

—¡No puedo hacerlo! —gritó—, me van acusar de la desaparición de

Valeria. Necesito más tiempo, tranquilizarme y ordenar mis ideas. En este estado... no puedo...

Ari y Luke se miraron sin un ápice de complicidad. Ella movía la cabeza de un lado hacia otro y él asentía.

—Vamos por la parte de atrás —dijo Luke con decisión—. Ari y yo distraeremos a Mike. Pasa al almacén, allí encontrarás una puerta, que, con suerte, estará abierta...

Con suerte, pensó Nico, iba a necesitar mucha suerte con todo lo que se le venía encima.

Sonó su móvil con una melodía conocida, pero que tardó en reconocer unos instantes. Por momentos la había aborrecido, odiado y repudiado, pero, ahora, la anhelaba y era como una luz de esperanza que se abría entre negros nubarrones. Un mensaje de Valeria. Se quedó petrificado durante unos segundos. ¡Valeria! Finalmente, abrió el mensaje.

—¡Pero qué haces! —lo apremió Ari.

Luke lo cogió por la manga de la sudadera tirando de él, pero se mantuvo firme.

—No. No vamos a huir —contestó más calmado—. Esperamos a que suban. Vamos a hablar con ellos.

—Estás loco —dijo Luke—. Te van a crucificar. Si te vas ganamos algo de tiempo por si ocurre algo, por si aparece Valeria.

—Valeria acaba de dar señales de vida —replicó en tono monocorde mientras releía el mensaje.

—¿Qué dices pelotudo? A ver... —Ari alargó la mano pero Nico se apartó a tiempo de que le cogiera el móvil. Mientras menos gente supiera mejor...—. Vaya, Nico, ni que fuera a publicarlo a los cuatro vientos...

Eso era precisamente lo que temía Nico, que Ari se fuera de la lengua, o, peor aún que montase un vídeo en su canal de YouTube. Confiaba en ella, pero, a veces hacía lo que fuese necesario por conseguir más visualizaciones en la red.

¿Estoy salvado? ¿Ya está? ¿Valeria ha reaparecido sin más? Multitud de pensamientos convergían en su mente. No tenía duda de que se trataba de ella. Pero quedaban muchas incógnitas por resolver.

Si estaba en lo cierto, en breve la vería. En su mensaje decía que estaba en Atocha a punto de coger el AVE para Toledo.

## CAPÍTULO 13

Mira su brazo tatuado. Una ballena azul. Mira hacia adelante, está subida al borde de un puente de piedra gris flanqueado por dos torres, muy tranquila.

Es consciente de todo, de la brisa, del agua corriendo unos metros más abajo, de las sombras del ocaso del día. El sol se pone, anochece a velocidad más rápida de lo normal. El tiempo es maleable, y ella puede viajar a través de él; en su mente la temporalidad es elástica y ella la controla a su antojo. También puede esconder cosas en el cuarto oscuro, de dónde no sale nada, solo oye algún grito ahogado, muy de cuando en cuando. Sabe perfectamente que es un sueño, pero aun así tiene miedo, un miedo exacerbado a la oscuridad y, pronto, llegará a buscarla. Se corta el labio superior con una cuchilla y sangra profusamente; ya se ha autolesionado en varias partes del cuerpo, se ha

hecho cortes en las piernas y en los brazos, y se ha clavado agujas en el abdomen y alrededor de sus pezones. El labio es una muestra más de su entrega, de su locura, del Incidente.

Por un lado del puente ve a su padre riendo y por otro a su madre llorando. Caminan lentamente pero no avanzan. Los puede mantener ahí cuanto quiera, aquí ella es la que dispone. En el fondo, bajo las turbulencias, vislumbra la sonrisa de Nico, hace que el agua sea más clara y su sonrisa más nítida.

Conoce de dónde le viene esa desazón, esas pesadillas, esas sombras metiéndose en su cama y en su cabeza, pero sabe que nadie la va a creer. Deja de inventar, que nos vas a traer la ruina, niña estúpida, le dice su madre. Ella siempre le dice niña seguido de algún adjetivo, nunca hija. Comienza a recordar, a sentir y a percibir olores y dolor. Está acostumbrada al dolor desde pequeña, por un poco más no pasará nada.

Algo ha salido mal. Ya no está en el puente, está en una habitación de una pensión, limpia y ordenada. Hay alguien con ella, alguien que la mira; un presentimiento la invade. Se da la vuelta en la cama y sus ojos la atraviesan, se clavan en su hipotálamo. Se encuentra delante del mal, otra vez. Ella misma se ha metido en la boca del lobo, pero está acostumbrada a lidiar con él.

Él esboza una sonrisa y le dice al oído «no eres la primera ni la última».

Valeria despertó sobresaltada. Se dio la vuelta lentamente, para su alivio

todo seguía como lo había dejado. Él estaba en su colchón, de lado, dándole la espalda, durmiendo plácidamente con la respiración acompasada. Suspiró. Por un momento, pensó que todavía se encontraba dentro del sueño. Había aprendido a controlar sus pesadillas y a encauzar sus miedos de la mejor manera posible —también sus complejos y sus recuerdos reprimidos—. Estaba orgullosa de ello. Quizás su locura tuviera cura.

«No eres la primera ni la última». Se había jactado de ello, hacía solo unas horas. Habían bebido mucho y él comenzó a desvariar, hablando de más hasta que perdió la conciencia y entró en trance. Seguro que al despertar no se acordaría de nada, pensaba, si despertaba. Ella también bebió, pero de otro modo: cogía la botella y la empujaba por encima de su cabeza, haciendo como si diera un gran trago, pero en realidad solo se mojaba los labios.

Lo ayudó a subir apoyado en su hombro, con cuidado de no despertar a los huéspedes. Intuía que Doña Margarita se habría dado cuenta de su llegada. Era de esas personas con aspecto de pasar las noches en vela dando vueltas en el colchón y paseándose por la casa.

Se puso unos calcetines para amortiguar el sonido y sacó un cuchillo de comensal, afilado y dentado, de los de comer carne. Lo había tomado prestado de la mesa del desayuno, el primer día, cuando tuvo esa sensación de que algo no iba bien con él, de que le ocultaba cosas. Cuando dormía lo escondía debajo de la almohada.

Se acercó a él, le dio un pequeño empujón y unas palmaditas en la mejilla. Con el pulso de un cirujano, acercó la punta a su párpado izquierdo; estuvo tentada de saltarle el ojo, pero antes tenía que comprobar ciertas cosas. Ni un movimiento, su respiración seguía igual de acompasada, acompañada de unos leves ronquidos. Alumbró con el móvil y, de puntillas, se acercó al armario donde guardaba su equipaje. Un chirrido al abrirlo, se quedó petrificada como una esfinge, mirando de reojo. Silencio.

Abrió su mochila de viaje, sacó calcetines, calzoncillos y camisetas, y los apiló en el anaquel inferior. Al fondo de la bolsa halló lo que buscaba: un portátil de trece pulgadas y otro móvil, diferente al que tenía en el cajón de la mesita, ambos con el logo de la manzana mordida. Había observado cómo los utilizaba a escondidas cuando creía que ella dormía. Asió el móvil y se acercó al borde de la cama. Valeria no estaba nerviosa, para nada, sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Si él despertaba tendría que matarlo o él la mataría a ella, probablemente.

Se arrodilló y lo destapó un poco, cogió suavemente su mano —le pareció la mano de un muñeco de trapo—, acercó el smartphone para desbloquearlo con la huella del dedo pulgar; a continuación repitió la operación con sumo cuidado desbloqueando también el portátil.

Se sentó sobre la colcha cruzando las piernas. Estuvo un buen rato analizando el contenido de ambos aparatos, las carpetas que tenía guardadas,

las fotos, los vídeos, los perfiles en redes y los contactos. Al final, resopló, compungida y cansada, más que por él, por ella misma y por las otras. Había sido víctima de un doble engaño. Y, además, había más víctimas, otras chicas, quizás igual de perdidas que ella y con los mismos anhelos, con los mismos sueños.

Él había destruido universos solo para su propio deleite. Era un psicópata. Quizás, en un primer momento fue también una víctima, una acumulación de aciertos y errores de sus progenitores, como ella misma; pero eso no lo eximía de culpa, con el paso del tiempo se había convertido un ser malvado. Ya no albergaba duda alguna.

Cerró los ojos y vio sus rostros en la oscuridad, la miraban tristes, apesadumbradas, y le susurraban que lo hiciera, que hiciese justicia, que lo matase. Ya era mayor de edad, si la descubrían no podría salvarse de ir a la cárcel, aunque, con un buen abogado la pena sería mínima. Sus padres seguro que lo arreglarían todo, más les valía hacerlo. Y, si no, acudiría a su abuelo.

Sopesó sus opciones con tranquilidad, se sorprendió a sí misma de la frialdad que mostraba, no estaba nerviosa, ni asustada, simplemente excitada ante la perspectiva de quitar de en medio a una rata inmunda. Porque eso es lo que era él, sí, una rata. Al principio, había acudido en su ayuda, mostrando su lado más amable y cautivador, con sonrisas y buenas palabras, diciéndole exactamente aquello que ella quería oír. Pero, día tras día, fue intuyendo que la

oscuridad más abyecta se escondía en su interior. Lo acababa de comprobar, tenía pruebas que lo inculpaban. Era peor que una alimaña, era escoria, escoria humana. Podía ir a la policía, pero eso sería complicar las cosas, un buen abogado alegaría que todo era circunstancial, casualidades de la vida, y quedaría en libertad. Ella se encargaría de todo.

Nadie tenía por qué sospechar. Al fin y al cabo, se encontraba allí bajo una identidad falsa. Se había hecho la tonta cuando Doña Margarita le pidió el DNI, un olvido con las prisas, le dijo. Había descubierto que tenía un don para mentir y para hacerse pasar por otra persona. Él sacó su carnet de conducir, recién cumplidos los dieciocho, lo acababa de estrenar. Ambos firmaron el registro, ella como Paula Ortiz —con un número aleatorio—, fue el primero que le vino a la mente, y él con su verdadero nombre. Paula era una chica fuerte y lista, decidida, le gustaba cómo sonaba su alias y la personalidad que mostraba ante las adversidades; Paula sabía cómo encarar la Situación y también sabía cómo salir de esta.

Doña Margarita, su nombre se repetía como un eco lejano reverberando en su mente. ¿Un daño colateral? Era la única persona que podría relacionar a Paula con Valeria. Después de matarlo, ella reaparecería y retomaría su vida normal; cabía la posibilidad de que la vieja viese su foto en las noticias por casualidad y sumase dos y dos. ¿Era un riesgo que valía la pena correr? ¿Dos asesinatos? Sería complicar las cosas aún más, llamaría demasiado la

atención.

Paradójicamente, si le hubiera hecho caso a él y se hubiera quedado encerrada en la habitación, quizás no hubiera hablado tanto con la dueña de la pensión, pensó con ironía. Pero, ahora, estaba segura de que la reconocería si la policía las relacionaba, parecía una mujer que se fijaba en las caras de la gente. No obstante, la policía no tendría por qué sospechar nada de Valeria Aguirre, ¿o sí?

Se levantó y, con movimientos felinos, salió de la habitación con un propósito en mente, aunque todavía tenía que perfilar algunos detalles. Al final del pasillo, había un cuartito donde Doña Margarita guardaba útiles y productos de limpieza, no tenía cerradura ni candado solo un pequeño pestillo que se abría por fuera. Eran casi las cinco y media, a las siete salía el primer autobús para Madrid. Le daba tiempo, si actuaba deprisa y con precisión le daría tiempo de todo. Abrió la puerta del cuartito y cogió un bote de limpiador, unos guantes, una bayeta y un rollo de cinta americana que le iba a venir al pelo. Regresó a la habitación, se puso unos guantes de látex y comenzó a limpiar con determinación, concentrada en hacer el menor ruido posible y en los pasos a seguir.

Puede que nadie supiese nunca el bien que haría esa noche librando a la sociedad de semejante alimaña. Nadie, no, a Nico se lo contaría con el tiempo, él seguro que lo comprendería; cuando arreglase la Situación, todo

cambiaría, comenzaría una nueva etapa para ella y para él, juntos. Era ahora o nunca, quizás dentro de unas horas cambiase de opinión.

Terminó de limpiar, enjuagó la bayeta y dejó el bote y el resto de utensilios en el cuarto de baño. Más tarde repetiría la operación. Tendría que actuar con decisión, sin titubear lo más mínimo. El tiempo apremiaba, pronto se levantarían los primeros trabajadores.

La parte más difícil de su plan, sería transportar el cuerpo a la planta de abajo y meterlo dentro del coche sin hacer ruido. Tendría que hacer dos viajes, el segundo para recoger el equipaje. O, quizás no. Se paró en el quicio de la puerta, observando cómo ronroneaba la bestia. Una idea comenzó a germinar en su cabeza, una súbita revelación: mataría dos pájaros de un tiro. De una tacada solucionaría el problema. ¡Cómo no se le había ocurrido antes!, pensaba excitada mientras ataba sus manos detrás de la espalda con una cinta aislante. Repitió la operación inmovilizando las extremidades inferiores con dos vueltas, juntando los tobillos. A continuación, le tapó la boca también con un poco de la cinta que le quedaba. Emitió un leve ruidito. Preparó el cuchillo en la mesilla y se echó a plomo sobre la almohada presionando con fuerza, obstruyendo sus fosas nasales.

Él abrió los ojos, inyectados en sangre por la falta de oxígeno y por el grado de alcohol que tendría en su organismo. En una décima de segundo fue consciente de lo que ocurría, Valeria lo estaba ahogando. Había miedo y

pánico en su mirada. Un miedo atávico a lo desconocido, a la muerte, a la oscuridad, y un pánico exacerbado ante la imposibilidad de moverse y de gritar. Valeria tensó sus músculos y apretó con fuerza, notaba como se retorció debajo, como una serpiente, buscando su oportunidad de escapar.

—¿Qué se siente? —le susurró al oído con una voz trémula a causa del esfuerzo—. ¿Quién va a ser el próximo? He visto lo que has hecho con las otras. —Gruñidos ahogados bajo la almohada—. Eres una mala bestia, una alimaña que mata por placer, y a las alimañas hay que darles su merecido... Eso dice mi abuelo...

Alargó el brazo y asió el cuchillo por el mango de madera y comenzó a clavárselo, implacable, en su abdomen, justo por debajo de su caja torácica. Una, dos, tres, cuatro, paró, no debía excederse, cuatro puñaladas ya serían sospechosas para una viejecita. Se había sobreexcitado. Bueno, no importa, se dijo, nadie sabrá que has sido tú.

A horcajadas observó cómo seguía retorciéndose con movimientos espasmódicos. Las telas se empapaban de sangre, un líquido rojo y tibio. El cobertor y las sábanas de franela habría que tirarlos, pensó, no habría forma de lavarlos, una lástima.

—Sssshhhh. Tranquilo, ya queda poco. —Un leve gorgojeo estentóreo brotó de su garganta—. ¿Quieres ver cómo termina todo esto? Aguanta un poco.

Sin darse cuenta, comenzó a tararear la melodía de la nana que le cantaba su padre cuando la acostaba de niña, hasta que dejó de moverse. Quizás su subconsciente conectaba las cosas.

Con cuidado, se quitó el pijama y la ropa interior, y la metió en una bolsa de basura. Fue al cuarto de baño y se lavó con jabón hasta que eliminó los restos de sangre más evidentes. Se puso un chándal de él —le quedaba demasiado holgado—, cerró la puerta y bajó las escaleras dejándolo desangrarse, todavía tenía un hilillo de vida cuando salió. Ahora venía la parte más difícil.

La luz proveniente de dentro asomaba por la rendija de la puerta. Puso la oreja en la madera y, como sospechaba, escuchó el ruido de la tele encendida. Respiró hondo antes de llamar y tocó la puerta, primero suave, casi con vergüenza y, después, con más decisión. Toc, toc, toc.

—Doña Margarita —exclamó sin subir mucho la voz—. Abra, por favor, se trata de una emergencia. —Quizás debería gritar un poco más alto, solo un poco, pensó con el corazón golpeándole el pecho. No debía despertar a los vecinos de la primera planta. Si no todo el plan se iría al traste.

No hizo falta, al pronto se oyó el ruido de unos pasos amortiguados. Retiró la oreja de la puerta y puso cara de circunstancias.

—Qué pasa niña —susurró irritada—. Vas a despertar al resto de huéspedes con tanto jaleo.

Doña Margarita apestaba a tabaco y coñac, y a olor corporal. Estaba bastante desaliñada, con un pijama largo y una bata gris, pantuflas y rulos. Sus ojos parecían tristes y cansados, y su piel tenía un color aún más blanquecino que de costumbre.

—Lo siento —bajó la cara como avergonzada—. Se trata de mi amigo... Ha bebido demasiado...

—Se ha emborrachado... ya os oí llegar —afirmó con una sonrisilla de sé todo lo que pasa en esta casa.

—Ha vomitado en la cama, y se ha caído. Está inconsciente, con temblores, respira con dificultad y está sudando.

—¿Y esos guantes? —preguntó frunciendo el ceño.

Con la subida de adrenalina del momento, se le había olvidado quitarse los guantes de látex.

—He estado limpiando un poco... —contestó al instante—. Qué vergüenza me da todo esto, no sabe cuánto lo siento...

La dueña de la pensión negó con la cabeza y se le cayeron algunos rulos. Valeria se agachó solícita y se los tendió en la palma de la mano.

—Sigue en el suelo... Si pudiera ayudarme a subirlo a la cama... —Puso carita de perrito abandonado, nunca le fallaba y adoptó una pose infantil, desviando la mirada, moviendo los pies y frotándose las manos—. Estoy segura de que entre las dos podremos hacerlo.

—Vamos, no será para tanto —dijo subiendo los primeros peldaños de la escalera con una agilidad sorprendente. Valeria estaba detrás sujetando la puerta con la puntera del pie, para que no se cerrase del todo—. Pero, una cosa te digo, si las manchas no salen de la cobertera os la cobraré aparte.

—Como usted ordene... —Sonrió levemente—. Por la mañana, mientras duerme la mona, me acerco al centro comercial y le compro unas nuevas.

—Venga niña, date prisa que tengo que ponerme a preparar los desayunos en una hora.

Cuando llegaron al rellano, la mujer se paró de cara a la puerta, esperando a Valeria para que abriese.

Con un gesto cordial la invitó a pasar.

—Enciende la luz niña, que no veo nada.

—Espere un momento, ahora mismo. —Valeria cerró la puerta sin dar portazo—. Venga, deme la mano no se vaya a caer.

—Pero la luz... ¿qué haces...? —exclamó sorprendida.

Valeria le dio un empujón y Doña Margarita se trastabilló hasta caer encima de la cama vacía. De un salto, Valeria se subió encima de ella y la inmovilizó bajo el peso de su cuerpo, a la vez que cogió la almohada y la apretó con todas sus fuerzas aplastándole la nariz. Hubo un pequeño crack amortiguado seguido de un sollozo sordo. Notaba como intentaba respirar y su cuerpo emitía lamentos ahogados.

—Calla, vieja, todo será muy rápido. Te lo prometo.

Siguió apretando hasta un buen rato después de que dejara de moverse. Jadeaba y sudaba por el esfuerzo realizado. Tenía a mano, sobre la mesita de noche, el cuchillo que había utilizado hacía apenas veinte minutos, pero no le hizo falta.

Encendió la luz de la lamparita y observó el cuerpo inerte de Doña Margarita. Tenía la nariz rota y moratones en el cuello y en la cara. Mejor así, pensó, le daría una dosis de realismo a la escena. Por lo demás, casi tenía mejor aspecto que cuando estaba con vida, incluso la expresión de sus ojos, completamente abiertos, transmitía paz y serenidad.

Miró el otro cuerpo, ensangrentado sobre las sábanas empapadas y no sintió el más mínimo atisbo de arrepentimiento. Al contrario, se notaba alegre después de terminar una ardua tarea, llena de luz, con energías renovadas y con ganas de retornar a su vida de siempre.

Cogió el cuchillo, cortó los trozos de cinta aislante y los tiró a la bolsa de la basura. Una mano le tocó la pierna. Dio un respingo que casi la manda techo. El muy cabrón aún se agarraba a la vida, su respiración era muy débil y apenas tenía pulso, pero seguía vivo al fin y al cabo. Bicho malo nunca muere, pensó Valeria. Le tapó la boca y la nariz con sus manos enguantadas hasta que dio sus últimos estertores y sintió como se apagaba su aliento con la última bocanada de aire.

Agarró el cuerpo inerte de la mujer, pesaba más de lo que podría parecer a simple vista, y lo colocó encima del otro. Puso el cuchillo en la mano derecha de Doña Margarita y cerró sus dedos apretados en torno al mango. La escena se le antojaba esperpéntica.

De nuevo, limpió concienzudamente toda la habitación, eliminando sus huellas y cualquier resto biológico que la pudiera delatar. Sin quitarse los guantes, se vistió con unos vaqueros y un jersey de lana azul, y recogió las pocas pertenencias que había esparcidas: un neceser con los utensilios de aseo, unos leotardos y un gorro de lana. El resto lo tenía en la mochila, como él la había aleccionado, por si tenían que escapar con prisas. No se olvidó del libro negro que había encontrado en el fondo de la mochila de Hugo. Lo ojeó con rapidez, no tenía tiempo para más, parecía una especie de diario.

Antes de salir, controló su respiración y escuchó los ruidos de la noche. Silencio. Calculó que le quedaban veinte minutos antes de que comenzase el ruido de duchas y lavabos. Bajó de nuevo las escaleras con sigilo. La puerta seguía medio entornada, tal y como la había dejado. Entró en la casa de la viejecita y fue directa al salón. El gato dormía ronroneando plácidamente en uno de los sillones, levantó un ojo y siguió durmiendo.

—Lo siento, amigo, a partir de ahora la vida te será un poco más difícil, pero te sentirás más vivo —le dijo mientras daba un rápido vistazo a la estancia.

Había una mesa redonda con una bayeta de motivos florales y un brasero eléctrico calentaba la habitación. Varios cuadros de paisajes en acuarela y bodegones al óleo, colgados de una pared de gotelé amarillenta, intentaban dar una nota de color al deprimente panorama. Había también una gran estantería en la que alternaban fotografías enmarcadas de las diferentes edades de Doña Margarita, figuritas de monumentos, recuerdos de viajes por Europa, y libros de colecciones de los que regalaban al comprar el dominical. La televisión seguía encendida emitiendo uno de esos programas de pitonisas que te echaban las cartas y te adivinaban el futuro. Cogió el mando y apretó el botón de apagado. También desconectó el brasero.

Sobre la estantería atisbó por casualidad el libro de registro, no había reparado en ese detalle, fue una suerte que lo hubiera encontrado así, sin más. Lo interpretó como una señal de que todo iba salir bien. Nadie relacionaría el nombre de Paula Ortiz con ella, simplemente, porque no existía, pero, mientras menos cabos sueltos se dejaran, mejor, se dijo. Arrancó un par de hojas, en las que figuraba su alter ego, y se las metió en el bolsillo. A continuación, abrió la puerta que daba al dormitorio, con una cama perfectamente hecha bajo un Cristo y un rosario. En una silla encontró lo que buscaba, su bolso de piel marrón, donde había visto que guardaba el dinero cuando los huéspedes le pagaban. Lo cogió y salió del apartamento cerrando la puerta con sumo cuidado.

Subió de nuevo a la habitación, esparció varios billetes alrededor de los cuerpos y dejó el bolso sobre la cama vacía. Seguramente, se le escapaban muchos detalles, pero, con un poco de suerte, todo saldría bien, se dijo animada. Se puso el gorro de lana, cogió la mochila y la bolsa de basura, y cerró la puerta.

En la calle comenzaba a amanecer. Hacía frío, los coches tenían escarcha en las lunas. Ajustó su chaqueta y subió la cremallera hasta arriba. A partir de ese momento sería Valeria de nuevo; Paula Ortiz, quedaba atrás. Le gustó haber sido Paula durante unos días, era una chica valiente y audaz, a la cual le acompañaba la fortuna, pero llena de claroscuros. Debía enterrar a Paula Ortiz... ¿para siempre o por un tiempo? Eso lo pensaría más adelante.

Comenzó a andar hacia la estación de autobuses, sin prisa pero sin demorarse demasiado. Bajó la mirada al suelo, para pasar lo más desapercibida posible, pero no borró la sonrisa de regocijo de su rostro. Lo había hecho bien, más que bien, muy bien. La adrenalina retroalimentaba su euforia. Revivía cada segundo de la madrugada como si fuera un espectador de una película de cine mudo, extemporánea y ajena a ella.

Al llegar a la estación se acercó a un camión de basura que terminaba su ronda nocturna, por el lado opuesto a donde los operarios fumaban un cigarro y charlaban cansados, y tiró la bolsa de basura con su ropa ensangrentada, guantes, cinta aislante y bayeta. Era lo último que la relacionaba con la

pensión.

Entró a la estación con optimismo. Compró un billete para el primer autobús que salía hacia Madrid. Allí reaparecería Valeria y comenzaría de nuevo, como si fuera una segunda oportunidad. En cuanto llegase, le mandaría un mensaje a Nico, debía desandar parte del camino andado y arreglar la Situación de una vez por todas, y poner un poco de cordura en su vida.

## CAPÍTULO 14

Leticia Montalvo estaba contenta por muchas cosas. La primera de ellas, era que tenían noticias de Valeria, estaba a salvo y, en unos minutos, la verían aparecer por el andén. La verdad era que suponía un respiro, el caso se encontraba en un punto muerto y comenzaban a salir demasiados trapos sucios a su alrededor. La actitud de sus padres no se la quitaba de la cabeza, sin duda ocultaban algo. ¡Ni una lágrima por su hija! Ni una sola pregunta para ella, la inspectora que llevaba el caso, ni un ruego ni una petición de promesas imposibles. Era un comportamiento raro, no cabía duda.

Estaba también lo del chico. No parecía mala gente, tenía cara de bueno,

como diría su madre. Quizás había pasado por una racha calamitosa y se le había ido la olla con lo de la ballena azul. A su edad se cometían muchas locuras. Por ahora no habían tenido tiempo de profundizar en el asunto.

Cuando entraron en el pub, el camarero se puso blanco como una tiza y balbuceó en un español macarrónico que subieran arriba, que creía que eran mayores de edad y que por eso les había servido alcohol. Se tranquilizó un poco cuando le comentó que venían por otro motivo.

Nico se mostró aparentemente sosegado y colaborador, como si los estuviera esperando; con una cara un poco demacrada, pero calmado, sentado en un sillón orejero con un libro sobre el regazo —escoltado por una pareja cogida de la mano cuyas caras recordaba de las entrevistas en comisaría—, sabedor de que se podía librar de una buena si colaboraba.

Habían dado boleto a sus dos guardias pretorianos. En un principio, se mostraron reacios a abandonar a su camarada. Pero, tanto Héctor como Gordi hicieron uso y abuso de su condición de civiles: bastaron varios empujoncitos, un tropezón intencionado, una sonrisa maliciosa y un par de susurros al oído para que el chico de expresión adusta tirara de la chica, que farfullaba insultos y amenazas de todos los colores con su inconfundible acento argentino —bajo la aquiescencia de Nico—.

Estaba casi segura de que Nico había suplantado al tal Hugo en el maldito juego, con todo lo que ello conllevaba, y de que, por tanto, les había mentado

de forma descarada, también con todo lo que ello conllevaba. Pero la aparición de Valeria eclipsaba a todo lo demás, se dijo la inspectora. No sabía qué hacer con él, llegado el momento tendría que decidir.

Por otra parte, su olfato no le había fallado, la chica se largó por voluntad propia, como siempre pensó. Héctor Orgaz se lo había vuelto a recordar con esa sonrisa lobuna que tanto aborrecía. Aunque, tenía que reconocer que él también tenía un sentido del olfato muy fino y bastante desarrollado. Había sospechado desde el primer momento de Nico y le había puesto vigilancia, como él lo llamaba. Gracias a su intuición se iban a apuntar un tanto, cada uno por su lado.

Se podría decir que el expolicía estaba casi más contento que Leticia. Canturreaba y chasqueaba la lengua continuamente mientras conducía. Quizás le esperase un buen fajo de billetes por la noche. A ella, por contra, la recompensa del trabajo bien hecho y una palmadita de sus jefes. Era lo que tenía trabajar en lo público. Aunque... Quién sabe si habría algo más... se decía a sí misma sin mucha convicción, ¿un ascenso? Sería lo más justo. Soñaba con ser la mujer más joven en alcanzar el grado de teniente, todo un logro si lo conseguía ese año. Las palabras se las lleva el viento, rezaba el dicho, y no era la primera vez que le ocurría, pensó resignada, así que mejor no hacerse demasiadas ilusiones que después uno se lleva una hostia dura como el cemento armado. Todo dependía de que Valeria se bajase del andén

sana y salva. Cruzó los dedos, era lo que solía hacer cuando nada dependía de sus actos.

Cuando todo acabara, se libraría de ese ser anacrónico y completamente desfasado que le habían empaquetado. De reojo, observaba como conducía, alegre, canturreando una melodía que no supo identificar, un no sé qué relacionado con una feria y unos coches de choque.

Miró por el espejo retrovisor. El chico estaba sentado al lado de ese tal Gordi, la famosa unidad de vigilancia. Tenía pinta de raterillo entrado de años, de una época pasada —como su patrón—, nervudo y de piel cetrina, con esos vaqueros desgastados y holgados, esa sudadera de marca de hipermercado, y la cara de duendecillo surcada por profundas arrugas. Sin embargo, su mirada era límpida, como carente de maldad, o de voluntad. Desde luego que acataba las órdenes de Héctor con una veneración casi religiosa. Se notaba que hablaba demasiado, pero un cállate idiota tajante de Héctor Orgaz, lo había dejado mudo de sopetón.

Le gustaría saber cómo se habían conocido, qué circunstancias habían motivado la unión de dos seres tan antagónicos, seguro que la historia valía la pena. Quizás dentro de unos años, se dijo, me pase por aquí y le pregunte hola Héctor, qué tal, cuánto tiempo pedazo de cabrón, únicamente sentía curiosidad por saber cómo terminaste con ese quinquillero de Gordi, nada más, debe ser una historia curiosa...

Miró de nuevo por el espejo retrovisor. El chico tenía la cabeza girada hacia la ventana, parecía relajado, aunque un tic nervioso hacía que su párpado se moviera de forma involuntaria, delatando su estado de ánimo.

Bajaban por la cuesta empedrada de Zocodóver hacia Puerta de Bisagra, para salir de la ciudad medieval y enfilarse a la estación bordeando la muralla en dirección al río. Tardarían muy poco en llegar al recinto, cinco o diez minutos a lo sumo, dependiendo de la lluvia y del tráfico.

El móvil que tenía en la mano vibró. No era el suyo, si no el de Nico. Se trataba de un nuevo mensaje de Valeria, el tren estaba a punto de llegar a la estación. Naturalmente que la habían llamado, pero solo quería hablar con Nico, y él tampoco parecía muy emocionado. El chico únicamente había intercambiado algunos monosílabos con ella. Sí, no, me alegro de que estés bien, y poco más. Ahora sí parecía agotado, con aspecto de querer que todo aquello terminase cuanto antes, para acostarse y dormir durante uno o dos años, y despertar cuando la marea hubiera pasado y hubiese otra chica, guapa, joven y rica, desaparecida, que acaparase el interés de las portadas de los digitales y de las redes sociales.

Has jugado con fuego y te has quemado, pensó con frivolidad mientras observaba sus gestos por el espejo.

La chica había manifestado terminantemente que solo lo quería a él en el andén; en caso contrario, no se bajaría y se volvería de vuelta de dónde quiera

que viniese, y, si intentaban detenerla, montaría un circo. Con un par de ovarios. Nico aseguraba que se trataba de Valeria, pero tanto Leticia como Héctor habían mantenido una postura circunspecta, todavía no habían llamado a los familiares ni habían pedido refuerzos.

Héctor paró en seco en un paso de cebra justo antes de cruzar el puente sobre el Tajo, al lado de una tienda de ultramarinos. Leticia tuvo que agarrarse a la manecilla de la ventana y tensar los músculos de las piernas para no salir despedida hacia adelante. Los de atrás habían hecho lo mismo y tenían la misma cara de asustados que ella. No había nadie en el paso de peatones y el del coche de atrás comenzó a pitar. Héctor rio por lo bajo.

—Gordi, tú te bajas aquí —ordenó tajante—. Mientras menos gente sepa de ti, mejor, créeme.

—Está bien, jefe... Me hubiera gustado ver en qué termina todo esto —respondió con voz de pito, dócil como un perrito amaestrado. Se apeó del coche y le habló por la ventanilla bajada—: Ha sido más fácil de lo que usted pensaba. ¿Ve cómo ha aparecido? Ya se lo decía yo, que esa chica seguía con vida.

Leticia miró al ex inspector enarcando una ceja. Este hizo mutis por el forro.

—Chitón, Gordi, no te pago para que hables, ni mucho menos para que pienses. —Chasqueó la lengua y estiró el brazo para sacar un sobre de la

guanteras, rozando descaradamente las pantorrillas de Leticia que se revolvió incómoda—. Anda, toma, para que vayas al poblado a emborracharte y luego dónde la Reme.

El otro pareció contento con el envoltorio y con la idea que le proponían, y dibujó una sonrisa, fea como pocas, enseñando su maltrecha dentadura, llena de huecos y piezas deformes. Héctor aceleró cuando Gordi pasaba delante del coche, dándole un susto a modo de despedida, al cual el otro respondió con un corte de manga exagerado.

Leticia estaba deseando ver a Valeria sana y salva, y dejar atrás este mal sueño llamado Héctor Orgaz, exleyenda del Cuerpo, convertido en viejo verde retirado y conchabado con delincuentes de medio pelo, recogiendo la mierda de otros para completar su mísera pensión de policía. ¿Terminaría ella así en unos años? Lucharía con toda su alma por evitarlo, se perjuró.

—Tenemos que comer y pagar nuestros vicios, inspectora —le dijo sin miramientos—. No todos hemos sido los primeros de nuestra promoción... ni hemos estado de intercambio cultural en Lyon con la Interpol... Eres la joyita de la brigada, y mira por donde, te vas a apuntar un tanto importante gracias a mí, a mis métodos anacrónicos y mis sistemas de vigilancia al hombre... Apuesto a que es tu primer caso de verdad, pateándote la calle... Experta en cibercrimen y redes sociales, ¿Qué coño es eso? Trabajar desde un ordenador... —farfulló—. No me explico los nombres tan raros que les ponen

a las cosas.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó ocultando su enfado.

—No pongas esa cara... Todavía tengo contactos dentro de la policía. Más sabe el diablo por viejo que por diablo...

—Me alegro —respondió escueta.

—Es el primer caso que diriges fuera de la oficina y creo... creo que podías agradecerme todo lo que he hecho... por ti.

Sonrió como una hiena enseñando los colmillos. La miró de soslayo con la boca entreabierta. Leticia no sabía si lo decía en serio o estaba de broma. Nico los miraba a uno y a otro con expresión ausente, sin abrir la boca.

—Váyase a la mierda, ex inspector Orgaz —matizó separando cada sílaba.

—Veo que retomamos las formalidades, inspectora Montalvo. Como usted quiera. Después no se arrepienta. Una oportunidad así no se presenta todos los días.

Leticia hizo un esfuerzo por contenerse y no darle un puñetazo, o bajarse del coche en marcha. Cerraría este caso o pseudo caso y después presentaría una queja formal para que este tipo no volviese a colaborar con la policía. Aunque intuía que sus compañeros y sus superiores lo verían como una pataleta; al final se tendría que comer su orgullo y su dignidad con papas, como estaba haciendo. Había fabricado una costra invisible a su alrededor para que esta especie de tipejos le resbalasen o saliesen rebotados muy lejos.

Pero a veces costaba.

Al fin llegaron a la estación. Habían sido los diez minutos más desagradables que recordaba en años.

—Ya estamos —anunció Héctor con su vozarrón—. Viajeros al tren...

Nico fue el último en bajarse, como si le diera pereza reencontrarse con su amiga, su antigua novia o lo que fuera. Leticia lo miró de arriba a abajo, más que pereza, sus ojos pardos reflejaban otra cosa... ¿tenía miedo? ¿Era eso? Miedo de Valeria, ¿por qué?

Me da exactamente igual, ya se arreglarán entre ellos, o no; lo importante es que sea ella la que viene en el tren y esté bien, se dijo Leticia, así podré darme una buena ducha y ver una buena serie, o salir un poco a que me dé el aire y buscar compañía. Y hablar de todo menos de desapariciones, adolescentes rebeldes y sombríos, y viejos policías verdes chocheando.

Ante ellos se alzaba el coqueto edificio restaurado de principios del siglo pasado, de estilo neomudéjar, que alberga la estación y que da la bienvenida a la Ciudad Imperial a turistas y pasajeros. Una tenue neblina caía sobre la mole de piedra como un manto blanquecino.

Leticia sintió como la tarde, fría y sin viento, le calaba hasta los huesos. Llevaba su abrigo largo, azul marino, y un gorro de lana. Apenas había comido y el cansancio comenzaba a hacerle mella en su estado de ánimo. Se

encontraba aletargada, notaba un leve cosquilleo corriendo de arriba a abajo por sus extremidades; únicamente la adrenalina bombeando en su torrente sanguíneo funcionaba como contrapunto y la mantenía en un estado de vigilia aceptable.

Esquivaron un taxi que salía a toda mecha y avanzaron por el firme empedrado hacia el pabellón central de la estación, flanqueado por dos alas laterales de menor altura. Toda la estructura está decorada con arcos polilobulados y almenas escalonadas en la parte superior. En uno de los extremos asoma erguida la torre del reloj, observando alrededor con su gran ojo. Cinco puertas permiten acceder a un vestíbulo ornamentado con mosaicos de azulejos, celosías, taquillas y lámparas forjadas. Ellos tomaron la primera.

Dentro no había mucho ajetreo: algunos turistas de diferentes nacionalidades dispersos, unos comprando billetes de vuelta a la capital y otros ya en el andén esperando a que llegase la lanzadera, y personal de limpieza vaciando papeleras y fregando el suelo.

—¿Quieres un café Nico? —le preguntó al chico.

—No bebo café, gracias.

—¿Un refresco? ¿Una cerveza?

Se encogió de hombros.

—Una coca cola —respondió.

Ambos entraron en la cafetería. Héctor, que andaba un par de pasos por

detrás, se quedó en la marquesina, mirando hacia las sombrías vías de tren que se perdían en la oscuridad de la noche. Ella no le dijo nada ni él hizo el más leve movimiento de seguirles, su trabajo estaba a punto de acabar y, para alivio de Leticia, no parecía dispuesto confraternizar demasiado con Nico.

El camarero les sirvió dos refrescos en una mesilla al lado del ventanal.

—No pareces muy contento —aventuró Leticia, con la esperanza de sonsacarle alguna información.

—Sí, lo estoy —afirmó vehemente—, aunque no se me note, lo estoy.

—Más por ti que por Valeria, ¿no? —Le lanzó una andanada a ver cómo respiraba. El otro asintió levemente con una expresión de gravedad en su rostro. Iba a costarle que dijese algo más—. Siendo sincera te diré que la llamada de tu amiga te ha salvado de convertirte en el principal sospechoso de su desaparición... —El chico desvió la mirada hacia la ventana de cristal esmerilado sobre la que caían unos goterones dibujando curiosas formas—. Tenemos evidencias de que fuiste tú quién estaba detrás de la ballena azul, suplantando la identidad de Hugo y todo lo que eso conlleva. Si eres listo, que me da que lo eres, te habrás desecho de todo el material.

Nico lo había hecho nada más conocerse la desaparición de Valeria. Incluso había tirado el móvil y el ordenador portátil. En ese momento se alegraba de haber sido tan precavido.

—No sé de lo que me está hablando.

—Ese móvil... Es nuevo, ¿no? Es lo último de Samsung, salió al mercado hace un par de semanas... No me mires con esa cara... Los policías no somos tan tontos como nos pintan en las películas, bueno, no todos... —dijo mirando hacia donde estaba Héctor Orgaz. Los labios del chico se abrieron esbozando una leve sonrisa—. Y algunos también somos unos frikis de las tecnologías...

—Es nuevo. Sí, el viejo se rompió... —Nico dio un sorbo a su coca cola, y tomó una gran bocanada de aire que exhaló lentamente desinflándose por completo. Repitió la operación un par de veces más y luego miró a la inspectora directamente a los ojos—. Mire, sé que he hecho cosas que no están bien, si pudiera retroceder en el tiempo cambiaría muchas, pero como no puedo, tengo que ir viviendo el día a día.

—Lo que hiciste no está nada bien... —Movié la cucharita del café y acercó la taza a sus labios.

—¿Qué es lo que hice? —dijo de nuevo Nico juntando las manos con el dedo índice y el pulgar.

—Como quieras, si te enrocas de esa manera... No te voy a forzar... Eres un menor, por poco... —Leticia se desabrochó el abrigo y puso los codos sobre la mesa—. Supongo que a partir de ahora tendrás más cuidado con lo que haces.

—Supone bien.

—Y que habrás aprendido la lección. —Nico se removió incómodo. Leticia cogió su lata y jugó con la anilla, tirando de ella hasta que la rompió.

Se convenció de que no había manera de que confiase en ella—. De todas formas, todo dependerá de lo que diga Valeria, nadie ha presentado cargos por ahora... Imagino que el resto de chicos y chicas que participaban en el juego tendrán cosas que ocultar.

—Todo el mundo oculta algo —Nico cruzó los brazos, miró hacia uno y otro lado, antes de continuar en un susurro—: Pero déjeme decirle una cosa, por mucho que vea y oiga, de Valeria créase la mitad de la mitad —dijo recordando el primer mensaje que había leído y borrado momentos antes de que aparecieran en el pub.

Leticia iba responderle algo, pero, justo en ese momento, oyó el ruido estridente de los frenos de la lanzadera del AVE realizando la maniobra de parada en la estación. Ambos se levantaron de forma automática, sin decir nada y salieron al andén.

Héctor permanecía apoyado en la pared, fumando un pitillo observando con interés a los pasajeros que bajaban del tren. Se pusieron en fila, expectantes detrás del exinspector, escrutando los rostros de los viajeros. Caras sonrientes para los turistas que venían a pasar la noche con sus maletas de ruedines y mochilas al hombro, rostros cansados para aquellos que venían de terminar su jornada laboral, con sus maletines de mano, embutidos en sus trajes de grandes superficies.

El frío húmedo calaba hasta los huesos como para que demorasen el paso,

el desembarco duró apenas cinco minutos. Ni rastro de Valeria. Hubo un cruce de miradas. Héctor ya no sonreía, parecía preocupado, escrutando a Nico, como si él tuviera la culpa de que no apareciera. Leticia también dio varios pasitos adelante y hacia atrás, en parte para entrar en calor y en parte para mitigar su nerviosismo. Nico parecía más calmado que el resto.

Héctor dio una zancada y súbitamente cogió al chico por las solapas zarandeándolo violentamente.

—¿Nos la has jugado? —preguntó azorado, acercando su cara a la suya. Nico intentó zafarse de las enormes manazas, pero era imposible, parecían dos enormes tenazas—. ¡Dime dónde está Valeria! ¡Ahora! O te juro que...

Leticia intentó interponerse entre ambos, sin éxito, de un empujón salió despedida unos metros hacia atrás. Héctor aprisionó a Nico contra la pared y lo golpeó con furia en la cabeza, una mirada de pánico asomó en su rostro.

Un guardia de seguridad se aproximaba desde el otro lado corriendo, alarmado por el forcejeo. El expolicía se encontraba fuera de sí, en un estado frenético. Leticia se abrió el abrigo para sacar una pistola de la sobaquera.

—¡Héctor! ¡Pare! —gritó la inspectora tirando de la gabardina con fuerza—. ¡Ahora!

Héctor aflojó un poco la presión sobre Nico, sin soltarle, dejándole un margen de medio metro.

—¡Ahí está! —gritó el chico asustado señalando a sus espaldas.

Una silueta se recortaba entre la niebla, se había detenido a unos veinte metros de donde estaban.

—¡Nico! —gritó una voz femenina.

Héctor soltó al chico, farfullando palabras inteligibles y Nico caminó en dirección a Valeria sin darse excesiva prisa. Leticia guardó la pistola. Por poco no se va todo al carajo, pensó aliviada.

Cuando llegó a su altura, Valeria le sonrió y lo abrazó. Nico correspondió sin mucho entusiasmo. Parecía diferente, más delgada y se había cortado el pelo. Y llevaba ropas muy holgadas.

—Me alegro de verte —le dijo Nico muy serio.

—Pues no se nota —respondió serena, con la mirada tranquila, llena de confianza—. A partir de ahora quiero que te comportes como es debido. —Su tono era el de una profesora que regaña a un niño que se ha portado mal en clase—. ¿Qué me dices?

—Por supuesto. —Nico abrió levemente la boca y esbozó una mueca a modo de sonrisa forzada, que pareció satisfacer a Valeria—. Lo que desees.

—Eso está mejor.

Valeria se alzó de puntillas y besó a Nico en los labios, fue un beso casto, a modo de saludo, como el que se da una pareja al partir para el trabajo. Le susurró al oído algo que Nico ya había leído en su móvil y este asintió. Ambos

entrelazaron sus manos y comenzaron a caminar muy lentamente hacia la marquesina donde los aguardaban Héctor y Leticia.

Desde lejos parece el reencuentro de dos enamorados, se dijo Leticia, pero hay algo que no cuadra, desde luego el chico no parecía cargado de amor hacía diez minutos, más bien parecía resignado y abatido. Leticia dejó de pensar en ello, lo importante era que había aparecido. Estaba deseando cerrar el caso, volver a Madrid y olvidarse de toda esta experiencia, y, sobre todo, deseaba poner tierra de por medio entre ella y el energúmeno de Héctor Orgaz.

Por el rabillo del ojo observó como el expolicía cogía el móvil y hablaba sin disimulo con el abuelo de la chica. Ella marcó el número del comisario, respondió al instante, se alegró y la felicitó efusivamente. Leticia sabía que no se merecía los elogios: el caso, la desaparición, se había resuelto por sí sola. Ella simplemente había estado en el sitio adecuado en el momento oportuno.

Nico y Valeria entraron en la cafetería sin apenas mirarles. Con esas pintas que llevaba no la hubiera reconocido ni aunque se la hubiese encontrado de bruces en la puerta de su hotel.

Leticia se mantuvo de pie en la puerta unos segundos antes de entrar, mirando cómo se comportaban desde un segundo plano; la calidez de Valeria contrastaba con la aparente frialdad de Nico. Observó cómo sus labios,

pintados de un rosa metálico y luminoso, para que pareciesen más finos, titubean con cierta timidez calculada, cosa que parecía inquietar a Nico. Estaba claro que llevaba la voz cantante, ella parecía feliz, lo tocaba en las manos, en los hombros, se acercaba para susurrarle y sonreía. Él, simplemente, respondía con monosílabos, dibujando una sonrisa a todas luces forzada, o asintiendo con la cabeza.

Qué extraño... quizás no tanto... tendría que estar dentro de su mente para saber lo que había ocurrido realmente. Por mucho que vea, de Valeria créase la mitad de la mitad, era lo que le había dicho Nico unos minutos antes, sentada en la misma silla que en ese momento ocupaba Valeria. Estaba cansada, pero lo había entendido perfectamente. Una situación un tanto forzada, como la adolescencia en sí misma, pensó abotargada.

Se acordó de la chica muerta encima de la mesa metálica, parecía algo muy lejano, aunque también llevaba el tatuaje de la ballena azul.



## CAPÍTULO 15

Esa noche, Nico no pudo conciliar el sueño. Sería la primera de muchas noches de vigila, de despertarse en mitad de la madrugada con el corazón acelerado y con la respiración entrecortada, de coger a escondidas las pastillas del cajón de la cómoda de su madre para poder descansar y mantener a su subconsciente a raya y, por qué no admitirlo, también a su conciencia.

Daba vuelta tras vuelta en la cama, buscando una postura adecuada. No paraba de pensar en que había estado a punto de meterse en un buen lío, de los gordos, de esos que son difíciles de desenredar. Varias asociaciones de ideas emergían de su psique, algunas de ellas disparatadas y otras no tanto. La

inspectora Montalvo, ¿así se llamaba?, se lo había insinuado de forma velada; podrían ir a por él porque sabían lo de la ballena azul. Si no fuera por Valeria, ahora mismo quizás estaría en las dependencias de la comisaría respondiendo preguntas comprometidas, o puede que se hubiera dado a la fuga, como le había propuesto Luke. No habría llegado muy lejos, ¿a Madrid? ¿A casa de Eva? Puede que lo hubiera acogido en su piso y hubiese emprendido una huida por Europa con él, haciéndose pasar por mochileros que hacían autostop en busca de aventuras. ¿Hasta dónde habrían llegado? Quizás a Berlín, a Londres, a mezclarse en los ambientes más subversivos. Hubieran robado bancos como Bonnie and Clyde, o se hubieran ganado el liderazgo de una banda a lo Baader-Meinhof. Ninguna de las dos parejas terminó muy bien, se consoló.

Un nuevo mensaje de móvil lo sacó de sus ensoñaciones. Era de nuevo Valeria, como no, leyó la notificación, pero no abrió la aplicación, no quería que supiese que estaba despierto. Valeria conformaba su realidad, su cruda realidad.

Todavía estaba a tiempo de volver atrás, de contar su versión y olvidarse de todo, y, por supuesto, asumir las consecuencias. Eso último era lo que menos le gustaba. Podría terminar en un reformatorio, pagar una multa, o quién sabe qué. Quedaba poco para su cumpleaños. No era abogado y sus conocimientos de derecho penal eran más bien escasos, pero pensaba que a la cárcel no iría bajo ninguna circunstancia, ¿o sí? La sombra de la duda lo turbó

de nuevo. No se podía meter en un juicio, no, con todo lo que ello conllevaba en una ciudad tan pequeña. Se imaginó a sus padres sacándole las castañas del fuego, su nombre saliendo en la prensa sensacionalista, a sus amigos, a sus vecinos señalándole; estaría marcado, como el ganado que va al matadero, quién sabe si de por vida...

Lo que sí tenía claro era que se encontraba en manos de Valeria, al menos durante los próximos meses... ¿o quizás años? Después se marcharía para siempre, huiría de todo aquello. Actuaría como un hombre y aguantaría lo que le cayera, afrontararía el mal menor, como diría su padre. Valeria. El mal menor. Aquellas cejas rubias, delgadas y trémulas, la mirada fija de sus ojos azul claro... Valeria, quizás no fuera tan mala, después de todo, quizás solo estuviera un poco ida, quizás solo había que tener un poco de paciencia para entrar en su mente y comprenderla. Quizás... Su madre siempre le decía que tenía que tener fe en las personas y buscar el lado bueno de las cosas. Eso iba a hacer con Valeria, pensó desconsolado, no le quedaba otra. Tampoco sería un calvario, después de todo habían tenido momentos buenos, pensó, imaginando el plano más carnal de la relación.

Valeria le había propuesto un trato y él había aceptado.

*Hola honey. Emoticono de corazón. Estoy bien, no te preocupes por mí — si es que lo has hecho—. En Atocha, voy a coger el tren de las ocho y cuarto. Sobre las nueve, estaré en Toledo. Soy consciente del lío en el que te he*

*metido, pero no me ha quedado otra. Emoticono triste. Espero que te hayas dado cuenta de lo importante que soy en tu vida y del daño que te puedo causar. En el fondo todo lo he hecho por ti, por revertir la Situación, nuestra situación se encontraba en caída libre. Simplemente he parado la caída. Estoy dispuesta a partir de cero, a retomar nuestra relación donde la dejamos.*

¿Dónde era eso? Se refería a aquella tarde en el río, se refería a aquella noche de agosto o al pasado sábado. Con Valeria siempre era difícil, todo su universo era demasiado complicado, y ahora le tocaría adentrarse en él para descubrir que había tras esa máscara y, sobre todo, para sobrevivir.

Le sorprendió leer un mensaje tan largo, sin faltas de ortografía y, ¡sin apenas emoticonos! No parecía muy propio de Valeria, pero en el fondo supo que era ella.

*Lo que te propongo es bien sencillo, simplemente que nos demos otra oportunidad de estar juntos. Soy consciente de que soy una persona complicada, pero todo tiene su explicación, algún día lo entenderás, te lo contaré todo. Sé que podremos conseguirlo, somos almas gemelas, solo que tú aún no te has dado cuenta. Te diría que lo siento si eso te hiciese cambiar de opinión y también derramaría lágrimas, un océano de ellas, pero tampoco te harían cambiar de opinión. Para estar contigo me he visto obligada a hacer cosas que jamás pensé que pudiera hacer —como*

*participar en ese estúpido juego—, y esta es otra de ellas. Puedes avisar a quién quieras, pero espero verte en el andén, quiero que seas la primera persona que esté allí. Si eres listo, sabrás lo que te conviene. Lo que no te conviene, desde luego, es que hable y diga que me vi coaccionada para huir y suicidarme... Podría contar muchas cosas e inventarme otras tantas... Un beso.*

Si eres listo, sabrás lo que te conviene. Nico reflexionaba sobre esa frase, se le había quedado en la cabeza. Estaba seguro de que era inteligente, por encima de la media, sacaba buenas notas sin esforzarse demasiado, las matemáticas y los idiomas también se le daban bien; en definitiva, tenía una mente bien estructurada, pero eso no quería decir que fuera listo. Desde luego, una persona en su situación, no se podría considerar muy lista. Normalmente se dejaba llevar por las circunstancias y casi nunca afrontaba los problemas de frente.

Aunque le costase reconocerlo, en el plano psicológico y emocional se consideraba más próximo a su madre, ella era la inteligente y su padre el espabilado. Entonces, era inteligente y tonto. Al fin y al cabo, una cosa no estaba reñida con la otra, él era la prueba viviente de tal axioma. Su mente era capaz de analizar, memorizar, pero... ¿no tomaba buenas decisiones con los datos que su cerebro procesaba? Sería eso. Valeria era lista e inteligente, al igual que Charlie, ¿dónde coño estaba Charlie cuando más lo necesitaba?

Llevaba sin verlo desde antes de la Situación, como decía Valeria —era una buena forma de denominar este caos, siempre se le dio bien poner nombre a las cosas—. Ari y Luke, ¿listos o inteligentes? Dudaba, le dijeron que Charlie se encontraba fuera, pero intuía que le ocultaban algo... ¿Se había puesto enfermo de gravedad? ¿Se había fugado? ¿Qué era lo que le ocultaba su mejor amigo? ¿Estaba relacionado con Valeria? Si se lo ocultaba no debía ser bueno para él. Joder, Charlie, tú también Brutus... pensó con cierta sorna. No sería tan grave, mañana vería las cosas de otra manera.

Sus ojos comenzaban a cerrarse y su mente divagaba en un plano inferior a la consciencia. La versión que Valeria había contado no tenía por donde sostenerse, no hacía falta ser un lince para saber que mentía de forma descarada. En la cafetería fingió que se alegraba de verla. Solo decía tonterías y banalidades, sobre lo mucho que lo echaba de menos y que sentía haberle causado tantos problemas. Le dio la impresión de que soñaba despierta. También le dijo de pasada que había hecho algo horrible por el bien común, que ya se lo contaría cuando estuviesen los ánimos más calmados. ¿Algo horrible? ¿A qué se refería? ¿Se habría acostado con alguien por el bien común? ¿Se había drogado durante una semana por lo que ella consideraba el bien común? La creía capaz de eso y de mucho más, su límite estaba bien lejos, pensó en uno de sus últimos momentos de lucidez. Los ansiolíticos que le había birlado a su madre comenzaban a hacer su efecto.

Él no le dijo prácticamente nada, simplemente asintió, sonrió y se dejó llevar. Cuando llegó el hombre canoso, alto y delgado como un insecto palo, acompañado del policía calvo, ambos trajeados, Valeria saltó a sus brazos. ¡Abuelo!

No había nadie más, ni padres ni policías, ni ambulancias, ni prensa.

Nico se quedó en la mesa, como si fuera parte del mobiliario, nadie le echaba cuentas. El hombre calvo felicitó efusivamente a la inspectora Montalvo y la invitó a irse y descansar. Ella aceptó la oferta a regañadientes. El abuelo de Valeria se despidió con un apretón de manos del tal Héctor Orgaz, que parecía más que satisfecho con el desenlace de la historia, y los tres se sentaron dos mesas más allá.

Oyó como Valeria se deshacía en disculpas y comenzaba a llorar desconsoladamente. Lágrimas de cocodrilo. Escuchó como les contaba que se había ido a Madrid de jarana para olvidarse de sus problemas, que se había juntado con mala gente y que había enganchado una juerga tras otra hasta perder la noción del tiempo. Cuando despertó a mitad de semana en casa de una amiga y se conectó a internet y vio la que se había montado, se asustó y se puso nerviosa. Pensó que con el paso de los días la cosa se calmaría, pero no fue así. Tenía miedo de que todo el revuelo que había montado se volviera en su contra. El pánico se apoderó de ella. También les dijo que se había enfadado con sus padres y que les quería dar una lección, que por eso no había

dado señales de vida.

De nuevo lágrimas. Su abuelo la abrazaba. Querida niña, nos has tenido con el corazón en un puño, no lo vuelvas a hacer. No, abuelo, no volveré a hacerlo, te lo prometo. El hombre calvo le preguntó si alguien la había coaccionado o abusado de ella. Valeria negó tajante. La emplazó a declarar en comisaría cuando estuviese con ánimos y recuperada.

Nico conocía bien esa faceta de Valeria, era una persona muy persuasiva y solía conseguir lo que se proponía. No obstante, pensaba que la historia se la había inventado sobre la marcha. Si se tomaban la molestia de investigar, la verdad caería sobre su propio peso, una verdad que, por otra parte, lo implicaba directamente a él. Pero, para su sorpresa, tanto el abuelo como el policía dieron por buena la sarta de mentiras que les contaba.

Nico recordó que Valeria le había hablado más de una vez de su abuelo, presumía de que ella era su ojito derecho y también que se trataba de un hombre con poder en la sombra, con influencias en las altas esferas. Quizás todo quedase ahí, con un poco de suerte para él, entraría de nuevo en el anonimato.

La mente de Nico no daba para más. Cayó dormido en un profundo sueño como hacía días que no tenía.

**TERCERA PARTE**

# **El juego de Valeria**

## **REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)**

**E**l día de su décimo octavo cumpleaños fue un día especial para Genoveva. Ese día conoció al que sería el hombre de su vida y a la postre su esposo. El hombre que le descubriría su propia oscuridad, su mala sangre, y el hombre que la haría descender a los infiernos de su propia alma. También fue el día en el que le fue desvelado un secreto que había permanecido oculto durante diez años y que cambiaría la percepción de su vida para siempre.

En cuando se percató de la presencia de Jaime supo que tenía algo diferente al resto. Un cosquilleo parecido al vuelo de mil mariposas en sus entrañas se apoderó de ella. Nunca había sentido nada parecido. Sus miradas se cruzaron solo durante un par de segundos, suficiente para que una pequeña corriente eléctrica le subiese por el espinazo revolucionando toda su química interna. Estaba confundida, azorada y conturbada hasta un límite que ni ella misma imaginaba.

Esas miradas furtivas que se lanzaban cada pocos segundos quedaron suspendidas en un halo magnético e invisible para el resto de los asistentes a la fiesta que su padre había organizado en el jardín de la mansión. Ese halo los fue acercando hasta que se juntaron en la barra para pedir un ponche.

—No te conozco —le dijo Genoveva con descaro. Se había puesto un vestido de flores que perteneció a su madre y que había encontrado perfectamente empacado en un viejo baúl, en el desván.

—Ni yo —mintió Jaime con una sonrisa maliciosa—. Tú no eres de por aquí, ¿me equivoco?

Movió la cabeza de un lado hacia otro, dejándola ligeramente inclinada.

—Llevo poco tiempo, pero me voy a quedar.

Genoveva lo observaba embelesada. No podía apartar los ojos de su mirada oscura y perturbadora, y, además, estaba endiabladamente guapo con esos vaqueros y esa americana.

—Eso espero —contestó él ofreciéndole la copa que acababa de llenar.

Ella la aceptó sin reparos.

—¿Por qué?

—Porque quiero que seamos amigos. —Le rozó el brazo con el dorso de la mano. De nuevo sintió algo parecido a la electricidad recorriendo su piel hasta erizarle el vello. Él también lo había notado.— Estás cargada de energía.

—¿Amigos? —preguntó enarcando una ceja—. Si apenas te conozco.

—Soy el hijo de los Castro.

—Los Castro... No me suena ese apellido. O, quizás me suene, solo un poco... pero estoy casi segura que mi padre no os ha invitado.

—Ese casi deja una pequeña rendija...

—Muy pequeña.

—Te diré un secreto...

Había algo extraño en sus ojos de tiburón, como si estuviera viendo cosas que Genoveva no podía ver.

—¿Un secreto? ¿A una completa desconocida?

—Confío en que me lo guardes... —susurró—. Me ha colado un amigo.

—¿Y eso? —preguntó siguiéndole la corriente.

—No tenía nada mejor que hacer y... —dudó a propósito—... estaba intrigado por conocer a la hija de Rodrigo Aguirre. Esa de la que todo el

mundo habla y nadie conoce.

—Ya veo. A lo mejor tienes suerte...

—Siempre llevo un poco de eso conmigo, nunca se sabe lo que puede pasar.

—¿Solo una pequeña cantidad?

—No suelo necesitar mucho más...

Jaime sacó una pequeña petaca metálica de uno de los bolsillos de su americana y la vertió en ambas copas.

—¡Qué haces! —le espetó colocándose de espaldas al resto de la fiesta para que nadie lo notase.

No había mucha gente a su alrededor, casi todo el mundo estaba bailando o pendiente del desfile equino que había organizado su padre. La familia patrocinaba a varios hockeys que montaban a sus caballos en el hipódromo de la Zarzuela y, recientemente, también había aportado una gran suma de dinero para construir un hipódromo local en las afueras de la ciudad.

—Darle un poco de sabor a la vida —replicó confiado.

—Como se entere mi padre de que un Castro anda por ahí intentando emborrachar a su hija...

—Tu padre... ¿Quién es? ¿Está por aquí?

—Déjate de juegucitos, sabes perfectamente quién es mi padre.

Movió una mano en el aire que terminó acariciado las puntas de su pelo.

—No se enterará... si tú no se lo dices. —Le guiñó un ojo y le dio un sorbo a su bebida. Ella lo imitó sin saber por qué—. Esta noche damos una fiesta en casa de unos amigos, vente conmigo.

—¿Una fiesta? Ya estoy en una fiesta.

—Una fiesta de verdad... Apuesto a que nunca has estado en una...

Apostaba bien, Genoveva había vivido la mayor parte de su adolescencia recluida en un internado, a los pies del lago Lemán.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me miras con cara de cervatillo asustado.

—No suelo aguantar a los descarados...

Ella se acercó un paso hacia él sin ser consciente de que lo hacía y lo miró desde abajo entornando los ojos.

—Pero te gustan... —le susurró él en la oreja.

Genoveva le sonrió con una mirada cargada de sensualidad. Después subió de color hasta bajar los ojos avergonzada. En su interior se fraguaba una intensa lucha, resultado de años de dura disciplina helvética aderezada con un poso de educación católica apostólica.

—Quizás.

—Te recojo cuando esto termine.

—Tienes valor... tanto como atrevimiento... No creo que mi padre lo apruebe.

—Ya eres mayor de edad, ¿no? vete haciendo a la idea... Puedes hacer lo que te apetezca —contestó pertinaz—. ¿De qué tienes miedo? ¿De tu padre o de mí?

—Ummm, aún no lo sé, quizás de mí misma...

—Buena respuesta.

—No suelo fallar.

—Uno debe enfrentarse a sus miedos... para ser mejor persona. Deja de buscar la aprobación de los demás, es un comienzo.

—Puede que tengas razón. —Saboreó su bebida antes de añadir:— Veo que eres de los que no siguen las reglas...

—Las reglas están para saltárselas, si no la vida sería muy aburrida, ¿no crees?

—Quizás... Lo que sí creo es que no eres una persona muy convencional...

—No, no lo soy, ni tú tampoco, pero aún no te has dado cuenta.

Genoveva se lo pensó durante unos instantes.

—De acuerdo —aceptó—. Espérame en la puerta que da a los establos cuando esto termine —dijo señalando el camino con la barbilla—. Me pica la curiosidad por esa fiesta tuya.

Se alejó apresuradamente, con el corazón latiendo por primera vez en su vida como un martillo golpeándole el pecho, recogándose los flecos del vestido que bailaban con el viento.

Genoveva se sentó a su lado, muy rígida. Su padre la observaba de una forma a la que no estaba acostumbrada. Se sintió desnuda por unos instantes, como si fuera un cordero ante un lobo hambriento. Eran los ojos de un hombre que miraba a una mujer, no los ojos con los que un padre miraría a su única hija. Fue solo una sensación momentánea. Un segundo después, una sonrisa amable surcó la cara de Rodrigo, demasiado amable. Hablaron de temas intrascendentes, del tiempo en Suiza, de la comida en España y de los sementales de las cuabras.

Lentamente, la joven empezó a relajarse a partir de los hombros, bajó la barbilla y se curvó su espalda, en un gesto claro de sumisión.

—¿Te ha gustado la fiesta? —le dijo él en la terraza que daba a la dehesa, mientras masticaba un panecillo crujiente, untado con queso cremoso y un trocito de salmón.

—Sí —asintió.

De nuevo se tensó como la cuerda de una guitarra mal afinada. Intuía lo que venía a continuación.

—Me alegro... No me gusta que andes coqueteando con el chico de los Castro... —Le soltó sin más preámbulo—. Ni siquiera estaba invitado a la fiesta.

—El chico de los Castro... No sé de quién me estás hablando...

Fingió desinterés mientras su mirada triste se perdía hacia el ocaso del día.

—No juegues conmigo, lo sabes perfectamente. No son de fiar.

—¿A qué viene ese repentino interés por mi bienestar? —replicó desviando la atención con aire de reproche—. En los últimos cinco años, te he visto cuánto... ¿En Navidades? Y este año ni eso... El tío Andrés se preocupa más por mí que tú.

Sabía que no le gustaba que mentara a Andrés Pinot, lo enervaba aún más.

—Si vas a vivir aquí tendrás que acatar mis reglas —La cogió fuerte de la muñeca hasta que asintió—. Te comportarás como una Aguirre y no como una vulgar fulana—sentenció. Genoveva lo miró con intensidad, con una ira que a duras penas podía contener—. Hay que guardar las formas, cuantas veces te lo voy a tener que decir...

No había ningún calor en sus broncos susurros, sólo resentimiento.

—Me encuentro mal, me duele mucho la cabeza —dijo levantándose, dándole la espalda, sin esperar su respuesta.

Él se quedó sentado, pensativo, observando como su figura se contoneaba embutida en el vestido de Blanca. Blanca, su querida y dulce Blanca. No se había olvidado de ella ni de la promesa que le hizo antes de morir.

Una sombra anidó en su mente, desatando viejas pasiones que creía enterradas bajo toneladas de arena.

Genoveva fue directamente a su cuarto y allí se encerró a llorar. Su padre nunca la había querido, nunca la había tratado como una hija, no sabía por qué. Hacía años que se cansó de buscar su cariño. Durante la mayor parte del tiempo que pasó en el internado se sintió como un animal que habían abandonado en una perrera por vacaciones, en una perrera de lujo con todas las comodidades, pero rodeada de extraños.

Había llegado a la conclusión de que, por alguna extraña razón, su padre la culpaba por la muerte de su madre. Se suicidó siendo muy niña, cuando ella apenas había cumplido ocho años. Excepto Andrés Pinot, nadie le hablaba de lo sucedido. Intuía que había algo turbio en su muerte y en el pasado de la familia, pero no podía vislumbrar de qué se trataba.

Se sentía sola y desamparada. El panorama era desolador, no podía vivir en un páramo carente de amor. Siempre que volvía se hacía las mismas ilusiones, pero la realidad no se podía cambiar. Su padre la veía lo justo para guardar las apariencias y poco más. Como en esa estúpida fiesta de cumpleaños. Rodrigo la había tratado como si fuese una de sus yeguas de raza andaluza, enseñándola a los hijos de las mejores familias de la ciudad sin ningún tipo de pudor. ¿Realmente pensaba que podía utilizarla como moneda de cambio para forjar alianzas? Si no lo pensaba, andaba cerca.

No duraría allí ni dos semanas. ¿Qué podría hacer? ¿Qué opciones tenía?

Sus amigas del internado iban a pasar el verano con sus familias y, después, comenzarían a estudiar en la universidad, cada una en una punta del globo. Ella quería tener raíces a las que agarrarse, pero su padre haría todo lo posible por evitarlo, estaba segura.

Jaime. Su nombre resonaba en su cabeza como un eco que se iba haciendo cada vez más presente. Sus facciones se dibujaron con una claridad prístina dentro de su mente. Únicamente habían estado juntos unos minutos y le parecía que se conocían desde siempre. ¿Cómo era posible? Había notado como se le erizaba el vello de su piel cuando la tocó, como a ella. Esa noche iría con él pasase lo que pasase. Tenía que hacerlo, el destino lo había colocado allí por algo. Su padre se cabrearía si se enteraba; mejor, pensó con malicia para sus adentros, si el viejo se cabrea que se joda.

Comenzó a quitarse la ropa para ducharse. Se miró en el espejo y se tocó masajeando su carne hasta hacerla temblar. No se podía quitar a Jaime de la cabeza y eso la excitaba como nunca antes le había pasado.

Alguien tocó en la puerta dando unos golpecitos.

—Hola ratoncito —oyó al otro lado la voz aterciopelada de Andrés Pinot y una sonrisa iluminó su rostro. Era así como la llamaba desde pequeña, desde que con seis años se le cayeron todos los dientes menos las paletas.

—¡Un segundo! —exclamó avergonzada por la situación.

Rápidamente se echó agua por la cara y se puso unos pantalones de pijama

y una sudadera holgada.

Abrió la puerta y la cara regordeta y sonriente del tío Andrés apareció ante ella. Para ella, Pinot era lo más parecido a un padre que conocía.

Cada vez que Genoveva lo veía, le parecía que había engordado un kilo más. Era muy curioso ver como debajo de la quijada no tenía cuello, solo papada.

—¡Hola tío Andrés! —Se echó a sus brazos y le dio un beso en la mejilla—. ¡Te he echado de menos! Este año no has venido a las competiciones de gimnasia... —le dijo en un tono recriminatorio.

—Lo sé, lo sé... —replicó cariñoso, tocándole la nariz con el dedo índice. Aunque ojos sus saltones la miraban desde la distancia—. Hemos estado muy atareados, tu padre y yo... con negocios, contratos, fusiones, acciones y otras cosas aburridas para una jovencita como tú. Déjame que te vea... —Genoveva dio una vuelta sobre sí misma, girando sobre la punta de su pie izquierdo, juntando los brazos hacia arriba, como si fuera una bailarina de ballet. Lo hizo de un modo cómico, perdiendo el equilibrio y cayendo de bruces en la cama—. Estás hecha toda una señorita.

—De internado, católica y apostólica.

—De internado...

—Te puse falta. Y encima no has venido a la fiesta... Me tendrás que compensar...

Su mirada era tan profunda y cristalina que al abogado le dio un vuelco el corazón. Bajó la cabeza con un gesto huidizo que sorprendió a Genoveva. No era consciente de las horas de insomnio que había pasado Andrés, dándole vueltas y vueltas al asunto que lo carcomía por dentro. Había estado toda la tarde debatiéndose consigo mismo si debía entregarle la carta o no. En un par de ocasiones estuvo a punto de arrojarla a la lumbre, pero los ojos de Blanca se aparecieron amenazantes dentro de su cabeza. Se lo debía a ella y a su memoria. Y a Genoveva, la niña también se merecía saber la verdad, aunque eso la haría más infeliz.

La escrutó con precisión quirúrgica, ya no era tan niña, pensó con orgullo de padre.

—Eso es seguro —dijo cambiando el registro de su voz hacia un tono más serio, tomando asiento en la silla de su escritorio—. Te he traído un regalo, pero uno diferente al que esperas.

—¿Qué te pasa? —preguntó aovillándose en su cama a medio camino entre la reprobación y la curiosidad—. Pareces triste.

—Y lo estoy... He tomado una decisión que cambiará tu vida. —Su voz tomó un matiz de preocupación que disfrazó dibujando una mueca en su rostro—. Este regalo está envenenado, te pongo en sobre aviso.

—¿De qué se trata? —preguntó inquieta quitándose un mechón de pelo que le caía por la frente—. ¿Qué es ese regalo?

—De la verdad, se trata de la verdad —carraspeó Andrés Pinot, cada vez más incómodo dentro de un traje una talla menor de lo que debiera. Intentó que su cara, su aspecto y su voz fueran suaves como un guante de seda, pero su característico tono melífluo se resistía a salir a la superficie. Se pasó una mano por su cada vez más escaso cabello veteado de gris—. Lo siento ratoncito, pero tú más que nadie mereces saber la verdad, quizás seas la única persona en el mundo a la que realmente le importe.

Un silencio incómodo y denso se instaló en la habitación.

—Vamos... tío Andrés... —dijo al fin con una vocecita cascada—. No será para tanto. Si algo he aprendido en el internado, es que lo que no te mata de hace más fuerte. ¿De qué verdad se trata? No puede ser tan mala.

—De la tuya, Genoveva, y de la de tu madre —contestó Andrés compungido, cogiéndose las manos y moviendo los dedos, haciendo pequeños círculos. Clavó la vista en un calendario que colgaba de la pared. Tal vez esperaba encontrar allí las palabras adecuadas. Por supuesto, no las halló. Suspiró y cerró los ojos—. Me tienes que prometer que no se lo contarás a Rodrigo, él nunca puede saber que te he dado esta carta. No sabe de su existencia... Si se enterase de lo que contiene... tu vida correría peligro y la mía también.

Genoveva asintió.

El abogado sacó un sobre sepia de uno de los bolsillos interiores de su

chaqueta. Tenía su nombre escrito con pluma, con una cuidada caligrafía. Ella lo miró interrogante y Andrés Pinot esquivó de nuevo sus ojos, estirando el brazo, tendiéndole su regalo.

Genoveva abrió el sobre con sumo cuidado, sacó una hoja doblada en tres pliegues escrita a dos caras con las letras muy juntas. Querida hija... comenzaba. Entonces, al comprender plenamente lo que sostenía en su temblorosa mano, dejó caer el papel con un gritito. Miró la carta como si fuera un cadáver. Tras unos segundos de incertidumbre reunió el valor para cogerla de nuevo.

Las palabras tenían un regusto de verdad amarga, y de repente la soledad de Genoveva se intensificó. Estaba transfigurada, la consternación se leía en su rostro. La leyó tres veces seguidas sin pestañear —con la voracidad de una mujer hambrienta ante un trozo de carne—, con el corazón encogido, antes de preguntarle a Andrés de qué iba todo aquello.

Finalmente, dejó escapar parte de las emociones que había mantenido bajo férreo control desde su regreso. Las lágrimas corrieron por sus mejillas formando finos regueros sobre su piel marchita.

Andrés se acercó a ella y la abrazó hasta que ya no pudo llorar más. Después contestó a las preguntas que Genoveva le formulaba. Observó un cambio en su actitud conforme la conversación avanzaba. Su mirada se endureció y sus ojos se volvieron vacuos, como carentes de vida.

Andrés Pinot abandonó el dormitorio con el corazón en un puño dejando a Genoveva respirando pausadamente, acurrucada en la cama, con sus miembros carentes de movilidad.

No se volverían a ver hasta un año después, el día de su boda y la relación de ambos nunca volvería a ser la misma.

Genoveva sentía que el mundo la había engañado, se había reído de ella delante de sus narices. Todos la habían traicionado, incluido Andrés Pinot; ese malnacido se había aliado con su padre durante todo ese tiempo, dejándola sumida en la más absoluta oscuridad. Si quería sobrevivir no podía confiar en nadie.

Los ojos de Jaime se aparecieron de nuevo como un salvoconducto hacia una nueva vida, hacia lo desconocido, hacia un pozo sin fondo. No puede ser peor que esta gente, pensó.

Esa noche Genoveva dejó atrás la edad de la inocencia y se convirtió en mujer en los brazos de Jaime. Esa noche juró que se vengaría de Rodrigo Aguirre: se vengaría de la mala sangre de los Aguirre.

## CAPÍTULO 16

Más de la mitad de la habitación la ocupaba una cama que en realidad hacía pensar en dos camas de matrimonio colocadas la una junto a la otra. Encima de ella había una colcha con dibujos de círculos concéntricos de diversos colores, y las paredes se hallaban empapeladas con carteles de cantantes y grupos pop que Nico aborrecía: Auryñ, Sweet California, Xuxo Mateo, Justin Biber —por triplicado—, Taylor Swyft —firmado por la propia Taylor Swyft, presumía de haberla conocido en persona a través del patrocinio de una de las empresas familiares—, y One Direction.

Cuanto más miraba el póster de Taylor, más le recordaba a Valeria. Vestía como ella, se peinaba como ella y, sin conocerla, estaba seguro de que hablaba como ella.

A pesar de sus reticencias, tenía que reconocer que, desde que apareció de la nada, había experimentado leves cambios en su forma de ser que hacía que estar con ella fuese algo normal: no tenía tantos altibajos emocionales y su mirada permanecía límpida la mayor parte del tiempo. Aunque Nico no se fiaba del todo. A estas alturas Nico no se fiaba ni de su sombra, veía fantasmas por todos lados.

—¿Qué miras? —preguntó Valeria desde la silla de madera en la que se sentaba para estudiar y hacer los deberes.

—Nada...

—¿Nada? —Se giró hacia él, apoyándose de medio lado en el respaldo de tela amarilla—. Estás embobado.

—A ti y a Taylor —concedió.

Hizo un ademán con la cabeza. Ella sonrió y le lanzó un beso que Nico cogió al vuelo desde la cama, lo cual activó un resorte para que Valeria se levantase y le diese un beso de los de verdad, en los labios.

Había pasado un mes desde que Valeria regresó de dónde quiera que hubiese estado. Y las cosas habían cambiado, desde el punto de vista de Nico

y haciendo un cómputo global, para bien. El abuelo, Rodrigo, se encargó de correr un tupido velo sobre toda la historia utilizando sus influencias: los medios de comunicación ya no hablaban de ella —ni de él—, la policía aceptó pulpo como animal de compañía y dio por buena su versión, aun sin que aportase nombres ni direcciones concretas, y cerró el caso sin darle más importancia —lo cual le había venido que ni pintado a él también—.

Parecía que el mundo entero había reseteado y apenas nadie hablaba del tema. Simplemente se diluyó como una rabieta adolescente sin más trasfondo. Lo mejor de todo, era que su papel en toda la trama había sido archivado por parte de las autoridades y había quedado como un recuerdo borroso en la crónica negra local.

Durante los días posteriores a la reaparición, recibió numerosas disculpas y bonitas palabras de apoyo, de vecinos, de amigos, de compañeros de clase y de su familia. En cierta medida, se sintió reconfortado.

Su madre había vuelto a la vida después de la semana en el purgatorio y comenzaba a sonreír más a menudo. Nico pensaba que Erika intuía que algo no encajaba en toda la historia, intuición femenina y de madre, se decía él mismo, cuando bajaba la mirada o se acostaba sin darle un beso como habían tenido por costumbre los últimos diecisiete años. Su padre, seguía igual, a su bola; pasó cuatro días en Toledo en los que quedaron para comer una tarde, y, prácticamente, no hablaron de lo ocurrido. Mientras el móvil sonaba cada

cinco o diez minutos, Nico le resumió su versión edulcorada de los hechos. Cuando terminó el postre, se fue cansado de ser un convidado de piedra, dejando a Miguel discutiendo acaloradamente con un socio sobre la cuota de exportación de vino para Rusia.

Las redes sociales bullían con otros temas de más actualidad, dejando la desaparición de Valeria enterrada en lo más hondo del *timeline*. Aunque, si alguien hurgaba en su pasado, a conciencia, siempre encontraría la huella de lo ocurrido: fotos y titulares de aquella semana en los que aparecía como sospechoso de la desaparición de una chica. Un borrón, un verdadero lastre en su futuro, otro más. Existían empresas especializadas en borrar tu rastro en internet, era una opción que barajaría más adelante.

—Me cuesta concentrarme... —dijo con voz dulce y aterciopelada.

Estiró los brazos hacia arriba haciendo crujir varias articulaciones. Su ombligo asomaba debajo de la camiseta.

—No me mires así, no es culpa mía —respondió Nico todavía con el regusto a melocotón de sus labios.

—Algo de culpa sí que tienes, canalla.

Enseñó su perfecta dentadura con una sonrisa alegre y una mirada pícaro que insinuaba otras cosas.

—Anda, ponte a estudiar... que luego no quiero llantos...

—¿Para qué te piensas que estás aquí? ¿Para tumbarte y mirar al techo? Estás para darme clases particulares, ya que eres un portento de la materia...

Valeria y Nico mantenían una relación de novios semiformales; quizás demasiado formales, pensaba Nico, para lo que estaba acostumbrado con Valeria. Pasaban mucho tiempo juntos y se encontraba bien, si era sincero y dadas las circunstancias, mejor que bien.

Después de las clases solía ir en moto a su casa y se paseaba por allí a sus anchas. Su familia vivía en un enorme cigarral a las afueras de Toledo, en la zona del Valle, con un edificio principal a dos alturas, de enormes techos, con paredes y tabiques de piedra y ladrillo visto. Toda la finca se rodeaba de una valla de rocas pulidas y cemento, y había también una zona de huerto y frutales, así como una enorme piscina.

En el cigarral siempre estaban Rosita y Gica, un matrimonio conformado por dos emigrantes provenientes de mundos opuestos que habían coincidido en Toledo por circunstancias diferentes, tanto como ellos: Rosita, oriunda de Ecuador, bajita, pizpireta, mandona y sin pelos en la lengua; Gica, un gigante rumano de casi dos metros de altura, que hablaba poco y se ocupaba del jardín, del huerto, de la piscina y del resto de tareas que requería el mantenimiento de la finca. Vivían en una casita anexa, al fondo del cigarral, detrás del jardín y más allá del huerto, en una pequeña hondonada invisible

desde el edificio principal.

Los fines de semana solían pasarlos en Toledo, en casa de Nico. Era frecuente que Erika hiciese guardias de sábados y domingos para ganar un poco de dinero extra, por lo que disponían de intimidad y espacio para estar a sus anchas. La madre de Nico y Valeria mantenían una relación cordial, sin llegar a ser amigas. Erika no veía a su vástago contento del todo, por lo que recelaba de la relación.

Segundas partes nunca fueron buenas, mira lo que pasó con tu padre y conmigo, le dijo cuando le contó que había vuelto con Valeria.

Por su parte, él casi no conocía a los padres de Valeria, solo había coincidido con ellos en un par de ocasiones; en ambas le parecieron serios, distantes y con caras largas. Pasaban gran parte de su tiempo fuera del domicilio familiar ocupados en sus labores. Valeria le dijo que no le diese más vueltas, que ellos eran así con el resto de la gente y con ella también. Lo comentó con tanta naturalidad que Nico intuyó que había algo más, pero, siguiendo su consejo, no le dio más vueltas.

La hermana pequeña, Aitana, era otro cantar, se comportaba de forma muy cariñosa con él, siempre lo saludaba con un efusivo abrazo y, cuando hablaba, lo miraba con los ojos abiertos como una lechuza, sin pestañear. Físicamente, se parecía mucho a su hermana, aunque, ella era morena y sus ojos brillaban con el color de la miel, y portaba un hoyuelo en la barbilla, como su padre.

Tenía tres años menos que Valeria, pero, la mayor parte del tiempo se comportaba como si tuviera tres más. Nico la tenía en muy alta estima, y, dentro de la composición de lugar que se había hecho de su familia política, la consideraba bastante equilibrada.

Por ello, se sorprendió el día que oyó un llanto desconsolado proveniente de su cuarto. Estaba esperando a que Valeria saliera de la ducha, así que se acercó preocupado y, con la puerta entreabierta, observó circunspecto que intentaba maquillarse un moratón violáceo que le rodeaba medio cuello, a moco tendido. Cuando ella se dio la vuelta y se percató de que Nico estaba detrás, le hizo prometer que no se lo diría nadie. Le aconsejó que si alguien le había pegado o la había forzado a hacer algo que no quería, debía denunciarlo a la policía, de inmediato. Ella asintió cabizbaja, lo cogió de las muñecas muy fuerte y le hizo perjurar de nuevo que no lo contaría. Parecía asustada. Nico asintió dispuesto a cumplir con su promesa, bastantes problemas tenía ya con los suyos

Me ha dejado mi novio, dijo recuperando la compostura. Yo también tengo secretos, Nico, igual que mi hermana y que tú, no creas que soy tonta. Pero el moratón... No tiene nada que ver, un forcejeo en la clase de gimnasia. No la creía, ni mucho menos, ni tampoco pensaba que fuese tonta; no obstante, decidió respetar su voluntad y no se lo contó a Valeria.

En el instituto, la sensación era de alivio generalizado; todos temían lo

peor y casi nadie pensaba que Valeria aparecería de una pieza, así que la vuelta a la normalidad fue rápida y llena de buenas intenciones. Lo más asombroso para Nico era el hecho de que fueron pocos los que se cuestionaron la historia de Valeria, salvo Ari, e intuía que también Luke —aunque este último no soltó mucho más que un lacónico no me lo creo—, nadie más, ni rumores ni nada. El espectáculo debía continuar, y, ahora, todos los focos se centraban en una pareja de lesbianas que había salido del armario mostrando su amor sin tapujos delante del resto de compañeros. Un gesto valiente que las tenía en el candelero y fomentaba comentarios de todo tipo, hasta tal punto que había asociaciones de LGTBI que estaban promoviendo una concentración como muestra de apoyo y solidaridad.

Charlie, ese hijo de la gran Bretaña, malvado, cruel, hipócrita y soberbio, pensaba Nico recurrentemente, aunque ese eufemismo se le quedaba corto. Charlie lo había traicionado de la forma más vil en la que puede hacerlo un amigo: se había enrollado con la que había ocupado el prominente lugar de chica de sus sueños desde que tenía once primaveras. Sí, con Eva. En el amor y en la guerra todo vale, esa frase tan manida resonaba de vez en cuando en su cabeza. ¿Qué cómo había pasado? Muy sencillo, se la jugó a sus espaldas. Se la había birlado sin que se diera cuenta de lo que pasaba. Claro, que él estaba con Valeria, ese era su único atenuante.

Ari se lo comunicó sin más, sin anestesia, como si estuvieran hablando de

alguien ajeno a su círculo, mientras tomaban una pinta en el Rubber Soul, a gastos pagados por el propio Nico para celebrar que todo había salido más o menos bien.

Nico, te lo voy a decir antes de que te enteres por la calle: el pelotudo de Charlie, está con Eva. Luke miraba hacia la estantería, en un punto indeterminado entre Lolita y Las aventuras de Huckelberry Finn, negando con la cabeza y maldiciendo en hebreo. ¿Con Eva? ¿Qué Eva? balbucéo Nico entrando en shock por lo que acababa de escuchar. Sí, con tu Eva. Según nos ha contado, comenzó a chatear con ella a través del Facebook. ¿Del Facebook? Sí, del Facebook, la red social que tanto te gusta, ¿recuerdas? Pues el caso es que el cabronazo le echó huevos cuando se enteró de que su novio la había dejado por otra, y se plantó en Madrid a darle apoyo logístico. ¿En Madrid? ¿Cómo? ¿No tenía instituto? Nico hablaba en voz alta. Joder, deja de repetir lo que digo y de decir gilipolleces que no termino, bastante trabajo me cuesta esto. El párpado de Nico comenzó a temblar involuntariamente y su garganta se quedó seca en cuestión de milésimas de segundo. O sea que se comportó como un hombre, pasó de las clases, de sus padres y de todo, y se fue a por tu chica, que al parecer también era la suya... según él siempre había estado enamorado de ella, como tú... Desde mi punto de vista, no hay nada que reprocharle... Ha hecho lo que le ha dictado su corazón... ¿Su corazón...? ¿Nada que reprocharle? espetó Nico atónito ¡Es un maldito bastardo, cabrón

embustero! Al fin y al cabo, tú estás con Valeria, no puedes ser como el perro del hortelano que ni come ni deja comer, la gente también pasa hambre, Nico...

Nico se levantó sin terminar su cerveza. No los había vuelto a ver desde entonces. Abandonó el grupo de wasap, los bloqueó en redes y no quiso saber nada de ellos, incluido Luke. Ahora toda su atención se centraba en Valeria, en el juego de Valeria.

No iba maquillada y llevaba vaqueros de marca ajustados, botas de piel y una chaqueta de la misma tela que los pantalones con forro de imitación de lana de oveja. Refunfuñó un poco delante de sus apuntes y se volvió hacia Nico con una media sonrisa y una mirada aguamarina que insinuaba que estaba cansada de hacer ejercicios.

Sobre la mesa blanca, al lado de los libros había dos tazas de café y un cenicero con dos colillas. Habían quedado para comer —un guiso de Rosita de carne y patatas asadas—, y repasar álgebra, una asignatura que a Nico se le daba muy bien y que tenía desquiciada a Valeria.

Abrió la ventana, para que se refrescase un poco la habitación. Se quitó la chaqueta con la soltura con la que lo haría una modelo de pasarela y se tumbó junto a Nico boca arriba, muy pegada a él. De un bolsillo de la chaqueta sacó un porro perfectamente liado por su hermana, ella no los fumaba aún, pero se divertía liándolos para Valeria, demostrando una destreza consumada. Tiene

manos de artesana, solía decir Valeria presumiendo de Aitana.

Aspiró un par de caladas y se lo pasó a Nico.

—¿Quieres?

—No me apetece —respondió él. Ella no bajaba el brazo—. Bueno... solo una calada.

—Ya decía yo... viciosillo.

Nico aspiró hondo y se lo dio de vuelta. Valeria se fumó el resto del peta con mucha parsimonia.

Parecía un poco colocada y cansada. Nico adoraba verla en ese estado, porque normalmente ella se mostraba cariñosa y de muy buen humor y, sobre todo, porque hacía comentarios reveladores. Miró su reloj del móvil. Eran las cinco y cinco.

—¿Qué piensas Nico?

—Nada —respondió con voz neutra.

—Seguro que estás pensando en algo —insistió con una tonalidad meliflua, acariciándole el dorso de la mano—. No podemos vaciar la mente sin más, como si fuera un globo.

—Intento no pensar en nada de vez en cuando, es un ejercicio sano para desintoxicarte.

—Curioso... —se puso de costado, con la cabeza sobre su pecho. Sus dedos acariciaron el ombligo de él, erizando el vello de su piel. Lo peor de

todo, pensaba Nico, es que este extraño juego está empezando a gustarme—. Yo no puedo dejar de pensar en ti, Nico; por más que lo intente, siempre estás ahí en un primer o segundo plano.

Nico le cogió la mano y la apartó unos centímetros. Esta vez reprimiría sus deseos evitando sus caricias. Era un buen método.

—Valeria... tu hermana está en la habitación de al lado.

—Seguro que escuchando música con sus cascos. Está encantada con las canciones de ese grupo que le recomendaste, dice que son lo mejor de lo mejor... ¿Cómo se llaman? La cura... o algo así...

—The Cure —la corrigió Nico. No sabía si lo decía con sarcasmo.

Recordó que él también estaba igual de emocionado que Aitana el día que Eva le puso esas mismas canciones. Eva. Pensaba poco en ella, cada vez menos, sobre todo cuando se encontraba con Valeria.

—Menuda pinta de vampiros tienen... los hemos buscado en YouTube... qué sombríos.

—Góticos —la volvió a corregir.

—Góticos, románicos, lo que sea —rio con ganas, como si hubiese contado un chiste de partirse. Nico la miró con cara de pocos amigos—. No te pongas así, hombre, es una broma...

—No me pongo de ninguna manera —protestó Nico, encogió una pierna y cruzó la otra sobre ella. Taylor Swift lo miraba desde lo alto con la misma

intensidad que Valeria—. Quizás tú también deberías abrir la mente a nuevos sonidos.

De nuevo rio alegre, inundando la habitación de una felicidad que a Nico se le antojó tan falsa como efímera.

—La tienes obnubilada...

—¿A quién?

—A mi hermana... ¡A las dos! —exclamó mientras se quitaba las botas, empujando con un pie y después con otro.

—Ya será menos...

—¡Nico! ¡No sé cómo puedes decir eso! —Se alzó un poco para mirarlo directamente a la cara. Hizo como que se ofendía y volvió a recostarse sobre él—. No necesito nuevos sonidos, con estos me basta. Tu corazón late tan despacio... —Silencio—. Bum, bum, bum... y el mío tan rápido... No sé lo que haría sin ti. Me volvería loca.

De hecho, ya te volviste loca y te fuiste de casa, pensó Nico para sus adentros. No habían hablado en serio de lo que pasó. La conversación se postergaba mientras le seguía la corriente y ella vivía una realidad que se había inventado. Quizás fuera el momento de abordar el tema.

Tenía que reconocer que no le iba mal del todo. Su vida había recobrado cierta normalidad y estar con Valeria, con esta Valeria algo más calmada y atemperada que la anterior, tampoco era un suplicio, incluso se estaba dejando

llevar sin mucho esfuerzo. Era reconfortante sentir calor humano, tener a alguien que se preocupase por ti hasta límites insospechados. También era reconfortante y excitante tener sexo con Valeria; así tenía sus necesidades básicas cubiertas, las afectivas y las carnales.

Pero, había algo que lo frenaba. La semana que había estado fuera la había cambiado y no estaba seguro de lo que había detrás de ese cambio. No terminaba de fiarse.

Aparte, estaba el tema de su duelo por Eva, y también por Charlie, necesitaba algo más de tiempo para asimilarlo. No había hablado con nadie del tema y lo carcomía por dentro, la verdad era que no hablaba mucho con nadie fuera del universo Valeria, lo tenía embebido por completo. ¿Eso era bueno o malo? No lo sabía muy bien, pero estaba seguro de que no era muy sano.

—¿Qué piensas *darling*? —repitió ella en un tono infantil. Le gustaba llamarlo con anglicismos como *darling*, *honey* o *sweet*. Nico siempre se dirigía a ella por su nombre—. Dímelo, quiero saber todo lo que hay dentro de ti.

Nico respiró hondo y emitió un sonoro suspiro.

—Está bien...

—No te cortes.

—Eva y Charlie —apuntó con una voz llena de dudas. Sonaba extraño

oírlo de sus propios labios—. Están juntos...

Había soltado una andanada de profundidad, en parte para despistar y en parte porque quería ver la reacción de la nueva Valeria. Se enervó al instante, podía sentir como sus músculos se tensaban contrayendo su rostro conformando una mueca de contrariedad, como un duende enfadado.

—¿Qué pasa con Eva? —dijo ella en un tono seco lleno de resentimiento. Hubo un incómodo silencio. Ambos sabían qué tono era ese—. Cuéntame, Nico, qué te pasa con Eva. —Tomó aire y cambió de registro, más parecido a una flauta dulce—. Todavía te gusta... He de reconocer que es muy guapa...

—No tanto cómo tú. —Nico no tuvo que mentir en eso, ambas eran diferentes, quizás Valeria tenía ese atractivo de las princesas de los cuentos de hadas que nos meten en la cabeza con las películas de Disney.

Ella puso su dedo índice en sus labios. Nico lo rozó inconsciente con la punta de su lengua. Estaba caliente y sabía a sal.

—Eres un adulator, Nico.

—Me entreno en casa.

Valeria rio de nuevo la ocurrencia. Siempre lo hacía, dijese lo que dijese, para ella Nico era el más irónico, el más inteligente y el chico más interesante que pudiese existir. Al principio le resultó cargante, lo sobrellevaba como podía, pero comenzaba a verlo como algo natural; quizás Valeria llevaba razón, y el resto de la gente no lo valoraba como ella lo hacía por falta de

capacidad. Valeria veía algo en él y los demás estaban ciegos.

—Eva y mi amigo Charlie... están juntos —repitió Nico carente de emoción, como un autómatas; aún no lo había asimilado del todo, le costaba trabajo pensarlo, y, más, decirlo en voz alta—. Me resulta raro, muy raro... Mi mejor amigo. —Nico se sorprendió asimismo hablando en presente de Charlie en esos términos—... y mi, ejem , mi...

—Tu amor platónico, dilo en voz alta. Tu mejor amigo y tu amor platónico. —Valeria terminó la frase por él con una sonrisa tranquila, comprensiva. Nico se puso un poco colorado—. No pasa nada, Nico. Yo también he pasado por esa etapa... Es un poco extraño que una chica mayor salga con alguien de menor edad... Y más estando en la universidad... Quiero decir, teniendo un amplio abanico donde elegir, es curioso que se fije en alguien como Charlie.

—¿Cómo Charlie? ¿Qué quieres decir?

—Alguien tan anodino, tan previsible... —Valeria hizo una pausa sopesando sus palabras—. Puede resultar guapo... a algunas de mis amigas les parece interesante, tiene mucha labia, pero de ahí a que una chica de la posición de Eva, que podría tener a quien quisiese se fije en él... Algo no debe ir muy bien en la cabeza de esa chica... —soltó con tono despectivo—. Olvídte de ellos, Nico, un amigo no hace eso y, Eva, bueno, si es lo que quiere... Olvídte de ella... ¡Ahora me tienes a mí...!

—El amor es imprevisible, ¿no? Hace que el mundo gire —susurró Nico

como contrapunto a la jovialidad un tanto forzada de Valeria.

—¡Y que lo digas!

Ella se revolvió y le dio un beso cálido y húmedo, con sabor a melocotón y olor a menta. Un beso al que Nico respondió con fruición, comenzaban a agradarle los besos de Valeria, y sus atenciones, más de lo que le gustaba reconocer. ¿Reconocer? ¿Ante quién? Solamente existía ella, se estaba bebiendo su mundo a grandes sorbos, y aislándolo de todo lo demás.

Su respiración y su ritmo cardiaco se aceleraron. Notaba su cuerpo firme y sus pechos turgentes. Pero no era el momento, quería averiguar más cosas.

—En el amor y en la guerra... ¿todo vale? —preguntó cogiendo un poco de resuello y separándose unos centímetros de sus labios.

Valeria miró al techo durante unos breves segundos, frunció el ceño y puso cara de estar meditando la respuesta.

—Sí —dijo al fin—. Yo haría cualquier cosa para conseguir estar contigo, Nico.

—¿Cómo qué? —inquirió él.

—Nico, Nico, lo sabes perfectamente. Crucé muchos límites por ti. Jugué por ti, a esa estupidez de la ballena azul... Sabía desde el principio que eras tú... Y casi llegué al final... por ti. —Ahora fue ella la que se separó unos centímetros de él. Se incorporó apoyándose en su codo y lo atravesó con la mirada, escrutando en su interior—. ¿A dónde quieres llegar? Mejor dejar las

cosas como están, ¿no crees? Remover lo pasado sería un error...

—¿Para quién? —replicó Nico aguantándole la mirada.

—Para ambos —sentenció Valeria.

Hubo una pausa que cada uno aprovechó para reordenar sus ideas y su estrategia.

—¿Esto es un juego para ti? —soltó finalmente Nico—. Chantajearme... para que esté contigo.

—¿Por qué preguntas esto? Nico, creía que estábamos bien... —apuntó muy seria—. Para mí no eres un juego.

Valeria se estremeció un poco, como hacía siempre que se encontraba en una situación y no sabía cómo salir de ella. Se incorporó y se estiró el pelo hacia atrás, inquieta.

—Han pasado muchas cosas en los últimos meses y todo muy rápido... Y tú... me tienes desconcertado... Desde que regresaste, no eres la misma. Algo te cambió. No sé si me explico.

—No —mintió ella con voz temblorosa—. ¿Finges estar bien conmigo?

—No, no finjo, al principio... quizás sí. Ahora ya no, la verdad, me gusta la nueva Valeria. Me siento bien a tu lado.

—Pero... —dijo dejando las sílabas en el aire para que las recogiese él.

—¿Dónde está la otra Valeria, la de siempre? No me malinterpretes, no la echo de menos, simplemente estoy esperando a que salga a la luz el día menos

pensado y lo eche todo a perder.

Ella bajó la cabeza, como ofendida o confundida. Quizás haya ido demasiado lejos, pensó Nico.

—Como tú dices, han pasado muchas cosas... Y muy rápido, quizás en eso consiste madurar, Nico, en aceptar las cosas tal y como te vienen y adaptarte a ellas. ¿No se te ha pasado por la cabeza que puedo haber madurado?

—Pero... me chantajeaste...

—Para estar contigo, Nico, quería tener una oportunidad... —De nuevo un silencio en el que ella se echó sobre su pecho, acoplada como si fuese su lugar natural, sintiendo el movimiento de sus pulmones y su corazón bombeando sangre al resto del cuerpo—. No te hubiera traicionado, Nico —dijo al fin—. No lo hubiese hecho.

—No te creo.

—Créetelo, nunca te haría daño. Siempre te amenacé por miedo a perderte, pero nunca cumplí ninguna de mis amenazas. Confía en mí, Nico, y siempre me tendrás a tu lado.

Nico tenía que reconocer que eso era cierto, no había llevado a cabo ninguna de sus locuras.

—Siempre es mucho tiempo.

—Siempre —repitió ella vehementemente.

—Está bien Valeria, confiaré en ti... Te daré una oportunidad, nos daremos

una oportunidad, los dos nos la merecemos —replicó Nico, no tenía nada que perder. Eva estaba con Charlie, y, paradójicamente, si no fuera por Valeria... ahora mismo podría estar en una situación bien diferente, mucho más complicada—. Pero si no funciona...

—No habrá represalias —adelantó Valeria esbozando una sonrisa ancha y franca.

—No habrá represalias —Nico acarició su rostro con la punta de su dedo índice jugando con sus labios. Lo hizo de un modo natural, instintivo, sin premeditación. Ella sonrió y lo miró con los ojos muy abiertos, acuosos; se le escapó una lágrima y Nico la recogió en su uña—. Solo quiero saber una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Qué pasó? ¿Dónde estuviste?

De nuevo notó como su cuerpo se envaraba y su rostro se endurecía. Ya no quedaba rastro de la expresión dulce que había mantenido hasta ese momento. Valeria apretó los dientes. Estaba a punto de soltar algo cuando sonó el móvil de él.

Durante unos instantes, ambos se quedaron quietos como estatuas de terracota, mientras el sonido envolvente de Porcelain, la canción que tenía configurada para llamadas entrantes, penetraba en sus oídos. Finalmente, Nico salió del trance onírico, estiró la mano y alcanzó el aparato.

Su corazón se aceleró de tal forma que casi le dio un espasmo, le entraron

náuseas y estuvo a punto de dar una arcada. Dejó que el teléfono sonara hasta que la canción terminó. Había temido esa llamada durante semanas. En su fuero interno sabía que al final tendría que pagar por lo que hizo. Todo este juego que había montado Valeria no había servido para nada, únicamente para ganar algo de tiempo que había estado desperdiciando.

—¿Quién es? —dijo Valera expectante sentándose en la cama. Nico no le contestó—. Nico, parece que has visto un fantasma.

Y, en cierta medida, era cierto. Se le habían aparecido todos sus fantasmas interiores de una tacada, dejándole casi sin respiración.

De nuevo comenzó la melodía envolvente. No iba a parar, Nico lo intuía, era una mujer perseverante.

—¿Quién es? —repitió Valeria rozándole la mano. Nico ocultó el móvil sin pensarlo—. ¡Nico! ¡Qué te ocurre! Me estás preocupando.

—Es la inspectora Montalvo —exclamó por fin intentando bajar pulsaciones.

—¿Cómo tiene tu número? —preguntó Valeria sin dudar. Qué extraño, se dijo Nico, no ha dicho qué querrá o cógelo a ver qué quiere—. ¿Por qué te llama?

—No lo sé.

—¿Seguro?

—Sí. —Nico se preguntaba a qué venía este interrogatorio—.

Intercambiamos números la noche que te recogimos, por si acaso...

—Por si acaso... qué.

Valeria respiraba pausadamente intentando mantener la calma. Cuando Nico le hablaba desviaba la mirada de forma huidiza. Oculta algo, se dijo.

—Yo que sé Valeria... Por si acaso desaparecías otra vez, por si acaso alguien denunciaba lo del juego, por si acaso me daba por desaparecer a mí también, hay tantos por si acasos... —contestó Nico con un tono desabrido, apartándose un poco, girando el cuerpo hacia la ventana.

—Tranquilo, Nico, no contestes, ni se te ocurra. Hablaré con mi abuelo. Imagino todo lo que se te pasará por la cabeza.

—¡Imaginas! ¡Qué no conteste! Es la policía, no es el puto repartidor de pizza, que no conteste, me dices.

—Confía en mí, Nico... También me ha llamado.

—¿Cómo? —exclamó a medio camino entre la indignación y la sorpresa. Se puso de pie y comenzó a andar de un lado a otro de la habitación bajo la atenta mirada de Valeria—. ¡Te ha llamado! ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Mi abuelo me dijo que no hablase con la policía directamente —contestó muy despacio, espaciando cada sílaba para que el mensaje calase en la mente de Nico—. Que él y sus abogados se encargarían. Y, es lo que he hecho, dejarlo en sus manos, y ha funcionado, ha dejado de incordiarme... No me fio de ella.

—¡Qué bueno tener un abuelo como el tuyo! —le espetó Nico exaltado—. ¡Qué bueno tener unos padres como los tuyos, qué bueno tenerlo todo! Los simples mortales como yo tenemos que seguir las reglas y contestar las llamadas de la policía... En caso contrario te informo de que podemos tener problemas.

—No sabes lo que estás diciendo —Valeria apretó los dientes, sus palabras eran afiladas como cuchillas—. Te perdonaré porque no sabes lo que dices...

—¿Sobre qué? —inquirió Nico.

—Sobre toda esta mierda que me rodea. —Abrió los brazos y alzó las palmas de la mano—. Es todo una fachada, Nico. Nada es lo que parece.

Súbitamente comenzó a sollozar y se tendió en la cama boca abajo ocultando su rostro. Nico se quedó mirándola avergonzado. ¿Realmente había gritado tanto como para que se pusiera así? Se sentó en la cama junto a ella y le acarició el cabello suavemente.

—Perdona, Valeria. Estoy un poco nervioso.

—Ya lo sé, Nico. Todo esto es por mi culpa, toda esta situación la he provocado yo.

Nico le alcanzó un pañuelo y Valeria se secó las lágrimas.

—Todos tenemos parte de culpa, Hugo, yo, todos los que participaron en el juego —recalcó Nico intentando calmarla—. No te martirices tú sola.

El cuerpo de Valeria tembló y su rictus se contrajo mostrando una mueca desagradable.

De nuevo sonó el móvil. La inspectora Montalvo no se rendía fácilmente.

—No lo cojas, por favor, deja que mi abuelo se encargue de esto —suplicó con una vocecita—. Hablaré con él. Si fuese algo grave contactarían con tus padres, no contigo directamente, aún eres un menor...

Nico recordó la entrevista amistosa que tuvo en comisaría con la inspectora Montalvo y ese tal Héctor Orgaz, y se le revolvieron las tripas de pensarlo.

—De acuerdo, pero... —dejó el final de la frase en el aire durante unos segundos y después continuó—. Esperaré a ver si tu familia me resuelve la papeleta, pero me tienes que contar qué pasó.

Valeria le cogió la mano y apretó con fuerza.

—Cuando esté preparada, Nico —dijo con una voz elocuente, suave y precisa—. Quizás no quieras conocer toda la verdad.

## CAPÍTULO 17

La inspectora Montalvo estaba muy cabreada, su enfado crecía exponencialmente conforme repasaba las notas del caso de la muerte de Hugo Rivera —y Margarita García—. Desastre. Esa era la palabra que lo definía, un completo desastre. Habían encontrado los cadáveres, según el informe forense, como mínimo, tres días después de su muerte. Y, hasta que terminó en sus manos, la deriva de la investigación había sido, cuanto menos, curiosa.

Alzó el cuello para desentumecerlo. Llevaba en la misma postura casi una hora. Quedaban muy pocos en la oficina. No les culpaba, el volumen de trabajo les sobrepasaba, eran buenos en lo que hacían y la mayoría tenían

obligaciones familiares o de otra índole, hijos, pareja, madres, padres, amigos, novios. ¿Por qué ella se refugiaba en el trabajo y buscaba consuelo a su soledad entre informes y fotografías truculentas? Siempre le había pasado, desde pequeña encontró en los libros a sus mejores aliados, y ahora los había sustituido por casos que resolver, hasta caer rendida.

A través de las cortinillas medio echadas del despacho observaba el desfile de sus compañeros de brigada. Salían de la oficina, como en una procesión silenciosa, cuidando de que sus pasos no resonasen demasiado sobre la raída moqueta, mirando de soslayo la puerta de su gabinete, temerosos de que se le ocurriese alguna fulgurante idea de última hora. Ese había sido su ascenso por su brillante intervención en el caso de la chica desaparecida: espacio vital en la forma de un nuevo despacho, para ella sola, pero sin aumento de rango ni de sueldo. Sus compañeros se lo habían tomado medio en broma medio en serio.

Despropósito. Observaba las fotografías con detenimiento. Mucha sangre, demasiada sangre. Y también demasiadas incógnitas. ¡Hasta un ciego se daría cuenta de que algo no cuadraba en la escena del crimen! Según el informe, durante el fin de semana era habitual que la pensión estuviese cerrada. El primer huésped llegó a última hora del domingo. Un ingeniero, residente en Zamora, casado, con dos hijas de tres y nueve años, que trabajaba en las obras de la Renfe. Como llevaba medio año alquilando la habitación y la empresa

pagaba religiosamente, y por adelantado, la dueña le había proporcionado una llave para que pudiese entrar, por si ella no estaba en casa, ya que los sábados y domingos solía ir a cuidar de su hermana a una residencia en Madrid. Ese fin de semana, por supuesto que la echaron de menos, pero a nadie en la residencia se le ocurrió avisar ni tampoco nadie sospechó nada, no había motivo aparente. Pensaron que quizás le había surgido alguna cosa de última hora.

El resto de los huéspedes llegó a mediodía del lunes, para la hora de la comida. Al comienzo de la mañana acudieron directamente al trabajo. Fue entonces cuando se extrañaron de no ver a Doña Margarita sirviendo las mesas ataviada con su delantal de flores —los testigos coincidieron en ese punto, siempre llevaba el mismo—. Preguntaron a los vecinos del barrio, pero ninguno la había visto durante el fin de semana. Imaginaban que había estado visitando a su hermana, como tenía por costumbre.

El gato fue el que dio la voz de alarma. Leticia observó la foto del pequeño felino, miraba a la cámara con las pupilas muy dilatadas. Quizás tú lo viste todo, pensó, si pudieras decirnos algo a cambio de una lata de atún... Sus maullidos alertaron al resto de huéspedes que se acercaron a la habitación número 3, ubicada en el primer piso, donde el animal maullaba una y otra vez tumbado sobre la alfombrilla de felpa, delante de la puerta que estaba cerrada con llave. Llamaron en repetidas ocasiones, pero no hubo respuesta.

El ingeniero fue el que percibió un olor desagradable, como a fruta podrida. Preocupados, llamaron a la policía local. Tampoco a nadie se le ocurrió forzarla o echarla abajo. Una actitud muy cívica, pensó Leticia irónicamente. Una patrulla acudió al lugar de los hechos bien entrada la noche. Al parecer, en el hospital se produjo un altercado entre dos familias, una paya y otra gitana. Dos de sus miembros habían salido trasquilados en una reyerta, con contusiones y heridas de arma blanca, por defender al honor de una prima de la familia o algo así —a Leticia no le quedaba claro después de leer el informe—, y se montó una auténtica batalla campal al encontrarse ambos clanes en la sala de espera del hospital. Habían tenido que priorizar, leyó en el reporte de la policía local.

Cuando llegaron a la pensión, los agentes forzaron la puerta y se encontraron una escena bastante sangrienta, con dos cadáveres en descomposición, y un enjambre de moscas y alguna que otra larva alimentándose de ellos.

La puerta del despacho se abrió y Leticia dio un respingo sobresaltada.

—Perdona, Leticia —dijo una voz varonil y petulante, sabía perfectamente a quién pertenecía—. ¿Estás ocupada?

—No pasa nada, Fernando —respondió con los nervios a flor de piel.

Últimamente dormía poco, cada vez menos. Sobre todo, cuando estaba

cabreada con un caso que no tenía visos de resolverse. O que se resolvía solo, como este, para cubrir expediente, dejando muchas incógnitas abiertas. Ella no era de dejar incógnitas danzando a su libre albedrío dentro de su cabeza.

—¿Sigues con el caso? —Leticia dejó que su voz varonil de actor de doblaje se perdiera en la habitación. Finalmente asintió con la cabeza—. Quizás esté bien resuelto... No quiero molestarte, pero... a veces hay que rendirse a las evidencias... —como Leticia no hablaba siguió con su exposición—. Todo indica que hemos tenido suerte, el chico le robó a la vieja... y esta subió a recuperar lo que era suyo y, bueno, todo se desmadró.

—Tenía nombre, Margarita, doña Margarita García. —le corrigió con voz afilada como un puñal— Todas las víctimas tienen nombre...

Fernando se metió las manos dentro de los bolsillos. Siempre hacía lo mismo cuando lo contradecían, adoptaba esa estúpida expresión infantil.

—Tienes razón... La señora murió, pero quitó de en medio a un psicópata en potencia... si es que no lo era ya...

—¿A eso le llamas suerte?

—Sí, suerte y justicia —afirmó tajante—. Si no, pregúntale a las familias de las otras chicas. Ha muerto como se merece, como un perro.

Leticia lo miró de arriba a abajo, e hizo una mueca de disgusto. Fernando era el único que no estaba allí por méritos propios. Era el sobrino del Ministro del Interior y lo habían colocado en ese puesto para obtener

información de primera mano sobre los avances que la unidad de delitos fiscales de la brigada hacía sobre el seguimiento de las cuentas de uno de los personajes públicos de mayor relevancia del país. Leticia trabajaba en la unidad que investigaba los crímenes y delitos relacionados con las redes sociales e internet. A causa de los recortes, ambas unidades cohabitaban en la misma planta, juntas pero no revueltas, como le gustaría a Fernando.

—Prefiero no ser yo quién lo decida, para eso están los jueces y magistrados, el poder judicial... el sistema de derecho, ¿te suena?

El otro se dio la vuelta malhumorado, visiblemente contrariado. Leticia observó cómo dudaba, hizo un ademán de ir hacia la puerta y, finalmente, se acercó a Frani. Le dijo algo al oído con actitud chulesca y le acarició el hombro sutilmente. Esta sonrió incómoda. Y él se marchó. ¿Fernando y Frani? ¿Estaban juntos? No, imposible. Después de meditarlo durante unos segundos llegó a la conclusión de que Fernando se querría acostar con Frani, por eso ella había sonreído a su insinuación con una expresión tan forzada. Quizás Fernando se quedaba últimamente hasta tan tarde por Frani. Se trataba solo de una hipótesis, pero era lo que mejor se le daba, plantear hipótesis dejándose llevar por su intuición.

Se levantó de la silla y estiró su cuerpo arqueando la espalda hacia atrás, alzando un poco los brazos por encima de su cabeza. Se acercó a la puerta y vislumbró luz en el habitáculo de Frani. Ella estaba de espaldas viendo algo

en el ordenador.

Frani le caía bien, tenía una inteligencia muy superior a la media del despacho, aunque tampoco eso era ningún halago. Era una chica tímida, quizás excesivamente para un trabajo como este, pensaba Leticia. No le gustaba salir y enfrentarse al mundo, prefería abordarlo a través de la pantalla de su ordenador. En su terreno era un hacha, y, ¿cuál era su terreno? El mundo virtual, tan vasto como infinito. Frani había sido reclutada muy joven, cuando era casi una adolescente y se dedicaba a *hackear* bases de datos de organismos oficiales, solo por gusto, sin malicia. No solía hacer nada más allá que inutilizar los servidores durante los fines de semana y poner una imagen del *sinsajo* todo el tiempo que duraba la broma. La brigada estuvo un año siguiéndole el rastro, sin éxito. La gota que colmó el vaso fue atacar los servidores del Ministerio de Defensa. Ahí entró en juego el propio CNI, que finalmente dio con las teclas adecuadas para dar con ella, utilizando métodos más o menos ortodoxos. Dado el enorme talento que atesoraba, se le ofreció archivar su expediente a cambio de trabajar para la policía. Ella aceptó a regañadientes, apenas tenía quince años, y sus padres iban a pagar el pato por ella. Al final pasó por el aro —lo que hubiésemos hecho casi todos en su lugar.

Acababa de cumplir dieciocho, era solo una niña en un mundo de tiburones. Maldito cabrón, pensó al recordar la actitud prepotente de Fernando. A pesar

de haberse pasado al lado luminoso de la fuerza, todavía tenía una notable reputación en el universo hacker. Poseía conexiones en el inframundo de la *darknet* y en varias empresas punteras, ya que algunos de sus amigos trabajaban creando cortafuegos y detectando los troyanos, que unos meses antes ellos mismos habían creado, para proteger a las organizaciones que antes atacaban. Mencionar que trabajaba con ella fue lo que realmente le abrió las puertas para conseguir la información sobre la IP desde la que se accedía al perfil del moderador de la ballena azul de Toledo, la IP de Nico. Otra vez Nico y otra vez Valeria, se dijo así misma.

Se acercó hacia donde estaba la chica, ocupaba uno de los departamentos más al fondo, sin luz natural y algo aislado del resto. Se encontraba enfrascada en alguna tarea, imbuida dentro de su panel de trabajo, todo lleno de artilugios con lucecitas rojas y verdes, y de cables de diversas formas y tamaños.

—Hola —Frani dio un pequeño botecito en su silla. Tenía un aspecto frágil, con esa cara angelical y esas gafas de culo de botella. El pelo, a media melena, lo llevaba recortado asimétricamente con un mechón rojo en un lado —. ¿Qué haces? Es muy tarde Frani, vete ya a casa a descansar...

—Es muy tarde para las dos —replicó sin atisbo de cansancio en su rostro —. Todavía tengo pilas para rato.

Su mirada era intensa, lo hizo sin disimulo, normalmente bajaba la cabeza cuando le hablaban. Normalmente, no, pensó Leticia, con ella siempre se había

mostrado más abierta que con el resto de la gente de la oficina, quizás era con los otros con quien no empatizaba.

—Tienes razón, es tarde para las dos —concedió Leticia—. Deberíamos irnos a descansar.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó la otra con una sonrisa descarada. La penumbra del habitáculo la hacía aún más descarada—. Podemos intercambiar impresiones.

Leticia no se esperaba esa propuesta tan directa. Ambas se miraron de arriba a abajo, como reconociéndose mutuamente. Permaneció de brazos cruzados sin saber qué responder. Tenía que reconocer que esa chica tenía algo especial. Y poseía olfato; la expresión le recordó a Héctor Orgaz y se le quitaron las ganas de salir.

—Venga, no pongas esa cara; que no te voy a comer... Podemos intercambiar impresiones de trabajo y cotillear sobre la gente de la unidad.

—No sé si será buena idea... No me gusta mezclar el trabajo con...

Dejó las palabras en suspenso.

—El placer... —rio Frani terminando la frase—. Pareces un témpano de hielo. Te vendrá bien despejarte un poco.

—Está bien ... —aceptó finalmente Leticia—. Pero, con una condición... tú eliges el sitio y yo te invito, que para eso soy tu jefa... o algo parecido.

Ambas rieron con complicidad.

—Hecho.

Se dieron la mano y Frani la sostuvo durante más tiempo del necesario, ejerciendo una leve presión sobre la misma.

Cogieron un taxi que las dejó en el barrio de la Latina. Callejearon un poco sin apenas cruzar un par de frases. El aire era frío y parecía que también Frani se había enfriado. Torció una calle y después otra, iba un par de pasos por delante, como una exploradora reconociendo el terreno. Al cabo de unos minutos llegaron al sitio. Había gente en la acera, unas cuantas personas con vasos en la mano fumando y charlando tranquilamente, y todo el mundo vestía de un modo bastante estafalario. El *Cosas Extrañas* hacía honor a su nombre: en toda la fachada del viejo edificio decimonónico y sobre la puerta ondeaban prendas de noche, tenues camisones, pijamas a rayas y saltos de cama muy cortitos. Algunas de las prendas parecían compradas de segunda mano.

Frani, sin inmutarse, se abrió paso y entró en el local, que era una combinación destartalada de pub y galería de arte. Leticia la siguió, observando toda la fauna y el ecosistema autóctono con una curiosidad innata. En un pequeño podio había un hombre sentado, tocando clásicos de la cultura pop con un piano de cola, mantenía una expresión de ensueño aderezada con pequeñas dosis de júbilo pese a que nadie le prestaba atención. Leticia dio un rápido vistazo a la clientela y no vio a nadie conocido. Frani dijo hola a un

par de personas que la saludaron con una leve inclinación de cabeza.

Las obras de arte que decoraban las paredes eran del tipo que Leticia detestaba y que la llenaban de estupefacción. Algunas parecían dibujadas por niños de primaria, manchas sin forma, de óleo, con toscos perfiles de trazos negros o de colores muy chillones sin aparente conjunción, y que se suponía representaban escenas de la vida cotidiana, alegorías de los sentimientos, o actos sexuales. Leticia recordó un documental de un chimpancé que pintaba cuadros que se vendían por varios miles de dólares en internet, incluso habían montado una exposición con sus obras en New York, con tal éxito que catapultó al simio a la fama. Las cosas que dibujaba el mono tenían cierta simetría, elegancia y coherencia comparadas con todo aquello y, desde luego, reflejaban calor humano.

El antro estaba bullicioso y bastante oscuro, y había tanta gente que tuvieron que permanecer de pie junto a la barra un buen rato antes de que les atendieran. Leticia pidió un Jack Daniel's y Frani dijo que tomaría lo mismo. La luz amarillenta de detrás de la barra caía sobre el tirante blanco que le cruzaba el hombro, sobre el brazo desnudo. Un hombre le cedió su taburete a la muchacha. La inspectora, manteniéndose a cierta distancia, aunque poca debido a los apretujones, brindó por ella antes de beber, pero Frani no se enteró. De hecho, Frani evitaba ahora su mirada, y Leticia pensó que parecía como si estuviera tomándose una copa ella sola.

Una mesa quedó libre y Frani se apresuró a ocuparla, con movimientos ágiles y felinos sorteó a un grupo de personas que se interponían en su camino y se sentó en la silla, justo delante de las narices de un hombre con cabeza con forma de bala que la miraba con gesto contrariado. Ella lo obvió. Leticia llegó unos segundos después y también obvió al hombre que seguía mirándolas. Llamaron al camarero y pidieron otra copa y una ración de carcamusas para llenar el estómago —según Frani eran la especialidad de la casa—.

Conforme el alcohol corría por su torrente sanguíneo la chica se abría más, y Leticia se sentía también más a gusto. La música se elevaba por encima del resto de conversaciones, creando un ambiente íntimo en cada una de las mesas. El pianista comenzó a tocar melodías de clásicos de los sesenta, versionando hábilmente canciones de The Doors, The Who y Rolling Stones. Después se centró en los Beatles, haciendo que mucha gente tarareara y sonriera feliz.

Estuvieron hablando de todo un poco, más que nada cotilleando del resto de compañeros. Frani llevaba más tiempo que ella, y conocía muchos secretos, demasiados. Leticia no quería ni pensar cómo había conseguido esa información tan personal. Quizás también tuviera algo de ella, pensó sin preguntarlo. Si hackease mi móvil o mis cuentas de correo, ¿Qué encontraría? Poca cosa, trabajo y más trabajo, pensó, ¿con una pizca de envidia? hacia las vidas de sus compañeros.

Se enteró que Fernando había estado liado con Esther —antigua

compañera, ahora en narcóticos— y con Yolanda—diez años mayor que él, casada y con dos hijos—, a la vez, durante año y medio, y que cuando a Esther se lo soplaron, se presentó histérica en la puerta de su piso para cortarle el pito con unas tijeras de cocina. Le dieron la baja y pidió el traslado de forma simultánea. Se enteró todo el mundo menos el marido de Yolanda. También se rumoreaba que el comisario tenía cierta dependencia de los ansiolíticos y que, por eso, en más de una reunión se quedaba dormido. Alberto, el de la otrora mirada perdida, siempre sumido en una eterna depresión sin límites, tuvo un repentino cambio de humor cuando por fin salió del armario; según Frani era aficionado al *sexting* y a las fiestas sin mañana.

Sobre Fernando la opinión era unánime: un cabrón sin escrúpulos, pero intocable, muy gorda tenía que liarla para que alguien le llamara la atención.

—Ser sobrino de un ministro siempre es un grado en el Cuerpo —apuntó Frani con voz grave imitando al comisario.

Leticia rompió a reír. Tenía que reconocer que Frani era una caja de sorpresas. La observó con detenimiento, era un curioso animal de laboratorio que se estaba abriendo a ella sin disimulo.

—He visto cómo te mira —dijo Leticia—. Si tienes algún problema, cuéntamelo.

Frani dio un sorbo a su copa.

—Tranquila, conmigo es inofensivo, sabe que es mejor no cabrearme; le

sigo la corriente pero nada más... lleva en ese plan desde que llegué. Aunque no lo parezca, sé defenderme —replicó despreocupada—. No es tonto... no le conviene enfadar a la mejor hacker a este lado del espejo.

Rio su ocurrencia con una alegre carcajada. Estaba desinhibida, había salido de su cascarón y se encontraba a sus anchas. Leticia también se encontraba a gusto y feliz, llevaba sin salir prácticamente desde que... desde que apareció Valeria. Su rostro se ensombreció, pero recuperó la compostura al instante.

—¿Pasa algo?

—No, nada, simplemente me he acordado de algo.

—Tienes esa mirada...

—¿A qué te refieres?

—A esa mirada de estar pensando en otras cosas mientras hablas conmigo.

Leticia hizo un aspaviento con la mano espantando su comentario.

—Y... de mí... ¿qué se dice? —terció cambiando de tema.

Frani la miró y le dio otro sorbo a su bebida.

—Que eres una buena policía, con un instinto especial, pero que te falta experiencia —su tono era serio e inseguro al mismo tiempo.

—Vamos... dime algo que no sepa... ¿Qué dicen Fernando o Yolanda?

—No quieras saberlo todo... Leticia Montalvo —dijo con voz grave, cambiando de registro e irguiendo mucho la espalda, como un soldado. Esta

vez la imitación no fue tan buena—. La sabiduría no da la felicidad...

—Venga, no te pongas en plan oráculo... No me voy a escandalizar.

—Está bien, si insistes... —Leticia asintió con la cabeza. Sus mejillas se sonrojaron—. Corre el rumor por la oficina de que debes tener las rodillas desolladas para haber llegado tan joven a ese puesto... —Leticia se puso seria a propósito—. Lo siento, no debía haber dicho eso, es la mierda que va soltando Jaime.

Al ver que Frani retrocedía unos centímetros y sus facciones se contraían, Leticia rompió en una sonora carcajada que hizo volverse a los de la mesa de al lado.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica azorada.

—Nada, que he tenido que reforzar muchos pantalones —dijo Leticia en tono jovial. Frani esbozó una tímida sonrisa bajando la cabeza—. Vamos, si es solo eso... A ver... siguiente nivel... ¿Qué dice Yolanda?

—Yolanda... —Leticia vio que se le iluminaban los ojos y curvaba los labios antes de continuar—, que eres una lesbiana consumada... que se te ve a la legua por cómo me miras... Que ella tenía a una compañera que la miraba así cuando estaba en la universidad.

—¿Cómo te miro?

—Así, como ahora...

La mano de la chica se posó encima de la suya. Tenía unos dedos frágiles y

alargados, su piel era muy blanca, casi traslúcida. Después de un segundo, Leticia retiró la mano de forma instintiva. Frani hizo como si nada, mirando al pianista. De modo que era eso, Frani se quería acostar con ella, se dijo Leticia, debería haber visto el movimiento desde el principio. De hecho, lo hubiese visto si no estuviese embebida con el caso de Hugo Rivera.

El pianista, oportuno, comenzó a tocar *Great ball of fire*, a lo Jerry Lee Lewis y la gente se puso de pie para contorsionarse en la pista de baile o aplaudir y corear desde la periferia. Cuando terminó, el músico estaba sudando y se le cayó la peluca de tupé que llevaba puesta, recogéndola y volviéndola a poner en su sitio con un cómico movimiento. Estaba delgadísimo y Leticia pensó que sus piernas no tenían la fuerza suficiente para bailar. Piernas delgadas como tubos de pipa, incluso como de limpiapipas, enfundadas en pantalones negros de perneras muy estrechas.

Todo el bar aplaudía como si no hubiera un mañana.

—Es alucinante —dijo al fin Leticia cuando la gente volvía a sus mesas—. Gracias por descubrirme este sitio.

—Lo siento... lo de antes, no lo tengas en cuenta... Me caes bien, solo pensaba que...

—No sé a qué te refieres... —dijo Leticia quitándole hierro al asunto—. Me lo estoy pasando muy bien contigo, mejor no estropearlo...

—No hay que mezclar cosas...

No había ningún atisbo de vergüenza en sus palabras.

—Mejor que no.

Pidieron otra copa. El club estaba cada vez más lleno, en la zona de mesas habían apagado las luces del techo dejando unos tenues focos azulados a ras de suelo.

Leticia se sentía abotargada, sus sentidos comenzaban a traicionarla; cuando se terminase su bebida se iría para casa, sola, se dijo así misma bastante convencida.

—¿Cómo vas con el caso? Te han dicho que lo dejes, ¿no? Al menos, eso he oído —dijo de forma repentina, sin malicia, mientras se balanceaba en su silla hacia adelante y hacia atrás, animada por el estribillo de Yellow Submarine.

—Sí —afirmó Leticia sorprendida con la desenvoltura con la que hablaba. La mosquita muerta no lo era, en absoluto. ¿Te refieres a lo del doble asesinato?

Ella asintió.

—Pero tú no lo vas a hacer... ¿no?

—Por ahora no —negó balanceando la cabeza— y en parte gracias a ti...

Frani sonrió con el halago, una sonrisa franca y abierta.

—No es para tanto —dijo con una modestia fingida.

—Sí lo es, si no fuera por tu labor no habiéramos descubierto la conexión

del chico... del difunto, con el resto de víctimas... Hubieran quedado como una estadística más de suicidio... Sus familias agradecerán saber la verdad.

—Es mejor que esté muerto —afirmó tajante— Quién quiera que lo haya hecho... realizó una buena labor para la comunidad.

—No me digas que estás con Fernando. —Leticia enarcó una ceja a modo de sorpresa y desagradado; pensaba que los extremos, a veces, se tocaban más de lo que debieran—. Sois muy radicales.

Frani puso cara de asco.

—Es un ser inepto que debería estar recogiendo basura en un parque, con todos mis respetos para los empleados de la limpieza... —Ambas rieron con complicidad—. Pero... las malas hierbas hay que eliminarlas de raíz, y ese Hugo era una mala hierba.

—Quizás eso debiera decidirlo un juez... Nuestro trabajo es coger a los malos, no impartir justicia.

—Tienes razón —admitió después de pensarlo un segundo—, era un comentario sin importancia.

A pesar de su apariencia frágil, de ratón de biblioteca, Leticia atisbó en Frani un carácter fuerte y determinante.

—Está en punto muerto —añadió Leticia siguiendo con la conversación principal. Se dio la vuelta para ver si había alguien escuchando, como siempre hacía cuando hablaba de trabajo en un sitio que no era de trabajo—. Un

absoluto desastre. ¿Qué te voy a contar que tú no sepas...?

—Una completa desorganización, lo que no quita que lo que dice el informe sea lo que realmente pasó... Sólo hago de abogado del diablo, no me malinterpretes.

Leticia se sentía con ganas de hablar con alguien del tema que la carcomía por dentro. Frani estaba al tanto de los pormenores, pero decirlo en voz alta siempre aliviaba.

—Y más cosas, una ristra de casualidades...

—Sí, lo leí por encima

—Fíjate —continuó Leticia—, nadie los echa en falta y no se encuentran los cadáveres hasta tres días después, casi cuatro. El chico era muy dado a desaparecer y aparecer de casa; vivía con su madre en un chalet de la sierra, su padre falleció en un accidente dos años atrás, cuando ella estaba de viaje en Praga. El día anterior a su muerte los vecinos lo vieron dándole de comer al perro, intercambiaron unas breves palabras a modo de saludo; un chico introvertido pero afable, según dicen.

—Aparentemente un chico normal...

—La mujer... la difunta... vivía sola y regentaba la pensión, su único medio de vida. Nadie la vio durante el fin de semana, pero todos pensaron que se había ido a Madrid a acompañar a su hermana, como tenía por costumbre. —Hizo una breve pausa para coger aire—. Para colmo de males, los

compañeros de la benemérita dan el caso por zanjado, ¿cómo? Ver para creer... como un robo violento que se complica y en el que ambos terminan a puñalada limpia. ¡Una mujer de su edad y de su complexión! No me lo creo... Y nos envían todo el material de la manzanita para que nuestra experta lo analice si tiene un hueco... a modo de pasatiempo, vamos.

—Y el caso es que lo tuve, no saben que me encanta descryptar esos aparatos, o, a lo mejor sí que lo saben... —terció Frani entusiasmada con la conversación, sobre todo porque en esa parte, ella era la protagonista.

—En otros sitios te pagarían una pasta por hacer esas cosas. ¿Cuántas personas pueden hacerlo? Por lo que yo sé, se podrían contar con los dedos de una mano.

—Calla, no me lo recuerdes. Pero hice un trato... y todavía me quedan varios años para que caduque.

—Es curioso, ¿no te resulta extraño?

—A qué te refieres...

—A que nadie oyó nada, ningún grito, ni ruidos fuera de lugar... —aclaró Leticia, cada vez con la lengua más suelta—. Esa misma semana hubo un cambio de turno en la obra y a muchos trabajadores les tocó descansar... Costó un poco de trabajo encontrar a los que estaban durmiendo en la pensión la noche del doble crimen. Lo que se tradujo en más días de retraso conforme al calendario ideal.

—Ese que nunca se cumple... Excepto si tú estás al mando...

—Sí... —afirmó con una media sonrisa.

—Qué le vamos a hacer, pones un circo y te crecen los enanos...

—El de la habitación de la derecha, el perito, tomaba ansiolíticos para dormir; y el de la izquierda, el jefe de obra, declaró que la noche anterior se pasó con el vino y que durmió como un tronco hasta que sonó el despertador. Abajo, se ubicaba la vivienda de la dueña de la pensión, que en paz descansa...

—Que en paz descansa —repitió Frani solemne.

Ambas prorrumpieron en una sonora y frívola carcajada.

—No seas mala y no me hagas reír —dijo Leticia intentando contenerse—.

De verdad, es un caso muy serio e intrigante, y, todo, gracias a ti...

—Umm... Me gusta oír eso —replicó con cierta sorna—. Continúa por favor, prometo estarme calladita.

Frani apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla sobre el dorso de sus manos entrelazadas, prestando toda su atención al relato de la inspectora.

—En la habitación de arriba no había nadie, la geóloga que la ocupaba tuvo que irse repentinamente la mañana anterior para acompañar a su hijo en una operación de apendicitis.

—Muy oportuno.

—Además, los testigos no prestaron demasiada atención al difunto, que en

paz descanse —añadió Leticia retando a Frani con la mirada. Solo consiguió sacarle una sonrisilla—. Al parecer, únicamente se lo cruzaban a la hora de las comidas, de algunas, cuando estaban a punto de cerrar el comedor, aparecía. ¿Y sabes lo más curioso?

—Ilumíname, oh diosa de la sabiduría...

—Que todos coincidían en que el joven no acudía solo.

—¿No? —inquirió sorprendida ante ese dato que no conocía.

—No. Iba acompañado de otro chico... o chica.

—¿Qué quieres decir? —dijo frunciendo levemente el ceño.

—Que ninguno supo decir a ciencia cierta si era macho o hembra —soltó Leticia de forma abrupta.

—Eres un poco bruta...

—Perdón, no supieron discernir el género de la persona que acompañaba al muchacho. El caso es que todos coinciden en que era muy delgado o... delgada, de piel pálida, con rasgos finos y angulosos, vestía con ropas muy anchas, y siempre llevaba una gorra... —Leticia sacó su móvil y buscó durante unos segundos—. Mira, este es el retrato robot... ¿qué opinas?

Frani estiró el cuello como un avestruz y estudió el rostro que le mostraba Leticia con detenimiento.

—Difícil... muy andrógino, si le echas imaginación puede ser tanto lo uno como lo otro... Rasgos eminentemente caucásicos, atractivos, tanto para

hombre como para mujer... Pero, poco más, sin tener una idea de a quién buscamos... poco más...

Leticia le mostró otra foto, acto seguido.

—Esta es la chica...

—La chica que se fugó, Valeria Aguirre —completó Leticia terminando la frase que había quedado en el aire—... ¿qué opinas?

Frani la miró sorprendida, asiendo el móvil y ajustando varias veces la imagen, con el pulgar y el índice, a diferentes tamaños.

—Se parece, pero... tampoco demasiado —dudó mirando la foto de cerca y de lejos, cambiando de ángulo—. Le da un aire sí... ¿a dónde quieres llegar? No estarás insinuado que estaba allí.

Leticia dio un sorbo a su bebida esbozando una leve mueca a modo de sonrisa. Su mirada se posó en uno de los cuadros, un enorme mural de dos por dos, de acuarela, con una niña con un vestido al vuelo soltando una estrella de cinco puntas, de color rojo, que se elevaba hacia el cielo. Detrás, un muro medio derruido que enseñaba algunos rascacielos al fondo. Era la única obra de las que había visto que le encontraba algún sentido, aunque tampoco mucho. Le recordaba vagamente a uno de los grafitis de Banksy, parecía una buena imitación. ¿Qué había querido plasmar el autor? Quizás fuese una alegoría del comunismo como un sueño que se alza por encima de la razón, quizás fuese la pérdida de valores de la sociedad, o quizás solo fuese una niña mimada que

perdía un globo. Una niña mimada como Valeria.

Su instinto le decía que no podía ser una coincidencia.

—Otro dato curioso, no se encontró ADN de esa persona en la habitación. Y, cuando pedí que revisasen el libro de registro... adivina... Alguien había arrancado varias páginas de cuajo.

—Extraño —musitó Frani relamiéndose el labio superior.

—Sí, cuanto menos extraño. Y, lo peor de todo, es que la gente de la UCO no tenía con qué cotejar la información del caso con nuestra base de datos. Ya que, en la desaparición de Valeria, no hubo caso oficialmente hablando... Todo terminó muy rápido. Cuando a la chica le dio por reaparecer, me dieron una palmadita y para Madrid que hay mucho trabajo pendiente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó algo impaciente.

Leticia movió la cabeza negando. Dio otro sorbo y miró la copa de Frani. Tendrían que pedir la siguiente bebida en breve.

—Que si se hubieran hecho las cosas como Dios manda, quizás hubiéramos relacionado a Hugo Rivera con la desaparición de Valeria desde el primer momento —Leticia dio un golpe en la mesa con su vaso, sintiendo una oleada de indignación hacia el mundo en general—. La UCO metió su nombre en la base de datos y, obviamente, no salió nada porque no había nada...

—No te sigo...

—A ver, que si hubiésemos investigado al tal Hugo Rivera cuando

desapareció Valeria... quizás lo hubiésemos cogido y ahora estaría en un calabozo esperando a ser juzgado. O, aunque, no hubiésemos sospechado de él, al menos su nombre habría saltado...

—¿Y?

—Joder Frani... —Quizás no fuera tan avispada como pensaba—. Fue asesinado un día antes de que apareciera Valeria.

—¿Y crees que lo hizo ella? ¿Ella mató a los dos? —Leticia asintió vehementemente—. Una teoría descabellada...

—Para mí no lo es.

—En caso de que tuvieses razón... ¿Por qué haría una cosa así? ¿Cuál sería el móvil?

—No lo sé... Es lo que intento dilucidar. Hay algo oscuro detrás de todo esto, algo que se nos escapa. De lo que estoy segura es de que tiene que haber una conexión. No creo en las casualidades...

—Ni yo tampoco, en eso te doy la razón.

—Es solo una corazonada, ya lo sé, y sin pruebas no hay nada que hacer... quizás si hubiésemos estado al mando desde el principio... —se lamentó dando un suspiro— ¡Joder! ¡No me gusta que los malos se vayan de rositas!

Dio un fuerte manotazo en la mesa y una copa cayó al suelo resquebrajándose en varios trozos de cristal. Frani se agachó solícita a recogerlos. Después puso una mano sobre la de ella de forma casual. Esta vez

Leticia no la retiró.

—¿Has intentado contactar con la chica?

—Sí, pero nada más identificarme me colgó; y, al día siguiente, me ordenaron desde arriba que la dejara en paz, que el caso estaba cerrado. ¡Me trataron como a una vulgar novata! —exclamó dolida. Frani la miró con cara de «eso es precisamente lo que eres»—. También lo he intentado con el chico, pero no me ha cogido el teléfono.

—Intuyo que no vas a darte por vencida.

Leticia negó con la cabeza.

—No. Mañana lo intentaré de nuevo, con el chico, Nico...

—Haz lo que quieras, pero sigo pensando que Hugo Rivera merece estar más que muerto.

—No me gusta que hables así.

—¿Por qué?

—No lo sé, porque no me gusta... Es indecente y amoral. Y, además, si estoy en lo cierto ha muerto también una víctima inocente...

—Sí, ella no debería haber muerto... Pero nos hemos librado de un psicópata en potencia, de hecho, ya lo era, incitando a toda esas chicas a quitarse la vida... Debería salir en los medios.

—Ya sabes que estas cosas se tapan, al fin y al cabo se catalogaron como suicidios; y el efecto contagio... pueden salir imitadores como setas y los

casos se podrían multiplicar.

—Estamos locos.

—El mundo está loco.

—Pidamos otra copa.

Leticia estaba quebrando una de sus reglas de oro, no confraternizar más de la cuenta con los compañeros de trabajo. Aunque, quizás Frani merecía el beneficio de la duda. La chica se lo había currado y la había ayudado a colgarse otra medalla, por decirlo de alguna manera. Gracias a ella pudieron acceder a su móvil y a su ordenador personal. Ambos tenían el famoso sensor de identidad por huella digital, y Hugo llevaba ya enterrado una semana cuando les enviaron los equipos. Si no hubiera intervenido, habría sido casi imposible lograrlo; conseguir la colaboración de los chicos de la manzana se cotizaba muy caro, su restringida y exclusiva política de privacidad constituía uno de sus mejores activos y reclamos publicitarios. Si les daban largas a las autoridades federales de los Estados Unidos de Norteamérica, a ellos no les iban a hacer mucho más caso.

A partir de ahí, lo demás fue coser y cantar, hilvanado fino y dando puntadas aquí y allá —aunque siempre quedaba la reverberación de una nota discordante—. A los pocos días había descubierto la conexión de Hugo con el resto de casos de la ballena azul, incluida la chica encontrada en los

alrededores de Toledo. ¿Una coincidencia que fuese precisamente allí? Leticia no lo creía.

Hugo Rivera, se había acercado a ellas, todas jóvenes y solitarias, con aspecto de ninfas de cuento de hadas, sumidas en medio de crisis existenciales o con problemas de autoestima. En ese estado, chicas manejables, el caldo de cultivo ideal para que un psicópata entrase en sus vidas y las arruinase por completo. Hugo Rivera era ese psicópata. Se había ganado su confianza, día tras día, minuto tras minuto, paciente como una alimaña nocturna, hasta acercarlas a su propio límite. Un chico tranquilo, estudioso, introvertido pero de carácter afable, ¿qué le había llevado a jugar de esa manera con la vida de otras personas? ¿Qué le había llevado a hacer que tres chicas se quitasen la vida siguiendo los designios de su voluntad? Lo habían hecho ellas, sí... Pero auspiciadas por él. ¿Cuál hubiera sido su siguiente paso? La última joven tenía algunos signos de violencia, moratones y arañazos, los chicos del laboratorio podrían cotejar el ADN de los restos piel que había bajo sus uñas con el de Hugo, pero habría que exhumar el cadáver. Imposible, tal y como estaban las cosas. Le habían ordenado que dejase el caso. Esa chica no quedaría en el olvido, se perjuró más con el corazón que con la cabeza.

Se calcula que entre un 3 y un 5% de la población es psicópata. ¡Cinco de cada cien personas! Pero, por suerte, no todos los psicópatas son como Hannibal Lecter, pensaba para sus adentros. Leticia los llamaba los

destructores de universos, y ella era una superheroína dispuesta a acabar con los malos, al menos los que se le pusiesen por delante. Para eso se había hecho policía. Ella creía en el sistema y quería que todos tuvieran el castigo que merecían según lo establecido en la ley.

Se decía a sí misma, más para autoconsolarse que para otra cosa, que estaba aprendiendo cosas nuevas sobre la gente, cosas que, aunque resultaban deprimentes, podían serle de utilidad, para protegerse en lo sucesivo y proteger a los demás.

Hugo lo había intentado con más chicas. Todo estaba en su portátil y en su móvil. Tenía guardadas carpetas personalizadas, con fotos perfectamente ordenadas cronológicamente y con denominaciones curiosas: *caperucita roja*, *la bella durmiente*, *blancanieves o pulgarcita*. Quizás Frani y Fernando tenían razón, y estuviese mejor bajo tierra, donde no podía hacer daño a nadie.

Empezaba ya a sentir un hormigueo que le subía por las piernas y los codos, ¿sueño o aburrimiento? Más bien un aburrimiento súbito que la paralizaba. Toda la situación y la conversación le parecía fuera de lugar. Se sentía cansada y abotargada.

Cuanto antes terminemos, mejor, se dijo a sí misma mientras observaba como Frani cabeceaba de forma graciosa.



## CAPÍTULO 18

Valeria caminaba con su hermana por el sendero principal que circundaba las barrancas del Tajo. La observaba muy atenta, enfundada en su chaqueta de ante, vaqueros y botas de *gore tex* de diseño urbano, mirando concentrada hacia el suelo, con el semblante compungido, como si hubiera trampas ocultas en mitad del camino. Tenía una figura cada vez más delgada. Se le notaban los huesos de la clavícula, y los que conformaban los pómulos y la barbilla, afilados como aristas, le conferían aún más profundidad a las cuencas oculares, dándole un aspecto mortecino, casi cadavérico.

Rosita les había preparado un desayuno calórico, unas rebanadas de pan de

centeno con aceite y tomate, y un bol de avena regado con yogurt natural. Aitana ni lo había probado, inmutable ante las protestas y arengas de la chacha Rosita, algunas erigidas en un dialecto incomprensible para ellas. Alguna vez les había contado que su madre se escapó de una tribu en lo más profundo de la selva ecuatoriana y que, con mucha suerte y por azares del destino, terminó trabajando de temporera en España, donde conoció a su abuelo, un gallego de pocas palabras que ejercía de conductor del patrón de la finca. De ahí le venía el pintoresco vocablo con el que se comunicaba cuando se enfadaba. Ella, a todas luces, había sacado el carácter de su madre y había encontrado el reflejo paterno en su marido, Gica, un gigante rumano, callado y de buen corazón que trabajaba de jardinero o de lo que hiciera falta.

Aitana estaba muy rara últimamente, pensaba Valeria; hablaba poco, comía poco y se encerraba en su cuarto cuando llegaba de dar clases. ¿Estaría enamorada? ¿Sería de Nico? ¿Se habría encaprichado de él? Tampoco le importaba mucho, ya se le pasaría. Ellas se querían a su manera, de eso estaba segura. Se contaban confidencias de vez en cuando, en el momento que le apetecía a cada una, pero tampoco tenían esa relación de hermanas que se lo cuentan todo. Cada una tenía su vida y sus secretos.

Por lo que sabía de Rosita, cuando lo de su desaparición, Aitana se mostró muy activa en redes sociales, enseñando fotos suyas y solicitando ayuda a cuentas de famosos que hicieron mutis por el forro. Al cabo de tres días muy

intensos, terminó cerrando todos sus perfiles y se enclaustró en su cuarto, aislándose del mundanal ruido. Recibió comentarios de todo tipo, la mayoría dándole ánimos y apoyo, desde lugares que no sabía ni que existían; pero también los hubo crueles, soeces y de muy mal gusto. Eso la deprimió bastante, no se esperaba que hubiese gente así, que se alegrase de las desgracias ajenas. No salió de la finca, tejió una tupida crisálida a su alrededor y no quiso saber nada del exterior hasta que Valeria apareció de nuevo.

Naturalmente, su hermana sabía que ella estaba loca por Nico, pero ignoraba el grado de locura. En casa disimuló bastante bien todo el tema de la ballena azul, se guardó de enseñar sus cortes y tatuajes, principalmente ante Rosita, Gica y Aitana; de sus padres no había que preocuparse mucho, ellos tampoco lo hacían. La poca atención que prestaban a sus hijos de puertas adentro, se focalizaba en Aitana, ella era la responsable, la querida, la niña bonita de papá y mamá. Tampoco era que le importase, al contrario, la mayor parte del tiempo se sentía libre de hacer lo que se le antojase. Desde el Incidente —la otra situación— era así. Todo aquello había pasado hacía mucho tiempo, en su mente se dibujaba una nebulosa —¿real? ¿o imaginaria?—, cuando pensaba en lo sucedido. Delirios. Eso era lo que le dijeron, que eran invenciones.

Y, además, qué le importaba a ella que sus padres la ignorasen de esa

manera, siempre tendría a su abuelo Rodrigo, ella era su ojito derecho. Equilibraba la balanza, aunque fuera solo un poco, haciendo como que Aitana no existía. Era un fenómeno curioso e inexplicable, el del cariño y afinidades dentro de su familia. A menudo le decía que sus arrebatos de mal genio le recordaban al carácter díscolo de la abuela Blanca. Aunque, había visto fotos en sepia, en blanco y negro y en color, y era su madre la que se parecía físicamente a la abuela Blanca —como dos gotas de agua—, según Rodrigo, era ella la que había heredado su temperamento rebelde y alocado. En su caso, los genes que definían el físico se habían saltado una generación: ella era más como el abuelo, con esa mandíbula de caballo, la frente amplia, y la mirada oscura e insondable.

El abuelo Rodrigo la quería con locura, era un amor incondicional y eso se notaba. Hiciese lo que hiciese siempre estaba ahí, daría todo por ella y ella daría todo por él; llegado el caso estaría dispuesta a hacer cualquier cosa. Incluso matar.

Ya sabía cómo se hacía. Fue relativamente fácil, una decisión tomada de forma espontánea. Y no se había arrepentido de nada. Para ser una primeriza, lo había hecho bien, no había dejado cabos sueltos, ¿o sí? Si hubiera tenido algo más de tiempo, lo habría planificado mejor. Lo hubiera hecho de tal forma que pareciese un accidente. Pero, fue algo instintivo, visceral, surgió sobre la marcha.

La llamada de la inspectora Montalvo la había sacado de su zona de confort y la había puesto en guardia. Quería hablar con ella del asesinato de Hugo Rivera, ¿para qué? ¿Tendría alguna prueba? Si fuera así, ya estaría siendo interrogada. No le habían dado demasiada publicidad al suceso, solo en los medios locales y provinciales, y trataban el asunto como un intento de robo que terminó de forma trágica. Utilizaron unas fotos de mala calidad sacadas de Facebook, de hacía un par de años, para mostrar a un Hugo serio y formal, en mangas de camisa; y las que había colgadas en la web de la pensión, para sacar a Doña Margarita, sonriente, enseñando de fondo la fachada del edificio. Por ella sí que lo sentía, tenía algunos remordimientos de conciencia, más pasajeros que otra cosa. Un daño colateral, se repetía, la mujer estaba al final de su ciclo vital, y ella comenzándolo. Y, además, había sido por un bien mayor, quitar a Hugo de en medio era un bien mayor para todos. Creía que si viviera en otro tipo de sociedad, más justa y sin estrecheces de miras, le darían una medalla al mérito ciudadano o recibiría una mención especial por parte de las autoridades.

Su abuelo había contactado con el tal Héctor Orgaz, el hombre con la mirada esquinada que la estaba esperando en la estación. Este, solícito, indagó un poco de aquí y allá, tirando de viejos amigos y pidiendo favores de vuelta. Horas más tarde reportó que era un caso resuelto y que la inspectora solamente cerraba algunos flecos, ya que Hugo había sido también compañero

de colegio de Valeria. Por lo visto, el caso le había llegado de rebote y creía que había alguna conexión con el pasado del chico. Leticia Montalvo quería preguntarle si mantuvo alguna relación con él o si sabía algo que pudiera aclarar ciertos claroscuros de la investigación. Según ella, estaba preguntando a otros antiguos compañeros de Hugo. ¡Y una mierda! ¡Era una excusa burda y barata! ¿A quién quería engañar?

Valeria cavilaba sobre si habría encontrado más puntos en común. Esa inspectora era muy tenaz y parecía competente —pero, en caso de haberlo hecho, no se lo habrían contado a Orgaz, por supuesto, eso era mostrar sus cartas de forma muy descarada, la policía no se pegaría un tiro en el pie de esa manera—. ¿Y qué si lo había hecho? Había sumado dos y dos, pero a veces dos más dos no son cuatro, inspectora; por chocante que parezca, en determinados casos las matemáticas no son una ciencia exacta, el número Pi y la proporción áurea no casan con los Aguirre. Los Aguirre tienen sus propias leyes y sus propios códigos. Ella estaba fuera de su alcance, en otra órbita completamente distinta, sin riesgo de colisión. A no ser que se le hubiera escapado algún detalle, todo lo demás era circunstancial. Y, con pruebas circunstanciales, nadie se atrevería a enfrentarse a la cólera de los Aguirre.

Compañero de colegio... Hugo. En aquella época germinó el embrión de la pesadilla... quizás, o quizás llevase el mal dentro. Los psicópatas, ¿nacen o se hacen? Era una pregunta que le rondaba la cabeza en las últimas semanas,

sobre todo por ella, porque sobre Hugo no albergaba ninguna duda.

Había investigado en internet sobre el tema, había leído numerosos y variados artículos y publicaciones de reputados especialistas e investigadores con títulos rimbombantes como *Psicopatía, qué es y qué lleva a los psicópatas a actuar así*, o *Qué hace que un psicópata se enamore*. Al principio, estaba algo preocupada porque pensaba que ella también podría serlo. Pero tenía sentimientos, y comprendía los sentimientos de los demás y podía empatizar con ellos. Había llorado, había rabiado por Nico, había matado por él, ¿no era eso sentir hasta más allá de lo imaginable? También quería a su hermana, y se preocupaba por ella, y a su abuelo. El resto del mundo... que se fueran todos al carajo, se decía para sus adentros.

Por contra, lo que caracteriza al psicópata es que es incapaz de tener emociones, y, por lo tanto, carece de remordimientos y empatía —emociones imprescindibles para los demás homo sapiens—. Pero esto no significa que los psicópatas no sean capaces de comprender esos sentimientos. Son capaces de comprenderlos, pero no de sentirlos. Los analizan de una forma totalmente fría, racional y calculadora. Hugo, era el claro ejemplo.

¿Se lo contaría a Nico? Quizás sí, llegado el momento. Todavía no estaba preparado. Al principio se quedaría de piedra. Se imaginaba la cara, con la boca abierta, sin palabras, mirándola con ojos desorbitados de cordero a punto de ser degollado. Después entendería.

¿Y a Aitana? Eso era harina de otro costal, su mente cuadriculada jamás llegaría a comprenderlo. Estaba segura de que se preocupaba por ella. Cuando se vieron a su vuelta, las dos se abrazaron y lloraron de alegría sincera, no como el tibio abrazo de su padre y las lágrimas de cocodrilo de su madre, a todas luces narcotizada más que de costumbre. Pero, no podía confiar en su hermana pequeña, no del todo. Aitana y ella jugaban a cosas distintas, simplemente era eso. No hablaron de lo que había pasado, aunque, por como la miraba Aitana, sabía que no se tragaba la historia.

Valeria pensaba que incluso su abuelo intuía que le había ocurrido algo fuera de lo común, no obstante, andaba bastante desencaminado sobre ese algo, imaginaba que eran temas relacionados con drogas y sexo. No pasa nada, Valeria, de joven yo también cometí errores y excesos, hay que aprender para no repetirlos, le dijo mientras la abrazaba sobre su pecho en el camino de vuelta a casa.

Gica las había dejado en el comienzo de la senda que bordeaba las barrancas. Era el sitio preferido de Valeria, al que le gustaba venir a primera hora, cuando no había nadie por los caminos e inmediaciones del paraje. Tenía buenos recuerdos de su infancia más temprana, antes de todo aquello, cuando sus padres aún la querían y pasaban tiempo juntos. A veces, anhelaba ese cálido sentimiento que le venía en forma de oleadas de nostalgia, y la

reconfortaba. Durante unos segundos volvía a ser una niña sonriente y pizpireta.

Olía a campo, a primavera en ciernes. Cada año, sabía perfectamente cuando venía el entretiem po por el picor que sentía en sus fosas nasales, la floración de las gramíneas siempre la avisaba. La niebla comenzaba a disiparse, las vistas de las barrancas eran de una belleza envolvente y cautivadora: las aguas del Embalse de Castrejón a un lado y las escarpadas cárcavas de piedra arcillosa rojiza al otro. Un paisaje que, echando un poco de imaginación, recuerda al Gran Cañón de Colorado. Muchos turistas acudían al caer la tarde, cuando el color ocre que toman las afiladas paredes adquiere más intensidad, el momento más deseado para obtener las mejores fotos. Pero, ella prefería la soledad del aire mañanero.

Aitana le había propuesto acudir allí para dar un paseo. Seguramente querrá contarme que está locamente enamorada de Nico, se decía, o que se ha echado un noviete y no sabe cómo actuar a solas con él.

—Aitana —la llamó con la voz todavía ronca. Carraspeó un par de veces. Ella le sacaba varias decenas de metros de ventaja—. Para, llevamos andando casi media hora.

Se volvió con la cabeza baja. Advertía en los ojos de Aitana una expresión que o bien era de languidez, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos, o de dureza, como si ella no fuera Valeria, su hermana, sino, quizá, otra persona.

¿Qué pasaría por su mente? Tenía esa mirada efímera que solo tienen los enamorados o las personas enfermizas.

¿Realmente estaba enamorada de Nico y la había traído hasta allí para confesárselo? ¿Cómo reaccionaría cuando se lo contase? ¿Le importaba acaso? ¿Tal vez lo amaba de un modo distinto a como lo hacía ella? Un amor platónico, no sería ni la primera ni la última vez que una adolescente caía prendida del novio de su hermana mayor. Una punzada de celos la invadió. Se imaginó lo peor, pero no podía ser... Aitana no se había acostado con Nico, de eso Valeria estaba segura. Su amor sería diferente, irreal e imaginario, libre de deseo. ¿O había adoptado esa actitud a sabiendas de que Nico la habría rechazado? Era tan impropio de Aitana, dejarse llevar por las pasiones mundanas; siempre tan cabalita, tan formal, tan lógica, tan ausente de la vida. Al fin había sentido algo.

Ella la reconfortaría, le daría ánimos y la aconsejaría sobre sus futuras conquistas. Al fin y al cabo, era una Aguirre y los Aguirre conquistan, arrasan y no dejan títere con cabeza, siempre consiguen lo que quieren. Sonrió hacia dentro, su abuelo la había aleccionado bien. Aguirre era el apellido de su madre y era el que ellas llevaban en primer lugar; Rodrigo se había empeñado y con buen criterio, los de Castro solo aportaban sangre débil y enferma, no había nada más que ver a su padre, pensaba a menudo Valeria.

Aitana se sentó en una roca junto al agua. Había un claro rodeado de juncos

del que salieron nadando unos patitos de copete oscuro, siguiendo a su progenitora, un ánade real vestida con un plumaje más claro. Unos metros a la derecha, emprendió el vuelo una garza, con un estilo grácil y elegante.

—¿Es imperial o real? —dijo Valeria acercándose por detrás. Posó una mano sobre su hombro—. Siempre las confundo.

—Imperial —suspiró, su voz era todavía de niña, pensó Valeria—. Es más pequeña y de color violáceo.

—Te encantan esas cosas. Yo soy más de letras —rio por lo bajini.

La miró enarcando una ceja.

—Me gusta conocer cómo funciona el mundo. Solo eso —replicó Aitana sin desviar la mirada de un punto indeterminado sobre el agua grisácea. Se agachó, cogió una piedra y la tiró con un ágil movimiento de muñeca a ras de superficie, dando pequeños saltitos hasta hundirse en una zona más honda del pantano.

Durante unos minutos ambas se quedaron contemplando la quietud del paisaje. La belleza natural, bucólica, la ausencia de ruidos más allá de la brisa matutina meciéndoles el cabello, las tenía embebidas dentro de sus pensamientos más íntimos.

—Sé por qué hemos venido aquí. Te he estado observando... —soltó Valeria con un tono neutro cercano a la dulzura. Su hermana se volvió con los ojos muy abiertos, con una expresión sorprendida y asustadiza—. Llevas un

tiempo que no eres tú, apenas comes ni hablas con nadie, te encierras en tu cuarto y solo asomas cuando viene Nico... Que sepas que no me importa... hasta cierto punto... Con tu edad todas tenemos la cabeza llena de ensoñaciones y de amores imposibles...

La expresión de su rostro se suavizó, pero seguía manteniendo ese halo de tristeza. Movi6 lentamente la cabeza hacia un lado y hacia otro, cogió otra piedra y la lanzó más lejos que la anterior, esta vez cayó a plomo, dibujando ondas concéntricas sobre la superficie del agua.

Si no era Nico... qué sería lo que la estaba atormentando, pensó Valeria un poco afligida.

—¿Alguna vez has pensado en quitarte la vida Valeria?

En sus ojos había un poso de melancolía y desesperación infinita, que le recordaron a otros tiempos. Lo decía de verdad, pensó Valeria. La escrutó atentamente y no halló ningún atisbo de duda.

Valeria se subió la cremallera del chándal antes de responder, de repente sintió un frío intenso recorriéndole la espina dorsal. Esa mirada... le recordaba mucho a ella misma... pero algunos años atrás.

—Y no me refiero al jueguito de la ballena azul... Sí, no pongas esa cara... de vez en cuando te dejas el ordenador encendido. Algún día me contarás lo que pasó. —Hablabas como un autómata, con una voz carente de toda emoción. Valeria la vio como lo que era, una niña que se estaba haciendo

una mujer, pero aún niña, y muy asustada—. Nico... Sí, me agrada, pero sé que para él solo soy una chiquilla, tu hermana menor... Además, nunca te haría eso... ¿lo dudabas? No me digas que pensabas que...

Valeria se sintió culpable por haberse imaginado otras cosas. Los ojos de su hermana eran límpidos y sinceros.

—No pensaba nada —mintió avergonzada—, es que estás muy rara últimamente.

—Es demasiado bueno para ti, no sé cómo ha caído en tus redes, aunque alguna idea me hago... —Sus labios dibujaron una leve sonrisa, muy leve, y rápidamente volvieron a su posición original. Unas arrugas casi imperceptibles aparecieron en su entrecejo, nunca las había visto hasta ese momento—. No eres el centro del universo, a pesar de todo, querida hermana... Si te he traído aquí es porque quiero que me respondas con sinceridad, este lugar es nuestro santuario Valeria, no lo profanes con tus mentiras. Te lo vuelvo a preguntar... ¿Alguna vez has pensado en quitarte la vida?

Un silencio casi místico las envolvió durante varios minutos, que pudieron ser horas. Valeria estaba tensa, sus músculos se endurecieron como cables de cobre, y apretaba la mandíbula con fuerza. Sin darse cuenta se mordió el labio inferior y un hilillo de sangre, caliente y muy roja, apareció por la comisura. Tenía un sabor desagradable, a hierro.

—Sí, hace años, tú eras muy pequeña, ni te acordarás...

Valeria se detuvo porque nunca entraba en detalles escabrosos con Aitana, y Aitana demostraba desinterés por su infancia, e incluso aburrimiento hacia las cosas que no recordaba de forma clara. Así era más seguro: cuanto menos supiera ella, mejor. Valeria suponía que eso era también lo que pensaba Aitana. ¿Y quién iba a discutirsele? Pero, en esta ocasión no era así.

—Te volviste medio loca, ¿no? Nadie habla de eso, pero sé que pasó algo.

Aitana sacó una toallita y le limpió la sangre que caía por su barbilla.

—Nadie habla de eso, nadie quiere saber nada —respondió Valeria con un tono áspero lleno de miedo y de ira. Permanecía de pie, con las manos hundidas en los bolsillos, apretando los nudillos con fuerza.

Aitana se levantó y se quitó el pañuelo dejando al descubierto su esbelto cuello, con unos moratones violáceos. Se desabotonó la vieja chaqueta de ante que había heredado de Valeria y se desabrochó la blusa dejando al descubierto un pecho blanco y firme con un gran marca morada y redondeada.

—Algo ha vuelto a pasar —sentenció con rabia.

Una lágrima bajaba por su mejilla atravesando las montañas y valles de su rostro afilado. Le pareció oír un quejido lastimero, como un llanto tenue, pero al poco Valeria se dio cuenta de que era el viento batiendo las ramas de los arbustos.

Sabía lo que era ese algo. Pensó en recurrir a su reciente amiga y álter ego,

Paula Ortiz, era una chica con determinación y que tenía suerte en lo que emprendía, ella sabía qué hacer para proteger a los suyos.

Un plan se fue formando en su mente de forma nítida y clara.

## CAPÍTULO 19

Nico contemplaba absorto la pantalla de la televisión. Había cogido al azar una de las cintas VHS de su madre, de una vieja colección del dominical de El País, que conservaba perfectamente apilada en la estantería de ladrillo visto, entre la televisión y la ventana. Observaba abstraído el metraje, rígido en el sofá, con el corazón latiéndole a mil por hora y su cerebro analizando en segundo plano cada palabra de la conversación que había mantenido con la inspectora Montalvo.

Se sabía la película de memoria, esa y todas las de la colección. Ahora vería una de sus escenas favoritas: una sensual Anne Bancroft miraría a un

joven, imberbe y trajeado Dustin Hoffman, y se insinuaría con un leve parpadeo de sus ojos perfectamente maquillados, y este bajaría la cabeza tímidamente con una media sonrisa, aturdido por las circunstancias. Era una buena película, con una mejor banda sonora. Comenzó a tararear el tema central Mrs. Robinson con los créditos del film, moviendo levemente el pie, siguiendo el ritmillo que le proponían Simon & Garfunkel.

La inspectora Montalvo lo había vuelto a llamar y esta vez sí le había respondido. Quería enterarse de motu proprio de qué iba el asunto, no fuera que le salpicase. Por mucho que protestase Valeria, si una inspectora de policía quería contactar con él, un simple hobbit de la tierra media... No podía evaporarse así como así. Después, si la cosa se torcía, ya habría tiempo de recurrir a Arwen y su familia de elfos.

Había notado como Valeria se puso tensa como un cable de alambre cuando recibió la primera llamada. Ella sabía de antemano qué quería la inspectora, si no, por qué ponerse tan nerviosa. ¿Ocultaba algo? Nico creía que sí, pero hasta el punto de lo que insinuaba Leticia Montalvo...

Valeria decía que le iba a contar qué había pasado, a su debido tiempo. Dudaba si debía presionarla.

Toda la situación era muy confusa, sus pensamientos más racionales se entremezclaban con sus sentimientos y a veces se superponían a ellos. ¿Comenzaba a sentir algo por Valeria? ¿Algo serio? Desde luego que sí, pero

todavía no sabía hasta qué punto. Se había alejado de sus amigos y de su familia, y se había refugiado en una bahía alejada de la tormenta, de aguas profundas y llenas de corrientes imposibles. Valeria le ofrecía el lugar más cálido, seguro y placentero que podía encontrar, y eso tenía que valorarlo también.

Hugo muerto. Hugo asesinado. Hugo acuchillado. Hugo convertido en un psicópata. Valeria jugando a la ballena azul. Valeria desaparecida. Valeria aparecida contando una mentira. Valeria y Hugo, ¿juntos? ¿por qué? No lo creía. Valeria apenas se hablaba con Hugo, según recordaba, ni se miraban en el recreo. ¡El tema le podía salpicar y mucho!

Hugo contactó con él en un momento de bajón, ¿de forma casual? A estas alturas dudaba que fuera casualidad... Quizás lo había estado esperando, lo había planificado, si era un manipulador consumado no era descabellado... Y, él había caído como un completo idiota. ¿Le había tendido una trampa? ¿Por qué?

La cinta VHS emitió un chasquido y saltó del viejo reproductor de vídeo que aún conservaban en un anaquel debajo de la televisión. La metió cuidadosamente en su funda y la colocó en el lugar que le correspondía. Tenía un fuerte dolor de cabeza que le impedía pensar con claridad. Fue a la cocina, abrió el frigorífico y cogió una onza de chocolate, después fue al baño, abrió el botiquín y se tomó una pastilla de ibuprofeno. Las palabras de la inspectora

resonaban en su cabeza junto con decenas de preguntas que se agolpaban una tras otra.

Se acercó a la ventana que daba a la terraza y observó ensimismado el horizonte de piedra y tejados de la ciudad vieja, en lo alto, siempre inalterable al paso del tiempo. Se preguntó qué sería de él dentro de veinte años. ¿Tendría familia? ¿Trabajo? ¿Dónde viviría? Siempre había pensado que de adulto sería una persona feliz, ahora no lo tenía tan claro. Era ridículo hacerse esas preguntas cuando no sabía qué iba a ser de él en los próximos días; si la investigación de la inspectora Montalvo prosperaba, su nombre saldría a la palestra de nuevo. Valeria era su único punto de anclaje y su salvavidas. Aunque, quizás debería acudir a alguien, pero a quién... Su mundo se había reducido a Valeria.

Llamaron al timbre. Recordó que a Matilde le tocaba esa tarde. Su madre y él se apañaban con la limpieza, pero la limpieza en serio de la casa, baños, cocina y suelos, la hacía Matilde una vez por semana. Les salvaba la vida, como decía su madre. Saldría a dar una vuelta, a despejarse, no quería escuchar el ruido estridente de la vieja aspiradora que utilizaba, ni los comentarios ñoños y aburridos de Matilde.

—Hola, Nico —la voz de la inspectora intentaba amortiguar su dureza sin lograrlo—. ¿Cómo estás? Te llamé ayer... pero no lo cogiste...

—Hola, inspectora.

—Llámame Leticia, por favor... tutéame, después de dos interrogatorios creo que podemos hacerlo...

Nico oyó la risa breve y confiada de la inspectora.

—Leticia... El caso es que estaba ocupado, no pude cogerte la llamada.

—Ya veo, bueno ahora sí lo has hecho. ¿Podemos hablar?

—Sí... —Nico pensaba que tenía que mostrarse cauto y guardarse información hasta que supiese lo que estaba pasando. Ella no sabía que había vuelto con Valeria, ¿o sí? —. ¿Sobre qué?

—Sobre Valeria... y sobre Hugo...

—¿Valeria y Hugo? —respondió con una pregunta sorprendido—. No entiendo...

—¿Sabes si mantenían algún tipo de relación? —soltó a bocajarro, parecía acelerada—. De amistad... o lo que sea.

Nico se tomó su tiempo antes de contestar. La pregunta de la inspectora le había pillado desprevenido. Al principio negó categóricamente, pero después pensó que con Valeria todo era posible, pero no se lo dijo.

—No, que yo sepa —añadió con firmeza, ocultando sus dudas y su nerviosismo.

—Pero... Estaban en el mismo grupo de la ballena azul... ¿Podrían haber contactado sin que tú lo supieras?

—Es posible. No lo sé —respondió tajante, el asunto se estaba complicando de un modo vertiginoso—. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió con aplomo.

Ahora fue Leticia la que se tomó su tiempo. Al otro extremo del teléfono, oyó como cogía aire y lo soltaba en un suspiro largo y prolongado.

—Nico... Voy a ser sincera contigo... No sé si sabes que Hugo a muerto... lo han apuñalado con saña, ni te imaginas, como si fuera una escena de una película de los Cohen —apuntó de forma inusualmente frívola en ella.

—Muerto... —murmuró sin fuerza. Se había quedado sin aire. Aturdido. Se imaginó el cuerpo inerte y ensangrentado de Hugo, de un Hugo niño, que era el Hugo que él recordaba. Sintió una punzada de dolor en su pecho y unas ganas de vomitar subiéndole por el esófago desde sus entrañas—. ¿Cómo ha sido? ¿Han cogido al culpable? —balbuceó.

—Verás, Nico, ahora mismo todo está complicado y embarullado... Te lo voy a intentar explicar...

—Por favor.

—La versión oficial es que Hugo, por alguna razón que no alcanzamos a comprender, se encontraba alojado en una pensión de carretera a las afueras de Talavera, en un polígono industrial. ¿No sabrás algo de eso? ¿No? —Silencio—. ¿Nico? ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí sigo, escucho con suma atención.

—Disculpa, parecía que se había cortado.

—No sé nada de Hugo, ni de su vida personal —dijo con voz más calmada—, solo contacté con él a través de las redes sociales.

—Está bien... Te creo, Nico —añadió en tono aquiescente, haciendo una pausa. Hablaba algo atropellada para su costumbre—. Según su madre, no era raro que Hugo se escapara unos días... De vez en cuando lo hacía, era un joven muy responsable y tenía libertad para ello, un poco raro y taciturno, pero todo su entorno coincide en eso, en que era responsable y muy inteligente, ¿sabías que tenía un coeficiente de 150? Se sacó los últimos dos cursos del instituto en uno, y se estaba tomando un año sabático... pensando qué hacer con su vida.

—No entiendo qué tiene que ver todo esto... con su muerte —La inspectora estaba hablando en círculos, utilizando circunloquios que lo desconcertaban—. Lo único que me contó de su vida privada era que su padre había muerto en un accidente...

—En un accidente... No exactamente... Su padre se suicidó hace un par de años, supuestamente.

—¿Suicidio? —exclamó Nico estupefacto.

—Lo sacaron ahogado, en el embalse de San Martín, se encontraba dentro de su coche, con un fuerte golpe en la cabeza. Según el informe, la noche que desapareció se dio un atracón de marisco y se puso hasta el culo de alcohol y drogas... También dejó un post en su Facebook, hablando de la muerte y de que

estaba cansado de vivir. Ninguna cámara captó imágenes del vehículo en su camino hacia el embalse, raro, ¿no? Parece que lo hizo a propósito, esquivando las carreteras principales... Lo encontraron un par de meses después, de causalidad, por la sequía del verano... Un monitor de vela vio algo oscuro en el fondo, cerca de la orilla y llamó a la Guardia Civil. El cadáver estaba irreconocible, se lo habían comido los peces...

—No tenía ni idea... —balbuceó. Las palabras pugnaban por salir, pero no podían.

—Resulta extraño que un personaje de ese calibre se pegue una mariscada de órdago en uno de los restaurantes de moda de Madrid, según los testigos con una chica mucho más joven que él y después se suicide... Durante la investigación se barajó la posibilidad de un ajuste de cuentas. Se movía en ambientes muy turbios relacionados con inversiones financieras en paraísos fiscales y blanqueo de dinero. También se cree que actuaba como seguidor de servicios sexuales para una red clientelar de personas relevantes, prohombres de la capital. Ese tipo de cosas no llevan aparejadas nada bueno... Oficialmente se cerró el caso como suicidio, no convenía remover demasiado en su vida privada. A su mujer y a Hugo les tocó el premio gordo, tenía un seguro de vida de los que dan alegrías cuando uno se va al otro lado, ¿sabes?

No, Nico, no sabía nada de eso. Lo único que recordaba era a Hugo como un niño asustado e indefenso en el colegio, a merced de los matones de turno.

De su madre tenía una imagen desempolvada de lo más hondo de su memoria, de una señora alta, delgada y rubia con la cara ovalada, y su padre... era un hombre fornido, engominado, siempre con olor a loción de afeitar, trajeado; por aquella época trabajaba en un banco o algo parecido, en finanzas, y venía a recogerlo en un potente BMW todoterreno de color negro.

—Lo que quiero decir —continuó Leticia—.... Es que eran gente de dinero, sin obligaciones, y Hugo, aparentemente se podía permitir alojarse en un hotel con algo más de caché... Cuanto más indago en la vida de Hugo, me encuentro nuevas sorpresas que me escaman... Te preguntarás por qué te cuento todo esto... —era una pregunta retórica a la que Nico no tuvo tiempo de contestar—. Quiero que tengas una visión general del asunto... Porque ahora viene lo bueno...

En ese momento no pasaría la prueba del detector de mentiras. El corazón de Nico se aceleró, retumbaba dentro de su pecho como un bongo africano y, aunque hacía frío, comenzó a sudar profusamente por las axilas y la frente... Hay más, claro. Qué sería lo bueno, pensó compungido.

—Lo bueno... —musitó Nico saliendo de su ostracismo.

—Sí, por llamarlo de alguna manera... Según la versión oficial, Hugo le robó dinero a la dueña de la pensión y esta sospechó de él y subió a su habitación para ajustar cuentas armada con un cuchillo de cocina... —Leticia hablaba acelerada, escupía las palabras a ritmo de metralleta, cada vez más

rápido, como si ella también tuviese algo que esconder—. Hubo un forcejeo, una lucha en mitad de la noche, en la que nadie oyó nada, curioso, ¿no?, y en la que ambos salieron malheridos hasta el punto de que murieron en la misma habitación...

—Una tragedia, seguro que fue un malentendido... —suspiró Nico apenado.

—Seguro —apuntó la inspectora con tono sarcástico.

—Te ahorraré el cúmulo de errores y de casualidades que han dilatado que la información llegase a mi unidad... El móvil y el portátil de Hugo, nos los enviaron de chiripa y con varias semanas de retraso... Cuando descubrimos lo que había dentro... —Hizo una pausa dubitativa o quizás dándole un poco de suspense—. Encontramos información que relacionaban a Hugo con otros grupos de la ballena azul... Él había participado en varios de ellos como moderador, llevando el juego hasta sus últimas consecuencias...

—¿Qué...? ¿Qué... consecuencias? A qué... qué te refieres exactamente... —tartamudeó Nico, nervioso como un flan.

—Hasta las últimas —sentenció la inspectora—. Hubo dos chicas que se suicidaron, y, una más, la que se encontró ahogada cerca del puente de San Martín, tenía signos de violencia...

—Se suicidaron... —repitió Nico como un autómatas carente de emociones. En ese momento se dejó caer en el sofá, sin aire. La cabeza le daba vueltas. Había estado tratando con una mente enferma... Hugo, ¿cómo llegaste a esto?

¿Por qué me querías a mí? ¿Me buscaste o fue casualidad? ¿Qué perseguías? Un abanico de posibilidades a cuál más impactante fueron tomando forma en su cerebro. Si por alguna razón toda la historia se filtraba a la prensa y aparecía de nuevo su nombre vinculado a Hugo... Valeria era su tabla salvavidas, su luz al final del túnel, la única opción sólida que tenía para salir indemne de todo ese lío en que se había metido él solito—. Leticia... —hizo una pausa—. ¿Qué es lo que quieres de mí? Yo no sé nada más de lo que dije, todo esto que me estás contando me suena a chino... Si me estás acusando de algo... mejor hablamos con mis padres y ... con mi abogado delante.

Nico se acaba de tirar un farol y de los buenos. No tenía abogado, pero, a estas alturas quizás debería buscarse uno, pensaba, ¿cómo se lo diría a su madre? Que era sospechoso de colaborar o encubrir —o lo que fuera de lo que le acusasen—, a un psicópata que había llevado al límite a varias chicas, hasta quitarse la vida. A Erika le daría un ataque de ansiedad y se embotaría a pastillas de nuevo. Y su padre... estaba seguro de que le pagaría un buen bufete y después se iría bien lejos, donde no le salpicase demasiado el asunto.

—Nico... no me malinterpretes... Quizás me haya equivocado al llamarte, sé que no has hecho nada... —Suavizó el tono hasta hacerlo casi dulce y vocalizó cada sílaba con calma. Su voz le recordó a la de la actriz que doblaba a Anne Bancroft en el Graduado—. Solo llamo para pedirte ayuda...

—¿Ayuda? —Nico estaba cada vez más atónito. ¿Estaría en sus cabales la

inspectora Montalvo? ¿Cómo iba a ayudarla? —. ¿Qué clase de ayuda? — preguntó manteniendo la compostura.

—Nico... te voy a hacer unas preguntas... personales... ¿Te importa?

—No —Nico se lo pensó durante unos instantes—. Adelante.

—¿Qué relación mantienes con Valeria? ¿Os veis a menudo?

—Somos amigos —dijo Nico incómodo. No se esperaba ese tipo de pregunta, más bien esperaba algo del tipo ¿eres adicto a internet? ¿estás metido en más grupos que promuevan el suicidio entre adolescentes?, o, ¿consumes mucho porno?

—¿Solo amigos? —inquirió Leticia con voz fina y punzante.

—Somos pareja... novios —admitió Nico con parsimonia, de todas formas se enteraría por otros medios, se dijo—. ¿Por qué me preguntas todo esto? ¿Qué tiene que ver mi relación con Valeria?

Valeria, se dijo, no preguntaba por él, claro, preguntaba por ella. ¿Valeria y Hugo? Una lucecita se activó en su interior, pero no sabía muy bien qué alumbraba.

—Nico... Lo que te voy a contar... —dudó Leticia.

—Son solo suposiciones... —aventuró Nico. Si tuviese algo sólido estaría allí en persona; no obstante, era algo delicado como para hablarlo por teléfono, quizás solo estaba tanteando el terreno... O quizás estaba haciendo algo que no debía. Según Valeria, no tenía ni que haber respondido la llamada,

su abuelo se había ocupado de todo—. Suposiciones... —repitió convencido...

—Sí... son suposiciones... —admitió Leticia algo azorada—. Nico... Varios testigos afirman que vieron a una persona con Hugo los días anteriores a su muerte... Una persona que se alojaba también en la pensión... Una persona de la que no hay registro, ni una descripción física muy precisa, algunos dicen que era una chica y otros hablan de un chico que vestía con ropas holgadas... —Nico oyó un pitido proveniente de su móvil—. Te acabo de enviar una imagen con el retrato robot... ¿Qué opinas?

Nico observó la fotografía en blanco y negro hecha con algún programa de ordenador, mostraba un rostro que le resultaba familiar, unos rasgos caucásicos, angulosos, andróginos, podía ser Valeria... Pero podía no serlo. Quizás estaba sugestionado por la conversación con la inspectora Montalvo. Si le echabas imaginación podía ser cualquiera con un mínimo de parecido.

—¿Nico?

—Puede ser ella, o puede que no... —Aunque en el fondo había algo, una voz interior que le gritaba que sí, que era ella la de la foto, sin embargo, dijo —: No se parece demasiado, ¿no cree? —mintió sin saber por qué, puede que su instinto de supervivencia estuviese tomando el mando; para variar, sería una buena señal, pensó.

—Estuvo desaparecida precisamente esos días —terció Leticia—. Y apareció con una coartada que no se sostenía por ningún lado... Y se había

cortado el pelo...

—¿Qué insinúas?

—Nico... ¿hasta qué punto conoces bien a Valeria? ¿Es una persona equilibrada?

—Bastante bien... —Bastante mejor que la mayoría de la gente, que ya era decir mucho. La segunda pregunta sobraba, obviamente no, no hasta que volvió de su escapada... La obvió—. Pero no sé hasta dónde quieres llegar...

—¿Crees que Valeria pudo haber matado a Hugo?

Silencio. Nico cerró los ojos y se quedó muy quieto, dejó de caminar por la terraza y se sentó en uno de los sillones de mimbre, mientras Leticia aguardaba paciente al otro lado de la línea.

—No —respondió tajante. A veces era frívola y puede que hubiese atravesado crisis que le habían llevado a tener comportamientos erráticos. A quién no le había pasado. Vivían en una edad de continuos cambios, en la que cualquier resbalón te podía dejar secuelas... A él mismo le había pasado... Pero, la duda comenzó a germinar... si tuviera un motivo muy fuerte... si ella estaba convencida de algo... Quizás... La creía capaz de cualquier cosa para salirse con la suya, ¿hasta de matar? Era una de esas personas que se regía por su propio código moral, que creía estar por encima del bien y del mal. Y, tenía que reconocer que eso era algo que le atraía de ella desde que la conoció. No lo comentó en voz alta. ¡Eran solo suposiciones! Se estaba dejando llevar por

la conversación. No, no la creía capaz—. No creo que sea una asesina fría y calculadora...

—No estoy diciendo eso, Nico. Para acabar con alguien... A veces no se necesita preparación ni planificación, solamente determinación... un calentón, que se te crucen los cables y simplemente lo hagas, sin más. Hay personas que sufren de locura transitoria... y después no se acuerdan de lo que han hecho, no son conscientes de sus actos; otros actúan bajo una vocecita que les indica todo lo que tienen que hacer...

Nico pensó en lo que le decía la inspectora. Estaba seguro de que Valeria no escuchaba voces y tampoco era de actuar violentamente, todo se quedaba de boquilla. Al menos, con él.

—No —negó de nuevo Nico—. No me imagino a Valera apuñalando a nadie. Además... ¿Por qué iba a hacerlo?

Era la pregunta que se estaba haciendo desde que Leticia había comenzado con sus insinuaciones.

—Eso es lo que trato de averiguar... Pero me parece mucha casualidad... Hay algo que se me escapa, algo que esperaba que tú me ayudaras a desvelar... Alguna conexión... No sé si me explico.

—Un poco sí. —Con claridad meridiana, pensó.

—Nico... mantengamos esta conversación en secreto, ¿vale? Ninguno de los dos queremos remover la mierda más de lo necesario, ¿no? Quizás esté

equivocada y sean solo suposiciones y casualidades. El caso está cerrado... y así lo dejaremos... por ahora.

¿Lo estaba amenazando para que no abriera la boca y no se chivara? En toda regla, era una amenaza velada. La actitud de la inspectora le parecía un tanto extraña, como falta de profesionalidad. O, quizás en la vida real los policías se comportaban así, como Leticia y como Héctor Orgaz. Quizás había visto muchas películas.

—No, ninguno queremos remover la mierda —dijo con una seguridad fingida.

—Gracias, Nico. Si quieres contarme algo, ya sabes dónde encontrarme.

La línea se cortó y Nico fue a la cocina a llenar un vaso de agua. Tenía la boca seca, como si llevase días sin beber. Abrió la puerta del armario de madera blanca, cogió un vaso de cristal y se le cayó al suelo, como si su mano no tuviera fuerza suficiente para hacerlo, como si sus músculos estuvieran flácidos, sin tensión. Se agachó y puso los labios debajo del grifo. Dejó los cristales en el suelo y se fue directo al cuarto de su madre a coger un orfidal que le hiciera calmar su mente y el torbellino de ideas y pensamientos, a cuál más descabellado, que fluían por ella.

La inspectora Montalvo era rara de cojones, pensó. Irremediablemente tendría que hablar con Valeria sobre esta llamada.

## CAPÍTULO 20

Llevaban varios días sin verse por la tarde, casi una semana, no era normal. Nico acudía regularmente a casa de Valeria después de clase, y ese súbito cambio de actitud lo sorprendió. En el instituto no lo evitaba, al contrario, se alegraba de verle y se mostraba locuaz con él, hablaba con determinación y también con cierta ecuanimidad en sus comentarios. Cualidades que estaba descubriendo en ella con suma cautela.

Aún no habían hablado sobre lo que pasó cuando la Situación implosionó —como ella se refería a un periodo de tiempo indeterminado que abarcaba la parte tormentosa de su relación y, naturalmente, su espantada—. Se deshacía

en excusas, en que tenía que encontrar el momento y en que su hermana no se encontraba bien, que estaba de bajón y tenía que cuidarla. Era verdad, él también veía a Aitana un poco desmejorada, pero no se había parado a pensar en ello. Había mucha gente que pasaba malas rachas y uno no podía estar pendiente de todos.

Él tampoco encontró el momento de comentarle sobre la conversación, inquietante a más no poder, que había tenido con la inspectora Montalvo. Cuanto más pensaba en ello más irreal le parecía, ¿Valeria una asesina? Imposible, era, o mejor dicho, había sido, una chica con muchos recovecos y revueltas, pero se estaba asentando, de eso no cabía duda, solo había que mirarla. Se convertía en una mujer adulta a marchas forzadas y él observaba los cambios en primera persona. Tenía que reconocer que cada vez se sentía más unido a Valeria, en el plano sentimental. Era su sustento, su maná caído del cielo, el aire que respiraba para sobrevivir.

El Club de los Cuatro quedó atrás, o, mejor dicho, lo dejaron atrás, y lo habían sustituido, nada más y nada menos que por Eva. Sabía que quedaban en el Rubber Soul, por Mike. Se lo encontró una tarde mientras hacía deporte por la ribera y le comentó que viernes y sábado seguían siendo clientes habituales. Te echamos de menos, Nico, le dijo dándole una palmadita en la espalda con su peculiar acento irlandés.

Charlie y él se evitaban mutuamente por los pasillos del instituto,

únicamente cruzaban algunas miradas furtivas, llenas de ira y resentimiento por su parte, y cargadas de culpabilidad por la contraparte. Aunque ya no tuviese los mismos sentimientos por Eva, no podía evitar pensar en Charlie como un traidor a su amistad sacra.

También había perdido relación con el equipo de baloncesto; el mundo seguía girando, y ya habían encontrado un recambio y una nueva estrella. A rey muerto, rey puesto, el dicho le venía que ni pintado. Y, ese rey, no era otro que el bueno de Manu. Entre los integrantes del equipo no se veía con buenos ojos que se hubiera enrollado con Valeria a sus espaldas. Le había quitado la novia utilizando métodos arteros; eso no se le hacía a un colega, oyó decir. Para ellos, él era el traidor. Qué ironía, pensaba desde las gradas de piedra del antiguo campo de fútbol sala, al que se iba a fumar y beber cerveza en compañía de Valeria y sus amigas.

Ella no había perdido ni un ápice de popularidad, al contrario, su nueva forma de actuar unida al episodio de la fuga, la habían acrecentado, aportándole un aire de misterio y rebeldía extra. Poseía un carisma que eclipsaba al resto, y él era uno de los chicos más envidiados dentro del sector más superficial del instituto.

En el fondo, echaba de menos a los Cuatro, sobre todo esos días en que Valeria no le dedicaba tanto tiempo. Luke, a su manera, mantenía el contacto y seguía insistiéndole que quedara con ellos. Ari, bueno, Ari era Ari y no le

podía pedir mucho más, ella vivía en su particular mundo de ensoñaciones vía YouTube. Sabía que se alegraría cuando se viesen, pero, si él no se esforzaba, ella tampoco lo haría, centraba toda su energía en Luke y en conseguir más visualizaciones para su canal. Últimamente, le iba bien, mejor que bien, había publicado un segundo vídeo sobre la ballena azul, hablando más en serio del tema, poniendo como ejemplo el grupo de Toledo. Dada su aparente cercanía con Valeria, tuvo cierta repercusión mediática y apareció en un par de magazines televisivos de la parrilla rosa de la mañana. Hasta ahora, siempre había tenido la delicadeza de no mencionarle directamente. ¿Debía hablar con Ari? Para decirle que por favor siguiese en esa línea y mantuviese un perfil bajo con respecto a él. No, mejor, no, se decía, eso sería remover el avispero. Confiaba que estuviera bien asesorada por Luke. Pero... ¿Hasta cuándo duraría? ¿Y si su relación se acababa? No quería pensar en ello. En los viejos tiempos, Charlie y él solían apostar a escondidas sobre cuando terminaría su noviazgo. Cada nueva rareza de Ari acrecentaba su opinión de que el fin se acercaba, pero, así llevaban cuatro años y nada de lo que hiciera Ari parecía perturbar a Luke.

¿Y qué pasaba con Eva? Una vez consumada la traición, Eva había bajado en el escalafón y ahora la veía como una chica vulgar, con un punto macarrilla. Ya no tenía mariposas en el estómago cuando pensaba en ella, simplemente no tenía nada, vacío. Además, si la comparaba con Valeria, con la nueva Valeria,

no había punto de comparación.

¿Qué le estaba pasando con Valeria? Se estaba obsesionando con ella, o puede que simplemente la estuviese idealizando como le había pasado con Eva. Quizás tendía a ello, a ambas cosas, sin darse cuenta y según fueran sus circunstancias.

Últimamente, pensaba demasiado, a solas; antes, la mayoría de sus pensamientos los compartía, de una u otra manera, con otras personas. Ahora, llevaba unos días que se lo comía todo él solo. Y, de vez en cuando, tenía una especie de comezón que lo carcomía por dentro, un presentimiento, una sensación extraña.

La conversación con Leticia Montalvo no se le iba de la cabeza, algunas palabras se le habían enquistado y se repetían alternándose unas por otras: Hugo, colegio, ballena azul, Valeria, ballena azul, Hugo, suicidio, acoso. Tenía la impresión de estar dentro de una centrifugadora o en una ecuación de segundo grado a la que le faltaban por despejar varias incógnitas.

Las casualidades no existen hasta ese punto... ¿O sí? No creía que Valeria hubiera matado a Hugo, pero... siempre había un pero, una duda razonable en todo lo relacionado con Valeria ¿Y si la inspectora Montalvo estaba en lo cierto? La tenía por una mujer astuta y muy inteligente, aunque en la última conversación la había notado algo alterada, más bien acelerada. Pero... ¿por qué? ¿era Valeria una de las víctimas de Hugo? Hugo, un psicópata,

manipulando a otras chicas hasta llegar al final del juego... Acoso... ¿Habían contactado sin que él lo supiese? Algo se le escapaba y ese algo lo mantenía intranquilo. ¿Cómo se mata a una persona, a cuchillada limpia, sin más? Cuando se ponía a pensarlo su cabeza se convertía en una olla a presión.

Nico salió de casa a dar una vuelta. Necesitaba respirar aire fresco y hacer algo cotidiano, hablar con gente de temas banales. Decidió entrar al chino de la esquina a comprar un segundo cargador para su móvil. Le caía bien Luisa, la chica que solía atender la caja por las tardes. Se adentró en el laberinto de estanterías y productos apilados por el suelo y, tras hacerse el remolón un buen rato, cogió un cargador coreano y se situó en la cola.

Sintió una leve presión en el hombro. Una viejecita sonriente le señaló hacia el frente. Le tocaba pagar. Sacó un billete de diez y Luisa, la núbil oriental que siempre le hacía ojitos, esbozó una sonrisa que hizo aflorar dos encantadores hoyuelos en sus mejillas.

—No —dijo moviendo la cabeza y frunciendo el ceño de un modo divertido—. Ha subido a quince.

—¿Quince? —replicó Nico haciéndose el sorprendido, siguiéndole el juego—. ¿Cómo es eso?

—La inflación, hemos salido de la crisis y los aranceles de Trump a China... —rio con ganas, hablaba sin acento, era inmigrante de segunda

generación. Una chica inteligente, demasiado para atender en una tienda de barrio. Siempre hacía bromas de ese tipo, como si fuera una persona mayor encerrada en el cuerpo de una niña.—. Y... mi padre quiere que estudie en una privada...

—Seguro que tu padre tiene razón, aquí tienes mi contribución para tus futuros estudios —dijo Nico. Le caía bien Luisa, parecía una persona clara y sin recovecos, lo contrario que Valeria—. ¿Qué te gustaría hacer?

Ella se quedó pensativa durante unos instantes. La mujer de atrás carraspeó nerviosa. Nico la miró con detenimiento, dentro de unos años se la rifarían, tenía una belleza exótica y virginal que llamaba la atención. Estaba rodeada de estantes de chucherías y chocolatinas, llaveros, muñecos y superhéroes de Marvel. Olía a rosas, siempre que estaba ella, olía a rosas.

—Quiero ser... —La chica pareció sonrojarse un poco, se metió las manos dentro de los bolsillos del vestido de lana que estilizaba su figura—. Matemática... Profesora de matemáticas.

—Seguro que lo serás —replicó desarbolándola por completo con una de sus mejores sonrisas—. Apuesto a que pronto estarás resolviendo integrales en la universidad, quizás tenga que pedirte ayuda, fíjate...

—Que es para hoy —protestó la mujer dando un par de golpecitos con su bastón—. Joven, invítela a salir... lo está deseando, ¿no lo ve? o es que está ciego... —dijo con voz de urraca guiñándole un ojo exageradamente—. Y

usted... a lo mejor no lo sabe aún... ¿qué tienen que perder?

La chica se puso colorada como un tomate y bajó la mirada. Nico salió disparado sin recoger la vuelta, con un simple hasta luego. Oyó como la anciana reía por lo bajini.

Subió la cuesta que llevaba a su bloque. Los plataneros comenzaban a florecer. Todo parecía en calma: los niños regresaban del colegio de la mano de sus padres, una pareja entraba con cara de circunstancias a la clínica dental y un hombre trajeado, tripudo y barbudo, salía con un traje de la tintorería.

Había tenido un respiro, pero de nuevo surgió un sentimiento de soledad irremediable y honda ¿Se sentía raro sin Valeria? Un poco desplazado, y más ahora que había tanto de qué hablar... La inspectora Montalvo insinuaba que era una asesina. ¡Por qué lo evitaba! Ahora que todo empezaba a ir bien... Su móvil vibró. Solo podían ser Valeria, su madre o Luke. No había nadie más. Se trataba de un mensaje de este último, escueto, como siempre.

*Bien?*

*Sí, gracias, Luke. —Emoticono— Y tú?*

*Bien*

*Me alegro. Qué pasa, como te va en la FP?*

*Vienes?*

*No, no me apetece. No estoy preparado. Además, he quedado con Valeria.*

*Hasta cuando?*

*No lo sé. Supongo que es un tema que el tiempo tendrá que curar, hay heridas que tardan en cicatrizar, o no...*

*Bien*

Un súbito y repentino sentimiento de nostalgia se apoderó de él. La verdad era que le apetecía ir. Quizás no se habían portado como él creía que se merecía, pero, quién lo hacía; seguro que él también cometía errores de los que no se percataba. Y Charlie... era un cabrón redomado. Pero, ¿cuánta gente habría en el mundo como él, con una actitud cínica hacia la justicia y la amistad? Pues mucha, y tendría que lidiar con ella, le gustase o no. No obstante, le echaba para atrás que Eva estuviese allí también, se había imaginado esa situación infinidad de veces, pero con ella a su lado. ¿Y si llevaba a Valeria? ¿Se equilibrarían las fuerzas? Mejor no, se dijo, mejor ir primero a tantear el terreno, por si eran arenas movedizas, viscosas y profundas. Además, necesitaba hablar de la Situación con alguien de confianza, y los Cuatro era lo único a lo que podía aferrarse en ese momento. No obstante, se quedó pensando, seguía dudando con el móvil en la mano.

Un coche todo terreno negro, un SUV de marca japonesa, de los caros, se paró en seco unos pocos metros por delante de él e hizo la maniobra de aparcamiento en batería. Vio que su madre estaba dentro, en el asiento de copiloto. Se apartó un poco y se metió en portal. Parecía contenta y sonreía. El

hombre que conducía —no pudo verlo por el reflejo del sol—, se acercó a ella e hizo un ademán de besarla. Erika se quedó quieta mientras rozaban sus labios. Después, ambos salieron sonrientes, en dirección a su bloque. Conocía bien esa sonrisa de boba de su madre, se había vuelto a enamorarse. También conocía al acompañante, Joaquín Rey, un anestesista del hospital, recientemente separado —¿un año? No sabía si eso se consideraba suficientemente reciente, para él, desde luego que no—, que vivía en una zona de chalets adosados unas calles más arriba. Tenía porte de jugador de rugby retirado y un rostro sereno y bien parecido. Su hija iba a la universidad y era amiga de Eva. No parecía mal tipo. Él también sonreía como si tuviera quince años. ¡No se daban cuenta de que llamaban la atención! ¡Todo el mundo los miraba! Si Erika lo llevaba a casa era porque quería que lo conociese, aunque ya lo conocía... Nico se pegó a la pared y se ajustó el cuello de la chaqueta. Entró por la puerta del garaje dispuesto a coger la scooter negra de 125cc para subir al casco. La dura realidad habría que afrontarla, pero en otro momento... Prefería enfrentarse a Eva y a Charlie enamorados que a Erika y Joaquín enamorados.

Aparcó en la puerta del Rubber Soul. Entró con decisión, no quería que se le notase. Mike lo saludó con una mueca y un fuerte apretón de manos desde el otro lado de la barra. Olía a madera y a licor añejo, como siempre.

Únicamente había un grupo de estudiantes americanos charlando animadamente en un rincón mal iluminado, debajo de una fotografía de Paul y John en una pose divertida, en la que parecían muy jóvenes, con una mirada soñadora y una sonrisa arrebatadora.

Me alegro de verte, Nico. Yo también, Mike. ¿Te pongo una? ¿Ya cumpliste los dieciocho? Invita la casa, le guiñó el ojo, mientras abría el grifo dorado del barril de la Murphy's. Ahí arriba están. Ya, lo imagino. Mucho tiempo desde la última vez... Y muchas cosas. Su acento, pensaba Nico, a veces era gracioso, otras, no tanto.

Nico asió la jarra de cerámica recién sacada del congelador y le dio un buen sorbo antes de subir. La moqueta y la música amortiguaban sus pasos. Los encontró enfrascados en una conversación tan animada, que no se percataron de su presencia hasta que pasaron unos segundos. Charlie y Eva estaban sentados en el sofá de dos plazas, sonreían y se miraban con complicidad, ella le cogía la mano de vez en cuando, era un gesto muy suyo, le gustaba tocar a la persona que tenía a su lado. Eva nunca lo había mirado así, ni tampoco le había sonreído de esa forma. Parecían felices. Ari y Luke, se encontraban de espaldas a él, en los mullidos sillones orejeros. Las manos de Ari sobresalían por lo alto y por los lados, y su voz era la que más se oía, por encima de la música, aunque no logró discernir sobre lo que hablaban.

Ahí estaban sus amigos de siempre, la gente que le había importado de

verdad los últimos años de su vida.

Se había presentado sin avisar. ¿Estarían hablando de él? Qué demonios, pensó, ahora o nunca.

Antes de que diera un paso, Luke se revolvió en su sillón y giró la cabeza un poco. Clavó su mirada en la suya y en sus duras facciones se dibujó una amplia sonrisa. El resto también miró hacia él, Charlie con el rostro contrito, Eva con aparente indiferencia, y Ari con los ojos muy abiertos, conteniendo la respiración. Silencio. El tiempo se congeló. Finalmente dio unos pasos hacia el frente con el rostro lo más relajado posible, encogió los hombros y arqueando las cejas y apretando levemente los labios, se aproximó un poco más, como diciendo aquí estoy, no os voy a comer.

Luke se levantó el primero, se acercó a él en dos grandes zancadas y le dio un abrazo al que Nico correspondió. Su amigo no era muy dado a esos arrebatos de efusividad. Algo era algo, había quien se alegraba de verle. Notó que estaba más fornido, sus brazos eran dos tenazas de acero y se le notaban las venas en las manos y en el cuello. Ari también se levantó con una expresión nerviosa y también le dio un abrazo, y dos sonoros besos. Olía muy bien, había cambiado de perfume, a mejor. Conociéndola, seguramente lo habría puesto a parir y lo habría vuelto a poner en un pedestal de forma alternativa, incluso dentro de la misma plástica.

—¡La concha de tu madre! Nico... ¿El hijo pródigo ha vuelto?

—Ya ves, pasaba por aquí, y me dije... por qué no pasar a saludar — respondió Nico con aplomo, le costaba hablar, pero hizo un esfuerzo para disimularlo.

—Has hecho bien —replicó Luke, recobrando su aire taciturno.

Nico se sintió reconfortado con la voz grave y civilizada de Luke.

Eva y Charlie permanecían detrás, medio en penumbra, mirándose como dos cárabos, no sabían muy bien si quedarse donde estaban por si la cosa no iba con ellos o levantarse a saludar. Nico dio un par de pasos hacia ellos y, casi automáticamente, como disparados por un resorte, ambos se alzaron. Nico no les dio tiempo a que reaccionasen. Le dio un abrazo a Charlie y dos besos, casi sin tocarla, a Eva.

—Me alegro de veros —los saludó mirando alternativamente a uno y otro, con una sonrisa sincera—. ¿Qué tal estáis?

—Yo también, Nico —respondió Charlie bajando la guardia, relajando sus hombros—. Vamos tirando.

—Bien, Nico, te echamos de menos —replicó Eva visiblemente incómoda, subiéndolo y bajando la cremallera de su chaqueta de cuero.

Ella, precisamente, no era la que lo echaría más de menos, se dijo Nico. Quizás respondió lo primero que se le pasó por la mente.

Nico, respiró hondo y decidió actuar como si nada hubiese pasado, como si Charlie nunca lo hubiese traicionado, y como si Eva no hubiese sido su amor

platónico desde que conocía el significado de la palabra platónico. Tenía delante de él a las cuatro personas que mejor lo conocían, y eso había que aprovecharlo.

—Bueno, seguid con lo que estabais haciendo... Yo me sentaré allí —dijo señalando un taburete de tres patas tapizado en terciopelo azul—. Espero no interrumpir nada...

Colgó su abrigo en un gancho y acercó la silla a la mesa arrastrándola con el pie. Miró de reojo a Eva, que lo observaba con atención.

—Claro que no, pelotudo —respondió Ari. Tomó asiento y todos la imitaron, expectantes—. Solo nos estábamos preguntando dónde se había metido el quinto elemento, porque ahora somos cinco...

Ari seguía sin morderse la lengua. Provocando. Llevaba puesto un conjunto escotado de Zara en la forma de un vestido de algodón gris que realzaba sus curvas. Mike se estaría tirando de los pelos en la barra. Luke la miró divertido, dándole un pequeño pellizco, y Charlie y Eva sonrieron un poco moviendo los labios hacia a abajo.

—¿Cinco? Creía que éramos seis... Valeria está al caer... —soltó Nico. Todos se miraron entre ellos sin decir nada. Con cara de no saber lo que estaba pasando. Finalmente, Nico rio con una carcajada limpia y el resto lo imitaron aliviados—. No os haría esa putada sin avisar... No es tan mala gente... cuando le coges el punto hasta se le tiene cariño...

Risas de nuevo, algunas de ellas nerviosas.

—Todavía tenemos que negociar lo de los numerus clausus... —Ari había tomado el rol de portavoz del grupo—. ¡Ay! —Luke le acababa de dar otro pellizco en la zona abdominal—. Me refiero que tantos cambios en tan poco tiempo... Vamos a dejar que las cosas vuelvan a la calma y después ya veremos... Esto no es un club del que se pueda salir y entrar de buenas a primeras.

Silencio. Ari rompió a reír y todos la imitaron.

—Un brindis por el club de los cinco... —se apresuró a proponer Charlie. Nico se fijó en él, lo notaba cambiado, se había dejado el pelo y la barba más largos y vestía con ropas más ajustadas—. ...o de los seis, hay sitio para una más...

Chocaron sus jarras y dieron un buen trago. Charlie siguió rebajando la tensión hablando del nuevo libro de Joël Dicker, hablaba más para Nico que para los otros. Eva hizo un par de comentarios, se lo estaba leyendo y lo recomendaba; ladeó su estrecha cabecita con un estilo de duendecillo que Nico ya había observado que hacía en repetidas ocasiones cuando estaba cansada o incómoda. El gesto le daba a sus ojos una expresión oblicua que resultaba un tanto desagradable. Eva ya no era Eva.

Ari, como no, les enseñó su último vídeo, en el que hablaba de tendencias y aparecía luciendo varios modelitos que le quedaban bastante ajustados. Les

contó que estaba aprovechando el tirón de salir en la tele, y que se encontraba a la espera de recibir una llamada para participar como tertuliana en la televisión autonómica, para relatar su experiencia como *youtuber* y charlar de todo un poco. Iba camino de convertirse en *influencer*. ¿Dónde quedaría Luke cuando eso pasara? En unos meses terminaría su FP de mecánica y podría comenzar a trabajar en el taller de su tío.

Poco a poco, las palabras fluyeron a borbotones, de forma atropellada, como un río subterráneo que aflora en la superficie después de un periodo de sequía prolongada, y las risas acompañaban cada comentario mordaz de unos y de otros. Eva parecía un poco fuera de lugar, como desplazada de las conversaciones. Miró el móvil y la escalera, dijo que se tenía que ir, que iba a cenar con sus padres y que no se podía demorar más. No se lo creyó nadie. Le dio un beso a Charlie en la mejilla y este insistió en acompañarla a la puerta.

Cuando volvió tenía una sonrisa de oreja a oreja y, para sorpresa de todos, abrazó a Nico fraternalmente.

—Gracias —dijo como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Un par de lágrimas bajaban por sus mejillas—. Te he echado de menos... Todos lo hemos hecho...

—Anda, despégate de mí, sanguijuela, que no soy tu novia. Esa se acaba de ir... Y deberías ir tras ella...

—Ni hablar, me quedo aquí. Nos tendrás que contar dónde te metes... Con

Valeria, suponemos... ¿Qué le pasó? Se os ve muy unidos, ¿no? ¿Han vuelto las cosas a la calma?

Charlie se sentó cuidadosamente en el sofá. Nico ocupó el lugar de Eva, el que le correspondía por derecho propio

—Las cosas para mí no creo que vuelvan a la calma en mucho tiempo...

Nico se echó para atrás y apoyó la cabeza en el respaldo, mirando al techo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Charlie, vislumbrando algo más allá, algo que turbaba el interior de su amigo—. En lo que te podamos echar un cable... Cuenta con nosotros. —Al final de la frase se desinfló un poco. Sonaba un poco falso, pero era lo que había.

—Han pasado cosas, chicos... He visto cosas que vosotros no creeríais. — Nico adoptó una pose solemne y habló con voz grave. Hizo una pausa. Todos lo escuchaban con atención, expectantes. Ari se recogió un poco el vestido, Luke no movió ni un músculo y Charlie dio un largo sorbo a su cerveza tostada —. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir...

Nico soltó una carcajada. El resto se miraron con rostros circunspectos, pero no lo imitaron.

—Boludo, no es momento de bromas.

—Sabemos que te pasa algo —añadió Luke—. No hay nada más que

mirarte, tus ojos... están apagados, más que de costumbre, y tienes unas ojeras que dan miedo.

—En el instituto eres como un alma errante, detrás de Valeria —terció Charlie.

—Es todo muy complicado —dijo Nico, pensando qué parte se iba a callar.

—Valeria y tú sois complicados, por lo que vuestra relación debe serlo también —sentenció Ari con una lógica aplastante. Se levantó y se sentó sobre las rodillas de Luke y este la abrazó con dulzura. Quizás sea eso lo que necesite Ari, alguien en quien pueda confiar a ciegas, alguien en quién apoyarse en los momentos complicados y en los que no lo eran, pensaba Nico observando desde su perspectiva—. Cuéntanos Nico, se nota que tienes que desahogarte. Te falta el aire...

—Está bien, está bien. No sé por dónde empezar...

—Por aquella tarde —propuso Luke.

—Aquella tarde en que te fuiste con la policía guapa y con el tipo desagradable —completó Ari—. Por ahí estaría bien... Fue cuando fuisteis a recoger a Valeria, ¿no?

—Esto que os voy a contar... Es confidencial —miro directamente a Ari. En los últimos meses su naturaleza confiada había experimentado un giro de 180 grados—. No puede salir de aquí...

—Nico... ¡me ofendes con tu comentario! —replicó con el semblante serio, la barbilla recta y los ojos encendidos—. Ni que fuera una soplona. ¿No me conoces lo suficiente?

Sí. Precisamente por eso, se dijo Nico.

—Me juego mucho Ari, sin acritud... lo último que quiero es que esta historia aparezca en tu canal de YouTube, comentada en acento porteño mientras abrazas a uno de tus peluches.

—¡Eres un cabronazo! —le espetó iracunda. Hizo un ademán de levantarse, pero al final siguió donde estaba, sobre las rodillas de Luke—. ¡La concha de tu madre! Está bien... me tienes intrigada con el juego que os traéis esa Valeria y tú... Te doy mi palabra, por lo más sagrado para mí, que es este tipo callado que tengo debajo, de que no saldrá nada de mi boca.

—Necesito contarlo en voz alta para saber que no me estoy volviendo loco...

Los tres se miraron entre ellos con complicidad. Nico se dio cuenta de que habían hablado del tema más de una vez. Los conocía demasiado bien como para que fingiesen que no pasaba nada.

—Qué, me tomáis por loco, por un perturbado, ¿no? ¿Es eso? No pasa nada...

—Nico, te has comportado de un modo bastante extraño... últimamente —explicó Charlie—. Todos lo hemos notado, tu bajón físico es evidente, y ya se

sabe, *mens sana in corpore sano*...

—No estoy para tus latinajos, de verdad...

—Lo siento... —se disculpó Charlie, ante la atenta mirada de los otros dos—. Pero es la verdad, todos estamos preocupados por ti, Nico. Te lo digo porque me considero tu amigo... aún...

—Te aprovechaste de mi confianza... de forma muy poco ortodoxa —saltó Nico. Pensó en atacarlo. Charlie y el resto estaban mirándolo a la cara, pendientes de su reacción. Por fortuna, Nico había desarrollado el hábito de no mostrar automáticamente sus verdaderos sentimientos. Tenía la expresión sobria y tranquila de alguien que entiende perfectamente la naturaleza de la situación. Podía sentirla sobre su propia cara, la máscara. Sería mejor ir al grano y dejarse de gilipolleces, se dijo así mismo—. Está bien... No voy a entrar en eso... pero es inevitable que lo piense, aunque esté con Valeria... —habló sin alzar la voz, con un tono que esperaba que pusiera punto final al tema, pero Ari usó su turno de réplica:

—No lo culpes de lo que ha pasado, tuviste tu oportunidad, decenas de ellas... ¿y qué hiciste? Te lo digo yo que soy mujer, no hace falta que me contestes... ¡el panoli!

Nico se puso rojo por dentro y por fuera. Aquel estallido de elocuencia le dejó en silencio durante varios segundos. No se sentía capaz de mirar a ninguna de las personas sentadas a la mesa.

Guardaron sus comentarios. Unos por pudor, otros por vergüenza y quizás también había algo de resentimiento. Nico se dio cuenta de la futilidad del encuentro con sus amigos, si la cosa seguía por esa senda.

—Cuéntanos, Nico, estamos impacientes por oír tu historia. —Era Luke el que habló apaciguando los ánimos. Siempre calmado. Se subió las mangas de su camisa a rayas grises y blancas enseñando su antebrazo con un tatuaje en el que se leía Ari en azul verdoso, como el de un marinero (ella llevaba otro pequeño en la ingle con su nombre, supuestamente traducido a caracteres élficos). Ari dio un respingo y se volvió a sentar en el sillón orejero arrugando los labios—. Ya tendréis tiempo de aclarar lo que pasó...

Ahí estaba Luke, con sus restos de acné, un tipo en apariencia anodino, que tenía un don para que la gente lo escuchase. Un tipo feo, fuerte y formal, que irradiaba confianza por los cuatro costados. Quizás justo lo que le faltaba a él.

Nico se recostó sobre el sofá, apuró lo que le quedaba de cerveza en la jarra y cruzó las piernas. Intentaba ordenar sus ideas. Había cosas que se quedaría para él. Ellos también conocían a Hugo y Valeria, quizás supiesen algo, o viesen alguna conexión que a él se le escapaba.

—Como sabéis, Valeria regresó de dónde quiera que estuviese...

—¿Dónde quiera que estuviese? ¿No se había ido de fiesta? —interrumpió Ari, como siempre, en un tono mordaz—. ¡Ah! —Luke le había pellizcado de nuevo, esta vez en la parte interior del muslo, donde la piel es más sensible—.

Ya me callo, ya me callo... ¡Joder Luke! Hablando se entiende la gente, a veces me desesperas.

—Sí, dijo que estaba de fiesta y que perdió la noción de todo, del tiempo, del espacio —continuó Nico eligiendo cuidadosamente cada palabra—. Pero... ¿Una semana? ¿Una semana colocada? Sin saber dónde estaba... No me lo trago. Se fue porque quiso, probablemente para joderme, estuvimos juntos el sábado que desapareció.

—¿Juntos? —inquirió Charlie—. ¿Cómo de juntos?

—Muy juntos —respondió Nico sonrojándose un poco. Charlie asintió con la cabeza sin decir nada—. Imagino que ya estarás al tanto de la ida de olla que tuve con lo del juego.

Charlie asintió de nuevo, nervioso, mirando a Ari.

—Ya veo que no tenemos secretos —añadió Nico en tono neutro—. No pasa nada, me lo imaginaba.

—Nico, cómo pudiste... —Charlie dejó que las palabras se perdieran en el aire y apuró lo que le quedaba de cerveza.

—No lo sé, el caso es que pude... Hugo me convenció para ello... Era un experto manipulador. Obviamente, yo también puse algo de mi cosecha. El caso es que esperaba algún tipo de actuación por parte de la policía, pero Valeria regresó sana y salva, y su abuelo presionó para que el caso de la desaparición terminase ahí. Es un hombre poderoso, de los de verdad, todo el

mundo le debe favores... Como en la película El Padrino, pues algo así, pero al estilo toledano... Por suerte para mí, todo se terminó cuando...

—¿Era? —preguntó Luke tan incisivo como siempre interrumpiendo su discurso—. Has dicho que Hugo era.

—Hugo ha muerto, ahí es dónde quiero llegar... pero más adelante...

La cara de todos cambió por completo.

—¡Muerto! —gritó Ari excitada, con las pupilas dilatadas—. Muerto de verdad... ¿un cadáver? Eso quieres decir...

—Sí, ha muerto, y eso no es todo... hay mucho más...

—Hugo muerto —musitó para sí Charlie apesadumbrado—. ¿Qué le ha pasado? Nunca tuvo suerte... Pobre...

—Lo asesinaron, oficialmente intentó robarle a la dueña de una pensión.

—¡Porca miseria! —replicó Charlie apretando los puños—. Todo el mundo se metía con él, y mira cómo ha terminado...

—Continúa, Nico —le apremió Luke.

—Vamos por partes...

En la siguiente hora Nico habló sin parar, al principio las palabras le salían entrecortadas, pero a medida que desliaba la madeja, las frases fluían como un torrente de ideas más o menos ordenadas. Les contó el cambio que había experimentado Valeria, cómo parecía que otra persona habitaba en su cuerpo después de la desaparición, algo la había cambiado, pero no había

logrado sonsacárselo, aún. Contestó algunas preguntas impertinentes de Ari, y observó como Luke y Charlie digerían la historia, el primero con su aplomo habitual y el segundo con un incipiente nerviosismo, sobre todo cuando tocó la parte suavizada en que relataba la llamada que había recibido de la inspectora Montalvo y la relación que tenía Hugo con las otras víctimas de la ballena azul. No les contó lo atado que se sentía a Valeria, al principio obligado por su especie de chantaje, y después, poco a poco enredándose en su propia telaraña hasta depender emocionalmente de ella de un modo casi irreversible.

—La inspectora... qué opinas... —Era Charlie calibrando la situación desde la distancia, apoltronado en su parte del sofá, moviendo la pierna hacia arriba y hacia abajo sin parar—. ¿Confías en ella?

—Confío... Sí, lo que se puede confiar en un extraño. Parece lista, me da buena espina, aunque la noté algo alterada en la última conversación.

—Decías que buscaba una relación entre Valeria y Hugo... —continuó Charlie, reflexionando en voz alta; se mordió el labio, nervioso, tratando de no sonreír. Al menos parecía que hablaba con autenticidad. No les había contado las insinuaciones sobre la implicación de Valeria en la muerte de Hugo—. ¿Por qué? ¿Quizás se escapó con él? Quizás intentó convencerla para que hiciera algo... turbio, y ella se negó...

—Algo así pienso yo también —admitió Nico.

—Y ella... ¿no te ha dicho nada? —Ari negó con la cabeza, como si

hubiese algo desencajado dentro—. Algo le tuvo que haber pasado si regresó tan cambiada, algo fuerte, algo violento... —aventuró—. Algo de naturaleza sexual... quizás...

Si Charlie y Ari habían establecido esa conexión sin conocer los pormenores del caso, era lógico que la inspectora Montalvo sospechara de ella, se dijo Nico.

—¿No tienes ni idea? —insistió Charlie—. Quizás contactaron a tus espaldas, sin que lo supieras, ya sabes lo volátil que es... bueno que era Valeria, y si Hugo es... bueno, era, un psicópata, un manipulador, a lo mejor... se la tenía guardada, ya sabes, de otra época...

—Ni idea, de verdad —dijo Nico con gesto sincero.

Luke carraspeó un par de veces. Los tres lo miraron con atención, casi siempre que Luke tenía algo que decir era de interés.

—Quizás... —se paró en seco, como midiendo cada sílaba que tenía en mente—. Quizás sea una tontería. Pero hay algo... Me acabo de acordar de algo que pasó hace mucho tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nico, sintiéndose ingenuo pero incapaz de reprimir la pregunta.

—A la conexión entre Valeria y Hugo, puede que venga de lejos... es solo una suposición a raíz de un recuerdo vago.

De nuevo hubo un parón en su discurso.

—¡Suéltalo! —le gritó Ari con su particular genio, medio histérica—. ¡Por Dios! A veces desesperas...

—Sabéis que hablo poco, ¿no? No es por nada en particular, quizás soy un poco lento y prefiero estar seguro de lo que voy a decir y escuchar a los demás antes de dar mi opinión... Siempre he sido así, no me preguntéis por qué. El caso es... el caso es que de pequeño mis padres estaban preocupados, creían que tenía alguna disfunción o algún retraso cognitivo... Y me llevaron a varios psicólogos que no encontraron nada más que lo que os he dicho, que prefiero callar y escuchar antes que hablar, es una cualidad poco común hoy en día.

Miró a Ari con intensidad y esta le devolvió la mirada con ojos ardientes.

Que Nico recordase, era el discurso más largo que había escuchado a su amigo. Pero no sabía por qué lo había soltado precisamente ahora.

—Luke... Ya sabemos que hablas poco y bien... —dijo paciente y afable—. Nunca hemos pensado que tengas ningún retraso ni que seas tonto... al contrario, te respetamos y lo sabes... pero... ¿Por qué nos cuentas esto?

—Porque en una de las visitas al psicólogo, estaban allí Valeria y Hugo, los dos juntos sentados uno al lado del otro con cara de susto. Lo recuerdo perfectamente, no tengo ninguna duda; Valeria comenzaba a despuntar por su belleza y su carácter, y Hugo era el chico del que todos se reían en el colegio.

Nico lo miró boquiabierto. Había encontrado la conexión que buscaba, un hilo del que tirar, aunque no sabía bien si quería conocer toda la verdad sobre

aquel asunto.

—¡Ahí lo tienes! —gritó Ari—. Tienes la conexión, Nico.

—Puede ser casualidad, pueden ser muchas cosas —añadió Charlie pensativo mirando su móvil.

—No creo que tenga importancia, Luke —atajó Nico.

—Yo tampoco, simplemente era algo de lo que me he acordado.

## CAPÍTULO 21

Valeria observaba el ocaso del día desde la ventana de su habitación en el cigarral. La tenía abierta de par en par para ventilar el aire viciado de dentro. Bajó su mirada unos segundos. Gica y Rosita le decían adiós con la mano, ella con su sempiterna sonrisa, él con su semblante adusto. Les sonrió cándidamente y les devolvió el saludo mientras su Citroen C3 gris plata se perdía entre las sombras de las acacias que flanqueaban el camino de entrada. Iban a estar fuera durante unos días, casi toda la Semana Santa. Era la primera vez que lo pedían y su madre, con buen criterio —si ella supiera—, se lo había autorizado. Rosita había dejado preparada cena y comida para varios

días, y Gica había trabajado muy duro para dejar las plantas del jardín perfectamente podadas y el césped cortado. Por supuesto, pensaba mantenerlos dentro del servicio cuando el Incidente terminara.

En cuanto tuvo conocimiento de sus planes, organizó la velada. Además, esa noche habría luna nueva, los hados se alineaban a su favor. Al principio, encontró reticencias en sus padres, pero, después, cedieron. Se lo había pedido con ahínco, se lo había suplicado e incluso los había amenazado con hablar con su abuelo —y contarle ciertas cosas—. Ellos iban a lo suyo, a sus viajes y a sus eventos sociales, como ellos llamaban a las fiestas con sus amigos. Trabajar lo que se dice trabajar, trabajaban poco o nada. Genoveva Aguirre cobraba un sueldo como miembro del consejo de dirección del emporio de comunicación A4media, y su padre se daba una vuelta de vez en cuando por las bodegas de los de Castro para pasar revista y hacer acto de presencia. Sus hermanos se ocupaban de mantener a flote el negocio. Eso sí, aparentar aparentaban como el que más. Aparentaban ser un matrimonio de clase alta al uso, con sus coches, sus caprichos, sus viajes y sus fiestas. Aparentaban ser una familia feliz y unida —quizás con Aitana si lo fueran hasta que comenzó de nuevo el Incidente—, con dos hijas muy diferentes, una de ellas una chica modelo y la otra algo díscola, la que había que enderezar; y aparentaban normalidad, una normalidad aplastante. Cualquier parecido con la

realidad era pura coincidencia. ¿Nadie más se daba cuenta de lo que pasaba? En su momento nadie se quiso dar cuenta. Eso sí, no iba a dejar que la historia se repitiera con Aitana.

Nico se presentaría en cualquier momento. Le tendría que explicar muchas cosas esa noche, pero estaba segura de que entraría en razón. Era su alma gemela, intuía que había algo oculto dentro de él pugnando por salir —como en ella—. Cuando se hizo pasar por Hugo... Eso la excitó bastante...

Últimamente había esquivado sus preguntas y sus comentarios de forma descarada. Se estaba acercando peligrosamente a la verdad. Sabía que había hablado con Leticia, él mismo se lo había contado. La inspectora era una amenaza, ¿habría escarmentado o seguiría tras la pista por sus propios medios? Era improbable que pudiera sacar algo en claro sin los recursos de la brigada criminal; si no había descubierto algo ya, no creía que lo fuese a hacer. No obstante, era un cabo suelto que había que atar o romper, y de eso se estaba ocupando su abuelo, sus contactos y su legión de abogados.

No tenía derecho a investigar un caso cerrado, ni a insinuar que ella tuviera algo que ver... sin pruebas tangibles no la iban a dejar, todo se basaba en hipótesis, intuiciones y pruebas circunstanciales —descripciones vagas de testigos y un retrato robot que mostraba un rostro que bien podía ser el suyo o el de otros miles de jóvenes—. Mientras no la hiciesen declarar en un juicio

no habría problema, y, en caso de que lo hiciesen... Ya había ensayado su discurso varias veces delante del espejo y también podría comprar algún testimonio que la situase lejos de la escena del crimen. Gica o Rosita podrían valer, les podía pagar para que dijeran que estaba escondida en su casa. Seguro que aceptaban, sabía que le tenían aprecio y le debían algún que otro favor. Pero eso sería en un caso extremo.

¿De dónde había sacado Nico que Hugo y ella tenían un vínculo de la infancia? Le había jurado que de la inspectora Montalvo, pero eso no era posible, si tirase de ese hilo... Estaba ocultando algo, Nico no sabía mentir, aún. Tendría que darle algunas nociones básicas. Era un riesgo que estaba dispuesta a asumir.

Su plan era simple, y esta vez no improvisaría sobre la marcha. Si le había salido bien en una ocasión... ¿por qué no una segunda? Eliminar un problema de raíz, como si fuera una mala hierba. Y todo gracias a su *alter ego* Paula Ortiz... Con ella empezó el cambio. ¿Se habrían sucedido los acontecimientos si ella se hubiese hecho pasar por otra persona, si hubiese adoptado otro nombre? A Paula Ortiz la acompañaba la suerte.

Fue al baño a maquillarse, no muy recargada, a Nico no le gustaba que lo hiciera en exceso. Solo un poco de sombra de ojos y pintalabios rouge intenso. Se observó en el espejo, satisfecha. Había engordado tres kilos en las últimas

semanas, sus mejillas tenían otro color y su piel relucía, no tenía los pómulos tan marcados, y le había crecido el pelo. Se echó abundante gomina aplastándolo hacia atrás, dejando su cara descubierta. Se enfundó en un vestido de tubo negro y se puso unos tacones.

Parecía mayor de lo que era. Parecía otra, le decía Nico. Dejando a un lado sus suspicacias, las cosas iban bien con él, desde que regresó, la Situación se estaba enderezando de una vez por todas. Las tornas habían cambiado, ahora era ella la que veía a Nico desorientado y sin rumbo, solo la tenía a ella. Su madre se había echado un nuevo novio y no veía más allá de sus narices. De su padre, mejor ni hablar. Y sus amigos, bueno, había retomado la relación, pero manteniendo cierta distancia; incluso le había hablado de ellos de un modo distante y, por momentos, despectivo.

Él sabía que estaba unido a ella y que no había vuelta atrás. El golpe de Eva fue definitivo para que se centrara del todo. ¿Le contaría alguna vez Charlie quién fue la que lo animó a ir a Madrid a consolarla en el momento preciso? No lo creía, el niño había conseguido su trofeo gracias a ella, por qué iba a complicar las cosas. La verdad, que todo había salido a pedir de boca. Quizás con los años le contase todo lo que había hecho para estar con él. Ella también fue el detonante de la ruptura de Eva y su novio. Ella fue la que le envió a la chica las fotos y los vídeos hechos con su móvil —en los que claramente se veía la cara del cerdo de su novio, pero no se veía la de ella—.

Quizás cuando pasasen los años se lo contase a Nico, y ambos se reirían de lo que había pasado.

Su hermana estaba encerrada en su cuarto, últimamente no salía para nada. Desde el Incidente, había desarrollado una costra exterior que de vez en cuando supuraba algo de pus en forma de un llanto apagado, solo audible si el resto de la casa estaba en silencio. Pegó la oreja a la puerta, no se oía nada. Abrió sin avisar. La encontró tendida en la cama, boca arriba sobre la colcha rosa palo, rodeada de sus peluches.

Aunque estaban pared con pared, la habitación de Aitana distaba mucho de la suya, parecía el cuarto de una niña pequeña más que la de una adolescente. A excepción del globo terráqueo giratorio y de los libros que había en la estantería —a la izquierda, perfectamente ordenados y clasificados los de material escolar, a la derecha, las novelas para adolescentes tipo los Cinco, y varios cómics manga que, para su sorpresa, le había pedido prestados a Nico—, en el resto de la estancia abundaban los peluches y muñecas, y un espacio lleno de fotos con las amigas del colegio sobre un corcho marrón. La decoración de las paredes de la habitación era muy *naive*, pintadas de azul cielo y violeta, tenían dibujadas flores, peces, delfines y pájaros, y al lado de la lámpara que colgaba del techo había serigrafiadas varias constelaciones que se iluminaban cuando se apagaban las luces.

Aún tenía más de niña que de mujer, pensó Valeria con ternura. Su deber

era protegerla de los demonios que la acosaban. No le iba a fallar.

—Hola —dijo Valeria a modo de saludo—. ¿No te vistes? Hoy tenemos cena... ¿recuerdas? —Como no contestaba continuó—: Viene Nico y le he dicho que iba a estar toda la familia al completo.

Ella abrió los ojos y la miró como desconcertada, o más bien desorientada, o las dos cosas a la vez.

—¿Qué pretendes? —inquirió ella con agudeza.

—Nada.

—¿Nada?

—Una cena en familia, que conozcan a Nico un poco... —mintió con el rostro relajado—. Prácticamente no han cruzado palabra.

—Después de lo que te conté... No has hecho gran cosa... —le espetó con amargura. Comenzó a masajearse las sienes con intensidad—. Me dijiste que lo arreglarías, que te ibas a encargar de todo, que no me preocupara... Me dijiste que no fuera a la policía, que no me creerían, que esto se iba arreglar dentro de la familia. Me dijiste que confiara en ti...

No la culpaba por cómo le hablaba. Ni siquiera le había mencionado nada sobre su peinado o sobre su vestido. En las últimas semanas había observado cómo se consumía por dentro y como el halo de tristeza que la envolvía se extendía a toda la casa.

No había comentado sus planes con ella, era demasiado arriesgado, para

las dos. Mientras menos supiese, mejor para ambas. A pesar de sus diferencias, había descubierto que la quería más que a nada en el mundo — exceptuando a su abuelo Rodrigo y a Nico—; y verla en esa situación, tan vulnerable y desamparada activó un resorte dentro de ella que clamaba venganza, por Aitana y por ella misma. Pero, todavía era una niña, no podría soportar semejante carga, seguramente enloquecería, entraría en pánico y lo contaría.

—Se va a arreglar, el tiempo lo cura todo. —Valeria se sentó a su lado y le cogió la mano, inerte y fría—. No te preocupes...

—¡El tiempo cura una mierda! Hay heridas que no cicatrizan, mírate, no quiero terminar como tú...

—¿Cómo yo?

—Participando en juegos macabros, desapareciendo sin más... ¡casi te quitas la vida! ¡Me dejaste sola! —gritó con dureza, como si la respuesta fuera evidente—. ¡Sola!

—Casi... pero no lo hice, todo formaba parte de un plan superior. Lo siento, no pensé en ello, creía que estarías segura, que contigo sería diferente...

—¡Un plan superior! ¡Estás loca!

Hubo un silencio por parte de ambas. Aitana comenzó a sollozar antes de romper a llorar y se encogió como una oruga. Valeria se tendió a su lado y la

abrazó con todas sus fuerzas. Eso pareció reconfortarla.

—No tienes ni idea de cómo me siento, sucia, desgraciada y desesperada...

—susurró entre sollozos muy bajito—, incluso... mataría a alguien... Conozco a algunas personas que se lo merecen...

—Sé perfectamente cómo te sientes —aseguró Valeria con una firmeza necesaria, sin amedrentarse lo más mínimo. —Ella le cogió la mano y apretó con fuerza hasta hacerle daño—. No te preocupes... Yo me encargaré de todo, tu hermana cuidará de ti.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, si tú me prometes que cuidarás de mí.

Notó como su cuerpo se estremecía entre sus brazos.

—Ambas nos cuidaremos mutuamente.

—Sí, y también de Nico.

Aitana rio como una niña. Su pijama olía a flores, Rosita siempre se encargaba de que toda su ropa oliera a flores del bosque.

—¿Cómo es eso? —preguntó con tono inocente.

—¿Cómo es qué?

—Eso de querer a alguien, como tú quieres a Nico.

—Es bonito, amar sin condiciones... para lo bueno y para lo malo. Sabes que siempre estará ahí, pase lo que pase...

—Qué suerte tienes, Valeria...

—Antes me has llamado loca...

—No me hagas caso... Siempre he querido ser cómo tú... Independiente, valiente, decidida; eres como un animal, tienes algo salvaje en tu mirada... No como yo, que estoy domesticada.

—Anda, no digas tonterías... —replicó Valeria sorprendida por la confesión de Aitana—. Ya tendrás tu momento. Además, si hubiera más gente como tú, el mundo sería un lugar mejor —dijo convencida.

—¿De verdad lo crees?

—De verdad.

—Valeria...

—¿Sí?

—Eres como una princesa de cuento de hadas, como una de esas actrices Hollywood que consiguen lo que quieren... Tú consigues todo lo que te propones... Eres mi hermana. Te admiro y daría todo lo que fuera por tenerte conmigo siempre.

Valeria asintió con la cabeza, sin apenas escucharla.

Una cortina de irrealidad se interponía entre ella y el mundo. Se sentía llena de energía, feliz, alegre y optimista para la ardua tarea que tenía por delante.

## CAPÍTULO 22

Leticia empezaba a sentir aburrimiento, un aburrimiento súbito que la paralizaba. Cuanto antes terminemos, mejor, se dijo a sí misma, observando el palacete que tenía frente a ella en la Diagonal de Barcelona. Un edificio que diseñó el propio Gaudí, según le acababa de contar Gerard tras consultar su móvil.

Gerard era el nuevo compañero de batallas al que fue asignada, un barcelonés crecido en el área metropolitana de la Ciudad Condal, en un barrio obrero atestado de inmigrantes venidos de las diversas esquinas del territorio patrio. No era mala gente, trabajaba bien y se consideraba español hasta la médula, tanto, que a veces resultaba un poco cansino con tanta cháchara

rojigualda. También era muy metódico y profesional, como ella; y, lo mejor de todo, es que le gustaban los hombres, era gay, una cosa menos de la que preocuparse. Además, siempre era un consuelo tener a alguien al lado que tuviera más problemas que ella —dentro del Cuerpo— por su condición sexual. No hizo falta que se lo comentase, lo adivinó enseguida, fue el único en la comisaría que no le miró el escote y el culo de forma descarada. Le caía bien y juntos estaban haciendo un buen trabajo. La única pega que podía ponerle, era que estaba completamente obsesionado con su físico. Gerard era carne de gimnasio y anabolizantes, cuando no hablaba de España o de trabajo, el tema se centraba en el cuidado de su cuerpo —plagado de tatuajes—. Algo que a Leticia le importaba bien poco, ella tenía un metabolismo calórico, podía engullir sin parar y no le hacía falta hacer mucho deporte para mantener la línea.

En las últimas semanas los acontecimientos se habían precipitado de una forma catárquica. Le faltó muy poco para terminar de uniforme patrullando las calles, eso le dijo su jefe o se marcó un buen farol. En unos días había pasado de formar parte de una de las brigadas de élite del Cuerpo Nacional de Policía a patearse la calle de incógnito. Junto a su nuevo compañero, realizaba labores de vigilancia de un político presuntamente corrupto y de su mujer, una ex miss venezolana que se fundía el dinero de los contribuyentes,

presuntamente, con una rapidez pasmosa, a través de una MasterCard perteneciente a una fundación bancaria.

Se había enfrentado al sistema y el sistema se le había devuelto con creces, en forma de una potente patada al esternón, dejándola sin respiración y con apenas conocimiento. Se pasó de rosca con el asunto de Valeria Aguirre. Todo venía por eso. Tenía que reconocer que quizás se había excedido un poco, solo un poco, llamándola repetidamente a su número de teléfono y contactando con Nico. Después de todo, lo único que consiguió fue alarmar al chico y que este le contase a Valeria que lo estaba acosando. Un fallo de cálculo que le había costado el puesto.

Los engranajes del sistema comenzaron a funcionar y la información llegó a sus superiores. Una buena bronca delante de toda la brigada, eso es lo que obtuvo por respuesta al exponer su teoría al comisario. El resto de la plantilla se enteró de lo que hacía a escondidas, utilizando el buen nombre y los recursos de la unidad. No puedes malgastar el dinero de los contribuyentes de esa forma tan estúpida, le dijo el comisario bajo la atenta mirada de Fernando y la aquiescencia del resto de compañeros. Ninguno la apoyó. Hasta ese momento ni fue consciente de las envidias que levantaba su presencia y su actitud de policía total dentro de la brigada.

Intentó por todos los medios mantener a Frani al margen del caos que había creado. Sus esfuerzos resultaron vanos, la supuesta colaboración de la chica

—no probada— la puso contra las cuerdas, y Fernando tiró de varios hilos que conectaban muy arriba para deshacerse de las dos, el muy cabrón. El caso es que, aunque no hubiera hecho nada más que seguir las indicaciones de un superior, la chica también estaba fuera de la brigada y fuera de la policía, lo cual le vino que ni pintado. Frani había pasado a mejor vida: la contrataron en la empresa de la manzanita una semana después de su despido. Se había corrido la voz de que era capaz de entrar en sus dispositivos como Pedro por su casa y ahora estaba trabajando para evitar que otros lo hicieran.

Quizás Frani lo tenía todo calculado y la había utilizado, cavilaba Leticia en sus momentos de bajón más intensos. Aunque, cuando lo pensaba fríamente no lo creía probable, había muchos factores aleatorios en juego.

Leticia había sufrido en primera persona la tormenta perfecta, aunándose en un breve periodo de tiempo un gran frente atlántico, una ciclogénesis explosiva y un episodio de gota fría: el cambio de gobierno y la desviación de los fondos reservados para otros menesteres, los tejemanejes de Fernando para quitarse de en medio a dos granos en el culo, unido a sus teorías conspiranoicas contra Valeria Aguirre, casi terminaron con su incipiente y prometedora carrera.

Había caído varios escalafones, haciendo la calle, pero sin uniforme ni coche patrulla. Le habían dado una segunda oportunidad y la iba a aprovechar, haciendo lo que le dijeren. Sin salirse del guion conseguiría labrarse de nuevo

una carrera y una reputación dentro del cuerpo. Se lo había perjurado así misma.

El panorama estaba muy revuelto dentro de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. La moción de censura conllevó la formación de un nuevo gobierno, que trajo aparejado irremediablemente el cambio de ministro y, como si de una ola gigantesca que arrasaba con todo se tratase, los nuevos tiempos propiciaron una profunda renovación de los altos mandos de la Policía Nacional y de la Guardia Civil. Los ánimos estaban caldeados, gente que llevaba décadas sirviendo de una u otra forma a la patria, a sus intereses y a los de terceros, estaba siendo relevada por savia nueva, que vete tú a saber lo que harían... Incluso se decía que peligraba la cabeza del jefe de los espías, que había sobrevivido a la crisis y dos cambios de presidente de diferente signo.

La idea no es que le pareciera mal, pero los nuevos altos mandos quizás no fueran todo lo competentes que debieran... A ella le había tocado bailar con la más fea... Se creó un nuevo puesto de coordinación adjunta al comisario y, ¿a quién habían colocado? Ni al que coleccionaba más trienios, ni a la más competente y preparada, ni siquiera al que caía mejor y tenía mejores dotes para aunar al equipo; habían ascendido a Fernando del Burgo. Su enchufe debía ser un trifásico de profundas ramificaciones —su tío era el ministro saliente—, para que un ser tan inútil, vago, deleznable, chabacano e hipócrita

fuese ascendido. Algo en el sistema olía a podrido. Una de sus primeras decisiones había sido desprenderse de Frani y de Leticia, cada una había salido por una puerta, ella por la de atrás y Frani por la falsa. ¿Sería casualidad o el hecho de que fueran las dos únicas chicas en edad de merecer que habían rechazado acostarse con Fernando había ayudado? Probablemente, eso y sus teorías absurdas sobre Valeria y la muerte de Hugo. ¡Serás imbécil! ¡Le pusiste tu cese en bandeja!

Como disponía de tantas horas muertas, esperando que el consejero y su primera dama hiciesen algo, sus pensamientos iban y venían, y a veces chocaban entre ellos haciendo extrañas carambolas, como si de una partida de billar se tratase.

Observaban el bloque desde el otro lado de la calle. Su único cometido era seguirles cuando salieran de la casa. Para ello contaban con un equipo de apoyo —dos policías recién salidos de la academia, con cara de no saber ni cómo enfundar el arma en la sobaquera—. Aunque hasta ahora habían trabajado bien, Leticia no se fiaba, no se fiaba ni de su propia sombra a la que a veces esquivaba haciendo extrañas cabriolas.

Gerard encendió otro pitillo. Sólo se fumaba la mitad de los cigarrillos antes de apagarlos.

—¿Nada?

—Nada —respondió Gerard aspirando el humo largamente, un par de veces seguidas—. Cuando tengan la orden, vendrán otros a cobrarse el pato, de eso no te quepa duda. Querrán salir en las noticias y esas cosas, me juego la cabeza a que ya lo tienen apalabrado con la prensa.

Apagó la colilla en el cenicero.

Leticia le cogió un cigarrillo Camel y lo prendió. Aunque no le gustase reconocerlo, estaba aprendiendo mucho en su nuevo cometido. Había que ser monaguillo antes que fraile, solía decir Gerard, cuando le hablaba de su reciente pasado. Ascensión, gloria y caída de una inspectora novata, podía ser el título de una trama policial llevada al cine, con la heroína Leticia Montalvo de protagonista.

—¿Por qué haces eso?

—El qué.

—Apagar los cigarrillos por la mitad... Es una pérdida de dinero y de tiempo... te duran exactamente la mitad.

Gerard se quedó pensando durante unos instantes.

—Porque es el tiempo que tardo en darme cuenta de que me están matando.

Leticia lo miró divertida.

—¿Y por qué vuelves a encender otro?

—Porque es el tiempo que tardo en darme cuenta de que no quiero morir de viejo —soltó como si fuera una obviedad—. En este país de locos sería

demasiado sufrimiento. Prefiero morir a los cincuenta de un cáncer de pulmón, dejando un bonito cadáver que a los ochenta, arrugado como una pasa y medio chocho en una residencia cutre.

Ambos rieron, una moviendo la cabeza y el otro mirando hacia el bloque de pisos.

Ahí en frente vivían lo mejor de lo mejor, la crema innata de la alta sociedad barcelonesa. Familias burguesas de rancio abolengo que se vanagloriaban de su próspero presente, alardeaban de su pasado y creían en un futuro de esplendor para los de su casta. Y financiaban y estaban presentes en los partidos políticos que se repartían el pastel. Estaba segura de que, si escarbaban un poco, encontrarían toneladas de mierda con la que llenar un estercolero. Lo peor, pensaba con amargura, era que el estereotipo se replicaba en los diecisiete reinos de taifas y dos ciudades estado en las que se dividía el Reino de España para repartir la correspondiente dosis de poder territorial y autonomía, y, por supuesto, el jugoso presupuesto, la teta de la que todos ellos chupaban a costa del trabajo ajeno.

Te estás dejando influenciar por el españolismo de Gerard, pensó con una pizca de ironía

Les habían asignado la tarea de seguir a Albert Piqué de Forcadells, uno de los recién nombrados consejeros de la Generalitat emergente tras el plebiscito

electoral. Según los informes que había leído, su familia estaba metida hasta el cuello en la trama del 3%, cobrando suculentas mordidas de los contratos públicos que se licitaban con empresas de confianza y que se alternaban en la adjudicación las de siempre.

Sus superiores les habían dicho que, por supuesto, los mossos no sabían nada de todo el operativo, algo de lo que tanto Leticia como Gerard recelaban. Hasta ahora todo iba como la seda, sin ningún tipo de interferencias. No obstante, en breve habría tormenta, vaticinaba Leticia con una media sonrisa

El consejero, aparentemente serio y discreto, aunque con una vida privada algo disoluta, había permanecido en un segundo plano del panorama político, primero como gerente de la empresa municipal de aguas, y después al frente de una fundación de impulso de la cultura y de la lengua catalana. Con el descabezamiento de la antigua cúpula del partido, a raíz de la pantomima circense que montaron con la consulta del *procés*, no le había quedado otra que dar un paso al frente, principalmente ante las presiones familiares, y ahora ocupaba el flamante cargo de Consejero de Interior.

El matrimonio no tenía hijos, su vida estaba consagrada a los intereses familiares, la política y a los placeres mundanos.

Para celebrar el nombramiento de consejero no había dudado en irse de farra con sus amigotes del partido y varios empresarios afines, organizando un volquete de putas —como constaba en las grabaciones—, en un prostíbulo de

lujo ubicado en un chalet a las afueras de la ciudad, del cual era asiduo y le trataban como VIP. Había pasado allí casi veinticuatro horas. Leticia estuvo esperando a que saliera en la acera de enfrente, pacientemente, fumando cigarrillos junto a Gerard. Todo el festín corría por cuenta de unas tarjetas opacas financiadas a través de la fundación que él mismo había presidido.

Su mujer no se quedaba atrás, era otro bicho malo: una belleza apabullante diez años más joven que él, perteneciente a una familia de empresarios afines al régimen gobernante de su país, a la que Piqué paseaba sin pudor, con vestidos imposibles, por todas las fiestas y eventos como si fuera un maniquí sin alma, pero que gastaba euros a un ritmo endiablado. Fue por ella por dónde empezaron a tirar del hilo; era adicta al lujo, a los diseñadores de la pasarela Cibeles —irónicamente—, a botellas de champagne francés Salon Blanc de Blancs de mil euros —irónicamente—, y a operaciones de cirugía en la madrileña clínica Mato-Villena —irónicamente—. Judith Alvarado estaba operada hasta detrás de las orejas. Los labios de Scarlett, los pómulos de Angelina, los pechos de Sofía; así era la esposa del consejero Piqué, una miscelánea de partes y rasgos de actrices y modelos que le iban ofertando mes tras mes y que era incapaz de rechazar. Además, se la pegaba a su marido con el profesor particular de zumba. Todo a gastos pagados, claro, se fundía el dinero de las tarjetas que le proporcionaba su marido casi al mismo tiempo que las recargaban. Alguien filtró la información, alguien próximo al CNI, y

comenzó la operación Maduro.

—¿Y si entramos nosotros? —aventuró Leticia, más que nada para ver la cara que ponía su compañero.

—Estás más loca de lo que creía... —Gerard la miró intrigado, quizás con suspicacia—. No me hace gracia.

—¿Por qué no? —Leticia se fijó en su fino cutis y en sus músculos tonificados, una pena que sea gay, pensó—. Seguro que nos ascienden...

—O te dan la patada... definitiva.

Gerard se arrepintió de lo que decía e intentó disimular desviando la mirada hacia el edificio. Había un camión de mudanzas amarillo chillón y unos operarios bajaban unas alfombras enormes a plomo, llevadas a hombros de dos en dos.

—¿Por qué dices eso? —Se miró al espejo dándose un poco de cacao, juntando los labios.

—Nada, no me hagas caso, a veces soy un bocazas sin remedio —reculó Gerard.

—No tires la piedra y escondas la mano... —Guardó la barra de cacao en el bolso y centró toda su atención en él.

—Venga ya, Leticia, que los rumores tienen patas y corren como condenados... Igual que supongo que sabes que soy maricón desde el minuto

uno, todos sabemos por qué estás aquí... Sin ánimo de ofender.

—Sin ánimo de ofender. —Sonrió levemente levantando un lateral de los labios.

—Ahora repites lo que digo...

Leticia lo observó de arriba a abajo, como si evaluara a un oponente. El camión arrancó y pasó a su lado, casi rozándoles el espejo.

—Me gusta la gente que habla claro, y más si somos compañeros y nos tenemos que guardar las espaldas. ¿Por qué crees estoy aquí?

Gerard dudó unos segundos, encendió otro pitillo y después habló.

—Porque se te fue la olla con un caso...

—Con dos —puntualizó ella punzante como una aguja—, aunque oficialmente solo hubo uno.

El otro asintió con la cabeza, dando una larga calada.

—Con la desaparición de Valeria Aguirre y la muerte de Hugo Rivera, el de la ballena azul.

—Muerte no, asesinato —corrigió ella—, y también el de la dueña de la pensión. —A Leticia le resultaba curioso como nadie se acordaba de Margarita, era una anciana, sin apenas familia, pero al fin y al cabo era una persona que tenía corazón y pagaba sus impuestos como el resto de los mortales, y, además, había dejado huérfano a un lindo gatito—. Mantengo lo que dije, ahí hay algo más de lo que parece.

Leticia estuvo tentada de enseñarle el retrato robot y la fotografía de Valeria, pero ya se había dado por vencida. También estuvo tentada de mostrarle el vídeo que recibió de Frani. Después de aquella noche, a la chica le había dado fuerte. Le mandaba mensajes, cada día, desde que la mandaron a paseo, nunca mejor dicho. Leticia solo le contestó un par de veces diciéndole que ya la llamaría cuando estuviera en Madrid. Sin motivo aparente, Frani había estado haciendo horas extras y se las había apañado para piratear el sistema de grabaciones de la estación de autobuses de Talavera. Le envió un archivo de la mañana en que habían muerto Hugo y Margarita. En él, parecía la imagen de una joven, con ropas holgadas y con la cabeza cubierta por una capucha, a la que se le veía media cara cuando pagaba los billetes en la taquilla. Para ella, se trataba de Valeria sin lugar a la duda. Frani opinaba que se le parecía bastante, que podía ser ella, que quizás... Decidió guardar el archivo, por si acaso, pero no se lo enseñó a nadie más.

La puñetera Valeria únicamente le había traído problemas. Si seguía husmeando sin la autorización de sus superiores, podría terminar comiendo mierda, aún más. Y esa autorización jamás llegaría tal y como estaban las cosas. Había decidido centrar todas sus energías en su nueva misión, el consejero Piqué y su apabullante esposa. Y eso es lo que haría. Bastante tenía ya con lo suyo, le daba exactamente igual si Valeria había matado a Hugo o si había estado implicada, hasta un ciego podía ver que existía alguna relación.

Si a nadie le importaba a ella tampoco. Al carajo.

—Estoy seguro... —dijo Gerard con aire enigmático—. Ahí hay algo que huele a podrido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inquieta, centrando toda su atención en él.

El policía hizo un par de estiramientos mientras tocaba la pantalla táctil de su móvil con el pulgar.

—Mira.

Leticia estiró el cuello, leyó el titular y le quitó el móvil de las manos, por ese orden. Se trataba de una noticia de un periódico local, en la que se comentaba en cinco párrafos la extraña desaparición de una pareja de la alta sociedad toledana, Jaime de Castro y Genoveva Aguirre. Hacía dos semanas que nadie sabía nada ellos. Era como si se los hubiera tragado la tierra, escribía el periodista. La familia había tardado en dar la voz de alarma porque, al parecer, era frecuente que se ausentasen durante varios días sin avisar. La policía no tenía ninguna pista que seguir, los móviles estaban desconectados y su última ubicación fue en la propia casa, y ni rastro del coche en que habían abandonado la hacienda. Igual que Valeria, pensó para sus adentros, sin decir ni mu.

Miró de soslayo a Gerard, que la observaba con aire pensativo.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo, con su voz grave y pedregosa, de locutor

radiofónico de programa de misterio, de esos que se emiten de madrugada.

Leticia se lo pensó un poco. Observó la fotografía tomada desde la puerta del cigarral, detrás de los coches de policía había estacionado un viejo Talbot Horizon, blanco y herrumbroso. A su lado, apoyado en el capó estaba Héctor Orgaz, enfundado en su inconfundible gabardina gris, mirando con aire distraído hacia un punto indeterminado. Contuvo una pequeña risita ácida. Si querían ayuda, que la llamaran, aunque dudaba que alguien se acordara de ella. No obstante, le resultaba reconfortante saber que no se había equivocado con todo el asunto, algo olía a podrido en los Aguirre. Por ahora no movería ni un músculo, a no ser que el propio Fernando se lo implorase de rodillas y vestido con hábitos franciscanos.

—Nada —respondió finalmente.

—¿Nada?

Parecía sorprendido.

—Bastante tengo ya con lo mío —sentenció con una sonrisa estirándose en el asiento.

—Haces bien... Vas aprendiendo pequeño saltamontes...

Iba a responderle con alguna ocurrencia, pero en ese momento observó por el espejo retrovisor que, detrás de ellos, justo en la esquina había estacionado una furgoneta blanca con el logo de una conocida cadena de televisión. Casi al unísono se oyeron unas sirenas y varios furgones de la policía nacional

aparecieron en escena aparcando en la puerta del edificio que vigilaban.

—La prensa ha llegado unos segundos antes —constató Leticia en voz alta.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Gerard con ironía dejando el cigarrillo por la mitad dentro del cenicero—. ¿Vamos?

—No, yo me quedo aquí.

—¿Y eso?

—Prefiero ver los toros desde la barrera... He aprendido la lección... Ver, oír y callar.

El otro sonrió y se encogió de hombros, cruzó la calle, sorteando varios coches que le pitaron y le increparon, en dirección al operativo policial. Leticia se quedó pensativa dentro del vehículo, apurando el cigarrillo que había dejado su compañero.

## CAPÍTULO 23

Nico paseaba cogido de la mano de Valeria, mostrando en público una actitud desolada y a la vez tranquila, igual que la de ella. Habían pasado dos semanas desde el suceso y nadie sospechaba lo que realmente había ocurrido aquella noche. Nadie. Para Nico resultaba sorprendente. Los extraños y variopintos gustos de los padres de Valeria habían ayudado a tejer una cortina de humo sobre ellos, hasta el extremo de hacerles parecer víctimas en lugar de verdugos.

—Estoy tan cansada de Toledo —dijo ella, suspirando—. La piedra nos volverá locos.

Y tanto pensó Nico para sus adentros. Pero no era la piedra lo que lo despertaba por las noches empapado en un sudor frío.

La policía científica seguía buscando pistas dentro de la casa, mientras ellos observaban desde la distancia, apoyados en uno de los viejos cerezos del huerto, detrás de la piscina. Su abuelo había mandado a Héctor Orgaz para que estuviese allí, velando por sus intereses, hasta que la policía terminase sus averiguaciones. Lo veían salir de vez en cuando para hacer alguna llamada.

—Siempre es lo mismo —continuó Valeria—. Frío en invierno, calor en verano... abarrotado de turistas durante todo el año. Pero siempre la misma gente. No los turistas, sino la gente con la que estamos.

—Ahora podemos ir dónde queramos, ¿no? —dijo Nico apretándole la mano, intentando sacar el lado positivo de las cosas, de la nueva Situación.

Porque la nueva Situación los había unido de por vida. Lo que hicieron aquella noche, la promesa, el pacto, la desaparición de sus padres... Todo formaba parte de un plan infinito que giraba en torno a él y ella.

Valeria y Aitana iban a heredar una fortuna, a su hermana le quedaban todavía unos años, pero Valeria lo haría más pronto que tarde y él estaría allí, a su lado, para disfrutar de una vida plena, llena de lujos y sin preocupaciones. Siempre que todo fuera bien encauzado. Hasta el momento nada se salía de lo normal. Todos los esfuerzos para encontrar a los padres de Valeria estaban orientados en la búsqueda de pistas de puertas para afuera;

nadie se ocupaba de mirar de puertas hacia adentro.

—Habrá que dejar un tiempo... de luto... y después... ya veremos... supongo que sí.

—¿Te arrepientes de lo que hicimos?

Ella negó tajante.

—En absoluto. ¿Y tú?

—Tampoco —replicó Nico sin dudar.

Aunque en su interior la duda se apagaba como una llama, siempre le quedaba un rescoldo en lo más hondo que lo despertaba en plena noche, con el corazón latiéndole a mil por hora, angustiado y asfixiado. En unos meses su vida había dado un vuelco de 180 grados en todos los sentidos, había pasado de ser una oveja, de llevar una existencia anodina y tranquila, a convertirse en un lobo. Valeria tenía razón, no habían hecho nada malo, simplemente habían erradicado una mala hierba de raíz

—Hicimos lo correcto —añadió convencido.

Nunca hablaban en voz alta de lo ocurrido, por precaución y para prepararse mentalmente de cara a un eventual interrogatorio, si llegaba el fatídico momento. Mientras menos pensasen en lo que habían hecho y más se metiesen en su papel, mejor.

Oyeron un ruido detrás de ellos, un ruido de pasos que andaban con pesadez sobre la senda llena de ramitas. Se dieron la vuelta. La enorme figura

Gica, llevando un pesado fardo con restos de poda se materializó muy cerca de ellos. Sus manos y las mangas de su camisa de leñador estaban manchadas con gruesas pellas de color tierra. Nico tragó saliva, ¿habría escuchado algo de lo que habían hablado? y, en ese caso ¿cómo lo habría interpretado? Más que nada temía cómo lo interpretaría Valeria. No quería volver a hacer nada parecido en su vida.

—Señorita. —Gica pasó a escasos metros, llevaba encima un mono de tela gruesa, también sucio, lleno de barro y mugre. Inclino la cabeza y se tocó la gorra—. Señorito...

Lo saludaron con un simple hola y una media sonrisa, y se alejó dando grandes zancadas hacia los contenedores ubicados en el camino de acceso a la finca.

—Ahora eres señorito... —rio Valeria con malicia.

Rosita y Gica. ¿Sospecharían algo? Valeria decía que no, y que, aunque lo hiciesen, no se iban a meter en líos. Gica tenía antecedentes, estuvo cumpliendo condena por robo y allanamiento sin violencia. El gigante rumano venía de una familia de cerrajeros de Bucarest y atesoraba la sabiduría de varias generaciones abriendo puertas de todo tipo. Con sus manazas podía ejecutar delicados movimientos ante cualquier tipo de cerradura para terminar abriéndola como por arte de magia. Conocía todo tipo de trucos y artimañas para esos menesteres. Nada más llegar a España comenzó a trabajar como

cerrajero profesional para un tipo vinculado a la mafia rumana, que se dedicaba también el noble arte del latrocinio de chalets en la Sierra de Madrid. Cuando Gica reparaba un cerrojo o instalaba un nuevo bombín, al poco se producía un robo en la vivienda. Algún vecino ató cabos y lo denunció a la policía, que simplemente sumó dos más dos. Gica, a sabiendas de quién era el verdadero culpable y de las consecuencias que tendría dar el chivatazo, hizo de cabeza turco, y estuvo una temporada en la cárcel sin inculpar a su jefe. Cuando salió obtuvo su recompensa en forma de una bonita suma de dinero que le permitió empezar de cero en otra ciudad. Valeria conocía toda la historia, de forma casual encontró la información en internet y, cuando se lo comentó a Rosita, esta le hizo prometer que por favor no dijese nada a nadie. Ahora, le tocaba a ellos devolverle el favor.

Rosita llevaba días sin pronunciar palabra, se había mimetizado con el entorno, con los muebles, con los utensilios de limpieza, con el jardín. Ella simplemente había dicho la verdad, que aquella noche no se encontraban en casa y que cuando regresaron preguntaron a las niñas por sus padres y que nadie sabía dónde estaban. No era la primera vez que tenían ese comportamiento tan errático, lo habían hecho antes, pero siempre mandaban un mensaje o llamaban para decir que se encontraban bien. No tenía ni idea de lo que hacían, ella no preguntaba, solo era una empleada del hogar que se ocupaba de cocinar, de planchar y de adecentar la casa. Rompió a llorar de

modo bastante convincente cuando le preguntaron por las hijas. Gica no tuvo que hacer ningún esfuerzo para enmudecer, casi nunca hablaba, y corroboró la versión de Rosita punto por punto. Dados sus antecedentes, en un primer momento se convirtió en el principal sospechoso de la policía —y de Héctor Orgaz—. Pero, su coartada era sólida, habían estado varios días en Cádiz visitando a unos amigos de Rosita y habían subido numerosas fotos al Facebook de ella. No obstante, Héctor Orgaz se empeñó en la vía rumana como posible foco de investigación, hasta que alguien lo convenció de lo contrario.

Nico se planteaba que hubieran hecho si Gica hubiese sido detenido y acusado del crimen. No se lo había comentado a Valeria, no quería alarmarla con hipótesis sin más fundamento que su imaginación. Seguramente lo miraría con cara rara y no se lo tomaría bien.

Hasta el momento, la policía trataba el caso como una desaparición, no como un homicidio. Si no encontraban los cuerpos, el asunto quedaría archivado como un misterio sin resolver, como había vaticinado Valeria.

Nico también temía que la inspectora Montalvo se presentase de nuevo con sus teorías, atando cabos y conectando los hechos. Pero Valeria le había convencido de que nadie sabía nada de su relación con Hugo. Solo la casualidad y la memoria de Luke los habían vinculado. Leticia Montalvo únicamente podía especular y se encontraba muy lejos de allí ocupada en la

ardua tarea de sobrevivir al escándalo.

Según Héctor Orgaz, estaba en Barcelona intentando arreglar lo imposible, el desaguisado de la operación Maduro. El ridículo policial había salido en todas las noticias. La Policía Nacional culpaba a los Mossos de alertar al consejero Piqué de que iba a ser detenido, y el portavoz de la policía autonómica argumentaba —no sin cierta sorna— la dejadez e incompetencia de sus compañeros del Cuerpo. Héctor les comentó como anécdota, pero mofándose de la inspectora, que Leticia formaba parte del operativo de vigilancia que había sido tildado, por la prensa catalanista y no catalanista, de «fracaso estrepitoso y de ridículo de los cuerpos de seguridad del estado». Les enseñó los titulares en su móvil. Los altos mandos buscaban señalar culpables más pronto que tarde y ella estaba en el disparadero. Cabía la posibilidad de que la echasen del cuerpo, les dijo con una media sonrisa esquinada. Rodarían cabezas.

A Nico le daba un poco de lástima, Leticia se había portado bastante bien con él —para lo que podía haber pasado—. Lo que no impidió que sintiera un alivio generalizado al oír la historia de los labios del expolicía, que escupían veneno cuando pronunciaban su nombre.

—¿Qué piensas? —preguntó Valeria dándole un beso dulce y húmedo cerca de la comisura de los labios.

—En mi madre —mintió Nico—. Va en serio con su nueva conquista. Se la ve emocionada, lo ve todo de color de rosa.

—¿Y eso es malo? —Ella recostó su cabeza sobre su hombro y cogió un palito con una hormiga en su punta. Le dio un par de vueltas antes de aplastarla contra la tierra—. Deberías alegrarte por ella. Nico... hay que ser feliz, aunque sea por joder al personal...

—Temo que le hagan daño... otra vez...

—No te preocupes, seguro que todo saldrá bien.

Nico no sabía si se refería a lo de su madre o a su nueva Situación.

—¿Y tu abuelo? —preguntó Nico cambiando de tema.

—No te preocupes por él.

Mientras más decía que no se preocupase, más azorado se sentía.

—Me preocupo —dijo suspirando. De hecho, era el que más le preocupaba, ese detective que gozaba de su confianza, Héctor Orgaz, parecía un hueso duro de roer, un tipo de los de antes... Si sospechaba algo, no cejaría en su empeño—. Al fin y al cabo, es su hija quién ha desaparecido... Tú madre... —dejó caer Nico suavemente, no quería pensar en eso más de lo necesario.

Valeria lo observó con los ojos muy abiertos conteniendo la respiración. Miró varias veces hacia atrás para asegurarse de que no había nadie escuchando. Al ver que no había nadie, volvió a respirar.

—Nico, no vayas a cometer ninguna locura... —Hablabla con un malicioso tono lleno de serenidad—, todo está saliendo a pedir de boca.

—Ese Héctor Orgaz... estuvo llevando tu desaparición junto con Leticia, quizás le haya comentado algo.

—No lo creo, si no ya estaría por aquí.

—Tienes razón. Todo está saliendo a pedir de boca.

—¿Lo ves?

Nico asintió. Unos matorrales se movieron detrás de ellos. Ambos se volvieron, una ráfaga de aire los volvió a agitar.

—Y tu hermana...

—¿Qué pasa con ella? —inquirió inquieta, entornando los ojos. Sacó un paquete de tabaco y lo sacudió un poco hasta sacar un cigarrillo.

—Me da la impresión de que sospecha algo.

—Supongo... No es tonta... Pero, no hay que preocuparse, fue ella la que me pidió ayuda.

—Esa noche... —añadió dando forma a sus pensamientos—. Forjamos un vínculo que nos unirá de por vida.

Ella se sentó a horcajadas sobre él. Le cogió la cabeza y lo besó con el humo del tabaco dentro. Nico tosió un poco y la apartó para tomar aire. De nuevo un ruido como de ramas partidas. Ninguno le prestó mayor atención.

Al fondo, se veían los policías saliendo de la casa embutidos en sus monos

blancos. Eran tres, antes de montarse en la furgoneta saludaron con la mano hacia la dirección donde ellos estaban. Tenían precintado los dormitorios y el despacho de sus padres. Nico les devolvió el saludo.

—Ya se van —dijo Nico constatando un hecho evidente—. Vamos, volvamos a la casa.

Valeria no respondió, no hizo ademán alguno de levantarse. Estaba quieta, mirando detrás de los brezos y madroños que formaban una murallita suficientemente alta como para que alguien pequeño se escondiese detrás. Se alzó y con paso firme avanzó hacia los matorrales. Nico la siguió. Casi al unísono vieron como emergía la figura de Aitana que permanecía agazapada detrás de las plantas. Se quitó de encima las ramitas y las hojas que cubrían parcialmente su jersey granate y sus pantalones de pana oscuros. Los miró desafiantes, sin amedrentarse.

—Nos estabas espiando —dijo Valeria en tono desabrido. Aitana no contestó—. ¿Qué has escuchado? —Silencio de nuevo—. ¡Contesta! —le gritó, cogiéndola con fuerza y zarandeándola de un lado para otro—. ¡Imbécil! ¡No lo vuelvas a hacer!

—Valeria... —Nico la abrazó con fuerza y la separó de su hermana que temblaba como un flan—. Déjala que respire...

Aitana rompió a llorar como la cría que era. Acababa de perder a sus padres y su vida había dado un vuelco radical. Debía ser una verdadera

catarsis para ella.

Valeria, algo más calmada por el contacto carnal de Nico, se acercó de nuevo a su hermana y la rodeó entre sus brazos con ternura.

—Me siento sola, Valeria... —sollozó apoyándose en su hombro—. Vosotros os tenéis el uno al otro, y yo... estoy sola...

Nico se acercó a las dos y también las abrazó. Sentía como ambas temblaban bajo la ropa.

—Tú nos tienes a los dos —le dijo Valeria—. A mí y a Nico, estaremos siempre contigo.

—Siempre —repitió Nico.

Durante unos segundos estuvieron así, abrazados en silencio, escuchando el latido de sus corazones y el sonido del viento. Unos segundos que resultaron reparadores y reconfortantes para los tres, en los que el tiempo pareció congelarse durante una eternidad.

—No me he enterado de nada... No os preocupéis, sigo igual de ciega y sorda... —soltó finalmente Aitana con un hilillo de voz—. Os he seguido para ver si me enteraba de lo que hablabais en vuestros enigmáticos paseos. Pero desde aquí no se oía lo suficiente.

—Mejor, mientras menos sepas, mejor... —susurró Valeria.

—¿Qué pasó esa noche? No me trago la historia de la desaparición. —Una lágrima resbaló por su mejilla recorriendo unos centímetros. Valeria la

recogió en su dedo—. No es que quiera que vuelvan, ni nada parecido. Eran unos degenerados, unos monstruos, pero... aun así, eran mis padres y quiero saber la verdad.

Valeria y Nico se miraron. No se les escapó que hablaba de ellos en pasado.

—Mientras menos sepas, mejor... —sentenció Nico.

## CAPÍTULO 24

Esa noche Nico dejó la motocicleta aparcada cerca de la puerta de entrada, al otro lado de la verja. Había sido un regalo de su padre en su último cumpleaños. Un scooter de tres ruedas gris metalizada, de 125cc de la marca Yamaha. No era el último grito en diseño, pero le venía que ni pintada para moverse por Toledo. La cubrió con una capucha, el cielo amenazaba tormenta.

Valeria le había pedido expresamente que no la entrase dentro de la finca, a sus padres les daban pánico las motos y no quería preocuparlos más de lo necesario, fue la explicación que dio. Les dirían que había cogido un taxi para llegar hasta el cigarral. Aunque el verdadero motivo de Valeria era otro, no

quería que las cámaras registrasen la moto de Nico, pero, eso él aún no lo sabía.

Llamó al timbre del telefonillo y se colocó en un ángulo visible para que lo reconocieran al otro lado de la cámara. A los pocos segundos se abrió la verja. Nico avanzó con paso firme y decidido por el camino de gravilla. Valeria lo saludó desde el balcón y desapareció por el ventanal. Antes de que subiese la escalinata que daba acceso a la puerta principal ya estaba esperándole en la puerta con un vestido negro que se ajustaba perfectamente a su figura y unos botines de tacón que la realzaban. Tenía un look diferente, aparte del vestido, el peinado y sobre todo la mirada, profunda y oscura, acentuada con la sombra de ojos, y sus labios de rojo intenso. Se quedó parado, mirándola de arriba a abajo.

—¿Qué tal estoy? —le dijo dando una vuelta entera.

Exudaba peligro por los cuatro costados. Nico no hizo caso a su instinto, estaba obnubilado por sus atributos más palpables.

—Impresionante —balbuceó.

Ella rio alegremente con una carcajada encantadoramente fresca.

—Anda ven, bobo, y dame un beso... Esta noche quiero que sea especial...

Nico se acercó y fue ella la que le dio un beso en los labios, con los tacones no tenía que ponerse de puntillas, y después lo limpió con un pañuelito de papel. Parecía mayor que él. Le recordó a una actriz de la época dorada de

Hollywood, a una Lauren Bacall joven, haciendo de mujer fatal en El Sueño Eterno.

—Estás muy guapo —le dijo cogiéndole de la chaqueta tweed gris claro (heredada de su padre). Le daba un toque retro y elegante a su indumentaria, que completaba con unos vaqueros de pitillo, una camisa blanca y unas zapatillas de marca. Se había afeitado la barba y llevaba el pelo con un poco de fijador, desenfadado—. Me gusta cómo te queda esta chaqueta. Estoy deseando ver la cara de Aitana cuando te vea.

—Me alegro.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó señalando una bolsa de papel arrugado que tenía cogida en su regazo.

—Una botella de vino, un reserva... de las bodegas de mi padre... dicen que es muy bueno.

—¡Estupendo! A mi madre le encanta el vino... —dijo en tono jovial—. Se pondrá contenta.

Entraron a la casa, estaba medio en penumbra. Un tenue hilillo de claridad salía por debajo de la puerta que daba a la cocina. Valeria encendió la luz del hall y toda la casa cobró vida. La sobriedad del exterior contrastaba con la decoración interior. Los padres de Valeria tenían predilección por el blanco y el negro. Todos los muebles de la entrada, el sofá, el recibidor y el gran espejo, eran blancos sobre paredes blancas, salpicadas con cuadros de estilo

modernista, imitaciones originales muy buenas de Paul Berton y Gustav Klimt. En el techo, una enorme lámpara de araña con decenas de cristales con forma de diamante, y al fondo una escalera de caracol que daba a la planta de arriba.

Pasaron directamente al salón: una estancia semicircular con grandes ventanales que daban a la piscina y al jardín. La gran mesa ovalada de color *wengué* estaba dispuesta con un mantel blanco de bordados de flores sobre la que descansaban los cubiertos y los vasos. En el lateral había una enorme estantería negra sin apenas libros, ni adornos, con más huecos que espacio ocupado; algunas fotos de cuando las niñas eran pequeñas —no había muchas sonrisas en sus caras, pensó Nico—, y recuerdos caros de viajes a la India, Perú o Australia. Al otro lado, una enorme pantalla de televisión de 52 pulgadas colgaba de la pared, escoltada por el beso de Klimt y otra imitación de Morris Hirshfield, con una dama vestida de azul paseando a un perro. Completaban el mobiliario un enorme tresillo blanco tipo *chaise longue*, con cojines oscuros, dos sillones y una mesita baja delante de ellos.

En general, le parecía una decoración extraña. Ya no porque no pegase con lo que uno espera al entrar a un cigarral, sino porque resultaba un hogar carente de calor humano, como desprovisto de personalidad, simplemente decorado con muebles de lujo e imitaciones de cuadros famosos.

—Rosita y Gica libran unos días —dijo Valeria dando una vuelta a la mesa, repasando mentalmente por si faltaba algo—. Pero han dejado toda la

cena preparada.

—Aja... —asintió girando sobre sus talones—. ¿Dónde están todos? —preguntó Nico extrañado.

—Mi madre está calentando la sopa en la cocina y mi padre terminando de vestirse, supongo... Aitana, bajando la escalera.

Se oían pasos de tacones acelerados. A continuación, se abrió la puerta y apareció Aitana, con un conjunto diametralmente opuesto al de Valeria, como ella misma: pelo recogido en una larga trenza, unos pantalones anchos de tela beis, rozando el estilo bombacho, con unas botas de diseño Camper de línea exploradora, un jersey de cuello alto muy ceñido y un chaleco de ante.

En esencia ambas buscaban parecer mayores de lo que eran y querían aparentar o mostrarse diferentes la una de la otra. Seguramente se habrán puesto de acuerdo en el estilo antes de bajar, se dijo Nico divertido, las hermanas Aguirre nunca dejaban de sorprenderlo.

—¡Nico! Al fin llegaste. —Trató de sonreír, pero se quedó a medias. Su cara denotaba cansancio o tristeza, o ambas cosas. Había perdido varios kilos en las últimas semanas. Se fijó en que no tenía nada de maquillaje y que se le marcaban unas ojeras violáceas. Su piel bajo los focos de luz parecía más blanca que de costumbre. Aun así resultaba inusualmente bella, pensó Nico—. No te quedes ahí parado como una estatua, ven y saluda.

Nico, solícito, se acercó a ella y le dio dos besos en la mejilla.

—Fíjate, Valeria, con chaqueta... incluso se ha rasurado, que suave... —

Le rozó la mejilla con el dorso de la mano—. Lo vas domesticando, hermana.

—Mi trabajo me está costando, no lo dudes.

—Ni por un momento, los resultados son palpables.

Intentaba parecer animada, pero a la vista estaba que cargaba con una preocupación que la lastraba.

—Eh, que estoy delante, podíais tener un poco de decoro... —terció Nico fingiendo indignación.

—Decoro, dice, Valeria.

—Decoro le voy a dar yo a él.

Ambas rompieron en una carcajada sonora, desmañada.

—Qué llevas ahí —preguntó Aitana.

—Una botella de vino, un reserva... —titubeó Nico, no tenía ni la menor idea de vinos—. Dicen que de los buenos.

Lo cogió del antebrazo y notó una corriente electrostática. Ambos se separaron por acto reflejo.

—¡Viene cargado, Valeria! —De nuevo una sonora carcajada, exagerada—. Anda Nico, relájate que no te vamos a comer...

—Puntualiza, hermanita. Tienes que ser más precisa...

—¿Precisa?

—Tú no le vas a hincar el diente... a nada más que al estofado de Rosita.

Nico la obsequió con una risita de vergüenza y una tos embarazosa. Aitana negó con la cabeza fingiéndose escandalizada. Después, sus labios dibujaron una sonrisa sincera.

—¿Quién no va a hincar el diente?

Genoveva, la madre de las criaturas, apareció de la nada. Los tres se volvieron hacia ella.

—Hola... Genoveva —dijo Nico.

Se acercó a darle dos besos, pero ella apenas le dejó rozar sus mejillas. Fueron dos besos fatuos.

—Bienvenido, Nico. —Ella lo escrutó de arriba a abajo de un fugaz vistazo—. Tenía ganas de conocerte más a fondo.

Nico también se fijó en ella. Hasta ahora no había reparado en el cutis tan cuidado que tenía. Vestía con sencillez un vestido de lana gris, ceñido a su cuerpo —que a todas luces mantenía en forma—, unas medias de rejilla y unas botas altas de medio tacón. Su cara era ovalada, de facciones suaves, con unos labios finos pero muy marcados, y unos grandes ojos almendrados parecían observarlo todo con parsimonia. Se había teñido el pelo de color caoba y lo llevaba cortado en una media melena suelta, recién lavado. En el cuello lucía un estrecho collar con un pequeño rubí que le daba un toque de distinción. En conjunto, se parecía más a Valeria que a Aitana, pensó Nico.

En la mano derecha sostenía un cigarro negro y fino, con letras doradas que

se consumían en cada calada, y sobre su rostro podía verse una inequívoca sonrisa de relativa complacencia.

—Gracias por invitarme a cenar.

—No me des las gracias. Ha sido idea de Valeria y la comida la ha preparado Rosita.

Era evidente que la aparición de Nico no acaparaba toda su atención.

Aspiró profundamente el humo de su cigarro y luego exhaló lentamente una bocanada que quedó suspendida en el aire que los separaba, aunque lo suficientemente lejos de ambos para que nadie pudiera considerarlo un insulto.

Nico no sabía qué contestar a eso y se rio tontamente.

—Venga mamá, no seas aguafiestas —dijo Aitana. Valeria observaba la escena en segundo plano, sentada en el tresillo con las piernas cruzadas—. Es una noche para pasarlo bien. Nico va a pensar que somos unos raros...

—Lo decía en broma, Nico —terció Genoveva atemperando su tono de voz—. No me hagas caso... Hija, estás estupenda... —Se volvió hacia Aitana con una sonrisa de complacencia—, deja que te vea...

—Gracias mamá

—Y tú también Valeria.

Nico se percató de que apenas había reparado en Valeria y de que en todo momento le había dado la espalda, como si no estuviera allí.

—Gracias madre, tú también lo estás, como siempre... —replicó Valeria en

tono neutro.

—Te llevas una joya... Nico... una joya en bruto.

Estaba claro que había una tensión subyacente entre ellas.

—Mira, mamá, lo que te ha traído Nico, un vino de esos que te gustan tanto... —dijo Aitana.

—Un pequeño detalle sin importancia —añadió él—. Espero que os guste.

—Id sentándoos en la mesa, que vuestro padre está a punto de bajar... Gracias Nico, el vino es una de mis debilidades... —. Genoveva agarró la botella envuelta en papel y se la llevó a la cocina sin decir nada más.

—No le hagas caso... Es así con todo el mundo —dijo Aitana.

—Con todo el mundo, no, contigo no —replicó Valeria—. No hay que darle más vueltas, las cosas son como son...

Aitana la miró ausente. Iba a decir algo, pero en ese momento apareció su padre.

—Hola, Nico —dijo estrechándole la mano con fuerza. Tenía el pelo muy rubio, casi albino. Ambos eran más o menos de la misma altura. Vestía de un modo muy casual, con unos chinos holgados y un fino jersey de cuello vuelto que dejaba adivinar unos fuertes brazos y unos anchos pectorales—. Tenía ganas de volver a verte. Ya es hora de que nos conozcamos más a fondo.

—Yo también, Jaime —mintió Nico con una sonrisa aduladora. Había algo que no cuadraba en la familia de Valeria, pero no sabía lo que era.

Parecía un hombre al que le gustaba moverse con rapidez. Su cara le recordaba a ciertos antiguos jugadores de baloncesto blancos que de vez en cuando salían en las páginas de deportes de los Estados Unidos, páginas que él de vez en cuando releía. Caras delgadas, de nariz aguileña, sonrientes, como la de Larry Bird. Nico no quiso preguntarle si había sido aficionado a algún deporte antes de dedicarse a los negocios. Sabía que la respuesta sería polo o golf.

Nico no podía imaginárselo joven, con menos peso encima; pero resultaba fácil imaginarse a su mujer joven, con los ojos melifluos, brillantes e impertinentes, con una belleza nórdica bastante corriente para la cual la juventud es esencial

—Aitana, bonito conjunto, te favorece mucho —dijo apoyando la mano en su hombro y dándole un beso. Aitana pareció visiblemente contrariada, como si su cuerpo repeliese el contacto por pura inercia.

—Gracias papá —dijo Aitana.

—Anda, acompáñame a la cocina que vayamos trayendo el aperitivo.

La pequeña de las Aguirre se volvió seria, incómoda por la presencia de su padre.

Nico y Valeria se quedaron solos. Ni un solo comentario de ambos, ni una sola observación hacia Valeria que a todas luces estaba despampanante.

—¿Les pasa algo?

—¿Por qué lo dices?

—Por nada...

Sus miradas se encontraron para no perderse. Valeria había permanecido en la misma posición, sentada, con las piernas cruzadas. En la mano tenía un cigarrillo que movía entre sus dedos.

—Es así... Nico. Yo prácticamente no existo para ellos. Aitana ha sido siempre su objeto de culto, de veneración... Se lo merece, no digo que no, Aitana es excepcional. —Habla en un tono carente de emoción, constatando hechos sin más—. Quizás si hubiera nacido en otro lugar y en otro momento... mi vida sería distinta, puede que hubiera tenido una infancia normal, puede incluso que hubiese sido feliz... Una niña feliz.

Su conducto lacrimal derramó una sola lágrima. Nico comprendió el dolor que Valeria tenía dentro, y comprendió otras muchas cosas que antes ni siquiera intuía. Y que esa noche comprendería del todo.

Se quedó ensimismada durante unos segundos, su rostro denotaba cansancio y pena.

—Tú también lo eres... Valeria.

Le cogió la mano en un gesto lleno de ternura.

—¿Qué? —dijo saliendo de su letargo.

—Excepcional... Tú también lo eres, y ... además, si no tuvieras esta vida puede que no te hubiese conocido nunca.

—No lo creo... —Sonrió abiertamente. Oyeron que la puerta de la cocina se abría y voces apagadas—. Una cosa, Nico.

—¿Sí?

—No bebas mucho. Y sobre todo no bebas de la botella que yo sirva... La noche puede ser muy larga.

Valeria se levantó y se aliso el vestido un poco.

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

—Ya lo sabrás, ¿entendido?

Lo escrutó con intensidad.

—Sí, entendido —asintió Nico.

La mesa ovalada estaba puesta para cinco personas. En el centro había una gran sopera de porcelana y pequeños platitos repartidos en la periferia con sus cubiertos de plata. La madre y el padre parecían sosegados. Quizás Aitana los había aleccionado en la cocina. Durante los entrantes se mostraron comedidos en los comentarios que hacían, aunque casi la mayor parte de la conversación giró en torno a temas banales e intrascendentes. Por supuesto, todos los comensales alabaron el arte culinario de Rosita, la cocinera ausente.

El padre era espabilado y sonreía con facilidad, pero Nico se dio cuenta de que le estaba examinando cuidadosamente. Nico también lo hizo y no halló rastro alguno de Valeria en él, no se parecían en nada. Si uno se fijaba en la

fotografía del abuelo Rodrigo que Nico tenían en frente, sobre una de las baldas de la estantería, se daría perfectamente cuenta de que Valeria poseía casi todos sus rasgos más característicos: barbilla bien definida, ojos claros, frente amplia y pómulos muy marcados, y, sobre todo, esa mirada salvaje, altiva y cargada de determinación.

El matrimonio se mostró encantador durante la primera parte de la velada agasajando a Nico con todo tipo de elogios sin fundamento, como si fuera una pantomima perfectamente ensayada. Valeria también parecía relajada y entraba a todos los temas, aunque sus padres no tenían en cuenta casi ninguno de sus comentarios y, de alguna forma, la obviaban. No parecía que lo hiciesen adrede, se trataba más bien de un comportamiento automatizado, natural y espontáneo. Debía ser duro para Valeria, pensó Nico. Todo lo contrario que Aitana, cuando se expresaba o mostraba su parecer sobre este u otro asunto, parecía que el mundo se detuviese a su alrededor.

Nico hizo caso de la advertencia de Valeria —¿fue una advertencia? —, únicamente bebió una copa de Ribera del Duero, dulce, aunque con un sabor un tanto seco, y observó que ella no probó gota de alcohol. Por el contrario, el resto de comensales bebía copiosamente, sobre todo los padres. Conforme pasaba el tiempo sus mejillas se sonrosaron y sus risas se hicieron más estridentes.

A pesar de que todo transcurría dentro de una artificiosa normalidad, Nico

sospechaba que algo no marchaba todo lo bien que debería. Había una corriente subterránea que hacía que no se sintiera a gusto del todo. Quizás fueran las sonrisas nerviosas o las miraditas de desagrado que le lanzaba Genoveva al mismo tiempo, o los silencios prolongados de Jaime, sin motivo aparente. Mira que yo pensaba que mi familia era rara, se decía para sus adentros. Puede que todas las familias tengan su cara oculta, y, únicamente cuando se está dentro, uno la vislumbra.

Valeria y él recogieron los platos y fueron a la cocina a traer el segundo. Dejaron a los tres recordando una anécdota en la nieve, como no, de cuando Aitana era pequeña y tuvo paperas durante todo el viaje, en todas las fotos salía con los carrillos hinchados. Se oían las risotadas amortiguadas.

—¿Qué tal estás Nico? —dijo mientras repartía el estofado en cinco partes.

—Bien —respondió. Colocó los platos y los cubiertos en el lavavajillas—. ¿Es siempre así? ¿Siempre te obvian de esta manera tan descarada?

—Más o menos —se encogió un poco—. No te preocupes, una termina acostumbrándose.

—Sí. Supongo.

Nico se acercó y le cogió la mano. Ella lo miró de frente y sonrió ampliamente.

—Toma, Nico. Lleva estos platos para la mesa, y recuerda lo que te dije,

no bebas ni una gota de la botella que sirva.

—¿Por qué?

—Luego te digo. Confía en mí.

—Nico, te pareces a tu padre —dijo ella con una risita nerviosa, visiblemente mareada—. Lo conocí de joven, ¿te acuerdas de él? —le cogió la mano a su marido. Asintió con la cabeza, divertido—. Era el chico aquel que hablaba tanto... Fue uno de mis pretendientes más acérrimos, en los veranos que pasaba en casa.

Para Nico gran parte de su atractivo desapareció en aquel momento. Pero tenía un cutis precioso, un cutis verdaderamente espectacular.

La mujer rio de nuevo, con un sonido tan estridente que reverberaba en los tímpanos de Nico como el graznido de un grajo, y le erizaba el vello de la nuca como si una corriente atravesase su espinazo de arriba hacia abajo.

—Sí, me acuerdo, Miguelito... El que iba siempre con esa chaqueta de cuadros... Como la que lleva Nico hoy. ¿Por casualidad no la habrás heredado?

Nico se sonrojó al instante. Aunque no tenía en alta estima a su progenitor, para él resultó un agravio, un insulto en toda regla. Una cosa era lo que él sintiera y otra muy diferente lo que la gente dijese delante suya. Miró hacia Valeria o Aitana en busca de ayuda. Valeria parecía contemplar toda la escena

subida en su particular atalaya, con sus ojos perdiéndose en su copa de vino que aún no había probado. Y Aitana comenzó a cabecear hasta tal punto que se levantó con los ojos medio cerrados y se tumbó en el sofá.

—Ese, ese mismo, era muy gracioso... ingenioso... quiero decir —siguió Genoveva visiblemente alterada—. Siempre tenía que llevar la voz cantante y te quería convencer de todo con argumentos demasiado complejos y rebuscados como para que él mismo lograra entenderlos...

—En Toledo todo el mundo se conoce... —A Nico no le gusto el tonito que emplearon, pero no se atrevió a decir nada más que—: Se lo recordaré cuando lo vea.

—Tu madre debe ser una santa...

Sus caras se contorsionaban y se deformaban en histriónicas muecas. Balanceaban la cabeza de un lado hacia otro, como si les pesase demasiado. Reían sus propias bromas de un modo soez y chabacano.

—Fíjate, si me llego a casar con él... —soltó una carcajada secundada por Jaime y bebió de nuevo de su copa derramando parte del líquido sobre el mantel—. ¡Está muy bueno este vino!... Si me llego a casar con él... quizás Valeria y tú hubieseis sido hermanos...

Valeria le rellenó la copa sin decir ni pío. Nico se sintió turbado, pero mantuvo la calma. Sus manos jugaban con el cuchillo. Una ira interior comenzó a surgir de su lado más oscuro. Esa gente merecía un escarmiento.

Debía reaccionar, pero... ¿Cómo? La situación comenzaba a sobrepasarle.

—Bueno, Nico, menos mal que no ha sido así... —terció el padre.

—Menos mal... —repitió Nico, apretando el cuchillo por la parte afilada hasta hacerse sangrar.

Cogió la copa que le había servido Valeria y se dispuso a darle un buen trago. Pero esta le dio un manotazo en la mano y vertió el contenido en el mantel. Más risitas.

—¡Porque hubiera sido incesto...! —añadió su madre con un mohín grotesco.

—Eso viene de serie —masculló Jaime, a lo cual siguió una risotada estentórea. Nico miró a Valeria. Quizás no había oído bien. Silencio. Nadie secundó la ocurrencia porque quizás nadie la entendía.

Nico estuvo a punto de levantarse y terminar con aquella pesadilla. Definitivamente los padres de Valeria estaban como una puta regadera. Ahora comprendía algunas cosas. Lo que le extrañaba era que sus hijas no tuviesen más secuelas.

Súbitamente, Jaime cayó a plomo, hundiendo su cabeza en el plato, manchándose la tez y el pelo con la salsa del estofado. Sus manos quedaron colgando, como las de un muñeco de trapo, con un leve balanceo. Su madre comenzó a reír de nuevo escandalosamente, como si no hubiera un mañana, estuvo así señalando a su marido con la mandíbula desencajada y los ojos

saliéndose de sus órbitas hasta que, de repente, se desmoronó perdiendo el equilibrio, parecía que todos sus músculos hubiesen dejado de funcionar al unísono. Cloc. La silla cedió y se dio un buen golpe contra el suelo de mármol y un hilillo de sangre manó de su frente.

Nico dejó el cuchillo sobre la mesa y se levantó para ayudar a Genoveva. Tenía la piel más blanca que hacía un rato y los ojos, completamente enrojecidos y acuosos, perdidos en una especie de limbo. Su respiración era muy débil.

Valeria fue hacia la cocina y regresó al poco con un botiquín, muy calmada, como si lo que estaba pasando fuese lo más normal del mundo.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Nico visiblemente nervioso mientras levantaba la cabeza de Jaime para comprobar que respiraba—. ¿Se han intoxicado? —Cogió una servilleta para limpiarse la sangre de la herida que se había hecho en su propia mano—. Quizás deberíamos llamar a alguien...

—Dame eso —ordenó Valeria tajante—. Toma el botiquín y cúrate esa herida, yo me ocuparé de mi madre. Aquí no se llama a nadie.

Sin saber por qué, Nico obedeció sin rechistar. Su voz denotaba un matiz especial cargado de fuerza y determinación que le obligó a retroceder. Se vendó la mano y se sentó en uno de los sillones, frente a Aitana, y observó la escena desde una perspectiva oblicua, medio apoyado en el lateral del mueble.

Valeria terminó la cura y se sentó frente a él. Se hizo un hueco recogiendo

las piernas de Aitana que dormía plácidamente.

—Están drogados, Nico —respondió a la cuestión antes de que le preguntase—. ¿Te preguntarás por qué?

—Así es —dijo Nico muy despacio—. Exactamente eso es lo que me pregunto.

Hubo un silencio no demasiado prolongado. Él la miraba expectante. Al fin ella se decidió a hablar.

—Nico, hoy vamos a matar a mis padres —añadió muy segura de lo que decía—. Están sedados... porque así nuestra tarea será más fácil... Esconderemos sus cuerpos y no aparecerán... con un poco de suerte, hasta dentro de varios años.

Nico se revolvió incómodo dibujando una mueca de incredulidad en su rostro. Toda la escena se le antojaba irreal, como si fuese una pesadilla que se alargaba demasiado.

—¡Qué estás diciendo Valeria...! ¡Chorradas! Es una locura... Toda esta cena es una puta locura... Dejemos ya las bromas... antes de que alguien salga malherido.

—No es ninguna locura, Nico, mis padres están enfermos y ya han causado suficiente sufrimiento en esta vida.

Hablaba calmada, con una pose relajada, sin ningún atisbo de duda en su mirada de hielo. Nico se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Me asustas, Valeria... Voy a llamar a una ambulancia o a la policía...

Nico hizo ademán de sacar el móvil, pero ella cogió su mano muy fuerte, y la retuvo entre las suyas.

—Deja que te cuente una historia, Nico... y después decides lo que haces... Pero recuerda que tu destino está unido al mío. No te mancharás las manos de sangre, solo tienes que venir conmigo y mantener la boca cerrada... Y te haré rico, no tendrás que preocuparte el resto de tu vida... Si sigues a mi lado.

## CAPÍTULO 25

No es una historia bonita ni amable, Nico, ni siquiera es una historia fácil de contar. Quizás estas sean las historias con más trasfondo. Es un historia ruda, cruda, escabrosa y con espinas de las que se clavan en la piel y atraviesan el corazón. Es la historia de una infancia infeliz y amarga, o mejor dicho, de dos infancias infelices y amargas. Y es la historia de por qué estamos aquí, esta noche. Te puedes imaginar fácilmente que es mi historia, y... también, de algún modo... la historia de Hugo. ¿No querías respuestas? ¿No querías saber? Ahora te daré todos los detalles para que puedas juzgar por ti mismo. A veces pienso que nada distingue los recuerdos de otros momentos, no es sino con el

paso del tiempo cuando uno los reconoce, por sus cicatrices, unas más profundas que otras.

Lo que has presenciado esta noche es solo una muestra, Nico, siempre fueron así conmigo. Desde que tengo uso de razón he sido un cero a la izquierda. La mayor parte del tiempo es como si no existiese, una no termina de acostumbrarse. Diría que me han querido entre un casi nada y un nada de nada. Recuerdo que, de pequeña, estaba hambrienta de cariño, con ese vacío que solo llena el amor. Aunque sólo hubiera sido una vez, hubiera querido recibir amor a raudales. Sin condiciones. Hasta saciarme. Hasta poder decir: parad, estoy llena, no me cabe más. Me hubiera conformado con una vez. Pero ellos nunca me dieron cariño. Si me acercaba con ganas de mimos, mis padres me apartaban de un empujón. No sabes lo que es crecer así, en un páramo seco y frío. Si sobrevives, te endureces y te haces más fuerte.

Mis padres no son personas normales y corrientes, hay que empezar por ahí. En su interior anida la oscuridad más abyecta, son seres malvados y frívolos por naturaleza, malcriados y malnacidos, con mala sangre. Créeme, sé de lo que estoy hablando, he estado en el infierno y he vuelto para contarlo. No sé si vinieron al mundo con esa condición o se hicieron así por determinadas circunstancias. Son palabras duras, pero nada comparado con lo que vas a escuchar.

Básicamente todo se reduce a esto: mi padre abusó de mí, desde los diez

hasta los once años, de forma esporádica, con el consentimiento de mi madre, que está mucho más perturbada de lo que aparenta. Me drogaban, Nico, como yo he hecho hoy con ellos, y me hacían cosas depravadas, y yo se lo voy a devolver esta noche, todo junto de una tacada. Te puedes imaginar, te ahorraré los detalles más tortuosos. Fue una pesadilla, la peor de tus pesadillas hecha realidad, las personas en las que más confías, en las que recae tu educación y tu crianza, te traicionan y te tratan como si fueras carne de matadero.

El padre de Hugo y mi padre. Su encuentro fue el primer capítulo de esta historia. Ellos dos montaron su particular sociedad en Toledo y comenzaron sus juegucitos. ¿Casualidad? No lo creo, quizás el mal busque al mal, igual que el bien busca el bien, como nosotros, ¿no?

Hugo me dijo que tenía en su poder algo que podría interesarme... El diario de su padre... El muy hijo de puta llevaba un diario de lo que hacía, y ahí narraba con pelos y señales cómo conoció a mi familia. Y, otras cosas, que, como te he dicho, prefiero ahorrarte. Lo cogí prestado cuando me reencontré con Hugo... Todo a su tiempo, Nico...

Hasta ahora he ido atando cabos y pensando, pensando mucho. Pero el tiempo de pensar se terminó cuando intentó abusar de Aitana. Ella no iba a pasar por lo que yo pasé, antes los mataría.

Los padres de Hugo llegaron a Toledo amasando una pequeña fortuna con

el negocio de las inversiones inmobiliarias. Compraron uno de los cigarrales de mayor extensión de la zona y se rodearon de todo tipo de lujos y de caprichos. No tardaron en codearse con los cachorros de la élite toledana, ansiosos por conocer quién era esa joven pareja salida prácticamente de la nada y que estaba socavando los principios morales de la rancia y provinciana sociedad capitalina. Sus fiestas y los excesos que en ellas se cometían comenzaron a ser pasto de todo tipo de rumores. Mis padres, seguramente picados por la curiosidad —y por algo más—, acudieron a uno de esos eventos que terminaban en verdaderas bacanales, y vieron en Román y Amanda el espejo en el que se podrían mirar sin sonrojarse para satisfacer sus apetitos más insondables. Habían encontrado su media naranja, sus alteres egos. El flechazo entre parejas fue mutuo y comenzaron a tener una relación íntima con continuas visitas a una y otra casa, organizando eventos juntos, e invitando a las personas adecuadas para cada fiesta. La cosa no hubiera pasado de una simple relación de libertinaje y de intercambio sexual, si no hubieran metido a sus hijos de por medio.

A Román y a mi padre les iba el esoterismo, la magia negra y todas esas soplapolleces que los tarados se ponen como excusa para hacer las cosas que hacen, que no son otras que lo que su naturaleza oscura les exige y lo que su razón les niega. Escudados en ciertos rituales de iniciación comenzaron a organizar reuniones a las que llevaban a críos y en las que cada vez había

menos adultos. Rituales de purificación los llamaban. Hugo y yo fuimos de los primeros. Según el diario hubo más, pero yo solo recuerdo a Hugo.

Años después, ambos coincidimos en que nuestros recuerdos eran vagos, todos esos meses quedaron como una nebulosa dentro de nuestra mente. Pasábamos grandes periodos de tiempo sedados, y al despertar sentíamos dolor en diversas partes del cuerpo, donde teníamos marcas y señales. Éramos unos niños y, simplemente, no podíamos creer lo que se dibujaba en nuestra mente cuando cerrábamos los ojos y acudía a nosotros una oscuridad densa y subyugante.

Recuerdo unas agujas y marcas en los brazos al día siguiente. Nos utilizaban como muñecos, muñecos de porcelana que terminaron rompiéndose en mil pedazos. Solo se trata de un mal sueño que psicomatizas al despertar, me decía el psicólogo. No comprendía lo que significaba psicomatizar, ni me interesaba lo más mínimo, yo solo quería que aquello terminara.

Por lo visto, alguien se fue de la lengua. La policía comenzó a investigar los rumores que le llegaban en forma de susurros de entre los criados y empleados de hogar, que oían y veían cosas raras. Ese tal Héctor Orgaz, sí, nuestro Héctor Orgaz, se olió que algo no iba bien y, de alguna manera, los atemorizó con sus continuas idas y venidas, y sus modales de tipo duro.

Los rituales despertaron a la bestia que habitaba en el interior de una mente decrepita: la de mi padre, ese hijo de puta que ahora tienes babeando sobre la

alfombra. Fue entonces, cuando comenzaron las visitas a mi dormitorio, que se repitieron a lo largo de varios meses. ¿Qué dónde estaba mi madre? Genoveva era —y es— una sombra viviente de mi padre, subyugada completamente de sus deseos, de todos sus deseos. Ella cumplía con su cometido sin dudarlo, con una serenidad portentosa, agachando la cabeza con una sumisión vergonzante. Me sujetaba los brazos para que pudiera inyectarme lo que fuera que hubiese en esas jeringuillas. Supongo que algo parecido a lo que yo les he puesto en el vino. En el fondo, ella me da pena, y pienso que quizás se equivocó de vida, en algún momento se sucedieron las elecciones equivocadas, quizás al azar, que la empujaron directamente al abismo. No hay retrato más desgarrador en el mundo que el de una existencia aplastada por un alma corrompida, y creo sinceramente que eso es lo que pasó con ella cuando conoció a mi padre. Después, por supuesto, no tuvo excusa, su comportamiento y permisividad claman una condena igual que la de él.

De alguna forma, mi abuelo se enteró de los rumores, pasado un tiempo. Naturalmente, supongo que fue Héctor quien se lo contó. No sé la relación que tienen, quizás le deba algunos favores a mi abuelo, o quizás lo tenga en nómina. El caso es que, según me dijo Hugo, por él nos salvamos de esa tortura. De alguna forma, las visitas cesaron y todo volvió a una normalidad solamente alterada por los recuerdos del subconsciente, que nos martirizaban cada día manifestándose de diferentes formas. Solo fueron habladurías lo que

le llegó a mi abuelo, no quiero ni pensar lo que hubiera hecho si se hubiera enterado de la verdad. Quizás nos hubiese ahorrado el trabajo, y ahora no tendríamos que hacerlo nosotros. Nuestros padres cortaron toda relación con los de Hugo, y, estos, al cabo de un tiempo, se mudaron a Madrid. Un tiempo que resultó determinante para Hugo.

Como no podía ser de otra forma, Hugo y yo salimos muy tocados de todo aquello. Estuvimos a un tris de perder la cordura. Por las noches, caía en un sueño que era de todo menos reparador. Tenía pesadillas recurrentes sobre un monstruo peludo que me atemorizaba cuando me arropaba. Me volvía loca, cada día un poco más. Era solo una niña inocente que no entendía lo que sucedía. Me pusieron en tratamiento bajo la tutela de uno de los mejores psicólogos de la ciudad, un conocido de mis padres. Me salté un curso por prescripción médica, un año en blanco del que nunca he hablado con nadie, que pasé mayormente en casa de mi abuelo, rodeada de caballos y del cariño que no tenía en casa.

No te puedo decir si Hugo lo pasó mejor o peor que yo. Supongo que para estas cosas no hay medidores de dolor. Para él no hubo descanso, sus padres decidieron que mantener la normalidad era lo mejor para todos. Él se encerró en su particular burbuja de la que solo salía en contadas ocasiones por culpa de un muchacho en el que comenzó a confiar como un verdadero amigo. Te puedes imaginar quién era ese muchacho, ¿no? El bueno de Nico, sí, tú, no

pongas esa cara de inocente; Hugo confiaba en ti, confiaba en que le ayudarías a salir de ese pozo sin fondo en que lo habían metido, de esa tortura continuada a la que se veía sometido en el colegio. Todos le disteis la espalda, Nico... en especial tú. Te consideraba un traidor, eras la única persona que había traspasado su coraza y había llegado a su corazón, ya de por sí totalmente destrozado, y tú lo terminaste de triturar. No comprendía cómo su mejor amigo —para él lo eras—, de repente, le daba la espalda y miraba para otro lado, como hacía el resto, ante los ataques de todo tipo que recibía cada día por parte de los malos. Su tortura nunca acababa, Nico, imagínate lo que pudo llegar a sufrir. No, no te lo puedes ni imaginar, es imposible, si no has padecido algo parecido.

La última vez que lo vi, hasta nuestro reciente reencuentro, fue en la consulta de ese psicólogo. Según intuyo ahora, atando todos los cabos, nos trataba a los dos. Me gustaría saber hasta qué punto era conocido de mis padres. Quizás eso venga después de que esto acabe. Ese mismo día debió vernos tu amigo Luke. ¿Una casualidad? Sobre todo, que se acordase después de tanto tiempo, pero en eso consisten las casualidades, ¿no? En una concatenación de hecho fortuitos que terminan entrelazándose.

A veces pienso que formamos parte de un todo, de un plan mayor, que estamos conectados por finas corrientes de energía que nos envuelven y que hacen que ciertos dioses traviesos jueguen con nuestras vidas de forma cruel y

despiadada. Si no, ¿por qué, Nico? ¿Por qué fuimos nosotros y no fuiste tú o Eva o Charlie? Debe haber algo más elevado que marque nuestros designios. Quizás todo esté escrito y cada uno debamos interpretar nuestro destino de la mejor forma que podamos. O, quizás, no haya ningún titiritero ahí arriba moviendo las cuerdas de las marionetas y nuestras vidas estén regidas por el azar, el caos y el libre albedrío de unos pocos.

Dejémonos de filosofar, Nico y vamos a lo que realmente pasó. Sí, la vida da muchas vueltas, Nico. Es por eso que años después, cuando todo se fue calmando y nos encontrábamos a las puertas de afrontar nuestra vida adulta, Hugo te vio por casualidad en uno de esos foros. Parecías perdido y confundido, según sus propias palabras. Poco a poco, fue urdiendo un plan para acabar con tu reputación a modo de una venganza amarga, porque el daño que le habías infligido para él era irreparable, y, a buen seguro, que casi lo consigue. Hay quién dice que la venganza se sirve en plato frío, yo no estoy de acuerdo, hay que hacerlo en caliente, si no, pierde parte de su sabor.

Todo lo que te pasó formaba parte de un plan macabro creado por la mente enferma de Hugo. Y tú parecías un muñeco de trapo bajo su control. Hacías todo lo que él quería sin rechistar. Sin que te dieras cuenta, se fue ganando tu confianza, hasta que caíste en su trampa de un modo inocente. El juego de la ballena azul era la clave sobre la que pivotaba su particular vendetta.

Hugo era una persona extremadamente inteligente y persuasiva, que te

adormecía con sus consejos y te susurraba al oído justo lo que querías escuchar en ese momento. Seguro que a ti te pasó lo mismo. Uno no se daba cuenta de que estaba enredándose cada vez más en su espesa telaraña hasta que ya era demasiado tarde, y te quedabas pegado a los hilos, sin escapatoria.

Cuando se percató de que yo estaba dentro de tu círculo, contactó también conmigo. En un principio, por simple curiosidad y, después, cuando le conté lo desesperada que estaba por ti, decidió incluirme en el juego como una pieza fundamental del mismo, la pieza final que haría que el resto de engranajes se moviesen al unísono en una dirección, destruir tu vida, como tú destruiste la suya. En ese momento, te odiaba y te amaba a partes iguales, y eso es lo que intentó aprovechar. Realmente no sabía de qué lado decantarme.

Cuando íbamos a mitad del juego me reveló sus verdaderas intenciones, que no eran otras que acabar contigo. Su primera opción era provocar tu detención como responsable de llevar a una chica al borde suicidio, o al suicidio mismo. En repetidas ocasiones me susurraba con palabras dulces que en la muerte estaría mi redención y que con ella a mi lado se terminaría mi sufrimiento. ¿Qué mayor prueba de tu amor por Nico que dar tu vida por él? Me decía el muy bastardo. Con otra chica en mi situación quizás hubiera funcionado, pero no conmigo. No permitiría que te hiciera daño.

Tenía un plan b, por si la primera opción fallaba, que consistía en asesinarte; sí, Nico, has oído bien, quería quitarte la vida, haciendo que

pareciera un suicidio o un accidente. Y créeme que lo hubiese hecho, si yo lo hubiera dejado.

Una vez leí que «quien con monstruos luce, cuide de convertirse a su vez en monstruo»; quizás Hugo luchó demasiado tiempo con sus demonios hasta convertirse en una persona trastornada, Nico. Nunca se recuperó del todo de los abusos que había recibido, ni tampoco del acoso al que fue sometido de forma sistemática en el colegio. Una cosa imagino que tendría que ver con la otra, un niño expuesto de esa manera... Se convirtió en carne de cañón. Y te culpaba a ti por encima del resto. Tú pudiste haberlo salvado, Nico, pero no moviste un dedo, te comportaste como los demás. Seguiste al rebaño.

Rebobinemos un poco antes de continuar, hay algunas cosas que aclarar y que resultan cruciales en esta historia.

Los padres de Hugo decidieron cambiar de ciudad, el aire estaba muy viciado en Toledo y por momentos se volvía irrespirable. Se instalaron en Madrid, dispuestos a empezar una nueva etapa y empezar de cero, si es que eso era posible. Amanda comenzó a darse cuenta de lo terrible de los actos que habían cometido y se distanció de Román —a diferencia de mi madre que siempre siguió apoyando a mi padre—, quizás ella fuese otra víctima del monstruo; por lo que pone en el diario, intuyo que así fue. Buscó consuelo en la religión, abrazó la fe de la iglesia católica —a buenas horas—, y confió en

que, con sus plegarias y la ayuda de Dios, las heridas de su hijo cicatrizasen algún día. Pero, era tarde, Hugo ya se había transmutado en una criatura de sangre fría y mente calculadora. La oscuridad anidaba ya en él, para siempre.

Su padre comenzó abusar de la bebida y de drogas más duras, y siguió buscando nuevas vías para saciar sus desenfrenados apetitos sexuales. Tenía dinero a espuestas y era un tipo de buen ver. Sus amantes fueron cayendo una detrás de otra; cuando llegaban a su límite con las rarezas que él les proponía —cada vez más depravadas y rayando el sadomasoquismo—, las cambiaba o pagaba a prostitutas para que le siguiesen el juego. Una noche llegó a casa completamente fuera de sí, sacó a su madre de la cama y comenzó a pegarle sin motivo aparente, le quitó la ropa a tirones y la violó bajo la atenta mirada de Hugo. Fue lo último que hizo. El chico asustadizo completó su metamorfosis, sacó por fin toda la rabia y la ira que acumulaba desde que tenía uso de razón, y dejó inconsciente a su padre dándole un tremendo golpe con una figura de madera. Su madre remató la faena asestándole otro golpe definitivo con la misma pieza ya ensangrentada. Lo habían matado. Se deshicieron del cuerpo arrojándolo por el terraplén de un pantano dentro de su deportivo, simulando un suicidio después de una noche de excesos. Dejaron algunas miguitas de pan para que la policía fuese recogiendo indicios suficientes que avalasen el suicidio y salieron de rositas; probablemente, ayudó el hecho de que Román se había granjeado un buen puñado de enemigos

entre las altas esferas, y más de uno imagino que suspiró aliviado al conocer la noticia. Todo el mundo salía ganando con su muerte: su familia, sus socios, sus enemigos y sus amantes. Es lo que tiene ser un mala sangre, al final nadie se acuerda de ti para bien.

Madre e hijo sellaron sus labios para siempre y continuaron sus vidas cada uno por su lado, aparentando una normalidad que no existía. Les ayudó el hecho de heredar una fortuna que les permitió llevar una existencia holgada. Durante esos años, Hugo rehízo su vida, al menos en apariencia. De cara al exterior, era una persona reservada que caía bien a la gente, estudiante sobresaliente, educado y atento con profesores y compañeros, y notable deportista. Su coeficiente intelectual estaba muy por encima de la media: era un joven precoz que a los dieciséis años ya había diseñado las bases de varias aplicaciones de videojuegos para móviles que llamaron la atención de empresas del sector. El futuro se presentaba prometedor y lleno de oportunidades para Hugo, y aún no había puesto un pie en la universidad; aunque no le interesaba demasiado, prefería ser autodidacta. En definitiva, por aquel entonces se le trataba como a un genio en potencia. Pero, en su fuero interno, había algo que no cuadraba, algo que no le dejaba dormir por las noches, un fuego que necesitaba apaciguar.

Hugo nunca se recuperó de sus traumas infantiles, demasiadas cosas pululando dentro de su subconsciente, cosas malas. Sus carencias emocionales

desembocaron en una falta de empatía con la gente, y suponían un lastre para él. Intentaba suplir estas carestías con una vida paralela en el ciberespacio, en la que se hacía pasar por una persona que no era, quizás la persona que le gustaría ser.

A través de las redes sociales conoció a una chica de Bilbao, Natalia, con la que comenzó una relación virtual. Congeniaron y se dieron cuenta de que la cosa quizás podía funcionar, aun viviendo a cientos de kilómetros de distancia. Todo iba bastante bien, por primera vez en mucho tiempo Hugo era feliz y descubría sentimientos que nunca antes había experimentado, hasta que quedaron cara a cara. En una excursión de su instituto al museo Guggenheim, decidió dar un paso hacia adelante. Le propuso a la chica quedar para conocerse en persona y comprobar si la química que fluía a través de las aplicaciones lo hacía también en la vida real. Fue un desastre total. Hugo no estaba preparado y no supo como llevar la cita. Las relaciones interpersonales lo ponían nervioso y no se desarrolló todo lo bien que hubiera deseado, además, era la primera vez que quedaba con una chica a solas.

Se mostró taciturno y reservado, asustadizo, tartamudeaba y no le salían las palabras. La joven, olió su miedo y se quedó en la superficie, vislumbró únicamente la punta del iceberg y no quiso ahondar dentro de Hugo. No quiso o no supo descubrir al genio que llevaba dentro. Incluso se mofó de él, le dijo que era todo un chasco y que no volviese a contactar con ella. No contenta con

eso, narró su experiencia a través de sus perfiles de Instagram y Facebook, sin pudor, sin escatimar en detalles. Hugo se sintió humillado, aturdido, abatido, destrozado; necesitaba recuperar el control y, por encima de todo, quería que ella pagara por su afrenta. Se perjuró que se vengaría y así lo hizo.

Paciente, esperó su oportunidad y se dedicó a observar y a tomar notas sobre el ecosistema de la ballena azul. Durante ese tiempo de impás, a Hugo le llamó la atención el macabro juego. Captó toda su atención hasta tal punto que se convirtió en una obsesión. Lo aceptaron en varios grupos en los que participó como observador. En ninguno de ellos se pasaba de las bromas y de las chanzas, eran meros pasatiempos en los que descargar la ansiedad del día a día. Pero, él quería más, anhelaba ver a la muerte de cerca, observar el sufrimiento de los demás en un primer plano: cómo los débiles de espíritu se humillaban y daban la vida guiados por un pastor que daba órdenes a sus ovejas.

Llevó a cabo una profunda y meticulosa investigación sobre el tema en la darknet, hasta que finalmente se decidió a dar un paso crucial contactando con varias comunidades en el extranjero. Principalmente, le interesaba acercarse al círculo en que se creó, le picaba la curiosidad y el morbo de conocer el origen del movimiento. No sé hasta qué punto será verdad, pero me contó que consiguió introducirse en un grupo ruso que llegó hasta la última prueba con una joven moscovita.

Paralelamente, no dejaba de observar las redes sociales de Natalia, agazapado entre el anonimato de la red, aguardando su momento. Sabía de los altibajos emocionales de la adolescente: se deprimía con facilidad cuando las cosas no salían como ella quería, sobre todo en los asuntos de las entrañas y del corazón. Durante un año permaneció en la sombra, hasta que al fin vio un resquicio al que agarrarse y hurgar para perpetrar su venganza. El chico con el que salía la acababa de dejar, y ella estaba de completo bajón, publicaba fotos siniestras en redes sociales sin ningún tipo de cortapisas ni pudor, incluso se hizo un tatuaje en el tobillo con un corazón ensangrentado.

Creó un perfil falso para contactar de nuevo con ella. Como la conocía perfectamente sabía qué teclas apretar para llamar su atención. Cuando se ganó su confianza le propuso crear un grupo de la ballena azul. La joven aceptó, al parecer le iban ese tipo de movidas truculentas. Ya te conoces la historia, la gente entra por diversos motivos, unos por desidia, otros por aburrimiento, curiosidad, morbo, ¿locura? Supongo que los habrá que no estén bien de la cabeza o que tengan leves desajustes. Si me preguntas, yo me apunté por ti, Nico, por estar loca por ti.

En el grupo aceptaban a gente de todo tipo y de diferentes puntos de la geografía nacional, incluso del extranjero, de Sudamérica, Francia e Italia. Hugo dio una vuelta de tuerca más y organizó chats muy reducidos de dos, tres o cuatro personas vía wasap, en uno de los cuales estaba Natalia, cada vez

más hundida en su propia miseria. De sus amigos rusos de la darknet —ahí se puede conseguir casi de todo—, consiguió una tarjeta de prepago que estaba vinculada a una identidad falsa y la utilizó para moderar el grupo sin dejar rastro.

La pobre Natalia, cada vez más perdida en una mentira que se convirtió en paranoia, terminó por quebrarse y quedó completamente a merced de Hugo, subyugada por su nueva personalidad, hasta que terminó suicidándose. Fue la primera víctima de Hugo, pero no la última.

Durante unos meses se alejó de todo aquello, a ver qué repercusiones tenía. Y el caso fue que no tuvo ninguna. Ya te he comentado que era un tipo especialmente inteligente, con habilidades y cuidadoso para ocultar su rastro en la red. Y había tenido mucha suerte con su primera víctima, la chica realmente estaba muy deprimida, sufría altibajos, y se encontraba bajo tratamiento médico desde los trece años. Al parecer, a sus padres —unos conocidos camellos de barrio— le quitaron su custodia siendo un bebé. Había pasado por diversas casas y familias de acogida a lo largo de su vida hasta que fue adoptada por un matrimonio de clase media alta, con tan mala suerte que intentaron devolverla al sistema tres años después de su adopción, cuando se separaron. Ninguno quería hacerse cargo de ella, como si se tratase de un perro o una mascota que se deja abandonada en la gasolinera cuando te vas de vacaciones. Fue entonces, cuando comenzaron los problemas de verdad,

terminó viviendo con sus abuelos maternos, pero nunca comprendió por qué nadie la quería, nunca volvió a ser la misma, su alma se había quebrado en mil pedazos. Le faltaba amor en su vida, Nico, ¿te suena de algo? A mí sí, la historia se repite, a veces pienso que pude terminar como ella... El caso fue que dados los antecedentes que arrastraba, a la policía no le extrañó que se hubiese suicidado y ahí quedó la cosa.

Hugo ya tenía esbozado un perfil con el que continuar su macabra partida: chicas con suficientes problemas como para que a nadie le extrañase que se quitasen la vida para abandonar la mísera existencia que llevaban. Todas las jóvenes eran muy parecidas físicamente, rubias de piel blanca, con ojos claros, como su madre, o como yo. Imagino que cuando uno mira largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

Meses más tarde volvió a retomar el juego. Había cruzado la línea, se había atrevido y había salido indemne. Había jugado a ser Dios y le había gustado. Simplemente, era un juego con el que ayudaba a seres desdichados, como él, a alcanzar la felicidad dando el paso definitivo —que él mismo no se atrevía a dar, porque, en el fondo era un cobarde consumado—. Se sentía pletórico, la adrenalina corría por sus venas proporcionándole una sensación de placer y de poder casi ilimitados.

Poseía una ristra de contactos muy numerosa y ya tenía a posibles candidatas para comenzar un nuevo juego. Conforme fueron pasando las

pruebas, se decidió por una joven valenciana con cierta adicción a las sustancias psicotrópicas y que ya había sido detenida por prostitución y venta de drogas en varias ocasiones. El final fue tan previsible como inexorable. Hugo la condujo al borde del precipicio y ella misma se arrojó al vacío sobre una vía de tren. La policía, de nuevo, cerró el caso como un suicidio.

Hugo salió indemne de nuevo, lo cual reforzó su ego y a sus ansias de continuar. Fue entonces cuando se encontró contigo, vagando, perdido en uno de los grupos que él mismo había creado. Cuando le llegó la solicitud con tu nombre saltaron varias de sus alarmas internas, muchos recuerdos volvieron de donde quiera que estuviesen enterrados y un sentimiento de ira se apoderó de él. Te las iba a hacer pagar todas juntas.

Esta parte de la historia la conoces mejor que yo.

## CAPÍTULO 26

Nico la miraba hipnotizado, quieto como una esfinge. Sí, esa parte de la historia la conocía muy bien, la vivió en primera persona. Su implicación en la ballena azul estuvo a punto de costarle su reputación y, según lo que escuchaba, puede que algo más.

Un dolor de cabeza que nacía en la base de la nuca se expandía por todo su córtex cerebral. En frente de él, Valeria descansaba, parecía agotada, extenuada por el esfuerzo mental y emocional que había realizado. Aitana dormitaba plácidamente ajena a lo que acontecía en aquella estancia. Sus padres, permanecían en la misma postura en la que los dejaron.

Valeria se levantó y fue a la cocina, volvió con un vaso de agua y un

paquete de cigarrillos americanos, Marlboro, los que fumaba su padre. Ajustó el nivel de la intensidad de los focos con un pequeño mando plateado para que la estancia quedara medio en penumbra. Nico lo agradeció, su dolor de cabeza se atenuó un poco.

—Dices que contactó contigo... ¿por qué?

Valeria se sentó de nuevo en su parte del tresillo en la que había dejado una pequeña marca hundida. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Después dio un sorbo a su vaso, carraspeando un poco.

—Imagino que por curiosidad. Fue muy amable, fue como si dos camaradas se reencontrasen después de mucho tiempo. Nos contamos trivialidades de nuestras vidas antes de abordar el meollo. Finalmente, fue él el que lanzó la andanada, me preguntó cómo estaba y también se interesó por mis padres, haciendo hincapié en si seguían con vida. Al principio me sorprendió esas preguntas tan raras. Ahora, ya no tanto, quizás quería comprobar si yo había sufrido algún tipo de metamorfosis. Me dijo que el suyo no, y que su madre estaba muy cambiada y que... qué demonios hacía yo siguiéndote a ciegas... que lo dejase, que me iba a arrepentir. Que estaba jugando con fuego y esas cosas. Me escamó que supiese lo del engaño... —Nico no decía nada, asimilaba toda la información procesando cada detalle como un autómatas. Valeria continuó—: Le expliqué que lo hacía para estar más cerca de ti. Le conté algo de nuestra relación. No me mires así, es la verdad.

—¿Te escapaste con él? —acertó a inquirir Nico con un hilillo de voz.

—Sí —afirmó Valeria—. En ese primer escarceo no me dijo nada más, pero sí que me insinuó que, si alguna vez quería hacerte daño, contase con él. Y, eso precisamente es lo que hice. Cuando ese sábado salí de tu casa como alma que lleva el diablo, con la sangre hirviendo, le envié un mensaje de wasap diciéndole que estaba dispuesta a todo... A los pocos minutos, respondió y me dio unas instrucciones concisas de lo que tenía que hacer. Le quité la batería al móvil y fui a esperarlo al parque del Salto del Caballo, evitando las posibles cámaras de bancos y comercios. Di un buen rodeo, pero funcionó. En una hora y media me recogió él personalmente y desaparecimos sin más.

Nico tragó saliva profusamente. Tenía la garganta seca. Se levantó y se acercó a coger un cigarrillo y beber un poco de agua.

—¿Dónde fuisteis?

—A las afueras de Talavera.

—A la pensión donde murió... —aventuró Nico.

—Sí. A la pensión donde murió.

—¿Y qué más? —Valeria se tomó su tiempo, cerró los ojos como si de repente el mundo se le viniese encima—. ¿Qué pasó allí? —insistió Nico—. Estuviste casi una semana perdida...

—Desaparecida, técnicamente —le corrigió.

Nico frunció el ceño y apretó los labios. No estaba para juegos dialécticos.

—Valeria...

—Pues nada, esperamos, observando cómo se desarrollaban los acontecimientos y hablando de todo un poco —Comenzó a temblarle el labio inferior.

—De todo un poco...

—Estuvimos hablando de lo que nos pasó. ¡Nunca antes lo había comentado con nadie! —A duras penas logró contener las lágrimas.

—Lo siento, Valeria, de veras que lo siento.

Nico se levantó y se sentó a su lado abrazándola, sintiendo su calor y como su cuerpo daba pequeños espasmos. Estuvieron así varios minutos en los que el tiempo se congeló como si fuese una dimensión maleable. Solo estaban Nico, Valeria, y su dolor y su resentimiento como catalizador de sus emociones. Finalmente, fue ella la que rompió el silencio en un arrullo, arrebujándose más en Nico.

—Me contó que un poco antes de la muerte de su padre, encontró el diario en una especie de doble fondo de armario que contenía dinero, joyas y unas grabaciones que podrían poner patas arriba a buena parte de la actual clase política madrileña. Cuando leyó lo que el hijo de puta sádico había escrito, multitud de imágenes borrosas y sentimientos ocultos volvieron a aflorar, no quería creer lo que leía, pero en lo más profundo de su ser, sabía que era

cierto. No obstante, necesitaba revivir el pasado, creo que Hugo, en parte, necesitaba el dolor para sobrevivir, el propio y el ajeno, para él era una especie de droga... se había convertido en un adicto al dolor, al dolor propio y ajeno. ¿Sabes lo que hizo? —Nico negó con la cabeza mientras Valeria le cogía la mano más fuerte—. Acudió a un experto en hipnosis... quería experimentar una regresión, conocer qué había en el fondo de su mente, en su rincón más oscuro, cómo había sido y... quería que yo fuese con él. Me negué, estaba muy asustada, por momentos parecía una persona normal, por momentos se transformaba en un monstruo, como un Jeekyll y Hyde.

—¿Qué pasó? —Nico tragó saliva.

—Regresó un día y medio después. Parecía el mismo... pero algo en su mirada había cambiado, sus ojos eran de hielo, despedían un halo salvaje y violento, asustaban. Cuando se quitó la camiseta para ducharse me fijé que tenía arañazos en el torso y en los brazos, pero no me dijo qué o quién los había causado. No es asunto tuyo, Valeria, me escupió. Poco después comenzó a beber, cosa que le afectaba bastante, y me soltó que si de verdad quería joderte tenía que llegar al final del juego de la ballena azul...

—¿Qué le dijiste?

—Que ni por asomo. Se lo tomó a risa, graznó como un cuervo, y me dijo que no importaba que ya tenía una sustituta... pero que no me confiara porque yo podría ser la siguiente... Fue entonces cuando se encendió la lucecita de

peligro inminente y comencé a sospechar —Valeria hizo una pausa, entornó los ojos y su rictus se volvió más rígido—. Cogió la botella y la empinó como si no hubiera un mañana, y empezó a hablar, necesitaba desahogarse; me contó lo resentido que estaba con su madre por haber permitido esas atrocidades siendo solo un niño, contigo porque no hiciste nada cuando simplemente un gesto tuyo le podía haber cambiado su vida; con el mundo entero por no aceptarlo tal como era. Me dijo que su madre y tú también pagaríais, como habían pagado su padre y el resto.

—Me porté como un cobarde... —masculló Nico asumiendo su parte de culpa—. Todos hicimos como si nada estuviera pasando.

Valeria se pegó más a él, relajando la mitad de su cuerpo más cercana a Nico, la otra mitad permanecía tensa como un cable de acero.

—Empecé a asustarme de verdad. Entre risas y llantos, habló de forma enigmática de unas chicas que ya no se burlarían más de él, de que jugaba a ser Dios y de cuál era la mejor sensación del mundo.

—¿Cuál? —balbuceó Nico.

—Matar —respondió Valeria con voz ecuánime. Su respiración volvía a la normalidad. Hubo un silencio en el que Nico acariciaba su brazo con el dedo índice una y otra vez, como ensimismado en sus pensamientos—. Tuve que hacerlo, Nico...

—¿Hacerlo?

—Matarlo, Nico, acabar con su vida, con mis propias manos.

—Matarlo —repitió él entrando en bucle—. Matarlo con tus propias manos.

—Busqué en su portátil y en su móvil... y encontré las piezas del rompecabezas que me faltaban. Tenía guardadas fotos y vídeos de muchas chicas, en poses muy diversas y realizando cosas... y tenía tres carpetas con tres nombres, correos y anotaciones personales, como un historial de cada una. No me costó demasiado encontrar su rastro en la red, y dos de ellas habían muerto... Se habían suicidado en extrañas circunstancias.

—¿Y la tercera?

—Fue la que apareció aquí en Toledo, en ese momento no lo sabía, me enteré después...

—Fue Hugo...

—Pondría la mano en el fuego... —Nico la miraba distante. Ella continuó añadiendo un punto de dramatismo, agarrándose fuerte a él, como si estuviera a punto de caer por un agujero—. Tuve que hacerlo, tuve que matarlo allí mismo. Debía salvarme, tenía que salvarte a ti, y tenía que vengarlas a ellas.

—¿Cómo es? ¿Cómo es matar?

Hubo un silencio. La pregunta sorprendió a ambos. Nico lo dijo sin pensar, fue lo primero que le salió.

—Supongo que si alguien se lo merece y no tienes muchos remordimientos,

es algo sencillo. Al menos en mi caso. No sentí placer, si es eso a lo que te refieres, ni ninguna otra sensación que no fuera de alivio.

—Podrías equivocarte.

—No lo hice, ¿no? Pregúntale a tu amiga la inspectora Montalvo.

Nico reflexionó durante unos instantes.

—Hubo otra muerte Valeria... Mataste a dos personas.

Valeria respondió compungida.

—Es una carga que tendré que soportar el resto de mis días, cuando cierro los ojos veo su cara y pienso que se podría haber evitado, con un poco de planificación, pero no fue el caso... Era mi vía de escape, un daño colateral, ella o yo.

—¿Por qué no llamaste a la policía y le contaste lo que habías descubierto?

—Salió así Nico... y salió bien. Hugo era un tipo muy inteligente y con recursos. Tenía que tomar una decisión y lo hice.

—Pero, aun así, se trataba de la opción más racional —añadió Nico sopesando cada una de sus palabras. Él hubiera llamado a la policía, quizás... probablemente... seguramente... A esas alturas, no las tenía todas consigo.

Valeria emitió un sonoro suspiro de resignación.

—Si no lo entiendes no merece la pena que te lo explique.

—Lo entiendo —asintió Nico.

—¿Y me crees?

—Sí, te creo.

—¿Me ayudarás?

Nico la miró con un gesto inexpresivo y asintió.

Valeria fue de nuevo a la cocina y regresó con una botella de champagne, de los caros. Sin decir nada, vertió parte del contenido en dos copas de alargadas de fino cristal traslúcido y ambos chocaron suavemente sus vasos, produciendo un campanilleo que quedó suspendido en el aire antes de desvanecerse en los recovecos de su mente. Nico alzó la copa; el líquido áureo ayudado por la superficie del cristal le mostró un reflejo vívido, aunque tambaleante, de su propio rostro, un poco deformado, con la nariz y las orejas desproporcionadas. Se llevó a los labios aquella imagen menuda y fea de sí mismo y bebió dispuesto a llegar hasta el final.

Su paladar era una confusión de dulces aromas que le hizo cosquillas en la nariz. Una sensación cálida y agradable lo inundó por dentro. Aunque aún no tuviera claro lo que se disponía a hacer, los pensamientos que giraban en su mente comenzaron a concretarse, y cuanto más vueltas le daba más le gustaba.

Cuando terminó de explicarle su plan, ella se volvió y besó a Nico en los labios. Ambos cerraron los ojos y se imaginaron un futuro juntos, un futuro borroso lleno de incertidumbre y riesgos que valía la pena asumir. Nico se había enamorado de Valeria, una asesina fría y calculadora —aunque con unos

motivos más que justificados, se repetía para convencerse a sí mismo—. Le repugnaba y asqueaba pensar en todo lo que le había contado, merecían morir.

Si todo salía bien, en el futuro solo tendría que preocuparse de cómo administrar la fortuna que heredarían Valeria y Aitana. Además, en el peor de los casos, él todavía era un menor, la condena no podría ser muy dura. Comenzó a pensar y a sentir cosas que nunca antes había experimentado, cosas que habían permanecido ocultas en su subconsciente durante muchos años.

Qué demonios, pensó Nico, el que salta al vacío no le debe ninguna explicación a los que se paran a ver cómo la vida pasa delante de sus narices, sin hacer nada. Ríe y el mundo reirá contigo, llora y te morirás solo. Esos canallas se lo habían buscado.

El plan de Valeria era sencillo en la parte teórica, pero, su ejecución requería en gran medida de que el factor suerte estuviera de su parte. Si la providencia no estaba por la labor esa noche, si la policía paraba el automóvil, si alguien se fijaba en ellos, si la motocicleta los dejaba tirados, si tenían un accidente, o si los grababa alguna cámara de seguridad que Valeria no hubiera previsto... Todo terminaría en desastre. Y eso sin contar con los condicionantes futuros. Había demasiados circunstanciales en la hipótesis.

Después de repasar varias veces algunos detalles del plan, Nico salió de la finca por el camino de gravilla perfectamente iluminado a eso de las doce y media, con un paso sereno y tranquilo. Antes de que se abriese la verja se dio

media vuelta para que la cámara de seguridad lo enfocase bien. Una vez fuera, se ajustó el casco y se abrochó la chaqueta con las solapas vueltas. Asegurándose de que el depósito tenía gasolina suficiente para el viaje de ida y vuelta, arrancó y comenzó a serpentear por la carreterilla del Valle conduciendo con destreza el ciclomotor.

Al fondo, se atisbaba la ciudad vieja, con el Alcázar dominando el horizonte estrellado, y con una media luna en el cielo que aportaba una palidez fantasmal a ese paisaje nocturno pintado con mercurio. Ensimismado con el paisaje y con sus pensamientos más íntimos, estuvo a punto de chocar con un coche que subía en dirección contraria, evitó el desastre doblando el scooter en el último segundo, rozando los árboles que flanqueaban la vía con la parte exterior de sus tejanos. Se quedó parado unos instantes con la respiración entrecortada. El coche continuó su marcha sin ni siquiera pararse, y él hizo lo propio.

La temperatura había bajado y soplaba un viento gélido del noroeste, racheado, que le impedía avanzar con comodidad. Extremó las precauciones, redujo la velocidad y aguzó los sentidos poniendo toda la atención en el asfalto. Cuando llegó al cruce de la Peraleda se quedó parado con el motor a ralentí. Una parte de su conciencia le gritaba a voces que parara esa locura, que se volviese a casa y llamase a la policía. Pero, era una vocecita muy débil y amortiguada. No volvería a ser cordero, a partir de esa noche se convertiría

en lobo.

Cogió la carretera de la Puebla y enfiló en dirección a las Barrancas del Tajo.

Valeria esperó media hora, sentada en el coche que sus padres solían coger para sus escapadas nocturnas, un deportivo alemán de potente cilindrada de color azulado. Se había puesto una gabardina oscura que su madre usaba con asiduidad y una peluca de color caoba que imitaba una media melena. Su padre descansaba plácidamente en el asiento de copiloto con una expresión bobalicona, le limpió el hilillo de saliva que se salía por la comisura de sus labios con su propia manga, no quería ni imaginarse lo que podía estar soñando. Estuvo tentada de coger una llave inglesa de la caja de herramientas que sobresalía de la estantería y descargar toda su ira sobre él. Pero se contuvo, Paula Ortiz no haría eso, se dijo, si descubrían los cadáveres, descubrirían los golpes en el cráneo y eso podría perjudicarles. Debía contenerse y actuar según lo planeado, como haría Paula.

Se encontraba tranquila y contenta. Nico no la había defraudado, ya nunca lo haría, estarían unidos por su amor y un lazo de sangre inquebrantable. Estaban hechos el uno para el otro, eran almas gemelas, asesinos natos. Quien sabe, quizás fuera el comienzo de una bonita afición, podrían dedicarse a impartir justicia sobre aquellos que escapaban indemnes del castigo de las

autoridades. En el fondo harían un servicio público a la sociedad, como los exterminadores de alimañas.

Al principio, no las tenía todas consigo, la mirada huidiza y asustadiza de Nico, cargada de dudas, la hizo tambalearse por dentro. Tenía un plan b, por supuesto, que seguía la senda de las amenazas y el chantaje, pero, no hubiera querido llegar a eso; y, menos aún, al plan c. Al final, había reaccionado como esperaba. Nico era como ella, un lobo, solo que no lo sabía y habitaba cómodamente entre las ovejas con su piel de cordero.

Su madre roncaba levemente en el asiento de atrás, tapada por completo bajo una gruesa manta. Miró el reloj, las doce y media pasadas. Si todo iba bien, estaría de regreso a eso de las tres y cuarto. Si todo iba bien. Estaba segura de que sí. Nico había puesto alguna objeción con que dejaban demasiados detalles al azar, pero la vida estaba llena de esos detalles que decantaban la balanza hacia uno u otro lado. No tenía dudas de que la suerte estaba de su parte. Paula Ortiz era una tía suertuda.

Arrancó el coche y abrió la puerta del garaje con el mando a distancia. Metió primera y después segunda. Avanzó unos metros muy lentamente para que la cámara los grabase y después se paró unos instantes en la verja, antes de que se abriera de par en par.

En la carretera no había tráfico. Era una vía muy poco transitada a esas horas de la noche, y ya había comprobado que no había gasolineras, ni hoteles,

ni ningún otro punto en el que pudiese haber una cámara de seguridad. Condujo confiada y tranquila. Era un camino que había hecho en infinidad de ocasiones como copiloto, se sabía cada curva y cada tramo de recta de memoria.

El tiempo se le pasó volando. Alrededor todo estaba muy oscuro y solo oía el roce de las ruedas sobre el asfalto. Sabía que iban paralelos al río, siguiendo su curso, por su margen izquierda. Únicamente veía las rayas blancas sobre la calzada e intentaba concentrarse en conducir sin acelerones, justo por el centro de su carril, trazando las curvas con precisión, a una velocidad adecuada, ni demasiado despacio ni demasiado deprisa como para llamar la atención. Ningún coche les adelantó y solo contó dos pares de faros muy seguidos que venían de frente.

Curiosamente, no albergaba muchos pensamientos nítidos dentro de su mente, más bien uno solo, principal y determinante sobre el resto: acabar con el Incidente, cuanto antes, y comenzar una nueva vida al lado de Nico. Es por ello que, entretenida en la conducción y fijado un objetivo claro, antes de lo que esperaba llegó a su destino.

Aminoró el ritmo y giró hacia el camino de tierra por el que se accedía a las Barrancas. Engranó la segunda marcha y subió por el sendero revolucionando el coche más de la cuenta. Arriba la esperaba Nico apoyado en su motocicleta, sostenía el casco con su mano izquierda. Su cara denotaba

cierta preocupación.

—¿Todo bien darling? —preguntó Valeria despreocupada, como si estuviesen de picnic.

—No hay moros en la costa y he hecho el viaje sin contratiempos, si es a eso a lo que te refieres —respondió Nico con el rictus demasiado rígido, en parte a causa del frío que traía la noche y, en parte, por las últimas dudas que brotaban de su conciencia.

—No me refiero a eso. Tienes mala cara —le aclaró ella—. ¿Qué pasa por esa cabeza?

—Aún podemos echarnos atrás —masculló estirando las solapas de la chaqueta que ya tenía subidas—. Podemos ir a la policía.

—Nico, eso no es posible y lo sabes. Si no quieres seguir con el plan... Puedes retirarte. —Valeria hablaba con un tono calmado. Se estaba marcando un farol, ya no había marcha atrás para él—. ¿No quieres estar conmigo? ¿Es eso?

—No es eso Valeria, quiero estar contigo...

—Si no estás conmigo... estás contra mí —atajó sin miramientos, quitándose un mechón de la peluca que le caía por la frente, interrumpiendo a Nico. Este la miró sorprendido escrutando sus ojos, iluminados levemente por las luces del salpicadero, ya no eran aguamarina, sino de un azul frío e intenso como el acero—. Lo siento —continuó desviando su mirada hacia el frente—.

No quería decir eso. Puedes hacer lo que quieras, confío en ti.

—Es solo... que nunca he matado a nadie, no sé si podré hacerlo.

Hubo un silencio tenso interrumpido por el sonido del viento que cada vez soplababa con más fuerza. Valeria se bajó del coche, le cogió una mano a Nico y le acarició la mejilla con la otra. A sus pies la tierra se cortaba en forma de profundos barrancos de tono plateado. La luz de la media luna iluminaba el embalse y se reflejaba en su superficie como si estuviera mirándose en un espejo de cristal oscuro.

Valeria se acercó mucho y le dijo al oído:

—¿Podrás guardarme el secreto y llevarme de vuelta a casa?

Nico asintió con la cabeza.

Ella se dio la vuelta, arrancó de nuevo el coche y condujo unos quinientos metros por el camino de tierra hasta llegar a una zona de las más escarpadas. Una vez allí puso punto muerto, activó el freno de mano, y paro el motor del coche

—Bastardos malnacidos, tenéis lo que os merecéis, ni más ni menos — susurró a modo de despedida echándoles una breve mirada cargada de odio.

Abrió la puerta, quitó el freno de mano y saltó a la tierra. El deportivo se movía muy lentamente hasta que llegó al final del camino y al comienzo de la pendiente. Se oyeron varios golpes secos hasta que se estrelló contra el agua con una gran plof. Valeria se acercó al borde, teniendo cuidado de no

resbalarse y escrutó en las oscuras aguas.

Tras unos instantes en las que sus pupilas se adaptaron a la oscuridad, percibió la forma del coche flotando panza arriba, había dado una o dos vueltas de campana hasta caer en esa posición. Los siguientes segundos se le hicieron eternos; el automóvil parecía que no se hundía, permanecía estático, bajo la luz de la media luna, desafiando a las leyes de la física.

Por un momento le entró un pánico irracional, ¿y si el coche no se hundía?, ¿y si se quedaba flotando en el embalse?, ¿y si todo su plan se había ido al traste por culpa de unos materiales de carbono demasiado livianos y la aerodinámica de un jodido deportivo de última generación? Cogió una piedra redondeada y pulida, del tamaño de una manzana, y la arrojó con fuerza. Oyó un ruido metálico. Cogió otra y repitió la operación, y después lanzó otra y otra, con furia e impotencia. Maldijo a voces hasta que se quedó sin voz y se sentó exhausta sobre la hierba húmeda.

Nico apareció al poco, y, sin decir una palabra, se sentó con ella al borde del barranco. Juntos observaron como el amasijo de hierro, carbono, plástico y acero se hundía lentamente sin dejar rastro de su presencia en la superficie. Unas nubes ocultaron la media luna. Permanecieron quietos un tiempo indeterminado, lo mismo pudieron ser dos minutos que dos horas. Finalmente, Nico se levantó y le dio un golpecito en el hombro para que volviese de donde quiera que estuviese.

Valeria se agarró fuerte a Nico durante todo el camino de vuelta, con la cabeza pegada a su espalda para evitar que el aire le diese de lleno en la cara. Habían olvidado un casco para ella, sería irónico que después de lo que habían hecho los parasen por una infracción de tráfico, pensaba Nico. Le resultaba curioso y excitante cómo su vida había cambiado del día a la noche, había dado un vuelco radical en solo unas pocas horas. Se había convertido en cómplice de asesinato, aunque no en un cómplice cualquiera: era cómplice de una de las herederas más ricas del país. Y, además, se había enamorado de ella, ¿era eso cierto? ¿O era una argucia que se había inventado él mismo para salir de su mediocridad? El tiempo lo diría, por ahora continuaría junto a ella, para lo bueno y para lo malo estaban unidos por un lazo de sangre.

No cesaba de repetirse que se lo merecían, y mientras más lo decía, más lo creía y justificaba la muerte del hombre y de la mujer que yacían varios metros por debajo de la superficie de las barrancas. Ahora, solo quedaba esperar que el nivel de las aguas tardase en bajar varios años —Valeria decía que el sitio era uno de los más profundos, que siempre lo había visto cubierto—, hacer un poco de teatro y cruzar los dedos. Si quieres lo mejor, tienes que estar dispuesto a pagar el precio final, le había susurrado Valeria antes de salir.

Se sentía despejado y en calma, lo mejor de todo era que no tenía remordimientos, habían hecho lo correcto. Quizás había nacido para hacer este

tipo de cosas, cosas que la gente normal no podía hacer salvo en circunstancias excepcionales, como una guerra o una pelea en defensa propia.

Dejó a Valeria en un camino de tierra que daba a la parte trasera de la finca. Había un punto ciego para saltar la valla, cerca de donde se erguía, como agazapada, la casita silenciosa donde vivían Gica y Rosita. Un acceso que ella utilizaba desde hacía años para entrar y salir de la casa a hurtadillas, lo había descubierto a base de acierto y error. Los perros dormían plácidamente, les había puesto el mismo sedante que a sus padres en la comida. Desde allí podía ver de cerca las puertas acristaladas que daban a la terraza, Valeria había dejado una escalera en un lateral del invernadero para subir a la ventana que daba a su habitación y que había dejado entreabierta. Sus padres solían dejar la alarma de la puerta conectada cuando salían de casa. Era un hecho que fácilmente podía comprobar la policía.

Mientras ella recogía los restos de la cena y metía los platos en el lavavajillas, Nico abría la puerta de su casa a eso de las tres de la mañana, su madre estaba de guardia y no la vería hasta el día siguiente. Esa noche durmió como un bendito. Ambos lo hicieron. Un crimen perfecto siempre que no encontraran los cuerpos. Quién iba a sospechar de ello. Al día siguiente comenzaría la comedia.



**PARTE FINAL**  
**(Ese dulce mal)**

## REMINISCENCIAS (DE LA MALA SANGRE DE LOS AGUIRRE)

**J**aime era un embaucador de una moral abyecta y un vicioso empedernido. Las personas que lo conocían bien decían que no tenía moral, lo cual también le aportaba cierto encanto dependiendo de en qué círculos se moviera. Él prefería catalogarse como un hedonista amoral. Simplemente, carecía de la conciencia sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, o, más bien, tenía su propia conciencia sobre el bien y el mal, diferente al resto de las personas que lo rodeaban. Y buscaba el placer de los sentidos sobre todas las cosas, aunque esa búsqueda fuera cada vez más aberrante y pernicioso.

Su familia, sin llegar al extremo de los Aguirre, tenía recursos suficientes

como para satisfacer sus caprichos y sus vicios. Era el hijo pequeño de cuatro hermanos, se llevaba doce años con el siguiente en el escalafón. Sus padres lo tuvieron como algo inesperado, muy mayores, ya pasados los cincuenta. Nadie se lo esperaba y nadie solía echar demasiadas cuentas sobre lo que hacía.

Jaime encontró en Genoveva a su media naranja. El día de la fiesta, algo en su interior le tiraba y le decía que debía ir allí a conocer a esa chica que se envolvía en un halo de misterio propio de las leyendas que contaban de las doncellas de Toledo. Quizás fuese el destino o las imaginaciones de un perturbado, pero, el caso, es que la cosa funcionó. Conectaron al instante, hubo magia, como se suele decir en estos casos, magia negra. Ambos intuían que había secretos ocultos dentro del otro, y ambos estaban dispuestos a descubrirlos.

Al cabo de un año de noviazgo y excesos de todo tipo, se casaron a escondidas en Madrid. Cuando Rodrigo se enteró, ya era tarde para emprender ningún tipo de acción. Por supuesto, puso el grito en el cielo y ordenó a su pléyade de abogados que buscasen algún resquicio por el que poder anular el matrimonio, como enajenación transitoria o consumo continuado de drogas, cualquier cosa de la que poder tirar le parecía bien. Genoveva lo paró en seco, amenazándole con airear ciertos secretos sobre su madre. Rodrigo, sorprendido, por las revelaciones y la actitud de Genoveva, y a regañadientes, tuvo que claudicar ante los deseos de su hija. Finalmente, celebraron el enlace

por todo lo alto en la mansión familiar, junto a los De Castro, con un Rodrigo Aguirre humillado en su enorme ego por la afrenta que estaba sufriendo.

Jaime llevaba a Genoveva al límite, cada día un poco más, sin importarle las consecuencias o el qué dirán. Con ella experimentó todo tipo de sustancias, hasta casi perder la cabeza. De hecho, al cabo de varios años de abuso, ambos la perdieron, aunque ninguno se dio cuenta. Ella se dejaba hacer, solícita, con una sonrisa inocente, no le ponía ningún tipo de trabas a sus fantasías más abyectas. Se encontraba atrapada en una espiral de odio, resentimiento y amor ciego de la que no podía escapar. Jaime era la roca a la que se agarraba para no caer por el abismo y su instrumento de tortura más eficaz que aplicaba con precisión quirúrgica sobre Rodrigo Aguirre. Por su parte, Jaime tenía cada vez aficiones y apetencias más extrañas y retorcidas, y le gustaba rodearse de gente afín a sus peculiares pasatiempos y que disfrutase con ellos.

Dios los cría y ellos se juntan, como solía decir Héctor Orgaz a Gordi, cuando Rodrigo le encargaba que vigilase los movimientos de la joven pareja.

Comenzaron a frecuentar fiestas cada vez más extrañas, en las que se iniciaron en ritos paganos. Al principio era una broma, un pasatiempo más, una forma excitante de comenzar la noche, pero, con el tiempo, se convirtió en una obsesión, sobre todo para Jaime, que veía como su lado oscuro tiraba de él cada vez con más fuerza. En esos rituales el sexo jugaba un papel primordial. Para la mayoría de la gente que acudía —gente adinerada y con

una posición—, constituían una excusa para participar en una fiesta orgiástica, cargada de excesos y sustancias psicotrópicas, y poder fornicar bajo la máscara del anonimato.

Rodrigo se refugiaba en el trabajo, daba la espalda a la vida y a los placeres mundanos. Con cada año que pasaba, se acrecentaba en él una personalidad fría y calculadora, carente de amor y de todo sentimiento. Andrés Pinot le solía decir con tacto —y con la esperanza de recuperar su humanidad— que era un esclavo, que no disfrutaba de la vida; él asentía, pero nunca contestaba. Su máximo anhelo consistía en amasar una fortuna cada vez mayor y en alcanzar cotas de poder nunca vistas en el seno de la familia Aguirre. Era un empresario de éxito, respetado y temido a partes iguales en las altas esferas de la élite económica y política del país. Pero, por las noches, antes de tomarse su pastilla roja y caer en un sueño más liviano que profundo, siempre pensaba en Blanca; primero en la Blanca jovial y gentil que le hizo un hombre feliz y vulnerable, y, después, en la Blanca casquivana y esquiva que tanto había odiado, y que lo había armado con una coraza impenetrable. Cada vez más a menudo, se aparecía la cara de Genoveva en sus sueños intercambiándose con la de Blanca.

Rodrigo intuía que, de algún modo, Genoveva se había enterado de la verdad sobre la muerte de Blanca y sobre su pasado. Según ella, existía una

carta que su madre le había dejado explicándole ciertas cosas. ¿Desde cuándo estaba al tanto? Le preguntó a Andrés Pinot si sabía algo al respecto, pero este le dijo que no mirándole a los ojos con un aire reprobatorio.

Nunca había tenido mucho contacto con ella, le había proporcionado todo tipo de lujos y caprichos, pero siempre desde una distancia prudencial; le recordaba demasiado a Blanca, con esos ojos penetrantes y esa sonrisa disoluta. Genoveva era la prueba viviente de un pasado maldito, era la prueba viviente de la mala sangre que corría por las venas de los Aguirre. Aun así, era la hija de Germán, su medio hermano, y no volvería a ir en contra de un miembro de los Aguirre.

No obstante, desde que conoció a ese Jaime de Castro, su relación se había enrarecido hasta el extremo. Rodrigo sospechaba que ella disfrutaba humillándolo delante de sus invitados, de sus amigos, de sus socios, siendo la comidilla del lugar, generando todo tipo de rumores sobre extrañas fiestas y comportamientos indecentes. Igual que hizo su madre, pensaba cuando la ira lo consumía por dentro.

Lo peor, era que todo cuanto se rumoreaba sobre ella y Jaime era cierto, y según los informes de Héctor Orgaz, las habladurías se quedaban cortas.

Rodrigo pensó que con la boda acabaría su comportamiento, pero, al contrario, les dio alas y acrecentó su sed de lujuria. Sabía de su participación en singulares rituales iniciáticos oficiados por sacerdotes en túnicas blancas,

con la cara cubierta con una careta de cordero o de lobo, según hubiera luna nueva o plenilunio.

—Fíjese lo que le digo, corderos y lobos —le dijo Héctor mientras dibujaba en bajo relieve una sonrisa y sus ojos chisporroteaban de placer—. Esa gente es muy rara.

—Entiendo —asintió Rodrigo apretando la mandíbula hasta casi contorsionar sus facciones patricias—. ¿Dónde se celebran esas fiestas? —quiso saber.

—En un antiguo castillo templario a una hora de aquí. Al parecer lo reformó un aristócrata francés, el Duque de Loria, no sé si le suena... —A Rodrigo le sonaba de sobra ese nombre, era dueño de una conocida cadena de grandes almacenes de lujo—, y lo utiliza como picadero para organizar esas bacanales.

—Y usted... si no es mucho preguntar... ¿cómo consiguió entrar? —inquirió sin molestarse en mirar al otro hombre.

—Uno tiene sus recursos. Verá... se supone que si llegas allí es porque te han invitado, nadie te pregunta quién eres, si tienes la tarjeta dorada... —dejó caer abriendo un breve impás en la conversación.

—¿Y usted tenía una? —insistió pertinaz.

—No, pero no fue difícil conseguirla. Como le he dicho, uno tiene sus métodos —explicó bajo la atenta mirada de Rodrigo Aguirre. A Héctor le

divertía verlo en tensión, con la mandíbula apretada tan fuerte que daba la impresión que se le iba a desencajar en cualquier momento. Un hombre tan poderoso doblegado por los impulsos de una jovencita. No obstante, lo conocía demasiado bien como para saber cuándo debía ir al grano y dejar los subterfugios a un lado—. Simplemente hice una copia, la sustraje del coche de su yerno cuando llegaron a casa y se la llevé a un amigo artesano... Tiene un código de barras que escanean a la entrada... Coser y cantar si conoces lo que tienes entre manos. En dos horas estaba de nuevo en su sitio y nadie se dio cuenta. Por ahora, la invitación es siempre la misma, se mandan mensajes de móvil para citarse, la fecha y hora, nada más. Tengo un contacto en telefónica, de los viejos tiempos... que me mantiene informado, es de confianza, se acaba de separar y tiene que pasarle la pensión a su exmujer, necesita el dinero y no ha preguntado más de la cuenta. Usted me dijo que utilizase todos los recursos necesarios...

—Continúe... Ha hecho bien.

—Antes de entrar, todo el mundo se pone una máscara, de esas, tipo venecianas y una vez estás dentro del castillo... a correr... —De su garganta brotó una carcajada seca—, cada uno es libre de hacer lo que quiera. Ya sabe a lo que me refiero, ¿no?

—Me lo imagino. —Una gota de sudor le cayó por la frente, tuvo que juntar los dedos de las manos para evitar que le temblaran mientras su mente

imaginaba la escena.

A pesar de su incipiente paranoia, esa noche Rodrigo no tuvo que tomar sus pastillas y cayó en un sueño profundo. Tal vez una cosa le llevó a la otra.

Esa noche, soñó que se encontraba dentro de una enorme sala, sostenida por fuertes pilares de piedra con cruces talladas en mármol, llena de gente que únicamente vestía con máscaras. Después de una extraña ceremonia en la que una joven pareja copuló bajo un altar presidido por un sacerdote con una cabeza de carnero, la fiesta se convirtió en una bacanal en la que el desenfreno y la lujuria camparon a sus anchas. Él no tardó en divisarla entre las sombras y la penumbra de la tenue luz que proporcionaban las velas: conocía cada centímetro de su piel, cada uno de sus pliegues y cada uno de sus lunares. Sus ojos carecían de voluntad y de conciencia. A empujones le quitó de encima a un fornido semental con un miembro colgando de grandes proporciones y se la llevó sin oponer resistencia a una de las habitaciones oscuras. Allí la poseyó con una fuerza oscura que le salió de lo más profundo de su ser, liberó toda su ira acumulada durante años mientras le gritaba al oído un nombre: Blanca.

Genoveva despertó sobresaltada, su cabeza resonaba como un trombón. Sudaba profusamente, sentía la lengua pastosa e hinchada y el corazón golpeaba su pecho a mil por hora. La lengua no era lo único que tenía hinchado. Esos ojos grises y fríos, reptilianos, se clavaban dentro de su alma.

Esos ojos la habían poseído hasta atravesarla y hacerla gritar de placer. Conocía perfectamente esos ojos. No podía ser, debía tratarse de una pesadilla. Era una aberración.

Abrió los ojos lentamente, le pesaban como dos listones de acero, lo que vio le resultó familiar y se tranquilizó un poco. Se encontraba en su cama, estiró el brazo y palpó el pecho peludo de Jaime. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Se tranquilizó, solo un poco.

—Te encontré tirada en el suelo. Estabas temblando, con la conciencia perdida —le dijo Jaime en la ducha, mientras le cogía la cara entre sus dos grandes manos y la miraba fijamente—. ¿Qué te pasa?

—Nada —mintió sin convicción.

—Estás como ida. —Jaime la abrazó hundiendo su cara en su pecho mientras les caía el agua y los vapores calientes inundaban toda la estancia—. ¿Qué te tomaste ayer?

—Lo de siempre —respondió vacilante, en realidad no lo recordaba.

—Pues deberías controlarte un poco... parecías una perra en celo.

—Eres un maldito cabrón.

—Pero soy el maldito cabrón al que seguirás hasta el infierno.

Ella sabía que era cierto, para bien o para mal su destino estaba ligado al de ese hombre, aunque le costase perder la cordura, la poca que le quedaba.

—Tenemos que parar por un tiempo —le dijo.

Él la miró dubitativo. Ella resbaló y se agarró a su brazo para no caerse. No era su brazo lo que ella buscaba, sino el brazo de alguien. No era su calor lo que ella necesitaba, sino el calor de alguien a su lado, pero no tenía a nadie más, excepto a Jaime.

—De acuerdo, por un tiempo —concedió. La mirada transparente de Genoveva, carente de brillo y de luz, le mostraba que había ido demasiado lejos.

Ella quería decirle algo, pero no podía expresar su dolor solo con palabras. Antes de traducirlo al lenguaje de los fonemas, tendría que haberlo entendido ella misma. Genoveva buscaba entendimiento en el vacío en que se había convertido su mente, y no lo encontró. Fue solo el comienzo del fin.

Pasaron varias semanas y Genoveva notaba cosas, cosas que la perturbaban y hacían que su locura se acentuase. No comía lo suficiente, pero seguía engordando unos gramos, cada semana un poco más: su cuerpo se preparaba para el futuro haciendo los primeros ajustes. Algo había cambiado en su interior, eran cambios imperceptibles desde fuera, pero muy claros y significativos desde dentro. Ella sentía que una semilla germinaba dentro de su vientre. Sin embargo, una parte de su mente no lo aceptaba, y nunca lo haría. Era prácticamente imposible, pensaba, se había puesto un DIU cuando comenzaron a frecuentar las fiestas. No obstante, estaba claro que algo había

fallado. Su fisiología cambiaba día tras día y el test lo decía claro: estaba embarazada, no había vuelta atrás, y sabía perfectamente de quién era, sus entrañas se lo decían. Esos ojos se aparecían cada noche para susurrárselo al oído: Blanca. La mala sangre de los Aguirre, pensó para sus adentros.

Juró que se vengaría de los Aguirre.

## CAPÍTULO 27

Héctor Orgaz se encontraba de nuevo en aquella antesala sobre varios centímetros de suelo alfombrado con finas cenefas, mirando incómodo el retrato del gran hombre que coronaba la estancia, enfundado en su viejo traje gris oscuro y botines negros de cuero gastados, vestigios de una época no tan lejana. Al gran hombre no le agradaba recibir visitas de trabajo que no fueran vestidas adecuadamente, y el mínimo de etiqueta que exigía era un traje, aunque estuviera muy usado como el suyo. Lo conocía muy bien, demasiado bien pensaba, demasiados años escondiendo los trapos sucios de su familia y

ocupándose de que las relaciones con la policía fueran todo lo adecuadas que se requerían según el caso.

Observó una mancha de barro en la punta de su zapato izquierdo. Rápidamente, de forma instintiva, se restregó el botín en la pernera trasera derecha de su pantalón. Como se trataba de reportar y cobrar, le parecía adecuado cuidar los detalles, pensó con amargura. Una molestia creciente comenzó a roerle el estómago, qué se le iba a hacer era lo que había. No le gustaba estar allí de pie como un pasmarote, como si fuera uno de sus perros de caza esperando recibir las migajas; eso estaba claro, su cuerpo se revelaba y rechazaba que tragase tanta mierda, aunque fuera a precio de oro.

Creía que tras su jubilación se había olvidado de él, pero, allí estaba de nuevo. Casi tres años estuvieron sin verse, ni una llamada, ni una visita, ni un correo electrónico —tampoco era que albergase deseos de muestras de amistad, nunca habían sido amigos, más bien algo parecido a patrón y empleado—, y, ese año, ya iba por su segunda cita. Siempre que acudía a esa casa avisaba a Gordi, al menos que alguien supiera dónde estaba, por si las moscas. Las cosas podían torcerse. Conocía bien cómo se las gastaba Rodrigo Aguirre. Quizás debía haber hecho como el comisario ese que salía tanto en la tele, pensó con ironía, y tener algunas grabaciones guardadas a modo de seguro de vida. Tipo listo.

Decidió ir solo, en su viejo coche, siempre lo había hecho así: con

discreción, como si no hubiera estado allí. Aparcó en una especie de rotonda que daba a la entrada de la mansión señorial, opulenta y desmedida, al estilo de las casas de los lores de la campiña inglesa, con un jardín de hierba escocesa y replicas en miniatura de las fuentes de Versalles. Se encontraba bien escondida más allá del Valle, entre una dehesa de encinas de varias hectáreas de extensión. La puesta de sol, que ya había comenzado por el oeste, circundaba con un halo dorado los oscuros contornos de los tejados y torres que coronaban el edificio. Era una construcción concebida para mostrar su poder a quien se acercase, intimidaba nada más verla. A Héctor le recordaba a la mansión de esa película famosa de Orson Welles que tanto le gustaba: Xanadú. También Rodrigo Aguirre tenía algo de Foster Kane.

Se fijó en que el viejo había redoblado la seguridad desde la última vez, quizás ver la muerte de cerca le hacía volverse a uno más precavido o temeroso de su propia mortalidad. Había más cámaras, más guardas y más perros que de costumbre. Dejó el coche justo en frente de las escalinatas que daban a la puerta de entrada, con las llaves puestas. No tardaría mucho. Le abrió el mismo mayordomo que lo había hecho durante los últimos treinta años, vestido de uniforme negro, de cara estirada y piel blanquecina llena de manchas rojizas, con el poco pelo que le quedaba peinado hacia atrás. Sin decir palabra, fue escoltado hasta la salita de espera, enmoquetada y recargada de cuadros —de los diversos Aguirre que habían gestionado la

fortuna familiar hasta cuatro generaciones atrás, que lo miraban con ojos escrutadores—, sillas, aparadores y muebles barrocos. Le resultaba curioso que no supiera su nombre. Nunca había cruzado más de cuatro frases con él. Ambos se observaban con cara de pocos amigos, cada uno en su papel, y nada más.

Siempre lo hacía esperar unos minutos, para que se hiciese una composición de lugar o para ponerle nervioso. Era una muestra de que su tiempo era más valioso que el suyo, más valioso que el del resto de los mortales que acudían a rendirle pleitesía. Maldito bastardo, mascullaba Héctor observando al bisabuelo —el fundador del imperio Aguirre—, pasar toda una vida deslomado al servicio de este bendito país para terminar de esta forma tan miserable.

De repente, sin hacer el más mínimo ruido, apareció de nuevo el mayordomo sin nombre que, sin mirarle a la cara, le dijo que el señor lo esperaba. Con parsimonia, abrió la puerta que daba acceso al despacho de Rodrigo Aguirre, permaneció quieto como una estatua de cera, en posición de firme, hasta que pasó hacia el interior.

La puerta se cerró a sus espaldas y se quedó plantado como un pasmarote sin decir esta boca es mía. Debía respetar el protocolo, reportar y cobrar. Muérdete la lengua, saca tu orgullo a pasear y encierra tus demonios dentro

para otra ocasión, se repitió mientras lo observaba.

Él gran hombre tenía la vista clavada en un dossier negro, forrado con piel de vaca, y firmaba documentos uno detrás de otro, sin leerlos, como si fuera un ministro. Al cabo de unos minutos Héctor carraspeó de forma involuntaria. Rodrigo Aguirre levantó la vista, con un mohín de disgusto.

El paso de los años suele acentuar los rasgos físicos de quienes se obsesionan por él; el llenito tiende a ser más orondo, y el delgado tiende a consumirse. Quizás Héctor perteneciese al primer grupo, pero estaba claro que Rodrigo Aguirre pertenecía al segundo. Era un hombre alto, más que la media, y nervudo, muy delgado, con unos pómulos salientes y una nariz aguileña, con las hebras del pelo totalmente canosas, sin entradas y con unos ojos grises con destellos azulados —dependiendo de la luz— que destilaban inteligencia y astucia. Se trataba de una persona que exudaba poder por cada poro de su piel, había nacido rico y moriría aún más rico.

Por lo poco o lo mucho que lo conocía, ese parecía su único propósito, amasar más poder y riqueza para llevarse al panteón familiar y mostrarles a sus antepasados lo que había conseguido. Héctor únicamente le había detectado una debilidad: su nieta Valeria, la quería por encima del resto de cosas, quizás fuese a la única persona a la que realmente quería.

El muy cínico conservaba una foto de Blanca enmarcada en su escritorio, cada vez que la veía se le revolvían las tripas. Conocía perfectamente la mala

vida —y mala muerte— que le dio a su esposa y viceversa; hacía ya casi cuatro décadas de todo aquello. Solo Rodrigo, Pinot y él mismo sabían que la pobre mujer no se había suicidado.

Y a su única hija, Genoveva, nunca le echó muchas cuentas, quién sabe por qué, pensaba Héctor mientras ambos se reconocían mutuamente. Era una oveja descarriada, pero aun así, seguía siendo de su sangre. Había cosas de ese hombre que nunca llegaría a entender.

—Héctor Orgaz —dijo sin entonación. Debía de estar absorto en el estudio de los documentos, porque había sujetado sus gafas de ensamblaje en el cuello de su camisa negra, como colgando, en un gesto descuidado—. Ha tomado un poco el sol, se le ve más moreno —continuó en tono displicente y con aire altivo—. Acérquese por favor, coja una silla.

La biblioteca que hacía de despacho y de sala de reuniones era una pequeña maravilla. A Héctor siempre le impresionaba, se veía como empequeñecido dentro de ese decorado imbuido de historia y secretos. Las tres cuartas partes de las paredes del enorme despacho las ocupaban grandes estanterías de madera de roble ornamentada que llegaban hasta el techo. Debía de tener cientos de volúmenes, muchos de ellos originales —algunos muy antiguos, códices de la Edad Media y del Renacimiento—, así como decenas de rollos de pergamino dispuestos en urnas de cristal y en anaqueles muy bien distribuidos. Varias cartas de las constelaciones, dibujadas sobre papel viejo

y cuarteado, enmarcadas, decoraban los escasos lugares vacíos de las paredes. Dos puertas cerradas conducían a otras estancias que Héctor nunca había pisado, una a la izquierda y otra enfrente de ellos.

Rodrigo era un empedernido coleccionista de libros, no escatimaba en gastos, y había reunido en esa sala algunas rarezas dignas de estar expuestas en las vitrinas de un museo. También había dispuestos varios animales disecados adornando las mesitas y huecos de las estanterías: una jineta, un zorro, un halcón y un lince, que los miraban con un aire de desesperación y tristeza, como si el taxidermista hubiese retenido las últimas trazas de sus sentimientos antes de morir. Algunas sillas y sillones con aspecto de estar recién tapizados se repartían por la estancia. No solía tener ninguna frente a la mesa, otro detalle más para mostrar a las visitas que él estaba al mando de la situación en todo momento. La última vez, ni siquiera tuvo la deferencia de invitarlo a sentarse.

Escogió una silla que estaba apoyada en la pared y la acercó hasta que quedó enfrente del escritorio. Al tomar asiento, se secó disimuladamente en las perneras del pantalón el sudor de las manos.

—Señor... —Héctor no podía evitar sentirse intimidado—. Un placer verle.

—Un placer —repitió con una sonrisa silenciosa—. No me tome el pelo.

—¿Señor?

—Nunca nos hemos tenido aprecio, Héctor, para qué seguir mintiendo. — Su sonrisa se atenuó, borrándose de la expresión de sus ojos—. Mejor dejar las charadas a un lado, ¿no le parece? Ya estamos mayores para eso.

Como quien no quiere la cosa, Rodrigo pasó los dedos por los bordes de los documentos que atestaban su mesa de madera de cedro.

—No le entiendo —dijo Héctor, dando a su voz una entonación más seria para parecer un poco dolido. Nunca le había hablado de esa manera. Quizás tuviese un mal día, con ese tipo de gente nunca se sabía hasta qué punto jugaban contigo. Decidió que lo más prudente sería actuar como siempre—. Hasta ahora, he considerado nuestra relación beneficiosa desde un punto de vista puramente profesional, y, si me pregunta en lo personal, tampoco tengo queja.

—Está bien, continuemos pues con este teatro —replicó alzando la mano en un gesto despreocupado, apoltronándose en su sillón de cuero negro—. Pero, si he de serle sincero, nunca le he apreciado en lo personal, pero, en su faceta profesional no tengo ninguna queja, siempre he estado contento con el servicio que me ha prestado a mí y a mi familia.

Héctor no sabía a qué venía todo eso. Se encogió de hombros, sintiendo la protesta de algunos de los músculos de su espalda cansada. Al diablo con todo, si quería una conversación sincera la tendría.

—El sentimiento es mutuo, Rodrigo... —graznó con una voz gutural, casi de

ultratumba—. Si le digo la verdad, creo que es usted uno de los mayores cabronazos con los que me he tropezado, en lo personal; claro está que no somos amigos, usted me hace unos encargos y yo cumplo escrupulosamente con lo que me pide, sin hacer más preguntas de la cuenta. Y me paga muy bien, con eso yo me doy por servido.

El otro rio con una sonora carcajada. Hubo regocijo en su estrecho rostro. Se pasó la mano sobre el pelo color plata y continuó:

—Eso está mejor, Héctor. A partir de ahora ambos seremos completamente sinceros —dijo levantándose. Su figura, aún a su edad, resultaba imponente, se movía con agilidad y determinación, enfundado en su traje italiano perfectamente planchado. Se situó frente a un anaquel de la estantería ocupado por un lince disecado y tiró de él hacia abajo, abriéndose un minibar iluminado con una tenue luz ambarina—. Déjeme que le invite a una copa, ¿un whisky escocés?

—Me parece buena elección —respondió Héctor sorprendido por la actitud de su anfitrión—. Dos hielos, por favor.

Rodrigo lo miró de soslayo con una media sonrisa y una mueca aviesa. Volvió a su asiento y le tendió la copa a un Héctor cada vez más desconcertado. La luz de la tarde entraba por los enormes ventanales situados detrás del escritorio, esparciendo sombras por toda la estancia y rodeando a Rodrigo Aguirre de un aura dorada.

—Verá Héctor, espero que este sea nuestro último encuentro. —Hizo una pausa para saborear el licor y darles énfasis a sus palabras—. No obstante, quiero que siga ligado a mi familia, por si en el futuro surge alguna situación de esas en las que usted se desenvuelve como pez en el agua. Las condiciones serán siendo las mismas de siempre, discreción y lealtad; pero, en lo económico, si acepta el trato que le ofrezco, cuando salga de esta habitación no tendrá que preocuparse por su pensión.

Héctor escrutó las profundidades de su vaso y asintió con la cabeza sin entender.

—No entiendo del todo lo que me propone.

Rodrigo abrió una caja de madera de color ocre, con una talla de Don Quijote en un lance con el Caballero de la Media Luna, y sacó un enorme puro envuelto en una hoja de tabaco.

—Tome, coja uno. —Le acercó la caja. Sus manos, gráciles, con unos dedos muy largos y uñas perfectamente cuidadas, temblaban levemente, y estaban surcadas por unas venas enormes—. Me los traen directamente de Cuba, un regalo del camarada Raúl, sin marca de ningún tipo para no generar suspicacias. No crea que hay muchas de estas circulando por ahí.

—No sabía que usted fumase... —dijo Héctor cogiendo uno de los puros perfectamente apilados. Lo palpó entre sus dedos índice y pulgar, presionando ligeramente; el tacto, prieto y bien elaborado, firme pero no duro. La vitola

eran tres líneas: roja, azul y blanca, sin ningún tipo de inscripción o señal. Aspiró su olor a tabaco fresco y esbozó una sonrisa de tres cuartos esquinada —, ni que bebiese...

—Hay tantas cosas que desconocemos el uno del otro.... ¿no cree? — enarcó sus cejas y frunció sus labios haciendo una mueca divertida.

Héctor no sabía si estaba haciendo muestra de su ironía o hablaba en serio.

—Supongo, aunque también sabemos muchas cosas... el uno del otro.

—Supone bien, aunque ambos confiamos el uno en el otro... En el fondo, nuestros negocios, nuestro modo de vida, aun siendo antagónicos, dependen de la confianza mutua.

Rodrigo sacó de la caja de Don Quijote una guillotina de metal áureo, cortó la parte trasera del puro de forma limpia y precisa y se la pasó a Héctor que hizo lo propio. Prendió el habano con su encendedor de la legión y se lo ofreció a Rodrigo, que lo observó con curiosidad y se lo devolvió.

—La gasolina estropea el sabor. —Agitó una cajita de fósforos y encendió el suyo. Sopló la parte caliente y comprobó que se ponía incandescente. Pronto la habitación se llenó de un humo con un olor fuerte.

—¿Qué es lo que quiere de mí exactamente? —Héctor aspiró el humo sin tragárselo, saboreando sus matices en el paladar—. ¿A qué viene tanta amabilidad? En treinta años no hemos intimado mucho... ¿Por qué precisamente ahora?

—Me hago viejo, Héctor, quizás sea por eso —dijo de un modo enigmático, con voz profunda y cavernosa, mirando hacia un punto indeterminado de su biblioteca.

—Todos nos hacemos viejos, Rodrigo.

Hubo un silencio en el que ambos daban pequeños sorbitos y aspiraban el humo de sus puros dejando que se formase una ceniza bastante firme y larga.

Rodrigo Aguirre cerró los ojos y suspiró. Aunque, quizá pudiera tratarse de un engaño producido por la tenue luz de la biblioteca, a Héctor le pareció que las arrugas del rostro del magnate habían horadado surcos más profundos desde la última vez que ambos habían hablado. Y de eso no hacía tanto.

—Me estoy muriendo. —Dejó que las palabras se expandiesen por la habitación antes de continuar—. Mi mente se muere, me han diagnosticado un principio de Alzheimer. —Héctor dejó de aspirar, dejó de parpadear y, prácticamente, dejó de respirar—. Mi cuerpo, ya ve, se resiste y quiere aguantar, una extraña dicotomía la de nuestra existencia, la del cuerpo y la mente, ¿no cree? —Héctor asintió imaginándose al hombre todopoderoso perdido en su propio laberinto de ensoñaciones y recuerdos, reducido a una caricatura de Rodrigo Aguirre, y casi se le escapó una sonrisa—. Están condenados a entenderse de una u otra manera, pero cuando uno de ellos dice basta y el otro sigue para adelante... La situación puede tornarse en una tortura... y yo no estoy dispuesto a eso.

De un trago se bebió su whisky y Héctor le imitó. Sin decir nada se levantó y sirvió otros dos vasos.

Héctor Orgaz se encontraba cada vez más perdido y estupefacto, ¿por qué le revelaba un secreto tan personal e intransferible? Si saliera a la luz pública se armaría un buen escándalo, a muchos niveles, quién sabe de qué modo afectarían a sus empresas.

—Veo su cara de preocupación, Héctor. Se preguntará por qué le cuento esto... Como le he comentado, quiero que siga trabajando para mí, aunque mi enfermedad me quite la potestad de dirigir mi propia vida, quiero dejar las cosas bien atadas y usted puede ayudarme.

—¿Cómo? —musitó el expolicía reconvertido a recadero de la familia Aguirre.

—Verá, lo que quiero que haga es que se ocupe durante unos años de la seguridad de mis herederas... de Valeria y de Aitana. Ya se habrá dado cuenta de que la segunda no creará muchos problemas, pero, Valeria es harina de otro costal, su naturaleza es rebelde... me preocupa.

Y a él también.

—¿Sus herederas?

—Si no aparece su madre, luego hablaremos sobre este asunto, ellas lo heredarán todo. Tengo a una pléyade de abogados trabajando sobre el tema. Y, pronto, comenzaré a aleccionarlas.

Héctor asintió con un leve movimiento de cabeza y se lo pensó durante unos instantes.

—Supongo que tendrá personal más cualificado que yo para esa tarea —respondió con un globo sonda a ver por donde salía el sol.

Rodrigo lo miró contrariado por la interrupción y por la implicación de su respuesta.

—Héctor... Esto que le estoy contando lo saben... —de nuevo hizo una pausa muy breve—... mi abogado, mi médico personal, usted y yo. Nadie más. Como puede dilucidar no estoy ofreciéndole un trabajo, estoy dándole trabajo, a estas alturas no querrá ir por libre...

Su tono y su mirada eran cortantes como la punta afilada de un puñal.

—Ni me lo planteo —mintió el expolicía. Cruzó una pierna sobre la otra y se alisó la pernera del pantalón. Dio un trago y aspiró de nuevo el humo del cigarro—. Soy todo oídos.

—Esa es la primera tarea que quiero encomendarle, y hay una segunda, no por ello menos trascendental que la primera. Si acepta mis dos encomiendas saldrá de esta sala con un millón de euros más en su cuenta bancaria o en una cuenta que le podremos abrir donde usted desee. —El corazón de Héctor estuvo a punto de salir desbocado, pero hizo un esfuerzo titánico por mantener la calma. Siempre le pillaba desprevenido la cantidad de dinero que amasaba esa gente—. Y tendrá otro millón adicional cuando finalice la segunda tarea.

Deberá firmar varios documentos en los que se comprometerá a realizar ambos trabajos y todo estará arreglado. ¿Qué me dice?

—Que sí, por supuesto, es una oferta que no puedo rechazar, como usted dice a estas alturas no puedo abandonar la nave. —A duras penas contuvo una sonrisa—. Pero, todavía no me ha dicho de qué otra tarea quiere que me ocupe.

Rodrigo Aguirre se tomó su tiempo para responder. Prendió una cerilla y encendió de nuevo su puro que se había apagado. Cuando habló, lo hizo con una parsimonia calculada, recostándose en su sillón de cuero negro.

—Lo que quiero que haga... Es algo especial, Héctor. —Respiró hondo—. Un encargo peculiar. Quiero que llegado el momento me mate sin más dilación y sin sufrimiento.

—¿Cómo? —balbuceó sin mover los labios.

Héctor creyó que no había oído bien. Realmente estaba perdiendo la cabeza.

—Cuando llegue el momento —recalcó—, quiero que me mate.

La media sonrisa de Héctor se tornó en una mueca de estupefacción. No podían ser todo buenas noticias. Se echó para adelante apoyando sus codos sobre la mesa.

—¿Se ha vuelto loco o simplemente está tomándome el pelo? —preguntó muy despacio, pero los ojos de él, fríos como un témpano de hielo, le decían

que hablaba completamente en serio.

—Al contrario, Héctor, estoy muy cuerdo —respondió—, precisamente lo que me preocupa es lo que ocurrirá cuando deje de estarlo. No quiero levantarme un día cualquiera y no reconocerme en el espejo, no reconocer esta casa y no reconocer a la fulana que me tiré el día anterior. Y no quiero que ese día se repita, por supuesto. Quiero morir el día que no tenga pleno uso de mis facultades.

—Se trata de la petición más extraña que he recibido... Si no he entendido mal, me pagará para que le mate.

—No ha entendido mal, Héctor. Dos millones de euros por cuidar de que Valeria no se meta en demasiados líos, durante pongamos los siguientes diez años... y por acabar conmigo de una forma digna, sin dolor... A ser posible preferiría no sentir nada... ¿Puedo confiar en usted?

—¿Me queda alguna opción?

Héctor pensaba en que tal y como estaban las cosas, con este tipo ofreciéndole una fortuna, no le quedaban muchas opciones. Si se negaba, podría acabar con él con solo una llamada, antes de que saliera de esa casa y nadie lo encontraría jamás. Sabía perfectamente de lo que era capaz, había sido testigo de excepción y mediador en varias acciones que, si salieran a la luz, ambos terminarían con sus huesos en la cárcel; al menos él, o algo peor. Rodrigo Aguirre no dejaba cabos sueltos.

—Sabe que no, Héctor, y estoy siendo muy generoso.

—Entonces... será un placer acabar con usted, Rodrigo —dijo con una sonrisa de licántropo de serie b de la Hammer.

No mentía cuando lo decía, realmente era un tipo que merecía morir lentamente —y sintiendo dolor—, con el aliento de la dama de la guadaña de cerca. Ya vería cómo lo hacía, quién ríe último ríe mejor, pensó.

—Sabía que usted era el hombre indicado. Le diré a mi abogado que redacte el contrato y, cuando esté listo, lo firmará. Naturalmente, no constará mi segundo encargo... pero dejaré instrucciones del momento en que debe ser avisado para que lleve a cabo esta... —dudó unos instantes antes de continuar—, esta especie de eutanasia planificada... algún tipo de sedante o sobredosis placentera, se lo dejo a su libre albedrío. Una cosa le digo, si mi abogado tiene sospechas de que sufro más de lo necesario, usted sufrirá diez veces más. —Héctor dejó de sonreír—. ¿Ha entendido?

—Con claridad meridiana —respondió agachando la cabeza. A Héctor le desagradó la entonación que le dirigió, pero intentó que su expresión no le traicionara.

Su fiel Gordi solía decir que nada le daba tanta libertad a uno como el hecho de que lo estén constantemente subestimando. Gordi era un tipo sabio.

—Bien, no hay más que hablar sobre este tema. Ahora vamos al otro asunto por el que le he citado y por el que usted acudía hoy, tan solícito como

siempre, lo cual es de agradecer. Reporte sobre la desaparición de mi hija y mi yerno.

—Por supuesto... —carraspeó.

Otro turbio y sórdido episodio de la familia Aguirre en el que Héctor estaba involucrado. Cualquiera día llamaría demasiado la atención y se enquistaría toda la situación; había estado husmeando y metiendo las narices, como un perro trufero, a base de favores. Pero, ese día aún no había llegado, y él seguía haciendo el trabajo sucio y cobrando generosamente por ello.

—Ahora soy yo el que escucha, tiene toda mi atención.

—No hay mucho que informar... El caso no se ha cerrado, pero como si lo estuviera, la policía no tiene ninguna línea de investigación, no hay pistas que seguir, ni testigos, ni cámaras ni nada... se esfumaron sin más.

—¿Hasta dónde han llegado?

—Hasta donde usted quería. Siguiendo mis indicaciones, muy sutiles, investigaron sus salidas nocturnas y sus contactos a través de internet. Esos clubes de intercambio y esas fiestas a las que iban, han centrado la mayor parte de la investigación. La hipótesis que se baraja es que se metieron en alguna historia con alguien que no debían. Hay mucha gente importante por esos lares, ni se imagina... —Héctor escrutó su rostro, pero no movió ni un solo músculo—. Como usted pensaba, alguien ha presionado para que se dejen las cosas tal y como están.

—Me hago una idea.

—Por nuestra parte, puede estar tranquilo, guardamos las apariencias... Monté una pequeña escena al enterarme de que no había ningún resultado tangible, lo justo para que nadie se extrañase del interés de la familia por esclarecer los hechos, pero, sin el entusiasmo suficiente como para que continuasen indagando.

—Me parece correcto. ¿Ninguna vía que vincule a Valeria?

—Ninguna —replicó Héctor sin querer saber más de la cuenta. Una de sus principales cualidades era ser discreto cuando la ocasión lo requería, y con Rodrigo Aguirre y su familia, la ocasión siempre lo requería.

—¿Ninguna vinculación con el pasado?

—Ninguna —aseveró el expolicía. No sabía con seguridad a qué parte del pasado se refería, había tantas que había perdido la cuenta.

—¿Algún cabo suelto? —Héctor se quedó pensando durante unos instantes, se atusó el bigote y arrugó la frente, más de lo necesario—. ¿Hay algo que le preocupe?

—Esa inspectora... Leticia Montalvo... Es el único cabo suelto, pero no me preocupa demasiado.

—Le paramos los pies, ¿no fue suficiente?

—Supongo.

—¿Qué fue de ella? —preguntó con fingido desinterés.

—La destinaron a Barcelona, está metida en algún lío... con ese consejero de la Generalitat fugado. Era la responsable de vigilancia y se le escapó delante de sus narices... o eso cuentan... No creo que vuelva a molestarnos.

—¿Entonces? —preguntó arrugando la nariz, inclinándose hacia adelante. Héctor sintió como su mirada se le clavaba como un punzón. Debía tener cuidado con lo que iba a decir—. ¿Es una amenaza para mi familia?

—No —atajó Héctor—. Me recuerda a mí cuando estaba empezando, eso es todo, tiene olfato para ciertas cosas.

—Entonces sabrá cómo controlar la situación.

—Por descontado. No se preocupe.

—No me preocupo, si las cosas se descontrolasen, confío en que sabrá cómo ocuparse de todo... como siempre.

—Desde luego.

—No obstante, en la peor de las situaciones, si los acontecimientos se precipitasen en nuestra contra, hay un plan b que todavía no conoce y que le sería comunicado a su debido tiempo. Y si ese no funcionase, habría un plan c, que se lo dejo a su libre albedrío. Recuerde que, aunque yo no esté, siempre habrá alguien velando por los intereses de la familia.

—Me hago una idea.

—Es un hombre discreto, es una de las cualidades que más valoro de su servicio, no pregunta más de lo necesario ni tiene afán de conocimiento.

—En mi profesión uno vive más tranquilo si sabe poco.

Aunque Héctor ya no sabía muy bien cuál era su profesión, si policía retirado y leyenda del cuerpo, —corrupto y servicial con el sistema—, o detective mamporrero a las órdenes de la familia Aguirre.

—¿Qué hay del chico ese con el que anda Valeria? —dijo cordialmente como si le divirtiera un juego—. ¿Es de fiar?

A Héctor le sorprendió la pregunta. Se removió inquieto.

—Todo lo de fiar que se puede ser a su edad.

—¿Qué relación tienen? —preguntó insistente.

De nuevo debía medir sus palabras milimétricamente.

—Parecen enamorados, tienen esa mirada...

—¿Qué mirada? —inquirió cortante.

—Esa mirada brillante y limpia que hace que todo lo demás te importe un carajo.

Rodrigo estalló en una carcajada.

—Eso sí que no me lo esperaba, es usted un sentimental. —Héctor no respondió, se quedó quieto mirándole muy serio—. No se ofenda, veo que dejo a Valeria en buenas manos. Antes de perder la chaveta hablaré con ella para que esté al tanto de ciertos asuntos, entre ellos le informaré de quién es usted y su cometido.

—Me parece muy acertado.

—Por mi parte, nada más, darle de nuevo las gracias por su eficacia y por aceptar nuestro nuevo acuerdo. Quizás la próxima vez que le vea no me acuerde de quién es...

—Gracias a usted —dijo Héctor sin reírle su macabra ocurrencia y sin estrecharle la mano, nunca lo había hecho—. Es un placer trabajar para su familia.

—Le aconsejo las Caimán.

—¿Cómo?

—Cuando cruce la puerta debería dar instrucciones para abrir una cuenta en la que ingresar la parte de su dinero que no desee declarar. Déjese aconsejar, le recomiendo las Islas Caimán, son muy amables y no ponen pegas para nada, y trabajan con rapidez y eficacia, como usted. Estos ingleses saben lo que se hacen...

—Gracias, así lo haré.

Héctor se dio la vuelta con un sabor agridulce en la boca. Salía de aquella habitación mucho más rico de lo que había entrado, pero, con dos encargos que podían resultar fatales si fallaba. Al parecer, iba a seguir ligado a esa endemoniada familia de por vida, cavilaba. Al menos, acabar con Rodrigo Aguirre sería un placer. La situación se le antojaba ciertamente estrambótica y surrealista, pero era lo que había.

La mueca de Héctor Orgaz fue como un cuarto creciente de color marfil

mate que se recortaba entre las sombras.

## CAPÍTULO 28

El gran hombre se quedó solo en la biblioteca. Un silencio envolvente acudió para calmar su desazón. ¿Se podía fiar de Héctor Orgaz? Hasta ahora nunca lo había defraudado. Era un pobre diablo con talento para ciertas cosas al que se apaciguaba con dinero. Lo había coronado millonario en menos de una hora, seguro que se podía fiar de él. Le gustaba comprobar como todo el mundo tenía un precio, era uno de sus mantras más repetidos, al final siempre era cuestión de negociar; a lo largo de su azarosa vida había doblegado con dinero todo tipo de voluntades, desde las más rectas y virtuosas hasta las más

abyectas y rastreras, todas terminaban por sucumbir ante el poderoso caballero.

Más pronto que tarde, debía hablar con Valeria y también con Pinot para que lo atasen en corto, no fuera que su naturaleza canalla aflorase en la vejez más de lo necesario. Naturalmente, a Valeria únicamente le contaría la primera de las tareas que le había encomendado.

Se levantó con una agilidad y un ímpetu impropios de su edad. Aunque ya ni se acordaba de cuando había cumplido los setenta y cinco años, aún podía moverse sin ayuda, ni siquiera la de un bastón. Podía nadar, podía caminar, podía practicar sexo con su amante, podía incluso hacer flexiones si se lo proponía. Su cuerpo respetaba la obra de su mente, desde hacía décadas lo había cuidado como si fuera un templo. Se privó de los excesos de la juventud y en la madurez siguió a raja tabla todo lo que le recomendaron los especialistas: dietas estrictas, ejercicios diarios y estiramientos. Había hecho todo lo posible para retrasar lo inevitable. Siempre fue consciente de su propia mortalidad, de la degradación de sus células y de su cuerpo, pero no de la degradación de su mente, y eso lo atormentaba, no estaba preparado para convertirse en un espectro de sí mismo. Había visitado a los mejores investigadores en antienvjecimiento, incluso compró uno de los laboratorios punteros, pero la respuesta a la universal pregunta era que todavía no había ningún tratamiento fiable. Quizás dentro de dos o tres décadas, aventuró el que

todos sus colegas tachaban de loco y vendehúmos. Él ya no lo vería.

En contra de cualquier pronóstico era ella la que le había fallado, paradójicamente había llegado hasta allí por ella y ahora lo abandonaba al final del camino. Su mente, nunca se imaginó que una mente tan fiable y tan brillante como la que poseía —privilegiada en muchos aspectos—, lo dejaría tirado de esa manera. Quizás había pecado de prepotente con él mismo. Nunca dejó que nadie hurgase dentro de su cabeza, ni un psicólogo, ni un psiquiatra, ni por supuesto un neurólogo, hubiera sido un sacrilegio, se trataba de su bien máspreciado, su propia alma. Además, ¿qué necesidad había? Su cabeza funcionaba como una computadora, desde pequeño; quizás la había sobrecargado y ahora sufría las consecuencias. Decían que era genético, pero él no lo creía. Su padre murió muy joven, pero siempre tuvo la cabeza en su sitio, y su madre estuvo lúcida hasta el día de su muerte. Había rastreado los historiales médicos de la familia sin encontrar ningún rastro de la enfermedad. Demasiadas preocupaciones. Podía haberse jubilado hacía treinta o cuarenta años, podía haberse dedicado a la vida contemplativa y disoluta como hizo su hermano, y morir joven dejando un bonito cadáver. Pero, no, él no era así, siempre quería más y más poder; cuando el dinero ya no fue suficiente para apaciguar su sed, quiso atesorar poder, más y más, nunca tenía suficiente.

Le habían dicho que la cosa iría rápida, ¿cuánto le quedaba? ¿unos meses? ¿un año? Debía aprovechar el tiempo. Se sirvió otra copa del minibar y

comenzó a caminar por la estancia enmoquetada, amortiguando sus pasos, hasta detenerse en una foto de su mujer. Con ella comenzó toda esa locura, pensó con un regusto amargo que subía por su esófago. Dio otro sorbo a su bebida y se sintió reconfortado. Blanca fue su perdición: tan espontánea, tan alocada, tan adorable, tan infiel. Rebosaba de numerosos atributos tan imponderables como impredecibles; no era posible valorarlos utilizando escalas o métodos comparativos y nunca sabías por donde te podía salir, en eso residía su encanto y su perdición.

Cogió la foto en sepia y la acarició con el pulgar. Recordaba perfectamente el momento en que se hicieron la fotografía. Fue Germán quién apretó el obturador, cuando caminaban por el paseo, de forma espontánea e inocente. O eso creía él.

Pobre Germán. Si cerraba los ojos y se concentraba, aun podía ver su cara, la forma en qué reía, cómo le brillaban los ojos cuando hablaba con esa pasión que tienen los poetas y los soñadores. Germán, pobre loco enamorado. Todo el mundo lo escuchaba con atención sin necesidad de alzar la voz, y ellas quedaban prendadas, niñas, criadas, señoras, marquesas, burguesas, y... mujeres casadas, su encanto traspasaba todas las fronteras. Sus conquistas fueron incontables, en más de una ocasión tuvo que tirar de influencias para sacarle las castañas del fuego. ¿Por qué lo hiciste? Preguntó moviendo la cabeza, con un halo de nostalgia en su mirada cansada. ¿No tenías bastante?

Tenías que ser siempre más listo, más guapo y mejor que yo. A pesar de todo, te adoraba, os adoraba a ambos.

Conservaba aquella foto a modo de recordatorio de las dos personas que más había amado, como recordatorio de su felonía y como recordatorio de que no podía fiarse de nadie.

Planearon pasar unos días en Bayona y Germán se empeñó en acompañarles, sin motivo aparente. En ese momento no era consciente de las miradas y las risitas de complicidad que había entre ellos. Fue esa noche, cuando cambió su percepción de la vida y de la realidad que le rodeaba.

Acarició el rostro de Blanca, como esculpido en mármol blanco, y se le escapó una lágrima que rápidamente secó con un pañuelo blanco perfectamente doblado —con sus iniciales bordadas—, que guardaba dentro de uno de los bolsillos de la chaqueta. Aún había noches en que podía sentir el tacto de su piel tersa e inmaculada, su olor embriagador a frutas del bosque y las palabras que le susurraba al oído cuando hacían el amor.

Todo el mundo les decía que habían elegido bien, que hacían muy buena pareja, que eran el matrimonio de moda. Eso era cierto, se llevaban bien en todos los aspectos, pero ella tenía el carácter soñador y díscolo de Germán. Quizás, con él no hubiera hecho buena pareja, con él hubiera sido la pareja perfecta. Pero, un azar del destino hizo que no coincidieran en el espacio y en

el tiempo hasta mucho después de que Rodrigo la conociese.

Germán y Blanca se vieron por primera vez el día de la boda y, desde entonces, no pudieron quitarse él uno de la cabeza del otro y viceversa. En secreto anhelaban tocarse, besarse y saciarse. Pero, no fue hasta aquella noche, en Bayona, cuando sus fantasías se hicieron realidad. Ese día quedó grabado a fuego en la memoria de Rodrigo.

Se levantaron muy temprano, querían aprovechar el día al máximo. Bajaron a la cafetería del Parador con vistas al Océano Atlántico, que amaneció calmado, más que un bravo océano, parecía un lago amansado con pequeñas olas que apenas acariciaban la orilla. Germán, en contra de sus costumbres, también estaba ya levantado. Los estaba esperando con una sonrisa excelsa, vestido con pantalones y camisa de lino blanco, indumentaria que contrastaba con su piel tersa y bronceada. Con ese porte parecía un galán de cine; todo el mundo le decía que le daba un aire a Alain Delon, pero a lo castizo. Blanca reía a carcajadas sus ocurrencias mientras daba bocaditos al cruasán y untaba mantequilla en las tostadas, se le formaban unos pequeños hoyuelos en las mejillas y unas arruguitas muy poco marcadas contorneaban sus ojos, que brillaban como dos estrellas. Rodrigo había organizado una salida en velero con otros dos matrimonios, en realidad se trataba de una reunión de negocios para cerrar la adquisición del cincuenta y uno por ciento de las acciones de un afamado periódico de tirada nacional. El destino comenzó a jugar con él de

forma inocente desde primera hora del día: las esposas de los otros dos maridos cancelaron su asistencia, una de ellas se hizo un esguince jugando al tenis la tarde anterior y la otra tuvo que volver a Madrid para atender a su madre que había tenido una recaída en su maltrecha salud.

Después del café, Blanca comenzó a sentirse mal, fue varias veces al baño alegando que tenía el estómago algo indispuesto. Quédate, no vengas, será una reunión de chicos. ¿Seguro? contestó muy seria, ¿no te importa? Seguro, cariño, además si no te encuentras bien, será mejor que te quedes. Germán, cuídamela. Este asintió muy serio y Blanca lo miró azorada. Quizás ni ellos mismos se esperaban ese giro de los acontecimientos, que les iba a dejar el día para que lo pasasen juntos, a solas.

Si él lo hubiera sabido... Había pensado en ese momento un millar de veces, y cada una de ellas se desarrollaba de una manera diferente, con ligeras variantes y circunloquios, pero con el mismo final: Blanca lo terminaba acompañando al crucero y regresaban a Madrid como una feliz pareja de recién casados. Quizás nada hubiera cambiado o quizás todo hubiera cambiado. A Rodrigo le gustaba pensar lo segundo.

Cuando regresó de su pequeña regata, Rodrigo se encontraba más que satisfecho con las gestiones que había realizado. Era muy hábil negociando, sabía cuándo presionar a su oponente y cuando dejarle aire y espacio para que se centrara en sus propuestas. Cerró el trato mientras navegaban entre las Islas

Cíes a un precio bastante menor del que en un principio pensaba pagar. Pero, paralelamente a sus diligencias, su matrimonio había comenzado a desmoronarse sin que él fuera consciente, como un castillo de naipes al que se le hubiese doblado una carta. La pasión de Blanca y Germán bullía por dentro y era solo cuestión de tiempo que se consumase el desastre. Embriagado de poder y de éxito no se dio cuenta de nada, no se percató de los cruces de miradas, ni de que cada vez que podían se tocaban en el brazo o se rozaban la punta de los dedos al caminar.

Germán, échanos una foto, dijo Rodrigo, hoy puede ser un gran día, que salga el puerto detrás. Cogió a Blanca de la cintura y ambos sonrieron —la de ella una mueca forzada, ahora lo veía claramente—; detrás, los veleros y los pequeños yates, y la luz del ocaso del día que proyectaba grandes sombras sobre los azulejos del paseo marítimo.

Rodrigo, exultante, los invitó a cenar en una marisquería a la que iban desde pequeños. Los conocían de toda la vida y les dieron la mejor mesa del local, una que estaba en la terraza superior y desde la que se divisaba todo el paseo y el puerto, con el Parador de fondo. Bebieron vino en abundancia, rieron al son de Germán contando innumerables anécdotas de cuando eran niños, y después de un par de langostas, unos centollos y varias ostras, volvieron achispados al Parador.

En los jardines habían montado una fiesta, con orquesta incluida.

Quedémonos y bailemos, Rodrigo, le dijo Blanca dando pequeños saltitos, con la mirada fija en la improvisada pista de baile, cogiéndose los volantes de su vestido con excitación. Estoy muy cansado cariño, pero seguro que Germán se queda un ratito contigo, es un estupendo bailarín. Cuídamela Germán —de nuevo—, y a las doce, como Cenicienta, para la habitación. Rodrigo se rio de su propia ocurrencia y se marchó cansado y abotargado hacia sus aposentos. Una vez allí, abrió la ventana, por la que entró una brisa nocturna y fresca, y las notas apagadas de una canción de pasodoble.

Blanca no llegó ni a las doce, ni a la una, ni a las dos. Rodrigo se despertó a eso de las tres, se dio la vuelta y se percató de su ausencia. Preocupado, se apresuró a vestirse con lo primero que tenía a mano y bajó hacia los jardines. Tenía el presentimiento de que les había pasado algo malo.

La fiesta había terminado hacía una hora más o menos, le informaron los empleados que barrían el suelo y que terminaban de recoger las mesas. Preguntó en recepción y, con cara de circunstancias, un chico adormilado y medio tartamudo le dijo que recordaba que su esposa y su hermano ya habían subido. Cogió el ascensor, más tranquilo, pensaba que seguramente estarían tomando la última copa en la terraza de la habitación de Germán, cuando empezaba una fiesta tenía por costumbre no terminarla hasta el amanecer.

Se plantó en la habitación confiado, tenía preparadas varias ocurrencias sobre lo tarde que era y el qué dirían en Toledo si hubieran hecho lo mismo.

Con las prisas se habían olvidado de echar el cerrojo y la puerta se abrió sin más. Rodrigo entró con paso decidido hacia la terraza, pero, se quedó a medio camino, petrificado, cuando vio a su esposa desnuda, moviéndose sobre su hermano con los ojos vueltos y jadeando como un animal. Esa fue la última vez que vio a Germán con vida. Quizás Germán no se merecía ese último recuerdo cargado de ira y resentimiento, al fin y al cabo, era su medio hermano y habían compartido muchos buenos momentos juntos. Pero, la escena se quedó grabada en su retina a fuego, incluso cuarenta años después podía dibujar en su mente el rictus de placer de ambos, escuchar sus jadeos y recrear sus movimientos espasmódicos.

Rodrigo y Blanca volvieron esa misma noche. Durante el trayecto ella le repitió una y mil veces, entre lágrimas, que lo sentía, que había sido la bebida, que no era ella y que no volvería a hacerlo. Más lo decía por vergüenza que por otra cosa, porque, en el fondo de su alma, sabía que ya nunca volvería a amar a otro hombre como había amado a Germán esa noche.

Rodrigo no hablaba, solo revivía una y otra vez el momento de su humillación. Estaba tan enamorado, hasta las trancas, que no culpaba a Blanca de lo ocurrido, culpaba a Germán. Él siempre lo había mirado por encima del hombro, siempre había sido el consentido y siempre se había reído de él por su devoción hacia el trabajo y la familia, y ahora quería demostrarle con qué

facilidad podía quitarle lo que más quería. Pero, esa vez había ido demasiado lejos y no consentiría que se fuera de rositas. Iba a pagar lo que había hecho de una vez por todas.

Dos días después, cuando Germán puso un pie en la estación de Chamartín, más concretamente en los urinarios, recibió tal paliza que tuvo que ser atendido de urgencias en el hospital Reina Sofía. Permaneció una semana en la UVI, hasta que finalmente falleció por un derrame cerebral.

Cuando Blanca se enteró, enloqueció por completo, se encerró con llave en su habitación y comenzó a dar alaridos y a destrozarlo todo asustando al personal de la casa. Finalmente, Rodrigo en persona derribó la puerta y se encontró la estancia en completa calma, con toda la ropa desparramada por el suelo, los espejos rotos y las sillas astilladas. La puerta del baño estaba cerrada, pero nadie contestaba al otro lado. Temiéndose lo peor, la derribó también de un fuerte empujón. Dentro se enfrentó a otra escena que recordaría de por vida: a su querida Blanca dentro la bañera, tiñéndose de un color carmesí, con los ojos cerrados, apenas sin pulso y con varios cortes en las muñecas. Rápidamente, pidió auxilio y, con la ayuda del ama de llaves y su hija, taponaron las heridas con toallas hasta que la sangre comenzó a coagularse. Había irrumpido justo a tiempo para salvarla, quince minutos más tarde y no lo hubiera contado, le dijo el médico que la atendió en la clínica.

Rodrigo no quería a su hermano muerto, ni a Blanca en un hospital

luchando en las tinieblas, debatiéndose entre vivir o morir. Simplemente, las cosas se habían descontrolado y el destino había sido demasiado cruel, se decía para consolarse. Él no tenía la culpa, solo quería que le dieran una paliza, pero uno de los matones que había contratado se excedió en su cometido y pateó la cabeza de Germán con tal ímpetu que su testa golpeó de rebote la base de un inodoro causándole un daño irreparable.

Cuando Blanca salió de hospital se había transmutado en otra persona. Estaba como ida, con la mirada perdida y solo preguntaba por Germán, su amor, y decía a todo el mundo que se iba a escapar con él. Comenzó a tomar un tratamiento bastante fuerte que la dejaba medio dormida la mayor parte del tiempo. Al cabo de unas semanas, tomó más o menos conciencia de la situación en que se encontraba y de lo que había sucedido. La pena y la locura la consumían por dentro, hasta tal punto, que juró vengarse de Rodrigo por lo que había hecho. Aunque él no lo había admitido y la versión oficial era que Germán había muerto en un intento de robo que había terminado fatalmente, ella sabía quién era el verdadero culpable.

No tuvo que esperar mucho tiempo ni buscar la manera de vengarse, ya que la venganza la llevaba en su vientre, y se agarraba a un hilillo de vida en sus entrañas. Se había quedado embarazada y, en lo más hondo, sabía que la criatura era de Germán. Su marido no la había vuelto a tocar desde aquel día, y, además, sus vísceras se lo decían a gritos.

Rodrigo albergaba algunas dudas, pero embriagado de felicidad, las ocultó en un compartimento opaco, alejadas de su conciencia. Iba a ser padre, todo se podría arreglar entre ellos, y sería el culmen de sus aspiraciones personales: fundaría su propia dinastía, su legado perduraría en el tiempo, era lo que más ansiaba en ese momento. Durante los meses de gestación se estableció una tregua tácita en la mansión de los Aguirre, en la que algo parecido al amor ciego y al amor de madre, recondujeron la situación familiar hasta hacerla casi normal. Pero, la tregua terminó con el nacimiento de la pequeña Genoveva.

La niña vino al mundo una noche de abril, de invierno tardío, de tormenta, truenos y relámpagos; no obstante, su llanto se oyó alto y claro por toda la planta. Fue una premonición de lo que le esperaba en la vida. Cuando la cogió entre sus brazos y observó sus ojos negros y profundos como el carbón, reconoció en ellos a los ojos de su hermano. A veces, los genes te juegan una mala pasada, pensó Rodrigo, sin que su alegría disminuyese un ápice. La niña lloraba y se ponía morada cada vez que la cogía, como si su contacto desencadenase una reacción alérgica en su organismo. Blanca reía como una posea cuando observaba los intentos de Rodrigo por consolarla y fue entonces cuando supo la verdad sin que nadie se lo dijera. La risa de Blanca era como un grito estentóreo lleno de ira y resentimiento que los atravesaba por dentro como una fina cuchillada.

Guardaban las apariencias como si fueran un matrimonio bien avenido,

pero la situación se deterioraba cada día que pasaba. Cada uno existía en paralelo, vivía su vida ajena a la del otro. Rodrigo comenzó a viajar y a pasar largas temporadas fuera de casa, refugiándose en su trabajo con la excusa de engrandecer la fortuna familiar y la reputación de los Aguirre, excusa que se convirtió en obsesión. Blanca buscó consuelo en la bebida y en los barbitúricos, cada día un poco más alejada de la realidad: se iba por las mañanas y volvía al anochecer totalmente ida, a veces con marcas y moratones de todo tipo, que daban mucho de qué hablar al servicio de la casa. Blanca se convirtió en un alma errante, en una sombra de lo que fue y Rodrigo en un espejismo del hombre gentil y amable que con el que se casó.

Genoveva creció con todas las comodidades y los lujos que su privilegiada posición le proporcionaba, pero sin el afecto de una madre —enfermiza— y el de un padre —ausente—, que, sin saber por qué, vislumbraba en él rencor e indiferencia cada vez que la miraba.

El día que cumplió seis años la mandaron a un internado en Suiza. Ella no comprendía nada de lo que pasaba ni la razón por la cual estaba allí, pero al menos encontró cierto consuelo y paz en la soledad de su habitación. Blanca iba a visitarla cada dos o tres meses, y a Rodrigo lo veía de pasada en navidades y en verano.

Rodrigo se despreocupó totalmente de Blanca en el plano afectivo y personal, y se centró en sus negocios. No obstante, le siguió suministrando

recursos para que tuviese todos los caprichos que reclamaba, como una niña mal criada, y que incluían pequeñas dosis de heroína, en cantidades que aumentaban exponencialmente con el tiempo. Quería que el pozo que ella misma se estaba cavando fuese lo más hondo, oscuro y profundo, posible. En cierto modo, disfrutaba viendo como Blanca se desmoronaba lentamente, cada día un poco más. Observaba desde la distancia como se consumía en su propia pena y en su propia desesperación, y se hacía una completa yonki. Era su venganza, por todo lo que le había hecho. Hacía tiempo que no veía en ella ningún atisbo de la mujer de la que se había enamorado, pensaba que otra persona había ocupado su mente y hacía uso de su cuerpo.

Rodrigo dio una vuelta de tuerca más a la tortura en que se había convertido la vida de Blanca. Haciendo gala de una sangre fría que rayaba el sadismo, y sabiendo de su dependencia, comenzó a abrirle y cerrarle el grifo según le apetecía, para que ella alternase momentos de euforia desmedida con momentos de bajón en los que el mono se apoderaba de ella de tal forma que la hacía enloquecer hasta que convulsionaba y perdía la conciencia.

La noche de su muerte, acudió a él delante del mayordomo y del ama de llaves, totalmente ida y desquiciada, suplicándole por Genoveva, implorándole que la cuidara como si fuera su propia hija. Rodrigo, humillado, asqueado y harto de la situación, le contestó que si ponía fin a su agonía antes del alba así lo haría.

El mismo día que Genoveva cumplió ocho años, Blanca apareció muerta en la bañera de su cuarto, se había cortado las muñecas con unas cuchillas y esa vez nadie acudió a socorrerla. Dados sus antecedentes, la policía dio la hipótesis del suicidio por buena. Casi todo el mundo pensó que realmente era lo que había pasado. Casi todo el mundo.

Genoveva recibió la noticia en el internado una semana después. Rodrigo no mandó a buscarla y celebró el funeral sin ella. La pequeña Genoveva, de algún modo, siempre intuyó que su madre estaba enferma y que algo así podía pasarle, por lo que tampoco le sorprendió que hubiese muerto de forma repentina. Su vida no se vería alterada, ella seguiría allí, en aquel bucólico lugar entre lagos y montañas al que llamaba hogar, y en el que el tiempo pasaba muy despacio. De vez en cuando, recordaba a Blanca, siempre con la tez pálida y ojerosa, con un perfume muy fuerte, como si llevase una planta de rosas con ella, abrazándola con cariño, diciéndole cosas bonitas al oído. Pero, también recordaba que siempre se iba con la promesa de que volvería pronto.

El tiempo pasó para Genoveva, unas veces más deprisa y otras muy despacio. Conforme crecía —dentro de una espiral de traumas que se transformaban en complejos—, florecía en la pequeña el carácter díscolo de Germán y el físico delicado y apabullante de Blanca. Todas las noches, antes de conciliar el sueño solía escuchar una vocecita que le decía que buscarse en

su pasado el porqué del extraño y cruel comportamiento de su padre.

Rodrigo observaba desde la distancia los cambios de Genoveva sin prestarles demasiada atención, alienado en su propio mundo lleno de logros y grandezas. Hasta que un día, en la fiesta de su décimo octavo cumpleaños, ella le sonrió con el descaro con que lo hacía su hermano y la coquetería de su esposa, fue como si ambos estuvieran presentes en la forma corpórea de Genoveva. Se sintió sumamente conturbado, repelido y atraído a partes iguales por ese extraño ser que se metamorfoseaba en su propia casa y que todo el mundo trataba como si fuera su hija; todo el mundo, menos él, que sabía que no lo era.

Ese día, sería un día clave en la vida de Genoveva, muchas cosas cambiaron para ella. En la fiesta que se organizó en los jardines, Genoveva conoció al que sería su futuro esposo, el único hombre al que realmente amaría con toda su alma, pero que la llevaría a una búsqueda constante de la oscuridad de su corazón y de los límites de su propia cordura. En cuanto sus miradas se cruzaron supo que él estaba hecho para ella y ella para él, aunque también supo, quizás por un sexto sentido que la avisaba, que la haría feliz y desdichada a partes iguales. Y, no se equivocó, pero, en ese momento vio en él una luz al final del túnel.

Y, también ese mismo día, recibió la visita de Andrés Pinot —el tío Andrés— que le entregó una carta que su madre había escrito para ella diez años

atrás, y que estaba fechada el mismo día de su muerte.

## CAPÍTULO 29

Valeria daba vueltas una y otra vez por la biblioteca, intentando calmar sus nervios. Más que nerviosa, se sentía inquieta, turbada por las palabras que escupía su abuelo, como si fueran el veneno de un áspid que daba sus últimos coletazos de vida arrastrándose entre las rocas del desierto. El Alzheimer que le habían diagnosticado se apoderaba de cada una de sus neuronas y avanzaba a pasos agigantados hacia algo que nunca había imaginado que ocurriría. Ver cómo se desintegraba de esa manera, cómo se encogía cada día un poquito más, era algo desolador, para lo que no se había preparado.

La mayor parte del tiempo no la reconocía y la llamaba querida hija, y le

contaba cosas extrañas sobre su pasado, sobre la abuela Blanca, sobre su medio hermano Germán —del que no sabía ni siquiera que había existido— y sobre su madre, sobre su mala sangre que él había intentado depurar. Era un esperpento, salía de la habitación encogida entre una miríada de lágrimas. No podía creer lo que escuchaba de la boca de aquel ser arrugado y encogido, que antaño le daba el cariño del que sus padres le privaban.

El remordimiento suele acudir a ciertas personas cuando el fin se acerca y las carcome por dentro. Eso mismo le ocurría a la mente enferma de Rodrigo. Valeria lo escuchaba sin hilar toda la historia, solo hilvanaba retales de diferentes partes de la vida de su abuelo sin obtener una visión de conjunto. Gritaba y sollozaba a partes iguales que todo era por su culpa, que había cometido un pecado imperdonable, que ella no tenía que cargar por lo que había hecho, que lo llevaba dentro: la mala sangre.

El día anterior saltó con que los había matado, no sabía a quién se refería, y que había permitido que ella también lo hiciera. Aitana también estaba presente, impasible —nunca habían tenido demasiada relación—. Su cuidadora, la madre de Rosita, antaño ama de llaves de la casa, hacía como que no oía nada de todo aquello, y le limpiaba con una servilleta la comida que le rebosaba por la comisura de los labios.

Había que poner alguna medida, cavilaba; Aitana no era tonta, seguramente ya habría atado cabos, pero no diría nada. No obstante, la gente que trabajaba

en el servicio de la casa podía hablar e irse de la lengua y las cosas se podrían complicar.

Se acercó a los ventanales, se apoyó en la jamba y observó cómo Héctor Orgaz aparcaba un coche que parecía recién comprado, una versión actualizada de esos potentes autos americanos que salían dando tumbos en las persecuciones por las calles de San Francisco en las películas de los setenta, de color verde con una franja blanca en el centro. El expolicía miró hacia los ventanales y esbozó una sonrisa acartonada. No la veía, pero él intuía que ella estaba allí, observándolo.

Se arrellanó en el sillón que había ocupado su abuelo durante más de treinta años. Se alisó la chaqueta y el pantalón de su traje de color azul oscuro, casi negro. Ahora, era a ella a la que le tocaba tomar decisiones. Por supuesto, se hallaba rodeada, ahogada más bien, por la pléyade de abogados y consejeros que gestionaban las empresas de la familia, le ponían los papeles delante y ella firmaba casi sin mirar. Pero, poco a poco, estaba aprendiendo, ya tenía un listado de aquellos que le inspiraban confianza y de aquellos a los que no les tenía aprecio. Antes de caer en el abismo, su abuelo le había dicho que confiase únicamente en dos personas: en Héctor Orgaz, su nuevo consejero de seguridad —y asuntos sucios—, y en su abogado de toda la vida, Andrés Pinot, un octogenario que poseía aún una sorprendente lucidez mental y energía vital para las tareas que le encomendaba. El resto son prescindibles,

le dijo en uno de sus últimos momentos de lucidez.

La llamaron por el interfono, Héctor Orgaz esperaba en la antesala. Al poco se abrió la puerta, y apareció ante ella con aire confiado, embutido en un traje nuevo, gris marengo, de corte holgado y clásico, muy parecido al que siempre solía llevar.

Valeria lo observó de arriba a abajo, mientras andaba con paso firme por el suelo enmoquetado. En aquella biblioteca estaba fuera de lugar, destacaba tanto como una escolopendra en el baño un hotel de cinco estrellas.

—Puede sentarse —dijo Valeria a modo de saludo—. Bonito traje y bonito coche.

Valeria se alisó el pelo con la punta de los dedos y él hizo lo propio atusándose el bigote.

—Gracias, señorita Aguirre —replicó con un respeto fingido, mientras cruzaba las piernas—. Su nuevo despacho le sienta muy bien.

—Me estoy acostumbrando.

—Seguro que lo hace muy bien. Por lo que se comenta, aprende muy rápido.

Hablaba con descaro, pero sin pasarse de la raya, y eso le gustaba. Lo miraba directamente al ojo, y eso también le gustaba.

—No me diga, ¿quién se lo ha comentado?

—Andrés Pinot.

—Me hago una idea. —Valeria se contorsionó en el cuero a medio camino entre el regocijo y el nerviosismo—. ¿Qué relación mantiene con el señor Pinot?

—Estrictamente profesional —replicó Héctor Orgaz moviendo levemente la mano, tocándose la barbilla—. Solo he hablado con él en un par de ocasiones.

Valeria lo miró con suspicacia.

—No tenía ni idea. —Hizo una pausa—. Exactamente, para qué han hablado y cuál ha sido la materia de su conversación.

Se alisó su media melena con dos dedos. Héctor Orgaz no pudo evitar relamerse levemente con la punta de la lengua.

—Una petición expresa de su abuelo, no puedo contarle más.

—Una petición expresa —repitió jugando con las palabras—. Aunque no pueda contarme más, me gustaría saber de qué se trata.

—Para esta cuestión... creo que es mejor que hable con el señor Pinot, está más cualificado que yo para esa tarea —respondió Héctor como un equilibrista que andaba por la cuerda floja.

—Cuénteme su versión. El señor Pinot y usted no paran de echarse la bola el uno al otro —mintió—. A ver si coincide con la suya.

Los labios rosa oscuro del policía retirado se abrieron con sorpresa, ¿o era

satisfacción?

Héctor miró a su alrededor como si reconociera la estancia con aire relajado. Había determinación en los ojos de aquella chiquilla, era inteligente y muy astuta, sabía cómo utilizar las técnicas arteras de su abuelo con la misma sutileza que él; llevaba su misma sangre, de eso no cabía la menor duda. Y, había algo más, a veces su mirada era como un pozo de oscuridad, insondable, como si tuviera algún tipo de resentimiento o una tristeza interior que se apoderase de ella, y te escrutaba con la frialdad y dureza del acero azul.

No sabía qué responder sin pillarse los dedos. Para ganar algo de tiempo dijo:

—Creo que su abuelo guardaba una caja de puros en uno de esos cajones y detrás del lince había un minibar...

Valeria sonrió a medio camino entre la sorna y la complicidad. Se había acostumbrado a que los falsarios se dirigieran a ella con cierto boato, hablar con este hombre la ponía de nuevo con los pies en el suelo.

Héctor reconoció la expresión de su rostro, la había visto en varias ocasiones, en personas carentes de conciencia social, personas que como él tenían su propio código, su propia moral, personas que se regían por sus propias reglas.

Valeria abrió el cajón y cogió la caja de puros con las dos manos. Se la

tendió a Héctor como una ofrenda de amistad y este escogió uno de los puros que había perfectamente apilados dentro de ella.

—Siguen llegando los puros de cuba, una caja cada mes.

—¿Le gustan? —preguntó él.

Negó con la cabeza y sacó una pitillera de uno de los bolsillos de su chaqueta. Con una parsimonia calculada encendió un cigarrillo rubio americano.

—No, pero siempre hay que agradecer los regalos. Prefiero que crea que me gustan y mantener nuestra relación comercial sin alterar ninguno de los preceptos que la definían con mi abuelo. Tenemos varios hoteles en construcción... Hay que cuidar las tradiciones, ¿no le parece?

—Me parece muy acertado.

—Eso me imaginaba.

Esta chiquilla tiene huevos, pensó Héctor, ha tenido los arrestos necesarios para ocupar el sillón de su abuelo y el temple para comenzar a tomar las riendas del emporio. No había tomado ninguna decisión de calado, obviamente la junta de accionistas no lo hubiera permitido, pero Pinot le había contado que, muy hábilmente había recolocado a dos de los consejeros más recalcitrantes al nuevo status quo con un ascenso en ultramar, en dos filiales que a medio plazo pensaban vender. El plan lo habían ideado entre los dos, pero, el germen de la idea fue de la chica, según le contó Pinot entusiasmado,

como hacía años que no lo veía.

Pinot, el viejo zorro, quién lo iba a decir, cómo se las gastaba. Cuando Rodrigo Aguirre comenzó a mostrar síntomas preocupantes de su enfermedad, lo citó en su despacho, seguía estando en la segunda planta de uno de los edificios más emblemáticos de Zocodover y lo atendía la misma secretaria de siempre. Era un hombre de costumbres.

Pensaba que le daría directrices sobre el segundo encargo que le encomendó Rodrigo antes de cruzar el umbral de la cordura. No se equivocó, pero sí se sorprendió con su actitud. Sin muchos preámbulos, le dijo que el cabrón de Aguirre podía seguir en ese estado hasta que se pudriera en su tumba. Héctor asintió hierático, sin mostrar sus verdaderas emociones, aunque por dentro tenía por costumbre regocijarse con las desgracias ajenas, sobre todo si afectaban a ese malnacido de Rodrigo Aguirre. No le contó sus motivos, pero, por cómo escupió cuando lo soltó, supo que su relación no debió ser el camino de rosas que aparentaban y que habría asuntos pendientes entre ambos.

Con respecto a Valeria, todo seguía como había quedado con su abuelo. Tampoco preguntó, imaginaba que la nueva situación podía ser tan favorable para el abogado como lo era para él. Además, Valeria poseía un contrato redactado por el propio Pinot, que los vinculaba a su servicio con unas

cláusulas un tanto extrañas, pero muy claras, y muy bien remuneradas. Tenía que reconocer que no le disgustaba demasiado su nuevo status y, además, la chica le había caído en gracia, y muy pocas personas lo hacían.

Valeria se levantó y abrió el minibar consciente de que la observaba con ojos de lobo. Sonrió para sus adentros. Tenía a Orgaz y a Pinot comiendo de la palma de su mano, exactamente dónde quería. En el fondo eran muy parecidos, ambos estarían contentos mientras les pagase la fortuna que ganaban, se sintieran importantes y creyesen que controlaban la situación. Su abuelo tenía razón, eran dos herramientas útiles de las que se podía servir para desatascar las cañerías cuando estuvieran a rebosar de mierda. Pero, se guardaban secretos, lo intuía por como la miraban con ese aire de superioridad soterrada. Debía de apretarles un poco.

Sin preguntar, abrió una botella de cerámica que contenía ginebra holandesa en su interior, y la sirvió en dos copas con un par de rodajas de limón.

Héctor saboreaba el licor alternando los sorbitos con aspiraciones profundas del puro que sostenía en la otra mano. Hizo una figura de humo en el aire mientras apoyaba el cigarro entre los dedos de su abultada mano. Esbozó otra rara sonrisa de las suyas iluminando brevemente su cuarteado rostro.

—Veo que está contento —le dijo atravesándole con una mirada fría como

un punzón de hielo. Héctor asintió— ¿Quiere seguir estándolo? ¿Quiere que las cosas sigan como hasta ahora?

—No veo a dónde quiere llegar con...

Apenas le dio tiempo a terminar la frase.

—¿Quiere comprarse más coches como ese o llevar a su querida a los restaurantes más caros de Madrid?

Héctor dio un pequeño respingo extrañado por las referencias a su vida personal. Su mirada se enturbió como si se abriesen ante él una amalgama de posibilidades a cuál más funesta.

—No sabía que estaba tan pendiente de mis movimientos.

—No lo estoy, solo que la gente habla y ya sabe quién escucha a los pajarillos... —aclaró Valeria con expresión ausente, dándole una calada al cigarrillo, observando su móvil descaradamente—. Quizás debería ser más discreto.

—Pinot... —masculló Héctor. El abogado conocía a todo el mundo de los altos y los bajos fondos en un radio de ochenta kilómetros a la redonda. Incluso, en alguna ocasión, él mismo le había pedido algún trabajillo a Gordi, a sus espaldas—. No se preocupe, discreción es mi segundo apellido.

—La exótica masajista que tiene como acompañante, ¿es discreta...? espero que sepa mantener la boca cerrada.

—No mezclo trabajo con placer. Ella no sabe nada de lo que hago.

—Yo tampoco suelo hacerlo. Cuide que su relación siga por ese camino.

Héctor dio otro respingo, comenzaba a sentirse incómodo. Quizás tuviera razón, y se había excedido un poco con sus gastos y ostentaciones, pero tampoco era para que una mocosa se lo estuviese restregando. Si quería saber la verdad, iba a colaborar en todo lo que pudiera, ella lo había querido así. Más adelante tendría que hablar con Pinot sobre ciertas cosas.

—Ni pregunta ni quiere saber —contestó Héctor con una voz cortante como el filo de una navaja—. Es lista y discreta, como usted.

—Eso está bien —atajó—. Ahora, por favor conteste a mi pregunta sobre sus conversaciones con el señor Pinot y el encargo de mi abuelo.

Héctor se apuró la copa de un trago, chasqueó la lengua, apretó los labios y la miró directamente a esos ojos azul aguamarina que ocultaban algo más inquietante que una bonita mirada.

—No sé si querrá saberlo. ¿Está segura?

—Completamente.

Chasqueó la lengua antes de seguir.

—Su abuelo me hizo dos encargos antes de que perdiera su lucidez mental.

Héctor hablaba lentamente con esa voz pedregosa y dura que hacía que sus palabras se le atragantasen antes de salir.

—Soy toda oídos.

Valeria cruzó una pierna sobre la otra y se agarró levemente de uno de los

brazos del sillón.

—El primero, como bien sabe, era que aceptase el trabajo de asesorarle en materia de su propia seguridad, ya sabe a lo que me refiero, ¿no? —continuó Héctor sin prisa—... intervenir en los asuntos turbios para que usted no tuviera que ensuciarse sus delicadas manos.

—Como hacía con él.

—Correcto.

—Algún día me tendrá que contar cómo conoció a mi abuelo.

—Algún día... ¿No se lo ha contado el señor Pinot?

—Ni él mismo lo sabe —respondió con una sonrisa de complicidad—.

Continúe, por favor, cuénteme algo que no sepa.

—Está bien. —Héctor sonrió con una sonrisa de licántropo enseñando parte de su dentadura—. Hay otro encargo...

—¿Otro encargo? —enarcó una ceja mostrando interés.

—Cuando le diagnosticaron la enfermedad, su abuelo me citó para darme instrucciones precisas...

No terminó la frase, dejó sus palabras suspendidas en el aire.

—¿Sobre qué? Vamos, Héctor, no sea melodramático...

—Sobre su muerte. —Ambos se miraron durante un par de segundos, como sosteniendo un intenso duelo—. Quería que, llegado un punto, acabase con su sufrimiento.

—Explíquese mejor, Héctor —replicó Valeria manteniendo la calma.

—Quería que lo matase —sentenció Héctor.

Valeria terminó su copa de un trago y encendió nerviosa otro cigarrillo. Se tomó su tiempo antes de responderle. Conociendo a su abuelo como lo conocía, era más que probable que lo que le contaba fuese cierto.

—Entiendo —susurró Valeria— ¿Por qué usted? —preguntó alzando la voz.

—Porque sabía que lo haría.

—¿Y por qué no lo ha hecho? ¿A qué está esperando?

—A que el señor Pinot me diese el visto bueno, según lo estipulado con su abuelo, él tendría que darme un aviso, por así decirlo.

—Entiendo... —repitió Valeria, pensando en el viejo abogado.

—No parece muy sorprendida.

—No lo estoy. Mi abuelo tenía muchas virtudes, pero era un persona prepotente y orgullosa. En cierto modo me parece hasta lógico. —Se expresaba con una frialdad calculada, dando pequeños golpecitos a la mesa con su dedo índice—. ¿Quiere otra copa?

Valeria digería aquella información lo más rápido que podía, necesitaba calmarse y tomar una decisión sobre aquello. Quizás ese hombre sabía más cosas.

—Tengo que conducir... —respondió con sorna—. Pero si se empeña...

—Vamos, sea galante, ya sabe dónde está el minibar.

Héctor se encogió de hombros y se levantó bajo la atenta mirada de Valeria. El otrora policía se tomó su tiempo mientras servía otras dos copas de la botella de cerámica.

—Hablaré con Pinot —dijo Valeria rompiendo el silencio. Miraba absorta a través de los grandes ventanales: Gica cortaba el césped con una máquina que hacía un ruido infernal. Por supuesto, se había traído a Gica y a Rosita a la mansión.

—¿Para qué?

—Para que ejecute su encargo sin más dilación —Héctor la observó con las dos copas en la mano sin decir nada. Finalmente se acercó y le tendió una, la que estaba más llena—. ¿Lo hará?

—Es mi trabajo —respondió frunciendo el ceño y bajando los labios, fingiendo resignación. Esta chiquita tiene huevos, pensó de nuevo, regocijándose en su interior.

—¿Sufrirá?

—Quién lo sabe... supongo que no.

Valeria se sentó de nuevo y él la imitó al otro lado del escritorio, cada uno en su lugar habitual.

—Héctor... seguro que le habrá llegado lo que mi abuelo va diciendo en sus desvaríos.

Así que era eso lo que realmente quería tratar, pensó el expolicía. Lo anterior había sido un desliz por su parte, había jugado con él muy hábilmente.

—Algo me ha llegado... desvaríos propios de su enfermedad.

—Me alegra que coincida conmigo. —Valeria lo miró de nuevo de esa forma tan fría que tanto le atraía y le inquietaba—. ¿Qué sabe de la desaparición de mis padres?

Héctor no se lo pensó mucho antes de responderle.

—Que siguen desaparecidos.

—¿No hay ninguna novedad?

—No. Ninguna pista. La policía ha archivado el caso hasta nueva orden

Ambos aprovecharon para dar un sorbo a su bebida. Héctor se alisó la pernera del pantalón y ella consultó su móvil mientras los engranajes de su mente funcionaban a gran velocidad. Si los desvaríos de su abuelo tenían una base de verdad...

—¿Qué sabe del pasado, Héctor?

—¿Del pasado?

Héctor se quedó un tanto sorprendido, con la guardia baja.

—De mi familia... —aclaró un poco exasperada sin motivo aparente—  
¿Conoció a mi abuela? ¿Y a Germán? Al hermano de mi padre... Ese del que nadie habla.

—No —mintió Héctor.

A Valeria le pareció que adoptó una expresión simiesca. Sus rasgos se endurecieron aún más.

—¿Está seguro?

—Completamente —volvió a mentir. Era lo más sensato. Esa bola envenenada se la iba a pasar a otro, bastante tenía ya con lo suyo—. Quizás Pinot le pueda ayudar en ese tema, su abuelo y él se conocían desde que eran unos críos...

Aquel tono de franqueza le sonaba a falso.

—Lo haré... —replicó indiferente, con la cabeza erguida. De un trago apuró su bebida y Héctor hizo lo propio con la suya—. Gracias por su inestimable ayuda.

—Un placer, como siempre.

—No tarde en terminar su tarea.

—Intentaré agilizar los trámites —replicó muy serio.

—Téngame informada.

Silencioso, quizá ofendido por el tono autoritario que había empleado, él se levantó, y Valeria dejó que le precediera hasta la puerta. Héctor dio un par de pasos y se volvió a medio camino.

—Valeria... ¿me permite un consejo?

—Es usted mi consejero... —replicó con una mirada súbitamente iluminada y cargada de astucia—, por favor...

—No agite el pasado, deje las cosas como están, si remueve el fango pueden salir fantasmas que uno no querría que la acompañasen el resto de su vida.

Valeria mantuvo la compostura, asintió con la cabeza y Héctor cerró la puerta tras de sí, dejándola aturdida en aquella habitación en la que el sol entraba a raudales pero que a ella le parecía tan oscura y gélida como una caverna. Una lágrima resbaló por su mejilla, seguida de otras muchas. Se sentía sola en aquel mundo de tiburones. Se las secó con un pañuelo y pensó que no estaba sola del todo, siempre tendría a Nico y a Aitana con ella.

## CAPÍTULO 30

Nico observaba su rostro embebido de su belleza salvaje, primaria y atávica. Sus rasgos aristocráticos, esculpidos generación tras generación de escrupulosa selección genética habían desembocado en ese ser tan enigmático como atrayente. La veía como una gema de un metal precioso proveniente de otro planeta, era incomparable. ¿Se había sentido así antes? ¿Quizás con Eva? No se acordaba, únicamente vivía el presente, cada día como si fuera el último, porque así era. Cualquier desliz, cualquier cabo suelto, podía dar al traste con su vida.

A veces soñaba, con que una sequía extrema fulminaría todas sus

expectativas y sus anhelos de futuro. Veía la tierra cuarteada de las Barrancas y cómo las aguas bajaban hasta tal extremo que dejaban al descubierto los restos del coche y de los cadáveres descompuestos. Se incorporaba palpitando, con el corazón golpeándole el pecho y empapado en sudor. Entonces se volvía y observaba el sueño profundo de Valeria, su respiración acompasada y sus narinas abriéndose y cerrándose, y se tranquilizaba hasta tal punto que podía conciliar de nuevo el sueño roto.

Nico pasaba la mayor parte de las noches con Valeria, en la mansión de su familia. Los días también los pasaba allí, cada uno ocupado en sus quehaceres y obligaciones. Erika y el anestesista estaban insoportablemente enamorados, de forma que lo hacían todo juntos, comían, practicaban deporte, meditaban y dormían juntos, o bien en el ático o en la casa del otro; parecían dos adolescentes de cuarenta años, todo el rato besuqueándose y paseando de la mano. La situación le daba un poco de grima y decidió proponerle a Valeria que pasasen el verano en su mansión. Valeria aceptó y Erika no opuso resistencia alguna, tenía la cabeza en otros menesteres.

Durante las mañanas acompañaba a Gica, ayudándole en las tareas de mantenimiento. Le gustaba su carácter hosco y taciturno, no hacía preguntas incómodas, simplemente vivía la vida tal y como le había venido, en cierto modo como hacía él. Solía comer con Valeria las jornadas que no tenía que despachar o viajar a Madrid. Las tardes bajaba a la piscina a darse un baño y

coincidía con Aitana, encantadora como siempre; hablaban de todo un poco, de música, cine o de literatura, ella absorbía cada palabra que le decía y lo miraba con ojos de lechuza, sonrojándose si posaba sus ojos en ella más de lo necesario. En cierto modo, sabía que se sentía atraída por él. Ya se le pasaría, cosas de la edad, decía con una sonrisa de oreja a oreja cuando lo comentaba con Valeria.

Aitana no hacía mención alguna del pasado reciente, parecía tan a gusto como ellos con la nueva situación. Tanto Valeria como ella se comportaron como todos esperaban, sin saltarse nada del guion: lloraron como plañideras en el funeral y aceptaron solícitas las muestras de cariño y condolencias que les caían por doquier, y cuantos consejos vacíos recibían de familiares y amigos.

No obstante, habían decidido poner un poco de tierra de por medio sobre todo aquello, siempre sería más difícil cometer errores si estaban a miles de kilómetros de Toledo que estando allí. Aitana iría a estudiar a Estados Unidos, y Valeria y Nico se mudarían a Londres. Valeria dejaría la gestión de los principales asuntos en manos del consejo de dirección, y, su mano derecha, o una de ellas —la más derecha—, Andrés Pinot, la tendría al tanto de cuanto fuera relevante para sus intereses, y ella viajaría con cierta periodicidad a Madrid, para mantener reuniones informativas o si los asuntos lo requerían. Confiaba a ciegas en él y en el otro personaje, Héctor Orgaz. A Nico, el

explicía le causaba repulsión prácticamente desde la primera vez que habló con él, pero ella decía que cuidaba de sus intereses, ahora de los de ambos. No le había sacado nada más, Valeria tenía como norma general no hablar de trabajo con él, cosa que le molestaba e intentaba disimular. Últimamente la notaba algo distanciada, pero Nico lo achacaba a que tenía demasiadas preocupaciones.

Valeria conducía alegre por la carretera del Valle, su cabello ondeaba al viento, sentía el vértigo de la velocidad acariciándole su rostro. Era consciente de que Nico la observaba preocupado, después de unos meses juntos, su cara era un libro abierto para ella. Sabía lo que pensaba con solo mirarle a los ojos.

Ella se había distanciado de él, era plenamente consciente. De hecho, se había distanciado de todo el mundo para ver las cosas con una perspectiva panorámica. Ya lo había hablado con Nico, pero no se le veía convencido del todo. Su nueva vida era agotadora, la mantenía ocupada las veinticuatro horas del día. Terminaba exhausta por las noches y caía rendida en cuanto se acostaba. Soportaba una presión asfixiante, pero le enganchara la sensación del poder absoluto que ostentaba, era como una droga. Una vez que lo había probado dudaba que pudiese vivir apartada de aquello. Comenzaba a entender el modo de vida de su abuelo y por qué había escogido el camino difícil.

Tenía que estar completamente alerta en cada reunión, en cada comida y en cada cena. Todo el mundo la escrutaba con lupa, y en cada papel que firmaba había cosas que no entendía —menos mal que estaba Pinot—. Era plenamente consciente de que todos los tiburones querían hincarle el diente. Debía espabilar y rápido, si no quería terminar relegada a un segundo o tercer plano.

Pinot le había aconsejado que se alejase por un tiempo de todo aquello, para que los accionistas e inversores fueran digiriendo el cambio mediante una deglución prolongada, así era más probable que no regurgitasen demasiado.

Dales margen de maniobra, que se sientan seguros; conserva el poder en la sombra, pero deja que otros se peleen por ti. Vete a estudiar a Londres, fórmate, llévate a ese novio tuyo contigo si te apetece, pero desaparece, que no te vean tomando más decisiones. Ellos solo perciben a una niña rica al frente de un emporio de empresas, y eso puede llevar a la desconfianza y al caos. Ella estaba de acuerdo con las palabras de Pinot, su ego se lo permitía de sobra y tenían una lógica aplastante. Lo único, que tendría que confiar en él, casi a ciegas, si quería conservar su posición dentro de unos años. Además, Nico y ella podrían disfrutar de más tiempo de calidad juntos, lejos de miradas indiscretas, y aprender a conocerse.

Nico, ¿todavía lo quería? ¿estaba enamorada de él? ¿era el hombre de su vida? Eran preguntas que se repetía a menudo en esta nueva Situación. Sí, su corazón seguía siendo suyo, pero... A veces, le parecía tan banal, tan mundano,

tan inocente... Antes, era diferente, ahora que tenía el mundo a sus pies... debía demostrar si estaba hecho de la misma pasta que ella. Estaban unidos por un lazo de sangre el cual era imposible romper. ¿Podría confiar en él? Estaba segura de que sí, la mayor parte del tiempo; aunque, en contadas ocasiones, se instalaba la duda en su cerebro. Aitana y él se llevaban demasiado bien, quizás debiera irse con ella al otro lado del Atlántico y dejarla libre, cavilaba en los momentos de mayor zozobra emocional. Después se arrepentía de haberlo hecho.

—¿Qué piensas? —dijo él.

Ella no lo miró, siguió conduciendo y apretando el acelerador, tomando una curva tras otra, quemando rueda de un modo peligroso, derrapando en las zonas más reviradas.

—Nada, Nico, solo me concentro en conducir.

—Ten cuidado —musitó. Se apretó en su asiento con la congoja reflejada en su rostro.

Valeria rio para sus adentros. Si esa era la pasta de la que estaba hecho... habría que endurecerla o diluirla. Siguió acelerando, quizás todo fuera tan fácil como desactivar el airbag del acompañante, quitarle el cinturón de seguridad y estrellarse contra un árbol. Rápidamente, desechó ese pensamiento de su cabeza y aminoró la marcha. Nico se mostró visiblemente aliviado.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella, de su respuesta quizás dependiese su

futuro más inmediato.

—Al fin del mundo... el mundo es nuestro y quiero conocer sus límites —  
respondió Nico fútilmente, sin ser consciente de los pensamientos de Valeria.

Ella contrajo los ojos y su débil sonrisa se hizo tan liviana que apenas  
podía considerarse como tal.

—Ya sé que he estado un poco distante estas últimas semanas.

—Imagino que dirigir un imperio debe ser difícil —replicó Nico de forma  
empática.

—Lo es —añadió con expresión seria—, y necesito alguien fuerte a mi  
lado.

—¿Tienes dudas sobre mí? Te he apoyado en todo.

—Lo sé.

—¿Entonces? —preguntó él ajustándose las Ray-Ban.

Valeria tomó aire desde el diafragma y suspiró hondo.

—Quizás sea toda la presión a la que estoy sometida. Disculpa si no te he  
prestado toda la atención que debiera.

—Entonces... ¿Cuándo nos vamos a Londres?

—No tienes dudas —afirmó ella cogiéndole la mano con fuerza.

Valeria sonrió dejando que leyera en su sonrisa lo que él quisiera.

Nico observó unas curiosas líneas oscuras dentro de sus ojos de color  
celeste, nunca antes se había percatado, surgían de sus pupilas como radios de

una rueda; una imagen muy dura para algo tan bello como los ojos de Valeria, pensó.

—Ninguna.

—Dejas tu vida atrás, a tu familia, a tus amigos...

—Echaré de menos a algún que otro cafre... Mi madre estará bien con su nuevo amor, y mi padre... Bueno, él siempre está bien, o, al menos lo parece. Ahora, mi vida eres tú, somos nosotros contra el mundo.

Estacionó el vehículo en uno de los arcenes. El sol caía sobre el oeste tiñendo el cielo de Toledo de un rojo violáceo que daba a la ciudad una luz especial, como de cuento de hadas.

—Nos vamos dentro de un par de semanas, quizás tres... —Ella se quitó las gafas y el cinturón, estirándose en su asiento. Encendió un cigarrillo, aspiró profundamente. Emitió un pequeño quejido y continuó—: Mi abuelo tiene la salud delicada, los médicos no le dan mucho tiempo.

—Parece fuerte como un roble, aunque la cabeza la tenga en la luna —replicó Nico encendiendo otro cigarrillo—. Lo siento —añadió con voz grave cogiéndole la mano.

Valeria se sintió reconfortada.

—Desvaría.

—Sí, eso dicen.

—¿Quién lo dice?

—Ya sabes que las paredes tienen oídos y no habla precisamente en un tono muy bajo.

—¿Aitana? —preguntó haciendo caso omiso de la respuesta de Nico.

Él se encogió de hombros.

—No es la única —añadió.

Valeria se había citado a la mañana siguiente con Pinot e irían al ala sur a visitar a su abuelo, a ver qué tenía que decir el viejo abogado de toda la mierda que salía por la boca del viejo. Y, con suerte, resolverían el asunto que la turbaba más que el resto de cosas que circulaban por su cabeza. En el desván había encontrado, por casualidad, un baúl cerrado con dos candados, que Gica abrió con una facilidad pasmosa. Dentro halló un álbum familiar con fotos en sepia de Rodrigo y su hermano Germán, de cuando eran unos muchachos desgarbados y enclenques, posando en el jardín junto a sus padres; y de la abuela Blanca, primero joven y sonriente, y después algo más mayor, con un bebé en brazos —que dedujo que era su madre—, visiblemente deteriorada, con la mirada perdida, ojerosa, triste y melancólica. También había cartas de amor de la abuela Blanca, a cuál más enigmática y extraña, muchas de ellas sin sentido, ¡dirigidas a Germán! No había tenido tiempo de leerlas a fondo, solo de ojearlas, más adelante lo haría. Quería respuestas y Pinot era el único que podría proporcionárselas.

Hubo un silencio. Mientras recomponía su mente, Valeria contemplaba la

ciudad como si fuera una enorme bola de cristal, como si vislumbrara en ella fragmentos de antiguas historias y vidas futuras. La revelación le vino de forma súbita, como suele pasar con esas cosas. Puso las cejas enarcadas — ¿estaba representando algún papel delante de Nico, por su propio placer? —, y, finalmente, guardó la compostura. Por primera vez, tuvo la certeza de lo que sucedió con la abuela Blanca. La mala sangre de los Aguirre. Algunas piezas encajaron de repente en el rompecabezas. Necesitaba que Pinot lo corroborase para estar segura.

—¿Y qué opinan las paredes que tienen oídos?

—Que son los desvaríos de un viejo loco.

—¿Y tú, qué opinas?

Nico se tomó su tiempo. Intuía que había algo de verdad en los disparates de Rodrigo Aguirre, pero no sabía hasta qué punto.

—Que no conviene remover el pasado.

—Curioso... Eres la segunda persona que me dice lo mismo en menos de veinticuatro horas, quizás deba haceros caso.

—¿Quién es esa persona?

—No quieras saber más...

Ella ladeó el cuello y bajó un poco la cabeza. Nico puso dos dedos bajo la barbilla de Valeria, consiguiendo que ésta alzase su rostro para que su mirada se encontrara con la suya.

—Ni tú tampoco.

No, Valeria no quería saber nada más, por ahora. Se avecinaban otras dos semanas muy duras. Hasta que se consumase la muerte de su abuelo mantendría un perfil bajo, después ya vería cómo jugaría sus cartas y si Nico estaba en esa mano.

*Toledo, 10 de diciembre de 2018*

FIN

## **SOBRE EL AUTOR**

J.R. Escudero (La Rambla, Córdoba, 1977) es ambientólogo de vocación y comunicador social de profesión. Por motivos de trabajo se desplazó a Toledo donde reside desde hace diez años. Allí no sólo consolidó su trayectoria profesional, sino que también comenzó su incipiente aventura literaria. Desde niño ha sido un apasionado de la literatura y del género de la novela de ficción.

Ha publicado dos novelas de ciencia ficción con el pseudónimo de G.R. Squire: 2042. El Sueño de Eli (2016) y La Sombra del escritor (2017).

El **Juego de Valeria (Ese dulce mal)** (2019), fue su primera incursión en el género de novela negra. Con **Perros de Presa** (2019) dio un giro a su narrativa adentrándose en el mundo del thriller y el espionaje. Actualmente está trabajando en una nueva entrega de la saga.

[Más libros del autor](#)

*Mensaje del autor:*

*Querid@ lector@, te animo a que colabores con la difusión de autores independientes con una breve reseña sobre la obra que acabas de leer en la web de [Amazon](#). Tu opinión cuenta y es el mejor camino que tenemos para darnos a conocer.*

*Puedes contactar conmigo a través de mis redes sociales en [Facebook](#) y [Twitter](#).*